

LOS GRANDES CRÍMENES

DOMINGA RIVADAVIA

POR

EDUARDO GUTIERREZ



BUENOS AIRES

Casa editora, LUIS MAUCCI y C^o., General Lavalle, 1276

1892

DOMINGA RIVADAVIA

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

3068—IMPRESA, LITOGRAFÍA Y ENCAD. «MARIANO MORENO», CORRIENTES. 829

Una aventura amorosa

Allá por el año 1807, á 1808, vivia en la ciudad de Córdoba, famosa entonces por su universidad y sus frailes, la familia de Cires, de las principales de aquella sociedad por su riqueza y su nacimiento.

Una de las personas que componian aquella familia, la jóven Isabel, era una niña cuya asombrosa belleza se habia hecho proverbial, no solo en la docta ciudad sinó en las provincias mas vecinas cuyos habitantes principales la visitaban con frecuencia.

Entonces habia la costumbre de enviar á estudiar á Córdoba á los jóvenes de la sociedad porteña, los que habian profanado entre nosotros la rara belleza de Isabel Cires.

Isabel se habia unido en matrimonio el año 1806, con don Manuel Estanislao Diaz Rodriguez, hombre distinguidísimo de la sociedad tucumana, que habia fijado desde entonces su residencia en Córdoba, para no separar de su familia á la hermosa niña.

Pero este matrimonio, si habia colmado los deseos de los padres por la clase de marido, no habia hecho ni podia hacer la felicidad de la preciosa niña, cuyo corazon no habia despertado aún á la vida del sentimiento.

Se casó con Diaz sin un átomo de amor, ni siquiera de simpatia porque apenas lo habia visto unas cuantas veces.

Se habia casado con una suprema indiferencia como se habria casado con cualquier otro, porque sus pádres se lo habian mandado y nada mas.

En aquellos buenos tiempos en que los frailes, rémora que se sirvió regalarnos la España y que la ha hecho descender de su pasado y de su gloria; en aquellos tiempos, decíamos, en que los frailes gobernaban en el hogar y las familias, las niñas no tenian voluntad, ni se consultaba su corazon para nada cuando se trataba de casarlas.

Entre el padre y el fraile concertaban el enlace y lo realizaban muchas veces á pesar de las lágrimas de la condenada á recibir un marido contra todas sus simpatias.

Córdoba fué la única provincia argentina que conservó hasta ahora poco las desgraciadas costumbres españolas y por eso su desenvolvimiento fué mas tardío y penoso; necesitó sacudir la sotana que le envolvía como un grillete.

En los tiempos á que nos referimos, cada familia tenia su confesor y director de conciencia.

Este tal confesor era el que gobernaba la casa donde no se tomaba la menor resolucion sin su consulta y su asentimiento.

Ningun jóven visitaba en una familia sin el permiso del confesor, y en muchas casas, sin que éste lo presentara y recomendara.

Así es que los jóvenes que querian tener relacion con una familia y vincularse á ella, tenian que empezar por adular y hacer el amor al fraile confesor de la familia, único medio de llegar hasta la niña que les habia enamorado.

El fraile señalaba entonces las noches de visita y tiempo que ésta debia durar, para estar él presente y cuidar de la virtud cristiana de la niña.

Y habia que soportar todas aquellas impertinentes imposiciones con la mayor humildad, para que el fraile no perdiera los estribos y lo hiciera echar de la casa sin reclamo ni apelacion.

Los jóvenes ricos solian fundirse en regalos para

el confesor de la familia, que querian visitar á fin de tenerlo siempre de su parte.

Pero este era el sistema que daba mas resultados negativos.

El fraile veía en el regalador una buena mina que explotar, aparentaba dispensarle su mas decidida proteccion, pero á la sordina le hacia una oposicion radical para que fueran mas los obstáculos á vencer, y mayores los regalos para salvar aquéllos.

De modo que mientras mas regalaban, era mas lo que tenian que regalar.

Así el señor Diaz Rodriguez se habia introducido á la familia de Cires llegando hasta casarse con la preciosa Isabel.

Ella no fué consultada en lo mas mínimo: su padre y el confesor se lo mandaron, le dijeron que eso era lo que le convenia, y ella obedeció sin vacilar y sin tener siquiera idea del paso que daba.

Diaz era un hombre distinguido, de espíritu elevado y de educacion esmerada; hubiera sido capaz de hacer la felicidad de cualquier mujer que lo hubiera amado.

Pero Isabel no solo no lo amaba, sinó que ni siquiera podia alentar la esperanza de que el frecuente trato y el cariño delicado hicieran nacer el amor que no existia.

Diaz tenia por lo menos treinta años mas que la bella Isabel, y esta enorme diferencia de edades hacia imposible todo sentimiento apasionado por parte de la jóven.

Y era por este mismo convencimiento que él la amaba hasta el delirio, poniendo todo su anhelo por ser correspondido.

En dos años de matrimonio que llevaba, jamás tuvo para su esposa mas que palabras de delicado cariño y atenciones de todo género.

Pero cuando una mujer no ama, este exceso de amor y de cariño en el ser que le es indiferente, la empalaga y la fastidia.

Y era esto lo que le sucedía á Isabel.

Aunque no amaba á su marido, lo respetaba y estimaba, porque era digno de ello y porque el respeto y la estimacion se imponen á pesar de todo.

Pero cuando él le prodigaba sus cariños mas íntimos, ella sin rechazarlos, los recibía con el frío del hielo, y apagaba en los lábios de su marido la frase llena de pasión.

Y aquellos ojos de terciopelo que parecían mirar con una suprema caricia, y aquellos lábios apasionados que bañaban el ambiente con una onda de perfume, eran ojos de muerte y lábios de páramo, cuando hablaban y miraban al marido.

Y éste, que se le acercaba muchas veces impulsado por la pasión mas pura y el cariño mas íntimo, se retiraba, sintiendo caer sobre el corazón helado, la sangre que á él hizo afluir la pasión.

Y solo, triste y sombrío, meditaba profundamente sobre aquel enlace que había labrado su desgracia y la de la jóven, porque á su espíritu delicado no se le escapó ya que aquella indiferencia no se modificaría jamás.

Y así solo, sin hijos, huérfano de todo cariño, se dedicó á borrar en lo posible el mal que sin saberlo había hecho, endulzando la existencia de la pobre jóven.

Ella, por su parte, había aceptado el sacrificio de aquel marido á quien no amaba.

Se había propuesto también hacerlo todo lo feliz que pudiera, ya que no lo amaba, y compensar así el cariño que él le profesaba.

Pero su indiferencia era superior á sus propósitos mismos: no podía evitar el hielo que la invadía cuando su esposo se le acercaba y le hablaba de amor.

Su belleza crecía entretanto, llegando á ser una mujer verdaderamente espléndida.

Todos envidiaban á Diaz: lo creían amado de

aquella mujer bellísima y consideraban cuán grande debía ser su felicidad.

Estaban engañados por las apariencias admirablemente salvadas por los esposos.

Diaz habia estado muchas veces á punto de tener una explicacion con la bella Isabel, para manifestarle que conocía bien lo que se pasaba en su corazón inocente, y pedirle le perdonara haber labrado su desgracia creyendo hacer su felicidad.

Pero siempre se habia detenido pensando de esta manera:

—¿A qué amargar su corazón, purísimo, mostrándome dueño de un secreto que ella creyó perfectamente oculto?

Sigamos entonces el mismo camino que hasta hoy, hasta que el tiempo haga forzosa esta misma explicacion.

Y pensando siempre en la manera de atraer hacia sí el cariño de la jóven, pasaba una existencia verdaderamente amarga y desconsoladora.

Pensaba que un hijo fuera tal vez la salvacion del naufragio, pero pasaba el tiempo sin que el hijo viniera y sin que el caballero pudiera alimentar más tiempo la esperanza de tenerlo.

Diaz se volvió taciturno y melancólico: indiferente á todo cuanto lo rodeaba, solo vivía para pensar en su Isabel y lamentar la desgracia de su vida.

¿Qué se ha hecho su antigua alegría? solian preguntarle los amigos; ¿acaso el amor de una mujer linda transforma así la naturaleza del hombre?

Por ninguna parte se le vé ya: es bueno decirle á la señora que no sea tan egoísta y nos deje á los amigos la parte que nos corresponde.

Aquellas quejas cariñosas eran otras tantas punaladas que se clavaban en el corazón de Diaz, que hacia todo esfuerzo para no mostrar la impresion que le producian y aceptando aquel modo de pensar.

Viendo que su esposa recibia sus caricias con un fastidio que no podia disimular, se habia abstenido

en hacerlo, porque temia que aquella indiferencia glacial, se convirtiera en ódio y lo condujera á tomar una resolucion violenta para romper de una vez aquella vida que, pcco á poco, se le hacia detestable.

Él seguia viviendo en casa de sus suegros, para de este modo disimular mas el infierno de su vida y hacer mas feliz á Isabel evitándose un reproche.

¿Qué hubiera sido de la jóven separada de su familia y condenada á vivir con un hombre que le era indiferente de aquella manera?

Le habia cobrado ódio, un ódio mortal, y esto es lo que él habia tratado siempre de evitar á toda costa:

—

Tal era la situacion de la suntuosa familia de Cires, cuando llegó á Córdoba don Santiago Rivadavia, distinguida persona que su familia enviaba á estudiar.

Era en aquella provincia donde los jóvenes de la República, pertenecientes á las familias ricas, hacian sus estudios, porque allí estaba la universidad y los grandes colegios que dirigian los frailes.

La educacion que se recibia no era entonces muy famosa, como nó lo es hoy mismo en los establecimientos dirigidos por frailes, porque éstos son enemigos forzosos de todo progreso y de la ciencia moderna que ha constatado hechos poco convenientes para sus doctrinas y teorías retrógradas.

Pero como no habia otro sistema de educacion ni otra universidad para cursar estudios mayores, allí se dirigian los jóvenes que querian labrarse un porvenir y una posicion independiente.

Miembro de una familia ilustre, Rivadavia llevaba cartas para las principales personas de Córdo-

ba, por lo que desde un principio se introdujo á la mejor sociedad.

Travieso é inteligente, en un momento se dió cuenta de lo que era la sociedad cordobesa, y el imperio que en ella ejercian los frailes.

Comprendió que para pasarlo bien era necesario estar bien con los frailes, antes que con nadie, y hacerse amigo de ellos á toda costa.

Y adoptando su partido desde un principio, se hizo presentar á los más influyentes y sobre todo á los confesores de tales ó cuales familias.

Liberal de corazon, se sublevaba ante las bellas-querías que á cada paso hacian ó decian aquéllos, pero se guardaba muy bien de mostrar su pensamiento, diciéndose:

—A la hora que yo pierda la amistad de estos benditos, se me cierran todas las puertas.

Aguantémosnos mientras sea necesario, que despues será otra cosa.

Y contemporizó con sus ridiculeces y falsías fingiéndose el mejor amigo y el más ferviente partidario.

Esto le valió desde un principio la más decidida proteccion y el ser introducido en el seno de familias que hasta entonces no habian sido visitadas sinó por frailes.

Era Rivadavia lo que podia llamarse un bello é interesante jóven, de palabra fácil y de un talento galano y fino.

Su conversacion, animada por la vida de que estaba lleno su rostro y la jovialidad estudiantil de su ademan, era profundamente atrayente.

No se podia hablar con él cinco minutos sin sentir una corriente de fuerte simpatia, que bien pronto se convertia en cariñosa amistad.

Espíritu sutil y sumamente alegre, explotaba todas las cosas por su lado gracioso, de modo que siempre se le veía riendo, excepto cuando hablaba con alguna reverencia, que entónces se volvia sério y sumamente formal.

De lo contrario, en su vida íntima se lo disputaban sus compañeros de aula, que gozaban inmensamente con su natural travesura y su interminable reguero de ocurrencias graciosas y mordaces.

Su traje era no solo elegante sino rico, y llevado con especial distinción, á pesar de aquella interminable corbata de ochenta vueltas, enemiga irreconciliable de toda elegancia, y entre la cual el cuello parecía un galeote enchalecado.

Con semejantes prendas físicas y morales pronto se hizo Rivadavia notar entre la juventud cordobesa y los estudiantes porteños mismos, que abundaban en la tradicional Universidad, pasando bien pronto á hacer roncha en las tertulias familiares, única diversion que permitian los frailes, porque de lo contrario hubiera sido ponerse en lucha abierta con las damas que vivian en completa privacion de todos aquellos placeres que embriagan el espíritu y entretienen la inteligencia.

Era necesario dar un descanso á la interminable noveña, y los frailes daban su permiso para las tertulias de que hablamos.

—¿Cómo te manejas tú para ser recibido en todas partes con frecuencia? le preguntaban sus amigos cristianamente asombrados.

¿A qué estupendo secreto debes el ser presentado y recomendado por los mismos frailes que á nosotros nos hacen arrojar á la calle como si fuéramos leprosos?

Dinos, ¿por obra de qué encantamiento realizas este milagro fabuloso que te permite el lujo de acudir todas las noches de familia en familia?

—Por la peana se besa el santo, respondia alegremente Rivadavia: no se puede entrar al cielo sin haberse puesto bien con San Pedro: esta teoria es mi secreto, y ya ven ustedes que no es cosa tan fabulosa como piensan.

Y los amigos se asombraban con razon sobrada, pues era Rivadavia el único jóven que tenia entrada frecuente á ciertas casas, siendo lo que mas los

intrigaba el hecho de que eran los mismos frailes quienes lo venían á buscar para llevarlo á las visitas.

Algunos de sus amigos empezaron á regalar al confesor de la casa que querían visitar para obtener iguales concesiones, pero ya hemos referido cuán ineficaz era este sistema, cuyo único resultado era aumentar las dificultades para multiplicar los regalos.

Rivadavia había logrado con un gran talento meterse en el corazón á los frailes, al extremo de que éstos lo creían de buena fé uno de sus más fervientes partidarios.

Asistía á todas las fiestas de la Iglesia y no faltaba á una sola novena ni sermón, estando dispuesto si era posible, hasta el haber ayudado á la misa con toda formalidad.

—Es un jóven modelo, decían ellos, recomendándole á sus hijas de confesión, que modificaban á frase de esta manera: es una monada.

En las procesiones y demás fiestas de calle, era el primero que marchaba con una vela al hombro y con el ademán más humilde y cristiano.

Al poco tiempo de estar en Córdoba, vió Rivadavia á Isabel Cires y quedó deslumbrado: nunca había visto una belleza comparable á aquella, no tenía idea de dos ojos de mujer animados por la fuerza de pasión tan esplendente!

Y antes de averiguar quien era ella, ni á qué familia pertenecía, se dirigió mentalmente esta pregunta:

—Quién será el confesor de este astro de carne humana?

Y se lanzó tras el rastro de la sotana que debía guiarlo hasta aquella constelación.

No tardó mucho en dar con fray Andrés, confesor de la familia de Cires y principal autor del casamiento de Isabel.

Era este un fraile regordetazo, insigne tomador de chocolate, y que había elevado á la categoría de

ciencia el arte de vivir del prójimo sin hacer nada en su beneficio.

Rivadavia había calado por completo á fray Andrés y adivinado su lado flaco, lo que no era muy difícil.

Se había hecho gran amigote de su paternidad á quien invitaba todas las mañanas, no ya con una taza, sinó con una sopera de buen chocolate y su correspondiente ración de colaciones.

Finjia tener en alta estima su falsa virtud y su ningun talento y aparentaba no dar un solo paso sin consultarlo al mofetudo fraile, que creía de buena, cuanta farsa se le ocurría al jóven hacerle creer, siempre que ella fuere remojada con buen chocolate.

—Tengo interés en visitar una casa de familia, le dijo una mañana sirviéndole la segunda sopera de chocolate; y usted me va á aconsejar con quien debo hacerme presentar para ser bien recibido.

—Con mucho gusto, hijo mio; ya sabes que te quiero y te estimo, respondió el fraile engullendo por cuatro; dime de qué familia se trata y yo mismo te recomendaré á la persona que haya de presentarte.

—Es la familia Cires, cuyo trato y virtudes me han ponderado mucho, razón por la cual tengo interés en relacionarme con ella.

—Dignísima familia, hijo mio, no te han exagerado, y en ninguna ocasión mejor que esta puedo complacerte, puesto que soy el director de su conciencia y confesor de todos ellos.

—Cuánto lo celebro, señor! así como los estudiantes tienen mala reputación, de locos y traviosos, usted podrá mejor que nadie decirles quién soy yo y mi clase de conducta.

—Cómo no, hijo mio! esta noche te anuncio y mañana te digo el día que haya decidido llevarte.

Y con una habilidad diabólica el estudiante hizo desembuchar al fraile cuanto quería saber de la familia Cires, y sobre todo de Isabel.

—La joya de esta familia es Isabel, decia el buen fraile, y tan desgraciada la pobre!

Desgraciada, y porqué? yo solo la he visto un par de veces y me ha parecido que la felicidad mas amplia se desborda en su semblante.

—Disimula la pobre porque es muy buena cristiana, pero sufre mucho: se le ha metido en la cabeza no amar á su marido que la idolatra y ahí la tienes desgraciada cuando podía ser enteramente feliz.

En vano yo le aconsejo que haga todo esfuerzo por corresponder al cariño del esposo, pero aunque me promete obedecerme, comprendiendo las razones que le doy, parece que la indiferencia es superior en ella á todo esfuerzo de voluntad.

Yo no debia decirte esto, pero lo hago porque conozco tu discrecion y porque en ello no hay mal alguno.

—Y no tendrá Vd. de qué arrepentirse; lo siento porque es una familia que quiero por lo que me han dicho, sin tener relacion con ella, y no tengo porqué hacer uso de lo que usted me ha honrado en decirme.

El fraile tomó su último cucharón de chocolate y se fué á echar una siesta en la misma cama del jóven como lo tenia por costumbre.

Rivadavia vivia en una piecita á la calle, de una casa de huéspedes, piecita que habia convertido en un verdadero salon-dormitorio.

Poco despues los poderosos ronquidos del fraile Andrés, le anunciaron que su paternidad dijera el chocolate en buena plática con el amigo Morfeo.

Los datos que inocentemente le habia dado el fraile, habian caído en su corazon como una bomba.

La exuberante belleza de Isabel se le habia enterrado en el alma y al saber que era casada, sintió un golpe violento que apagó la sonrisa de sus labios aristocráticos.

Aquellos ojos negros, cargados de pasion, tenian ya quien viera reflejar en ellos la felicidad de sen-

tirse amado; aquellos labios húmedos y perfumados tenían quien apagara en ellos su sed de amor, y el joven no podía pensar esto sin un sentimiento de profunda melancolía.

Porque la belleza fresca y suprema de Isabel le habia sacudido rudamente el corazon, haciendo nacer en él un sentimiento idólatra, de que al principio no pudo darse cuenta.

Y á medida que fueron pasando los dias, aquel sentimiento fué desarrollándose de una manera vigorosa hasta que lució con todo el encanto de un amor poderoso.

É Isabel era casada, amaba sin duda á su marido, y esta era la pesadilla continua del estudiante.

Las palabras de fray Andrés vinieron á alumbrar como un relámpago la negra noche de su espíritu.

Ella no amaba á su marido: luego todas las esperanzas no habian muerto y podia entregarse al culto de aquel amor, sin la desesperacion insoportable de los dias anteriores.

Rivadavia, que habia estudiado la sociedad cordobesa y comprendido la influencia que en ella tenían los frailes, se dió inmediatamente cuenta de lo que pasaba.

—Aquellos ojos aterciopelados donde brilla un mundo de pasiones, pensó, no son dos ojos falsos, y aquellos labios ideales no pueden mancharse con una mentira.

Este será un casamiento forzado como los que siempre se realizan y en el pecado lleva la penitencia el que ha querido aprisionar para siempre á un ángel de la tierra!

—Oh! gran Andrés! murmuró acercándose á la cama donde dormía el fraile—doy por bien empleadas las soperas de chocolate que me has consumido por el placer consolador que hoy me proporcionas!

Eres un gran hombre á quien juro remunerar con un mar de chocolate!

Y poniéndose el sombrero con un ademan juegue-

ton, salió á la calle á respirar el aire libre, porque le parecia ahogarse en su pieza.

—Ella no ama á su marido, pensaba mientras devoraba las cuabras con paso nervioso, luego su corazon está libre y susceptible de amar al que logre conmooverlo.

Ah! ilustre y benemérito Andrés! yo te declaro el sér mas gentil de cuantos visten sotana! me reconcilio contigo!

Y como un loco, seguia caminando y dando saltos al estremo de llamar la atencion de todos los que andaban por la calle.

Rivadavia salió fuera de la ciudad buscando mayor espacio donde respirar y anduvo á la aventura pareciéndole que cada árbol y cada planta era un sér amigo que le movia la mano gritándole—no pierdas la esperanza! sigue adelante.

Cuando el jóven regresó á su casa, empezaba á caer la noche: no habia probado un bocado de comida desde que se levantó y solo se apercibió de ello cuando la dueña de casa mandó avisar de que estaba la cena.

—Qué cena! ni qué cena! respondió; demasiado he cenado ya! no quiero comer.

Y no comió ni durmió, ni estudió aquella noche, pensando en Isabe! y esperando impaciente la mañana para ver llegar la rubicunda y moñetuda catadura de fray Andrés, á quien como era natural, no halló á su vuelta.

El fraile vino á la hora de costumbre, y se pegó á la soperá y colaciones, que esa mañana eran mas abundantes que de ordinario.

Rivadavia habia resuelto no decirle una palabra referente á la presentacion, para no demostrar mas interés que el que ya habia manifestado.

—A la hora que el fraile me cale, me embrolla y me pone obstáculos, pensó; el modo que me complazca es no mostrarle interés por visitar en la casa.

Recien al tercer cucharon de chocolate resolló el fraile diciendo: cumplí tu encargue de ayer.

—¿Qué encargue? ¿cómo voy á permitirme molestar á usted con un encargue?

—Ah! diablo! bien dicen que los jóvenes no tienen firmeza en lo que piensan! y lo que convinimos ayer referente á la familia de Cires?

—Es cierto! exclamó Rivadavia finjiendo que recién recordaba la cosa—no valia la pena de haberse molestado! yo queria visitar esa familia, pero mas adelante.

—Pues, mi hijo, no tienes ahora remedio—yo te he anunciado como lo mereces y mañana te llevo.

—Si es así, libreme Dios de hacerlo faltar á su palabra! si de todos modos habia de hacerse la visita, lo mismo es hoy que dentro de un mes—estoy á sus órdenes.

Y Rivadavia sintió una alegría infinita; por fin iba á conversar con aquella mujer espléndida, á sentir la melodia de su acento, á respirar el ambiente de sus palabras!

Rivadavia tuvo que hacer un supremo esfuerzo de voluntad para no saltar sobre el fraile y darle un beso en los rollos del cerquillo.

—Entonces, mañana á las tres me esperas listo, que yo vendré á buscarte.

Es una familia cuyo trato vá á encantarte, pues son humildes, buenos y virtuosos arriba de todo elogio.

Ya yo les he dicho quien eres y te recibirán con tanto mas placer cuanto que soy yo mismo quien te recomienda.

La hora elegida era famosísima, pues lo probable era que estuvieran solas las señoras y niñas y ser aquella primer visita ménos embarazosa.

Despues de arreglar todo lo referente á la presentacion, el joven empezó á hablar de otras cosas para disimular mejor el interés que tenia; así es que el fraile, por suspicaz que fuera, no pudo ni siquiera sospechar lo que pasaba en el corazon del joven.

Dió tranquilamente fin con el chocolate y las colaciones y se estiró sobre la cama del joven á hacer la digestion.

Rivadavia no sabia lo que le pasaba; preocupado con el recuerdo de Isabel, andaba como un autómeta sin atender á una sola de sus obligaciones.

—Parece increíble! se decia en sus momentos mas tranquilos; pero estoy lleno de aquella mujer, hay instantes en que siento latir su corazon bajo la presion de mis manos!

Por todas partes veo sus ojos magnificos, que al mirarme parece levantarán mis cabellos sobre mi cabeza!

Aquella noche, como el dia siguiente, no hizo otra cosa que pensar en Isabel, en su visita y en estudiar la manera más segura de ocultar su pensamiento á los ojos del fraile.

—

Mucho antes de las tres de la tarde, el jóven Rivadavia se hallaba vestido y perfumado, con toda la elegancia y esquisito gusto de la época.

Cuando calculó que era la hora más ó menos, se quitó el frac, quedando en mangas de camisa, para disimular mejor la ansiedad febril que lo dominaba.

Así es que cuando entró don Andrés y lo vió sin acabar de vestirse y recostado, no pudo menos que exclamar:

—Ah! jóvenes! amigos de la inexactitud y el abandono! á que te habias olvidado?

—No señor, es que calculé mal el tiempo y creí que todavia no era la hora.

—Parece que no tienes mucho apuro, pero á mí me gusta mucho ser puntual; á ponerse pues el frac y andando.

Rivadavia obedeció instantáneamente y tomó su sombrero diciendo:

—Ya vé que no ha sido mucho el tiempo desperdiado: cuando usted guste.

Y ambos salieron á la calle empezando á andar un poco de prisa, para huir de las caricias del sol.

Rivadavia era un hombre de sociedad acostumbrado á la frecuencia de su trato, desenvuelto y travieso.

No podia llamarle la atencion el hecho de ser presentado á una familia, por opulenta que ésta fuera, y sin embargo, sentia el corazon recogido dentro del pecho, le faltaba el aire, y sus piernas temblaban por la fuerza de la emocion.

Es que Rivadavia no iba á una simple presentacion ni visita de cumplimiento.

Iba á ponerse en contacto, á hablar por primera vez con la mujer amada, y se sentia preso de un sentimiento extraño, mezcla de timidez y de deseo.

Es que la belleza de Isabel se le habia impuesto de un modo avasallador, y se sentia cobarde para snfrir el contacto de su mirada y el eco de su voz aún desconocido para él.

Y no es que Rivadavia fuera novicio en galanteos ni que temiera hacer una figura desairada.

Es que de la primera impresion recibida por la mujer amada, dependia la suerte de toda su vida, suerte que iba decidido á jugar en aquella primera visita.

Por el modo con que fuera recibido y despedido, ya comprenderia él en qué disposicion quedaban los ánimos.

Llegado á la casa, el fraile, como confesor, se coló sin golpear la puerta, pidiéndole esperara un momento en el zaguan mientras él pasaba aviso.

No habia transcurrido un minuto, cuando la sirvienta lo hacia pasar á la sala donde esperaba reunida la familia, acompañada del fraile que acababa de entrar.

Allí estaba la señora de Cires, sus hijos y el señor Diaz, esposo de Isabel.

Rivadavia lo saludó cortésmente y ocupó el asiento que se le señalaba como quien se hubiera sentado en un monton de brasas.

— Es como les he dicho, exclamó fray Andrés, un poco tímido y corto de genio, pero un jóven honesto y de sentimientos delicados; pueden ustedes recibirlo en su seno y dispensarle una buena amistad, porque él lo merece: cuando lo traten un poco verán que no he exagerado.

Rivadavia comprendió que allí estaba el éxito de la primera impresion, y que estaba á punto de hacer un papel desairado, así es que sacudió aquella extraña timidez que lo habia invadido, y tomó la palabra recuperando bien pronto su habitual aplomo.

¿Qué podia hablarse en una primera visita bajo la feroz vigilancia de un fraile que se quiere engañar, y de un marido contra quien se está en guardia?

Sin embargo, el jóven, en las mismas generalidades de que trató, lució ampliamente su hermoso talento, haciendo el elogio mas cumplido y galano de la sociedad cordobesa, sin salir de las mas estrictas conveniencias sociales.

En las mujeres habituadas tan solo á oir hablar de la novena y de la iglesia, aquel lenguaje bello y nuevo, hizo una impresion tan agradable, que podia leerse en todos los semblantes, lo que concluyó de volver al jóven todo su aplomo, comprendiendo que pisaba en terreno firme y simpático.

Tocó en seguida puntos religiosos que dejaron extasiado á fray Andrés y habló con el señor Diaz sobre la sociedad tucumana, mostrandole conocerla de una manera perfecta.

El jóven mientras hablaba sentia el rayo de la mirada de Isabel, que le abrasaba la frente, pero no se atrevió á mirarla, por temor de dejar conocer la impresion.

Tan agradable y amena era la conversacion del jóven, que trascurrieron mas de dos horas con la rapidez de un momento.

Fué él quien lo hizo notar de una manera de-

licada, pidiendo perdon por haber molestado tanto tiempo.

Al despedirse, todos y cada cual le hicieron los mayores ofrecimientos y agasajos.

El mismo Diaz dijo á Fray Andrés:—amigo mio, le soy deudor de uno de los momentos mas gratos de mi vida; háganos repetir con mas frecuencia visita tan distinguida.

Fué al despedirse de Isabel que las miradas de los jóvenes se encontraron con toda su intensidad.

Por los ojos de Rivadavia cruzó una especie de agonia indescriptible y en la mirada de Isabel lució algo como una esperanza, esperanza que recogió el ávido espíritu del joven.

La primera impresion no podia haber sido mejor: el joven se retiraba dejando un recuerdo grato, y lo que es mas, el deseo de volverlo á ver.

Fray Andrés estaba encantado y orgulloso de su protegido, por las teorías religiosas que éste habia desarrollado en el curso de la conversacion.

No sabia ya cómo elogiarlo y exhortarlo á seguir en aquel piadoso camino.

Rivadavia, por su parte, se trazó rápidamente el camino que debia seguir para que la proteccion del fraile fuese siempre en aumento, engañado con el móvil de sus visitas: móvil que era preciso ocultar para que éste no se le alzara con el santo y la limosna.

Así, sus mayores elogios y alegres recuerdos fueron para Diaz, ponderándolo de todos modos, y asegurando al inocente fraile no comprender cómo aquella joven no amaba á un hombre tan completo.

—La diferencia de edades! he ahí el secreto, replicaba el fraile: estoy seguro que si don Manuel tuviera diez años menos, siquiera, otro gallo habia de cantar á su mujer.

—Sin embargo ellos parecen felices, no pudiéndose observar en sus fisonomías una sombra de pesar.

Desde aquel dia Rivadavia se entregó al culto

de su amor, de un amor inmenso por Isabel, á quien no podia olvidar un solo momento.

Y no volvió, firme en su propósito, á decir una sola palabra á fray Andrés, referente á repetir la visita.

Quería que la insinuacion partiera de aquél y por consiguiente de la familia de Cires.

Y apenas habian trascurrido tres ó cuatro dias, el inocente fraile le manifestó que era preciso volver.

—Ellos creen que no vuelves porque no has salido contento, dijo, y es necesario destruir esa creencia porque no es exacta.

El jóven, dominando la alegria de que estaba poseído, se presentó de nuevo en casa de Cires.

Esta vez su visita fué mas familiar y prolongada, pues se vió forzado á aceptar una invitacion que para quedarse á cenar le hicieron, invitacion que apoyó calurosamente fray Andrés, que se puso rojo de gula, presintiendo algunos platos de esquisita confeccion.

Solo, mucho tiempo con las señoras, Rivadavia las habia concluido de seducir con su conversacion amena y galana, saboreando á su placer la majestuosa belleza de Isabel, que estaba como deslumbrada por el espíritu del jóven.

Sus miradas se habian cruzado mas de una vez, y ella se habia puesto roja, bajando los ojos inmediatamente.

¿Comprendía la impresion que su belleza causaba en el jóven, ó las miradas de éste eran demasiado ardientes?

Cuando entró Diaz el jóven no alteró en nada la familiaridad de la conversacion, pero cesó de mirar á Isabel con el interés que lo habia hecho hasta entonces.

Diaz no era un hombre celoso: tenia una alta idea del carácter de su esposa, y no habia visto en el jóven mas que una persona fina é inocente.

Y aunque no hubiera sido así, ¿no estaba allí el

confesor de la familia, que hubiera corregido en el acto cualquier inconveniencia?

¿Por qué habia de suponer, sobre todo, mala intencion en una persona que les habia presentado el fraile, haciendo de ella el mas cumplido elogio?

Otra cosa hubiera sido ridícula, aunque Diaz sabia perfectamente que no era dueño del corazon de su mujer y que éste estaba perfectamente virgen y expuesto á ser herido por cualquier otro afecto.

Durante la cena que fué optpara, Rivadavia mantuvo siempre su conversacion con un interés creciente, salpicándola con chistosas anécdotas y estudiantiles referencias.

Para seducir mas al fraile, el jóven lo llamaba mi maestro, de modo que Diaz no se cansaba de repetirle:

—Pues señor, tiene usted un discípulo de provecho: muy pocos habrá como éste.

El fraile, colmado de orgullo, interrumpia la infatigable labor de sus mandíbulas, para sonreír agradeciendo el cumplido.

El jóven supo entretener á todos, de tal modo que como la vez primera, pasó el tiempo de una manera insensible.

Al despedirlo le hicieron presente que esperaban no tener que pedir á fray Andrés que lo trajera, salvo que esto no estuviera en contra de sus simpatías.

—De ninguna manera! no he venido antes porque no me gusta fastidiar, pero ya que ustedes me lo permiten tan bondadosamente, vendré con mas frecuencia.

La casa fué ofrecida entonces con ese desprendimiento hidalgo que caracterizó aquella época inocente, y aceptada con reconocimiento por parte del jóven.

—Es una criatura excelente é inofensiva, decia fray Andrés pudiendo apenas andar, por el peso de lo que habia comido.

Con esta proteccion franca y buena amistad que ustedes le han dispensado, obligan su corazon noble de una manera indecible.

Al despedirse el jóven de Isabel, hizo irradiar en su mirada toda la pasion de que estaba lleno su espíritu, en una suprema caricia.

Una mujer comprende siempre de una manera instintiva esta clase de miradas, é Isabel, ante los ojos cargados del jóven, sintió estremecerse, experimentando en su rayo un placer desconocido.

Es que Isabel, desde el primer momento, habia sentido por el jóven una viva simpatia, que muy pronto degeneró en cariño.

Y sin embargo de creer que con aquel cariño á nadie ofendia, ocultó de una manera profunda la impresion rara é íntima de aquella mirada.

Era el instinto de la mujer que le anunciaba un peligro cercano.

Es que Isabel, sin saberlo tal vez ella misma, principiaba á amar á aquel jóven que habia despertado su espíritu con goces desconocidos, haciendo vibrar las cuerdas del cariño.

Sin buscarlo ella, se sorprendia al hallar siempre estereotipada en su pensamiento la hermosa fisonomía del jóven y sonando en su oído su palabra alegre y armoniosa.

El corazon de la jóven, dormido aún para el amor, empezaba á despertar recien y su estallido amenazaba ser violento.

La comparacion se estableció naturalmente, y su marido le pareció mas viejo que nunca.

Comparó aquella alegría franca y comunicativa, con la seriedad inconvivable de su marido, aquella palabra fácil y amena, con la sequedad monótona de éste; y se encontró con un jóven que hablaba á su corazon con toda la fuerza de la juventud y de los sentidos, frente á un viejo que hablaba á su indiferencia mas invencible, infundiéndole todo el respeto de su edad avanzada y aspecto secamente sério.

Isabel miró diez años delante de ella y sintió que se le helaba el corazón, pensando por primera vez de su vida que era muy desgraciada.

Rivadavia empezó á repetir sus visitas con mas frecuencia y la jóven empezó á enamorarse, seducida por el lujo de encantos que el estudiante desplegaba ante su espíritu artístico, porque Isabel poseía un espíritu verdaderamente artístico, que colocado de otra manera la habria hecho descollar.

Y á medida que el jóven ganaba terreno en su corazón, vió ella con espanto que su marido lo perdía al extremo que si antes le era solo indiferente, empezaba ahora á hacérsele antipático, y á sentirse fastidiada en su presencia.

Y ocultaba aquel cariño en lo mas íntimo de su alma, sin darse cuenta ella misma del porqué de aquella ocultacion instintiva.

Al principio ella habia tratado de no dejar ver aquel cariño al mismo Rivadavia, por no alentar-lo en el camino peligroso á que podian ser conducidos por la misma pasion.

—Una mujer no debe amar mas que á su marido, le habia dicho fray Andrés muchas veces, al saber lo que pasaba en su corazón.

La que dá cabida en su alma á otro amor es una pecadora desventurada que cae en tentacion.

Y en apoyo de esta teoría habia citado algunos casos en que las mujeres habian sido desgraciadas por no resistirse á un amor que era un crimen, pues la mujer no podia despojar al marido de lo que le pertenecía, ni faltar á un juramento hecho al pié del altar.

—Pero si yo no he jurado nada! decia para sí la pobre jóven, dominada por el amor del estudiante.

Yo no amaba á mi marido, yo no he jurado amarle, ni he podido impedir que este cariño inefable se imponga á mi corazón.

Me mandaron casarme y obedecí, sin saber lo que hacia, sin saber que casándome labraba mi propia desventura.

Yo no tengo la culpa de lo que sucede y puesto que no hay otro remedio, me sacrificaré gustosa por el cumplimiento de mis deberes: amaré á Rivadavia, sin dejárselo conocer á él mismo.

Entretanto el estudiante habia conocido lo que Isabel queria ocultarle á todo trance.

—Me ama y lucha, pensaba el jóven saboreando la dicha inmensa de aquel amor, y es esta misma lucha la que va á darme el triunfo.

No se puede luchar contra el corazon mucho tiempo sin caer bien pronto en lo mismo que se quiere evitar.

El corazon se impone siempre, cuando no se tiene un carácter de un raro temple para resistirlo, á pesar de toda desventura.

No se puede luchar contra él, cuando no hay un sentimiento que oponer al nuevo sentimiento que lo invade en todos sus senos.

É Isabel no solo no habia luchado, sino que ni habia tratado de luchar.

Ella se limitó á ocultar al jóven el amor que por él sentia, sin defenderse de él, sin hacer lo mas mínimo para que aquel amor no se le impusiera con toda la fuerza de una pasion.

El estudiante siguió haciendo frecuentes visitas, sin salirse de los límites que él mismo se habia impuesto.

Seguro de que era amado por la hermosa jóven, esperaba tranquilo la oportunidad de poder hablarla de aquel amor supremo, manifestándole el mundo que para ella atesoraba.

Hablaba con los ojos, con toda la elocuencia de su alma enamorada, lenguaje mudo, que era admirablemente entendido y contestado.

La eterna presencia de fray Andrés habia malogrado las mejores oportunidades, pero no habia mas remedio que conformarse con la presencia de aquel Argos y esperar pacientemente.

El jóven tenia estremada confianza con la familia, frecuentaba la casa á todas horas y ya, para

presentarse, no necesitaba la presencia del fraile.

La oportunidad tan acechada, no tardó en ofrecerse á los jóvenes de la manera mas completa.

Un negocio de familia reclamó la presencia de Diaz en Tucuman y decidió el viaje sumamente mortificado, porque se le hacia doloroso separarse de su mujer.

No es que abrigara celos ni desconfianza; es que, conociendo el desamor, la indiferencia que por él tenia Isabel, temia que aquella ausencia de quince dias la aumentara de una manera irreparable, haciéndole perder hasta la amistad que la jóven le profesaba.

Era preciso hacer el viaje, y Diaz partió prometiéndole volver cuanto antes le fuera posible.

No quedaba mas obstáculo que el fraile, pero este era un obstáculo mas fácil de vencer, porque si el fraile vigilaba lo hacia de vicio simplemente, y por costumbre, pues no solo tenia en el jóven una confianza ilimitada, sinó que no abrigaba el menor motivo de desconfianza.

Rivadavia que conocia todos los hábitos del fraile, empezó á ir á casa de Isabel á horas en que el buen confesor se entregaba á los placeres de la siesta ó del chocolate.

Y de esta manera logró sustraerse á aquellos tremendos ojos de Argos y aquella vigilancia importuna.

Una tarde, de aquellas tardes tibias y embalsamadas por el aroma de las flores, Rivadavia se encontró con Isabel que paseaba los grandes jardines de la casa.

La jóven pensaba en él sin duda, al arrancar con manos delicadas las flores con que hacia un pequeño ramito.

El jóven se acercó á ella sin ser visto y en un momento que miraba distraída aquel ramito le dijo con un acento apasionado:

—Felices flores que lanzan la esencia de su per-

fume bajo su espléndida mirada! por qué no me es permitido poner entre ellas mi pobre corazón?

Isabel quedó como atontada al sonido de aquella voz melódica y la expresión de aquella palabra ardiente.

Trémula y agitada no se atrevió á levantar del ramito sus ojos magníficos, ni supo lo que le pasaba.

—Pobre de mí! continuó el joven dando á su palabra un tinte melancólico: pobre de mí! repitió —quién había de decirme que envidiaría la suerte de unas flores!

Isabel miró al joven aturdida, volvió á bajar la vista hasta las flores y siguió mirándolas como quien mira al vacío.

Indudablemente el pensamiento de la joven estaba harto distante del humilde ramito.

—No veo la razón, balbuceó sonriendo por fin, para envidiar la suerte de estas flores, arrancadas de la planta que les dá vida, para dejarlas morir después de haber aspirado su aroma.

—Es que hay muertes que bien valen una vida y bien se puede morir feliz abrasado por el rayo de sus ojos, y marchito por las brisas de su aliento, mas perfumado que las mismas flores.

Mire usted, Isabel, hay seres que tienen el privilegio de embellecer cuanto se les acerca, la vida parece crecer bajo el rayo de la mirada, la respiración es mas amplia, parece que el corazón se mueve con mas libertad y uno encuentra bello todo cuanto lo rodea.

Usted tiene ese encanto y ese poder, que aprisiona la voluntad y mata toda otra sensación que de él no brota.

Yo siento á su lado una exuberancia de vida desconocida, que partiendo del foco de sus ojos agita mi corazón en un éxtasis arrobador: el hombre que viva de su amor, Isabel, no tiene ya nada que desear sobre la tierra y debe estar mas cerca de Dios que los demás.

Bendito sea el momento y el motivo que me trajó

á Córdoba; yo no tenia idea de una mujer como usted.

Aquello era atacar de frente y de una manera decidida.

Isabel, embriagada por aquellas palabras y la manera dulcísima con que fueron dichas, se sintió dominada: ávida de amor, aspiró con ansia el encanto de aquella palabra, se sintió vencida y rompió á llorar.

En su suprema inocencia no supo ocultar sus impresiones y gimió al entregarse al gozo supremo de aquel amor celeste, sin intentar siquiera defenderse.

Rivadavia la miraba con delicia y murmuraba á su oído todo género de frases dulcísimas y apasionadas.

Y ella se rindió á aquel amor ardiente, con toda la pasion de su alma y sin mas protesta que estas palabras:

—Pero yo no puedo amar á nadie mas que á mi marido á quien no amo; yo no me pertenezco, mi corazon no es mio.

—En el corazon humano solo Dios manda, contestó el jóven, y nadie puede contrariar su voluntad suprema.

El nos dió un corazon para sentir y amar: entonces los que pretenden esclavizar los sentimientos del cariño, no tienen derecho para imponer silencio á sentimientos que nacen de algo mas grande que la voluntad humana.

El derecho de amar está en usted misma: no se sofoque el corazon entonces por razones que no tienen un átomo de lógica.

Isabel, seducida por la magia de aquella palabra, amó y amó de una manera inmensa.

Inocente en el mal que causaba, creyó que amando á Rivadavia no podia ofender á nadie, puesto que daba una cosa que á nadie pertenecia y se dejó arrastrar por la fuerza de aquella pasion enloquecedora.

Y extasiados en aquel torrente de cariño que se desbordaba ámpliamente, sin valla de ningun género, quedaron absortos en la mútua contemplacion.

—Este amor es obra de Dios, decia Rivadavia, que puso en nuestras almas la corriente simpática que habia de aproximarlas y no está en la mano humana la fuerza y el poder capaz de darle otro rumbo.

Tú me das un corazon perfectamente libre y nadie tiene entonces el derecho de quejarse ni de extrañarlo: el corazon se ha hecho para amar, y amando se cumple una ley divina.

La aproximacion de algunos pasos puso en guardia á los amantes que se se separaron algo, hablando de cosas indiferentes.

Era la madre que daba tambien un paseo en el jardin y habia sido atraída á aquel punto por el rumor de las voces.

Desde aquel dia los jóvenes hallaron siempre un momento que, libre de miradas indiscretas, pudieran entregarse al goce completo de sus impresiones íntimas.

La vida habia adquirido para Isabel encantos desconocidos hasta entonces.

Todo le parecia mas bello y su alma creía tener otro vuelo mas poderoso; la existencia no le era indiferente, y en el recuerdo del joven hallaba siempre momentos de suprema felicidad.

Ya su salida de casa, su entrada á la iglesia, la monotonía abrumadora de la novena, no eran actos indiferentes y hasta maquinales.

Todo tenia un objeto y un fin arrobador: la presencia de Rivadavia, que aprovechaba todos los momentos de la vida para anidar en el oído enamorado de la joven, la música de su palabra ardiente y apasionada.

Siempre él estaba allí, en la esquina, en el átrio, entre las sombras de la nave; por todas partes la luz de sus ojos y la magia de su persona!

Isabel vivía exclusivamente de aquel amor apasionado.

Había concluido por olvidar á su marido, creyendo que aquella corta ausencia había durado una eternidad, y que la presencia de aquel hombre no vendría en lo sucesivo á turbar su felicidad presente.

Fray Andrés estaba perfectamente engañado: no podía sospecharse lo que pasaba en el corazón de los jóvenes y llevaba á Rivadavia siempre que iba á casa de la familia de Cires.

—

La vida del amor que tan feliz hacía á Isabel la había puesto mucho mas hermosa, porque había dado á su fisonomía esa expresión de vida exuberante que no tenía antes.

Y Rivadavia absorbía aquella belleza suprema sin reflexionar en el porvenir tan preñado de nubes para ellos.

No eran muy frecuentes las ocasiones en que los jóvenes podían verse y hablarse con entera libertad, entregándose al goce de aquel amor vehemente.

Así es que cuando estos momentos llegaban, eran aprovechados hasta su último instante, sin que la palabra y el peso ardiente, cesara un segundo sobre aquellos lábios.

El joven conocía la vida de la familia, minuto por minuto, lo que le permitía aprovechar cada instante de distracción ó de que hacer.

Además, ambos eran dueños de la noche, y él trepado á las tapias erizadas de botellas, y ella alzando la mano y los ojos en una suprema caricia, pasaban así largas horas en que, todo lo que no era sus personas, desaparecía del espíritu apasionado de los jóvenes.

Sin pensar en nada que no fuera ellos mismos y el instante de verse y acariciarse, la vuelta de Diaz fué un rayo que vino á sacarlos bruscamente de aquella vida de suprema felicidad, vólviéndolos á la realidad de su situación.

Y fué entonces que Isabel comprendió que su corazon era susceptible de aborrecer tambien.

Aquel hombre que venia con su presencia á turbar su dicha, y á colocarse como una barrera poderosa entre ella y su amante, no le fué ya indiferente tan solo, sinó que le fué odioso.

Su presencia la irritaba, y si se le acercaba como antes á prodigarle sus caricias que ella recibia con glacial indiferencia, sentia crecer su ódio, porque aquello era hecho en daño del jóven á quien ella hizo dueño de todo su cariño.

Le parecia que aquello era profanar su amor, porque en su espíritu no cabia otra imágen que la de Rivadavia, y sin otra defensa, lloraba, lloraba de una manera desesperada, pidiendo al cielo resignacion para soportar tanta desdicha.

Ella no le habia jurado amor, ni se lo habia fingido tan solo; de su corazon y de su cuerpo habia dispuesto la voluntad paterna, como se dispone de un objeto cualquiera.

Entonces nadie tenia derecho de reprocharle lo que no le reprochaba su conciencia misma.

Al darse á Rivadavia, al amarlo con ese frenesí que absorbia toda otra manifestacion de espíritu y los sentidos, disponia de una cosa suya, exclusivamente suya, y nadie por consiguiente podia creerse perjudicado en lo mas mínimo, puesto que lo que diera á Rivadavia no lo habia quitado á nadie.

Estas eran las teorías del jóven estudiante, que se habian grabado en el espíritu de Isabel con un convencimiento incombustible.

El señor Diaz, que habia creído que su ausencia pusiera al menos algun cariño en el corazon de su consorte, se encontró con que, en vez de esto, la in-

diferencia habia aumentado hasta convertirse en antipatia.

El caballero sintió este golpe en medio del corazon, y tarde ya, se arrepintió de aquel matrimonio, para el que en nada fué consultado el corazon.

Y recurrió á fray Andrés, como último y supremo recurso.

Pero, qué podia hacer el fraile en situacion tan delicada?

Aconsejó á Isabel, y se encontró con esta respuesta tan inesperada y tan irrefutable para su corto criterio:

—Padre mio, yo no puedo deshacer lo que ha hecho la voluntad de Dios: Él solo gobierna en el corazon humano, poniendo las pasiones que han de arrastrarnos en el camino de la vida; si no puso en mi corazon amor por mi marido ¿cómo es posible que yo le ame?

La mentira es un delito: fingir es mentir; luego ni fingirle amor puedo, porque esto seria ofender á Dios.

El fraile tuvo entonces que aconsejar á Diaz tuviera resignacion y tratara por todos los medios posibles de hacer nacer en el corazon de la jóven el amor que no existia.

Aquel fué un golpe de muerte para el corazon del caballero, que comprendió que no tenia ninguno de los atractivos necesarios para engendrar amor en el corazon de una jóven.

Su cuerpo empezaba á declinar y en su espíritu no habia un encanto capaz de borrar en el corazon de una mujer la impresion de los años.

Con un dolor inmenso renunció al amor de su esposa, é hizo el firme propósito de conservar su aprecio y ese cariño tranquilo y firme que se establece por la frecuencia y la delicadeza del trato.

Pero ni eso mismo pudo conseguir en la realidad, aunque lo consiguiera en la apariencia.

Isabel veía en su marido un enemigo á muerte al amor de Rivadavia y la antipatia crecia en vez de disminuir.

Rivadavia, por su parte, ni siquiera se atrevió á formular un débil consejo á este respecto.

Comprendió toda la hiel que para el marido guardaba el corazón de la jóven, escuchó su modo de pensar tremendo á este respecto, sus ideas exageradas al apreciar su situación, ideas que no eran otras que las que el mismo jóven le había inculcado, y no dijo la menor palabra al respecto, acatando con íntimo cariño cuanto ella hacia y pensaba.

Con la presencia del marido las entrevistas de los jóvenes se habían hecho mas difíciles, no pudiendo hacer otra cosa, durante varios dias, que cambiar una mirada cariñosa y furtiva.

Aquellas arrobadoras citas sobre la tapia erizada de botellas, aprovechando las noches en que la indiscreta luna no enviaba su luz delatora, eran imposibles sin exponerse á un gran peligro, y estas mismas dificultades hacían para Isabel mucho mas odiosa la presencia de su marido.

No quedaba mas recurso que la iglesia, y este fué el expediente puesto en práctica por el estudiante.

Díaz, que no abrigaba la menor desconfianza, no podía sospechar de las salidas á la iglesia por frecuentes que fuesen.

Su esposa, como todas las familias, iba al templo casi diariamente, y al verla ir dos veces en un mismo dia, no podía hacer sospechar, ni remotamente, de lo que se trataba.

El estudiante, apurando su natural travesura, se valía de un buen recurso para alejar mas cualquier sospecha que pudiera abrigar Díaz.

Cuando la salida de Isabel era realmente á la iglesia, lo que tenia que hacer con frecuencia para que la viera la familia y el mismo fray Andrés, Rivadavia venía á casa de la familia, como de visita, y distraía con su amena sociedad al desgraciado marido.

Solo faltaba cuando la ida á la iglesia era un pre-

texto para ocultar el verdadero objeto: una entrevista con él.

Rivadavia, echando mano de todos sus recursos, había hecho presentar en la casa por fray Andrés, á un amigo suyo, poseedor de su secreto.

Este amigo, en posesion de todas las cábalas de Rivadavia, era el encargado de entretener á Diaz, cuando aquél asistia á las citas con Isabel, teniendo el doble encargo, de impedir por todos los medios á su alcance, cualquier salida que intentara hacer el marido.

De este modo el jóven podia entregarse tranquilamente al objeto amado, en la seguridad que su entrevista no seria turbada por ningun trago amargo.

A las funciones de iglesia no faltaban nunca, y en el caso que hubieran faltado, ahí estaba el amigo para mandar decir misas por el descanso de algun deudo real ó supuestamente fallecido.

Gracias á todos estos recursos, los amantes vivian felices sin que nada viniera á turbar su amor.

La naturaleza que tan árida habia sido para Diaz, que habia esperado la presencia de un hijo como el vínculo que lo hubiera ligado al amor de Isabel, fué más pródiga con el amante.

Un año más ó menos despues de los amores con el estudiante, Isabel dió á luz una hermosa niña, que vino á hacer brillar en el espíritu de Diaz el primer rayo de luz.

—Por fin la naturaleza se cansa de perseguirme! pensó el esposo—Isabel me amará ahora, aunque solo sea por el amor de su hija!

Y recibió á la niña en sus brazos, con la ansiedad con que agarra el náufrago la tabla en que ha de salvar la vida.

Pero aquel ángel no hizo mas que aumentar la aversion que Isabel profesaba á su marido, aumentando su amor por Rivadavia á quien mas estrechamente la ligaba aquel lazo vivo y hermoso.

Un mes pasó Rivadavia sin ver á su amante á causa de la enfermedad que la retuvo en sus habitacio-

nes, donde no era posible entrar sin comprometer todas las formas y conveniencias sociales.

En aquel mes, contado hora por hora y minuto por minuto, Isabel bebía en su hija el placer inmenso que azotara el corazón de Rivadavia al pensar en ellos y al sentir en sus brazos aquella viva y hermosa prueba de su amor.

Al cabo de este mes, cuando se vieron por primera vez en la sala de la casa, qué violento esfuerzo tuvo que hacer Isabel para contenerse y ocultar el poema de su corazón!

—Alma de mi alma! exclamó besando á su hija con infinita ternura, Dios te bendiga y compense la felicidad suprema en que has envuelto mi espíritu!

Y secó en las mejillas del ángel, las dos gruesas lágrimas que surcaron las suyas.

El joven se sintió poderosamente conmovido, porque comprendió que aquellas palabras que partían del fondo del alma de Isabel, le habían sido dirigidas.

—Comprendo las impresiones que deben agitar su corazón, señora, respondió con el acento trémulo por la emoción,—esa hija será el testigo de las felicidades con que el cielo calma el corazón de madre tan digna y amorosa.

Este fué el único desahogo que tuvieron aquellos dos corazones que tanto se amaban y que tan alejados habían estado durante un mes.

En cambio sus ojos hablaron por todo lo que los labios callaban.

Y el punto convergente de aquella doble mirada, fué la hermosa niña, causante de aquella larga separación y lazo oculto y poderoso que venía á ligar más estrechamente aquellos dos corazones.

Las entrevistas tuvieron desde entonces una nueva dificultad, más insalvable que todas las otras.

La maternidad imponía á Isabel nuevas obligaciones que no se podían postergar, porque ellas entrañaban el cuidado de la hijita.

No podia salir de su casa sinó muy de tarde en tarde y sin libertad ninguna.

Fué entonces preciso inventar otros medios de verse, y Rivadavia echó mano de su inagotable ingenio.

Era necesario hacer salir de su casa á Diaz, cosa no muy fácil porque los goces de la nueva familia lo retenian todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones.

Su ausencia se producía en las horas del dia ménos prudentes para hacer visitas, aunque Rivadavia tenia en la casa una confianza ilimitada.

Menudear las visitas á aquellas horas era exponerse á una sospecha, aunque Diaz solo se preocupaba ya en tributar sus caricias á su hijita.

No habia más remedio por el momento que conformarse con verse de tarde en tarde con completa libertad y aprovechar los minutos perdidos que pudieran ofrecerse á cada paso.

Y esto mismo concluyó por hacer á Isabel tan odiosa la presencia de su marido, que se fastidiaba hasta de verle prodigar sus caricias á la niñita.

El pobre hombre, privado del cariño de su mujer y de otro cariño de familia, reconcentró todo el suyo en aquella niña hermosa que habia venido á endulzarle la existencia.

Siempre la tenia en sus brazos, entreteniéndola con la pasion de una madre.

El bautismo de aquella niña hizo época en Córdoba, pues las relaciones que Diaz tenia con los frailes y su fortuna, hicieron que aquella ceremonia se efectuara con toda pompa.

La pequeña Dominga, que este fué el nombre que recibió, empezó así á crecer bajo el amparo de aquel triple amor igualmente grande y abnegado.

Este fué el origen de la célebre Dominga Rivadavia, de tan funesta memoria y de vida tan airada y aventurera.

Mujer tremenda y de violentísimas pasiones, estuvo mezclada hasta en acontecimientos políticos que

hubieron de costarle la cabeza y que son tan curiosos como ignorarlos.

Ella es tristemente célebre en Buenos Aires, por el último crimen de su vida, pero sus otras aventuras que probaban el temple perverso de su alma, son desconocidas para la mayoría de nuestros lectores.

Y esta es la historia que vamos á emprender, historia ligada fatalmente á uno de los apellidos más ilustres de nuestra sociedad, y que ella llevaba con el doble título de hija de uno y esposa de otro Rivadavia que la abandonó por fin por no poder llevar mas tiempo el yugo de aquella union maldecida.

Pero no debemos interrumpir la marcha del relato, que deberá seguir el orden que lleva, porque Domingo, aunque inocente é inofensiva, fué causa indirecta de una de aquellas tragedias que bastan por sí solas para enlutar el corazon de una familia.

Rivadavia amaba inmensamente á su hijita, que subyugaba el corazon del jóven con esa abnegacion suprema, con ese delirio fútil que no se conoce ni se puede valorar mientras el corazon no se ha estremecido bajo la caricia de un hijo.

Rivadavia la acariciaba de una manera vehemente, porqué además del amor que despertaba en él la presencia de su hija, ella le traía el perfume de los besos que en su frente de ángel depositaba para él la apasionada amante.

Y él los cobraba con usura y los volvía con creces, sobre aquel mismo conducto inocente y bendecido.

Hasta entonces, ninguna sombra nubló el cielo de aquellos amores; pero aquello no podia ser eterno y un desenlace violento tenia que producirse.

Una tormenta en el corazon

Los meses iban pasando, Dominga crecia á la sombra de aquellos tres cariños, cada vez mas bella, y el lazo que unia á los dos amantes se hacia así cada vez mas estrecho.

Habian pasado dos años, contados dia por dia, en medio de una felicidad inmensa, renovando su juramento de amor eterno sobre la frente angelical de la pequeña Dominga que empezaba á balbucear sus nombres con su voz infantil y purisima.

Diaz nada habia sospechado: convencido que el corazon de Isabel no se abriria nunca á las expansiones de su alma, se habia dedicado exclusivamente al amor de Dominga, preocupado con ella exclusivamente.

Él la sacaba entonces á paseo, lo que proporcionaba á Isabel largos momentos para permanecer en compañía de Rivadavia.

Su marido no la incomodaba ya para nada, vivia en su casa como un extraño y apenas cambiaba con ella aquellas palabras necesarias en dos personas que viven juntas y en buena armonía, aunque alejados de la vida expansiva que reina siempre en un matrimonio.

—Me siento tan feliz en todo, decia Isabel á su amante, que te aseguro que tengo miedo.

Te aseguro que desearia me sucediera una desgracia cualquiera, porque tengo miedo. tiemblo que si algo me sucede vá á ser referente á ustedes, á tí ó á Dominga, que es lo que mas amo.

—Y por qué ha de sucederte nada, ó mejor dicho, por qué nos ha de suceder algo?

—Porque me considero demasiado feliz, y esto no puede durar: así como la desventura no es eterna, una felicidad tan completa no puede ser eterna tampoco.

—Dios no pone condiciones al conceder los pocos goces que hacen feliz la vida: desecha preocupaciones mortificantes, hermosa mia, y reposa en el amor de mi alma como yo reposo en el tuyo.

Isabel tenia fé en el corazon de su amante, pero pensando en su situacion excepcional y delicada, vivia en una continúa alarma.

El mal humor de su marido, la seriedad repentina de su semblante bondadoso y apacible, ya eran motivos suficientes para que su corazon se alarmara.

—¿Habrá sospechado algo? se preguntaba aterrada y oprimia su hija entre sus brazos como si quisiera sustraerla á un peligro.

Pero aquello pasaba pronto y la esperanza volvía á renacer.

Al fin la tan temida desgracia se presentó naturalmente, en la forma que el jóven Rivadavia la prevenía desde mucho tiempo.

Sus estudios habian terminado y su presencia en Córdoba era forzada.

Su familia lo habia mandado llamar varias veces, y habia fingido no recibir las cartas.

Una situacion así podia prolongarse un poco, pero al fin seria necesario obedecer al llamado paterno, y entonces la seperacion podria traer mas violentas consecuencias.

El joven se encontraba ligado por un doble amor poderoso, que le hacia desear su permanencia en Córdoba.

Pero habia que obedecer al llamado de los padres, que al fin concluirian por incomodarse y exigirle su inmediata vuelta.

La situacion del joven era violenta y tirante, aumentando su violencia y tirantez, á medida que pasaban los dias.

En aquellos buenos tiempos la voluntad paterna no permitia contradiccion ni se discutia: se cumplia á pesar de todo y de todos, sin que hubiera consideracion bastanté á detenerla.

Rivadavia, antes que pudiera venirle una orden perentoria, decidió comunicar á Isabel lo que sucedia, para prevenirla de la marcha, en la seguridad de que su vuelta seria inmediata.

Tal vez juntos pudieran hallar el medio de modificar la mala impresion de una separacion que, aunque corta y sobrellevable, era al fin una separacion.

Duro iba á ser el trance, porque Isabel no se convenceria á dos tirones, pero el paso habia que darlo, y mientras mas pronto mejor aún.

Rivadavia se preparó así á afrontar la lucha con un verdadero acopio de argumentos, á cual mas justo y razonable.

Peró qué razon convence á una mujer cuando su cariño está de por medio?

Quién convence á una madre que su hijo debe concurrir á la batalla, en nombre de su honor y de su porvenir mismo?

—Lo quiero vivo, responderia, aún á costa de su vergüenza misma!

Rivadavia, que habia medido el amor de su amante, estaba penetrado de que convencerla seria imposible.

—Sin embargo, pensó, es preciso tentarlo y pene-

trarla ante todo, de que soy la primera victima de esta separacion momentánea.

Así, con esquisita delicadeza y oprimiéndola apasionadamente entre sus brazos, le comunicó el contenido de las cartas que habia fingido no recibir, y sus temores en ver llegar una mas apremiante é imperativa.

—Por nuestra propia felicidad y para que no tenga dificultades en volver, es preciso que vaya, dijo mirándola con pasion; tengo fé en que vivirás pensando en mí, y amándome en Dominga, el corto tiempo que pueda faltar, y este convencimiento será mi consuelo poderoso lejos de tí.

Francamente, añadía, disimulando mal su turbacion, no sé cómo voy á hacer para poder estar un par de meses sin verte y sin recibir las caricias de mi hijita!

Vas á parecerme á mi vuelta, diez veces mas hermosa!

Rivadavia estaba anonadado de ver que Isabel lo escuchara sin pronunciar una palabra, ni entregarse á esas manifestaciones tan naturales en semejantes casos.

La jóven habia palidecido intensamente, sus ojos profundos y apasionados iban siguiendo sobre sus lábios la forma de la palabra, pero no habia desplegado los suyos ni tan solo para lanzar la menor exclamacion.

Fué recién cuando el jóven concluyó de hablar, que lo miró intensamente y le dijo:

—Mira, todo lo que has dicho es perfectamente inútil: yo no me separo de tí un solo dia, no digo dos meses!

Sé que tu corazon es noble, y que no es capaz de ser agitado por la menor idea de olvido; tu mismo amor por tu hija seria para mí una garantía; no te hago la ofensa de creer que harías ese viaje sin una violencia inmensa, pero yo no me separo de tí.

Si te vas, me voy contigo, si no me quieres llevar, te sigo, y en último caso tomo mi hija en mis brazos y me voy á Buenos Alres á pesar de todo, aunque mi mismo marido me cerrara el paso amenazándome de muerte!

Ya me vés, yo no lloro, ni me aflijo, porque no puedo llorar ni affigirme por lo que no puede suceder: no hablemos mas de eso y dime tan solo para cuándo debo preparar mi viaje, puesto que tampoco pretendo que contraries la voluntad de tus padres.

Rivadavia quedó aturdido, pues aquello era lo que menos esperaba.

É Isabel habia hablado con tanta entereza, con tanta tranquilidad, que no habia lugar á la menor duda—haria lo que habia dicho.

Quiso rebatir las ideas de la jóven, creyéndolas hijas de la exaltacion consiguiente producida por la inesperada noticia, pero ella no lo dejó seguir.

—Todo lo que me digas es inútil y no debes tomarte la pena de insistir.

Lo que acabo de decirte lo he pensado ya hace mucho tiempo, pues para mi corazon no podia ocultarse que el dia menos pensado tu familia te mandaria llamar.

He meditado mucho sobre esto y no pudiendo ni queriendo contrariar la voluntad de tus padres, resolví seguirte y te seguiré.

Ya vés entonces que mis palabras no son arrancadas por la desesperacion ni por el dolor.

Lo que sucede era natural que sucediera, y ya que vivo pensando en nuestro amor, lo habia previsto de antemano; conque cuándo es el viaje?

—Pero, alma mia! exclamó el jóven, reflexiona que lo que vas á hacer es tremendo!

El escándalo, producido en una familia como la tuya, será imponente: vas á ser el tema de la crónica escandalosa comentada por la canalla! vas á romper tu porvenir pasando por sobre tu propia vergüenza!

—Y qué me importa todo eso, si tengo tu aprecio, tu amor y no me separo de tí?

Al amarte pensé acaso en el escándalo y la vergüenza?

No, seguramente: te amé porque Dios lo quiso, porque te amé, y porque te amé te sigo, pese á quien pese.

Al irme no robo nada á nadie, me llevo mi corazón y mi hija que son nuestros y á nadie perjudico.

Si la razón que te obliga á ausentarte fuera de distinto género, yo te diría quédate y tú te quedarías.

Pero tú tienes que obedecer á tus padres, como corresponde á tu noble corazón; no puedo retenerte y entonces te sigo: vamos.

Y miraba á Rivadavia sonriéndole con tanto encanto, que parecía estuviera tratando de un paseo y no de un paso tan grave y tan trascendental para una persona de su clase.

Rivadavia no quiso dejarse vencer sin quemar su último cartucho y se preparó á luchar todavía.

—Lo que tú quieres hacer, le dijo, halaga mi pasión, me demuestras todo el amor que para mí atesoras, pero te sacrificas y hasta ahí no puedo, ni debo llevar mi egoísmo.

Hay otros peligros que debes tener en cuenta y que es preciso evitar.

Nuestra ausencia sería pronto notada, se pondrían en nuestro seguimiento y como es natural, pronto nos darían alcance—el viaje hasta Buenos Aires es largo y dá tiempo para todo.

Puedes tú calcular lo que es capaz de hacer un hombre á quien le roban una mujer como tú, y una hija en quien tiene verdadero delirio? sabes á qué extremo puede llegar?

—No lo he pensado porque no me importa, respondió Isabel con espíritu soberbio.

Podría matarme á mí, lo sé, pero no sé porqué tengo también la seguridad que no lo lograría: po-

dria matarte á tí ó á mi hija, pero entonces te juro que siento en mi alma una fuerza jigante para disputarle victoriosa esas dos vidas!

Tú vas conmigo además, y encontraremos el medio de eludir su presencia y por consiguiente el peligro.

Pero aunque esto suceda, yo me voy contigo—lo decidido, lo que se ha de hacer á pesar de todo, no se discute.

No hablemos mas de esto, entonces, y ocupémosnos en el dia que has fijado para el viaje y en los medios que podamos emplear para no ser seguidos.

Rivadavia empezó á comprender que aquella era una resolucion firme, adoptada despues de haberlo meditado mucho.

Ella tenia que traer consecuencias funestísimas, pero no habia réplica que oponer.

Isabel estaba perfectamente tranquila, hablaba con una decision inquebrantable y se habia ya puesto en todos aquellos casos que alguna fuerza podian haber hecho en su ánimo.

Cuando la jóven estaba tan entera y risueña para afrontar y provocar situacion tan peligrosa, no era decoroso ni propio que se pusiera él á pensar en los peligros personales que aquella huida podia acarrearle.

Aceptó pues la situacion que se le ofrecia y dijo á su amante bañándola con una mirada en que estaba reflejado todo el amor que por ella sentia:

—Mira, el solo pensamiento de separarme de tí y de mi hija, aunque temporalmente, amargaba las horas de mi vida como una condena de muerte.

Me sentia sin fuerzas para soportarla mucho tiempo y sin haberme ausentado todavia estaba ya pensando en la vuelta.

Yo te amo, Isabel, arriba de toda consideracion humana, sin voluntad para otra cosa que para quererte, y he luchado mucho tiempo entre el deber de obedecer á mis padres y el de quedarme á tu lado.

Sin embargo y prescindiendo absolutamente de

mí, he combatido tu idea porque debía combatirla, porque lo que haces es enorme, un sacrificio de que no valgo la pena, porque nada he hecho para merecer la ventura de tu amor.

Ahora que he hecho lo posible por disuadirte, mostrándote toda la razon y todos los peligros que te amenazan, ahora que mi conciencia ha cumplido, mostrándote la senda que yo creía buena, y que á pesar de todo y sin que yo nada haya puesto de mí parte quieres seguirme, yo te bendigo, Isabel mia, y te renuevo en este momento solemne el juramento que tantas veces te hice.

De tu lado, solo la muerte tendrá poder para arrancarme—de mi corazon, solamente podrá borrar tu imágen bella la accion del tiempo y de la tierra, que hasta los huesos destruye y asimila á su seno natural.

Bendito seas, pues, ángel querido, y huyamos donde nadie pueda ya robarme un segundo á la accion poderosa de tus ojos!

—Ya te conozco, corazon que yo amé! exclamó Isabel radiante de felicidad—no en vano cifré en tí toda mi dicha en el presente y mi amparo en el futuro!

Qué consideracion en el mundo podria detenerme lejos de tí, que eres el padre de mi hija y la luz de mi espíritu?

Los peligros que rodean nuestra huida, los conjurará tu espíritu travieso y previsor.

—Deja eso á mi cuidado, alma mia, y reposa en mi cariño—ay del que se nos cruce al paso!

Pero esto será lo último; antes hay que tratar de alejar el peligro, evitando que pueda nadie apercibirse de nuestra huida en tiempo de alcanzarnos—yo arreglaré bien todo eso.

Hoy voy á contestar á mi padre, fijando el viaje para dentro de quince dias, que es el tiempo que necesito para allanar nuestro camino.

Isabel estaba loca de alegría; se había presentado por fin el peligro que tanto temía, y esto solo había servido para definir su situación y descubrir por completo el corazón de su amante.

Ya nada tenía que temer! ningún pensamiento de separación vendría á amargar las horas de su vida: al lado de su padre, el porvenir de su hija estaba asegurado.

Díaz sentiría su huida profundamente, pero pronto la misma razón se encargaría de consolarlo, puesto que al fin no perdía más que una mujer que no lo amaba y una hija que no era la suya.

Y en el afán de disculpar el veneno que iba á caer en el corazón de aquel hombre, encontraba que se consolaría con la revelación de aquello que precisamente hacía más terrible la herida.

El deshonor y el desencanto.

Por fin iba á poder gozar de su amor y disponer de todos los momentos de su vida para dedicarlos á su culto.

Ya no estaría llena de angustia contando los minutos que la separaban de la hora de regresar á su casa!

Ya no tendría el temor de ser sorprendida en una falta y ver á su amante expuesto á un peligro inminente!

La vida pareció sonreírle desde aquel momento y halló compensados todos sus sufrimientos y angustias con el falso porvenir que la esperaba.

Rivadavia puso desde aquel mismo día, en servicio de su aventura, todo el vigor de su inteligencia.

Para realizar su fuga de Córdoba, sin que el menor peligro amenazara la existencia de Isabel y de Domingo, era necesario hacer salir de Córdoba á Díaz, y obligarlo á estar ausente de allí, por lo menos cuatro ó cinco días.

Y cómo conseguir esto?

Haciéndole hacer un viaje á Tucumán, único remedio.

Rivadavia empezó á trabajar bajo la base de esta idea, y al fin confeccionó su famoso proyecto.

Diaz tenía en Tucuman un hermano á quien amaba entrañablemente.

Una carta de éste lo decidiría al viaje, tan pronto como la recibiera, pero ¿cómo imitar una letra tan conocida para aquel á quien se quería engañar?

No habia mas que un solo expediente, y de éste echó mano el travieso jóven.

Mandaria á Diaz una carta de un amigo suyo, en la cual se le avisaria que su hermano estaba tan grave, que para escribirla, tenia que valerse de un intermediario.

En esta carta se le diria que se apurara si queria llegar á tiempo de hablar con su hermano.

Rivadavia tenia que valerse de otra persona para que escribiera la carta, pues Diaz conocia ya su letra, y se valió de un amigo, aquel mismo que habia presentado en casa de Cires para proteger sus amores.

—Mira que esto puede tener para tí consecuencias funestísimas: es demasiado apurar la broma.

—No importa, es preciso que me hagas este servicio y otro mas que te pediré oportunamente.

No tengo otro camino que este y es preciso pasar por ahí: no hay mas remedio.

El amigo escribió la carta y Rivadavia la remitió á Diaz de manera que éste creyera la habia dejado un viajero que siguió para el Rosario, con carácter de urgente.

Rivadavia habia prevenido lo que pasaba á Isabel, pues era ésta quien debia entregar la carta, diciendo lo del viajero y que la habian dejado en su ausencia.

Cómo habia de dudar Diaz, cuando era su misma esposa quien le entregaba la carta?

Con un aplomo inconcebible en quien mentia por primera vez de su vida, Isabel entregó la carta, que el marido leyó inmediatamente.

La noticia que se le daba era grave, y debia apresurar el viaje, como se le decia, si queria llegar á tiempo.

Diaz no pudo contener una exclamacion de pesar: sentia inmensamente tener que separarse de su familia, pero no podia faltar á un llamado tan imperioso.

Así es que, resolviéndose en el acto, mandó preparar sus mulas y pidió á Isabel le acomodara en las petacas algunas mudas de ropa.

—Que te vás? preguntó ella haciéndose la sorprendida—supongo que no será ahora mismo.

—No, hija mia, pero marchó para Tucuman en cuanto aclare el dia de mañana; es un sacrificio que me impone la carta que me has entregado, y al que no puedo faltar: mira tú misma.

Y alcanzó á su esposa la carta que ésta conocia de antemano.

—En efecto, contestó, y quiera Dios no pase de un temor infundado.

Aquella noche se puso en los preparativos del apurado viaje, arreglando las petacas de la ropa y el carguero de provisiones, pues entonces y hasta ahora muy poco tiempo, se viajaba hasta con el agua necesaria.

Cuando vinieron, como lo hacian todas las noches, Rivadavia y su amigo, se mostraron sumamente sorprendidos del improvisado viaje, aunque conviniendo con Diaz en que no le quedaba otro recurso.

—Espero que seguirán viniendo á acompañar la familia, les decia el viajero, socorriéndomela en todo lo que pudiera necesitar.

—A ese respecto puede usted estar completamente tranquilo, decia el travieso estudiante; aunque la presencia del jefe de la casa no se reemplaza con nada, trataremos de hacer llevadera su ausencia.

Despedidas las visitas á una hora conveniente, Diaz se recogió para estar listo á marchar en cuanto apuntara la mañana.

Diaz no quiso despertar á su esposa—apenas apuntó la luz del alba, dió un beso á la pequeña Dominga, y salió sigilosamente para no incomodar al resto de la familia.

A la salida se encontró con Rivadavia, que le esperaba para acompañarlo un par de leguas.

Sumamente agradable fué al viajero esta sorpresa, agrado que manifestó efusivamente.

Rivadavia habia pegado aquel buen madrugon, no porque tuviera interés en ser agradable á aquel hombre á quien iba á arrebatárle cuanto amaba en la vida.

Es que era tal su ansiedad por verlo partir, que le parecia que si no lo acompañaba no realizaria nunca el viaje.

Además, queria tener la seguridad de que se habia ausentado y que no pararia hasta llegar á Tucuman.

Insensiblemente Rivadavia acompañó al viajero unas ocho leguas, al cabo de las cuales se separaron, dispidiéndose Diaz hasta dentro de un mes.

El jóven, con el pretexto de darse un descanso, se quedó allí hasta perderlo de vista, permaneciendo todavia un par de horas hasta que se hubo convencido de que Diaz no volveria más.

Cuando el jóven regresó á Córdoba era ya mediodia, é Isabel estaba impaciente por verlo para que resolvieran cuándo debia ser la partida.

El jóven explicó su demora y le dijo que era conveniente esperar la noche, para salir cuando nadie pudiera verlos, y así mismo usando de las mayores precauciones.

Rivadavia se habia proporcionado cuatro mulas fuertes, con las que tenian de sobra con que llegar al Rosario.

Allí tomarian caballos y seguirian siempre por tierra hasta Buenos Aires, única manera de hacer perder la pista y pasar desapercibidos.

Felizmente Isabel montaba perfectamente á caballo y el viaje, aunque largo, no podria causarle ningun mal.

Habian resuelto además viajar durante la noche descansando de dia en los ranchos del camino.

Rivadavia se fué á su casa para tenerlo todo

listo á la hora fijada, pues de su casa se habia de emprender la marcha.

No pensaban llevar sinó aquello que importara la comodidad y bienestar de la niña.

En cuanto á ellos, tiempo tenian para proveerse de lo necesario.

Ya hemos dicho que la familia Cires era sumamente rica, así es que Isabel no necesitaba para nada recurrir á lo que debia á la generosidad de su marido.

Reunió todo el dinero y alhajas que provenian de su familia, y éste fué todo el equipaje que sacó de la casa que abandonaba para siempre.

A las diez de la noche, hora en que toda Córdoba dormia, salia Isabel de casa de su familia, llevando en sus brazos á la pequeña Dominga y acompañada del amigo poseedor del secreto.

Rivadavia esperaba ya listo para la marcha, pálido y conmovido hasta el punto de no poder estar en pié con firmeza.

—Es bueno de que no te sorprendas, cuando mas necesitas de toda tu serenidad, le dijo su amigo— consérvate tranquilo que así podrás obrar con mayor tino.

—No me sorprendo, repuso Rivadavia, es que considero tan grande la felicidad que experimento, tan inestimable el tesoro que llevo, que por todas partes veo manos tendidas para arrebatármelo.

Oh! Isabel querida! no creas yo que un corazón humano pudiera alcanzar tanta suma de felicidad!

Y ambos jóvenes se oprimieron en un estrecho abrazo, teniendo en el medio á la preciosa niña, que palmoteaba de placer ante aquel paseo inesperado.

Rivadavia tenia todo arreglado: agregó á sus petacas dos paquetitos que le dió Isabel, colocó en su cintura un par de pistolas y se dispuso á marchar.

—Un encargo que debes cumplir al pié de la letra voy á hacerte, dijo al amigo.

—Yo te voy á acompañar unas leguas.

—Ni lo pienses: debes quedarte, porque para servirme es necesario que nada dês á sospechar de tu participacion en nuestra fuga.

—Conforme entónces, me quedo: encarga lo que quieras.

—Cuando vuelva ese hombre, añadió Rivadavia, y sepa lo que ha sucedido, ha de tratar de buscarnos.

Si sus indagaciones no pasan de Córdoba, puedes permanecer tranquilo, pero en cuanto veas que trata de marchar á Buenos Aires, me haces un chasque, cueste lo que cueste, con el encargo de ganar tiempo, aunque tenga que reventar cuanto caballo monte.

—Marcha tranquilo á ese respecto, que á falta de chasque marcharé yo mismo.

Ea, pues, feliz viaje y hasta la vista que será pronto, pues dentro de poco marcharé yo tambien.

—Yo tambien deseo hacerle un encargo, dijo á su vez Isabel, reclamando para mí su último servicio.

—Sin cumplimiento ninguno disponga usted de mí en lo que me crea útil.

—Pues bien, agregó la jóven con voz temblorosa, cuando vuelva....ese hombre, trate usted de que reciba eso de cualquier modo; y le entregó una carta.

Puede usted tambien ir tranquila, replicó el jóven tomándola — la recibirá un momento despues de haber llegado.

Aquella carta contenia estas palabras:

«Perdona que te deje, pero no es mia la culpa; sigo la ola que me arrastra sin preocuparme del fin de la jornada.

Yo no soy culpable, pues bien sabes que nunca te amé; mia no es la culpa si te casastes con una mujer que sabias no te amaria nunca.

Sé que mas que á mí, vás á sentir á la pequeña Dominga que creias tu hija.

No la sientas porque no es tuya; yo me voy, sí,

pero nada te llevo, puesto que mi corazón y mi hija no son tuyos.

Perdona el mal que puedo causarte con la determinación que tomo, pero qué quieres, el destino me arrastra con fuerza imponderable.

Nunca más nos volveremos á ver. Recibe, pues, la última palabra de

Isabel. »

Entregada la carta, Rivadavia ayudó á subir á su amada sobre una mula, subió él en la otra y tomando en sus brazos á la pequeña Dominga, dió el último adiós á su amigo.

Cinco minutos después los viajeros salían de la católica ciudad sin haber sido vistos por persona alguna.

Rivadavia llevaba un arriero de su confianza, dueño, como era natural, de su secreto.

Querían hacer el viaje cortando campo y necesitaba un buen vaqueano que al fin de dos días lo llevara nuevamente al punto de partida.

Caminaron toda la noche, apurando el paso cuanto les era posible, y encontrándose á la mañana siguiente con que habían hecho una larga jornada.

Ellos no se habían apercibido de la distancia recorrida, arrobados con la conversación más apasionada, y contemplando á la pálida luz de la hermosa luna, á la hermosa Dominga, que dormía deliciosamente en los brazos de su padre.

Cuánto proyecto lleno de poesía y encanto brotaba de los labios de los dos jóvenes.

—Ahora somos el uno para el otro, decía ella, dueños absolutos de nuestro tiempo y de nuestra vida, no andaremos ya soñando con todo género de peligros y sofocando el corazón dentro del pecho para ocultar sus latidos!

—Ya no tendré que robar las caricias de mi hija, ni ocultarme para contemplar el cielo de tu frente y los astros de tus órbitas, decía él.

Ya no tendré que espiar los movimientos de áge-

nos ojos, para enviarte con los míos todo el cariño de mi alma.

Mia! por siempre mia! exclamaba entusiasmado, pudiendo calmar la sed de mis labios sobre tu frente bella, cada vez que contemple tu suprema belleza.

Y hablando así aproximaban sus mulas todo lo posible, para cambiarse un beso.

Y era tal el arrobamiento que experimentaban, que ni una sola vez la sombra del desgraciado Díaz cruzó ante sus espíritus.

Todo lo que no era ellos mismos, había desaparecido de su pensamiento.

Solo interrumpían sus caricias para prodigarlas un momento á la preciosa niña.

Cuando la luz del día empezó á asomar sus primeros rayos, dejando distinguir las personas, Rivadavia pidió al guía, que según lo convenido los llevara donde poder esperar la noche para seguir el viaje.

—Una legua más, contestó éste, y llegaremos al primer ranchito que le indiqué, para lo cual hemos tenido que apartarnos mucho del camino.

—Mejor que mejor, ya te dije que, aunque viajamos de noche, prefiero cortar campo y alejarme del camino todo lo posible.

Anduvieron todavía una legua, como lo había dicho el guía, llegando por fin á un ranchito miserable.

Allí vivían unos parientes del arriero y los jóvenes pudieron ocultarse durante el día, pasando por un matrimonio que venía de San Juan.

Como de todos modos allí no podían hablar nada por temor de ser oídos, se entregaron al reposo, no solo para descansar la mala noche pasada, cuanto para estar fuertes en la larga jornada que les esperaba todavía. .

Aunque la comodidad era poca en aquel pobre ranchito, había sueño y cansancio que era lo principal.

Cuando se tiene solo veinte años, todas las camas son buenas para reposar la fatiga.

Se duerme lo mismo sobre un colchón de plumas,

que sobre la vereda, lo mismo acostado que parado contra la pared y hasta sobre el caballo.

Cuando los jóvenes despertaron, empezaba á caer la tarde y era hora de prepararse para ponerse en camino nuevamente.

Comieron un churrasco, dieron á la niña un buen vaso de leche y siguieron viaje ya sin observar las precauciones de la noche anterior.

A medida que se alejaban del peligro, el temor iba desapareciendo y empezaban á considerarse en perfecta seguridad.

—Tenemos un mes, por lo menos, ante nosotros, decia Rivadavia, que será lo que tardará en ir y volver de Tucuman; no tenemos pues que abrigar el menor cuidado.

Puede ser que con tu carta se convenza que lo mejor es olvidar lo pasado y conformarse con la dura suerte.

De todos modos, si algo intenta, mi amigo me lo prevendrá con tiempo suficiente para conjurar cualquier mal.

Isabel no dejaba de sentir el pesar inmenso que su carta iba á causar en el espíritu de su marido, pero ya no habia mas remedio que conformarse á lo hecho.

Diaz le habia sido antipático y habia concluido por hacersele odioso, habituándose á mirar en él un enemigo.

Pero en el momento de herirlo, y herirlo de aquella manera, sentia lástima, porque consideraba lo rudo del golpe.

Ella lo heria en su amor propio, en su amor de marido, en su amor de padre y hasta en su vergüenza, no pudiendo menos que temblar á la idea de que Diaz pudiera poner término á aquella situacion desesperante pegándose un tiro.

—No pienses en eso, le decia Rivadavia interpretando su silencio: tú no tienes la culpa de lo que pueda suceder.

Por qué quiso aprisionar un corazon que no le per-

tenecia? por qué amarró á su voluntad ridícula y á su vida tan próxima á la tumba, un corazón que aún no había despertado á las mas tiernas y juveniles manifestaciones?

Él no puede quejarse de tí: es la mano de la lógica la que lo hiere, es la fuerza de la vida en su orden natural la que nos lleva en su ráfaga tibia y perfumada.

Es Dios que le muestra que sus leyes son inmutables y que la juventud no puede aliarse con la vejez; que un hombre viejo podrá inspirar á una jóven un cariño filial, pero jamás un amor ardiente y apasionado, porque no existe la causa que determina el efecto.

—No me pesa lo que he hecho, respondia Isabel, pues siento que lo volveria á hacer cien veces—me dá lástima solamente la amarga desesperacion que vá á sentir ese infeliz.

Piensa en su situacion, piensa en las fibras que le herimos, y tú mismo sentirás lástima, porque tienes talento y un corazón hidalgo.

Yo estoy tranquila porque oigo el sonido armonioso de tu palabra, miro al fondo de mi conciencia y no me arrepiento de lo que he hecho, porque ella no me acusa.

Llevo á mi hija al lado de su padre y no puedo menos que bendecir este momento, aunque el porvenir, por ahora, se me presente sombrío y cargado de nubes.

Dios, que tan clemente ha sido con nosotros, no nos abandonará á mitad del camino: por lo menos tengo esta grata esperanza.

—Dios nos ha de proteger como nos ha protegido hasta ahora: no temas, alma mia, y entreguémonos á la dicha de vernos unidos.

La jornada de aquella noche fué mucho más larga, pues marcharon hasta muy entrada la mañana.

Ahora no trataban ya tanto de ocultarse como de ganar tiempo y poner fin á aquel viaje tan incómodo como pasado.

Ellos se sentían con fuerzas para seguir viajando aunque hubiera sido mayor distancia, pero no sucedía lo mismo con la niña, cuya salud podía resentirse de un momento á otro.

—

Aquella noche primera no fué notada la ausencia de Isabel.

Los sirvientes habian ido á recogerse por su órden á las nueve de la noche, y no estando habitua dos á que su ama los ocupara despues de acostados, ni siquiera habian intentado llamar á sus habitaciones.

Fué recien al otro dia cuando la sirvienta llevó la leche para la niñita, que notó la ausencia de su señora.

—Se habrá ido á misa, pensó la fiel criada, pero al momento notó que, tanto el lecho de la señora como el de la niñita estaban intactos.

—Es extraño, pensó, la señora jamás ha hecho la cama: es la primera vez que esto sucede, á no ser que alguna de las otras muchachas la haya hecho.

Qué madrugon! nunca ha sucedido esto!

La sirvienta se fué á charlar con sus compañeras, pero resultó que ninguna habia hecho las camas, y como estas no podian haberse hecho solas no habia que vacilar; ó la señora las hizo ó no se habia acostado la noche anterior.

Las sirvientas ni por broma podian sospechar la verdad.

Cómo suponer que su ama, á quien tenian por la personificación de la virtud, fuese capaz de fugar con su amante, dando un escándalo fabuloso?

Todo lo hubieran pensado y creído menos aquello.

Decidieron pues esperar á que se levantara el resto de la familia para indagar dónde estaba la señora, ya que ellas no podian ni siquiera suponerlo.

Pero se encontraron con que la señora y las otras niñas sabian tanto como ellas mismas.

Al ser preguntadas éstas dónde estaria la señora Isabel, respondieron naturalmente: habrá ido á la iglesia; mas ante la observacion de que las camas estaban intactas, la familia entró en cuidado.

Es cierto que Isabel podria haber tenido la escen- tricidad de hacer su cama y la de la niñita antes de ir á misa, pero el tiempo pasaba, eran ya mas de las diez de la mañana y no volvian.

Despues de esperar hasta las once, se decidió man- dar á casa de fray Andrés, pues ya daban por hecho que á Isabel ó á la niñita debia haberles sucedido algo.

Fray Andrés acudió en el acto justamente alar- mado, porque lo que sucedia era demasiado grave.

Él habia estado temprano, segun su costumbre, á tomar el chocolate con Rivadavia, pero allí se encon- tró con que el jóven se habia preparado para un viaje la tarde anterior sin haber manifestado á qué punto se dirijia, suponiendo que debia tardar algun tiempo porque habia dejado chanceladas todas sus cuentas.

—Adónde ¿diablo se ha ido éste sin decirme nada? se preguntó el fraile dándose un golpe en la frente.

A no ser que haya sido una cosa tan imprevista que no le haya dejado el tiempo material de preven- írmelo. . .

Ya me lo avisará, no hay que apurarse!—y regresó á su casa á tomar el chocolate con gran sorpresa de su ama de llaves.

Pero cuando el padre supo lo que pasaba en casa de Cires, cuando le dijeron que el aposento estaba intacto y que parecia que Isabel no habia pasado allí la noche, una sospecha como un rayo de luz cruzó por su espíritu.

Producida la sospecha empezó á recordar ciertas cosas que antes no le habian llamado la atencion: ciertas frases de Rivadavia, la antipatia creciente de Isabel por su marido, hasta que no le quedó ya la menor duda.

Isabel debia haber huido con el jóven, aprovechando la ausencia de Diaz, y sabe Dios dónde se habrian dirigido.

Y mientras mas pensaba el fraile, mas claramente veía confirmada su sospecha.

—Voy á hacer mi última pesquisa, pensó: si Isabel ha huido para no volver mas, segun me lo presumo, es en los objetos de su propiedad donde ha de haber quedado el mas claro rastro—busquemos allí

—¿Usted sabe, dijo á la madre, dónde Isabel tenia guardadas sus joyas y su dinero?

—Cómo no? exclamó la buena señora, sofocada por la angustia, están en los cajones de la consola negra que yo le regalé.

—Pues vaya en un momento á su cuarto y vea si allí están todas las joyas—es allí donde vamos á encontrar la luz que necesitamos para presumir el paradero de Isabel.

La señora fué al aposento de Isabel, donde revolvió los cajones con verdadera ansiedad, regresando al instante donde habia quedado el fraile.

—Es extraño, sumamente extraño lo que pasa, dijo volviendo con algunas joyas de deslumbrante pederia.

Aquí están estas joyas que son las que Diaz regaló á Isabel antes y despues de casarse—las conozco perfectamente.

Ahora, todas las alhajas que le habia regalado yo, su padre, y sus parientes, como regalo de bodas, han desaparecido del paraje donde estaban.

Las he buscado en otros muebles, pero inútilmente; las han sacado junto con una suma de dinero que le regaló su padre, y que casualmente ayer mismo me dijo conservaba intacta.

—Pues ya no hay duda, exclamó el fraile muy com-punjado, mis sospechas se confirman de todos modos.

—Pero qué sospechas son esas, por Dios? han muerto á mi hija para robarla, ó la han robado á ella misma?

—No, hija mía, por ese lado puede usted estar tranquila: la sospecha que yo tengo es de otra clase, aunque tan triste como lo que usted dice.

—Pero qué es ello, Dios mío? preguntó la señora dolorosamente—diga usted pronto porque la angustia me mata!

—Pues, señora, lo que yo sospecho es que Isabel se ha ido huyendo de su marido, sabe Dios dónde.

Un rayo que hubiera caído á los piés de la señora no la habria dejado mas estática.

—Huir mi hija, exclamó pálida y llorosa, huir mi hija! pero por qué? para qué? adónde?

—Triste es decirlo, gimió fray Andrés, sorbiendo una enorme narigada de rapé, pero para mí, Isabel ha sido tentada por el infierno y ha huido en compañía de un amante y ese amante no puede ser otro que Rivadavia.

—Ella! mi Isabel, tan cristiana y tan pura! eso es imposible, gimió la buena señora.

Usted que conoce sus pensamientos mas íntimos, la inocencia de su carácter, cómo puede suponer una cosa tan horrible?

Ella manchando las canas de su padre, la frente de su marido y á su hija misma!

No señor, eso no puede ser y no lo creeré nunca! mi Isabel es incapaz de una maldad semejante y de un escándalo tan vergonzoso.

—Yo no lo juraría aún, exclamó el fraile, pero desgraciadamente mis sospechas son demasiado vehementes y se han ido confirmando una á una.

Y refirió á la señora cómo se habia encontrado aquella mañana con la ausencia repentina del joven Rivadavia, de cuyo viaje no le habia hablado á pesar de la ilimitada confianza que con él tenia.

En seguida agregó todos los pequeños incidentes en que antes no habia reparado, llegando á esta conclusion terminante:

—La ausencia de las joyas que le vienen de su familia, es lo que mas corrobora mis temores, conociendo como conozco á Isabel.

Ella es demasiado altiva para llevar nada que le hubiera regalado el hombre á quien ha abandonado, y por eso ha llevado aquellas joyas que le ha regalado su familia y el dinero que le dió su padre, que nada tienen que ver con su marido ni nadie puede echárselo en cara.

Lo que éste le ha regalado, lo que viene de su mano lo ha dejado allí, significando que no quiere llevar de él ni siquiera el recuerdo de que ha existido.

—Pero su hija! exclamó la pobre señora llorando siempre —su hija! cómo tiene valor esta desventurada de arrancar á su padre una hija, para hundirla en la vergüenza y arrebatarle un porvenir que ella no puede reemplazarle sinó con otro de opr obio y de maldad?

—Es que, exclamó el fraile sospechando la verdadera causa que habia guiado la accion de Isabel— es que... y no se atrevió á decir lo que pensaba.

Era indudable para él ya que la relacion amorosa de los jóvenes venia de mucho tiempo atrás y entónces era muy posible que aquella niña no fuera hija de Diaz, que no habia tenido sucesion al principio de su matrimonio.

—No hay remedio, pensó, estoy en el verdadero camino; pero no se atrevió á decir nada á la madre: era demasiado duro y violento el golpe, para darlo encima del que ya habia recibido.

—Pero si lo que usted dice es cierto, cómo vamos á hacer para encubrir la afrenta que nos infiere mi desgraciada hija? qué vamos á decir á su marido cuando vuelva?

Y la pobre señora lloraba sin consuelo ante las consecuencias de aquel terrible suceso, que bien pronto se conocería en toda Córdoba.

—Pero mi hija debe estar loca! esto no puede hacerse en su sano juicio, padre mio.

Ah! los estudiantes! los estudiantes! y fué V. quien lo trajo y lo recomendó, padre mio! quién habia de creer á ese jóven capaz de semejante villanía!

—Es que Isabel tenía una aversión tremenda por su marido! exclamó el fraile tratando de desechar aquel cargo—ella nunca lo había amado, y últimamente su presencia le fastidiaba horriblemente—yo lo sé porque ella me lo ha confesado y porque él me ha pedido varias veces la aconsejara tratando de vencer esa antipatía que rayaba ya en repugnancia.

El jóven ha aprovechado esa circunstancia; el corazon de Isabel, enfriado por el hielo que debia establecer la diferencia de edades, ha sido impresionado al contacto de un corazon jóven y lleno de pasión, y el mal se ha producido tal vez sin instarlo ellos mismos.

Quien se iba á figurar que tal sucediera aquí, bajo la mirada de todos, de su propio marido que debió cuidar mas de lo que lo ha hecho á su mujer, expuesta por la edad y la inexperiencia á todo género de peligros?

Todos tenemos nuestra pequeña parte en el mal causado é irremediable por desgracia, y el que mas va á sufrir es Diaz, quien mayor culpa tiene.

Él que no poseía para su mujer ni siquiera el atractivo natural de la edad, debia haber estado sobre aviso, y cuando notó que su mujer no lo amaba, haberla apartado de los malos tropiezos de la vida, haciéndoselos palpar.

Por qué se ausenta á viajes tan largos sin llevarla?

Porque la deja al lado de su familia, dirá?

Pues eso no es bastante y la prueba que no es bastante la tiene usted palpable y latente: y lo peor es que el mal causado no tiene ya remedio.

La pobre señora estaba verdaderamente desolada.

Aquello era terrible, pues era un escándalo social cuya mancha alcanzaba á todos, mancha mas dolorosa cuanto la familia de Cires ocupaba el rango mas prominente en la sociedad cordobesa.

La chusma se cebaría en los comentarios de aquel escándalo sin precedente, pues era la primera dama que huía con un amante, abandonando el hogar pa-

terno y el propio hogar, que habia constituido un verdadero santuario.

Adónde iria aquella infeliz á exhibir su vergüenza y pregonar su falta?

Y la pobre señora lloraba de una manera conmovedora, hundiendo sus manos crispadas por el dolor entre la plata de sus cabellos.

El fraile, ante tanto dolor, tuvo que consolarla con alguna esperanza que estaba bien lejos de alimentar él mismo.

—Pero todavia no hay motivo para tanta desesperacion, dijo, puesto que solo se trata de una sospecha mas ó menos fundada.

Las apariencias suelen engañar y tal vez Isabel no sea culpable, ó por lo menos podrá evitarse el escándalo público y ocultar aún á Diaz todo lo desesperante de su situacion.

Yo voy á salir á hacer algunas indagaciones esenciales, y por lo menos, V. no debe desesperarse de esta manera hasta que yo no vuelva, que tal vez sea con la misma Isabel, si no es que nuestras sospechas son ciertas é Isabel sea culpable en el grado que la creemos.

Aun es temprano: su ausencia se puede disimular de mil maneras, porque nadie puede atreverse á pensar la verdad.

Dios es infinitamente misericordioso y no se debe abandonar nunca la postrer esperanza cuando se ha puesto el corazon en él, é implorado su ayuda.

—Pues bien, dijo la pobre señora secando sus lágrimas y encontrando un fuerte consuelo en las últimas palabras del fraile, á pesar de lo bien que éste habia fundado sus sospechas.

Mientras usted va á tratar de hallar el paradero de Isabel, yo voy á orar: tengo fé en que el buen Dios ha de ayudarnos.

—Eso es lo mejor, hija mia: fé en Dios! toda la fé en Dios, para quien no hay imposibles, y espere usted mi vuelta.

Conmovido ante el dolor de aquella pobre señora

y la tremenda desesperacion que se apoderaria de Diaz cuando supiera lo que pasaba, el ~~buen~~ fraile salió de la casa decidido á hacer lo posible para dar con el paradero de Isabel y su hija.

Siendo para él indudable que Isabel habia fugado con Rivadavia, ¿en dónde mejor que en casa de éste podia averiguarse el paradero de ambos?

Fray y Andrés se largó allí, se instaló en la habitacion del jóven, é hizo llamar á la casera.

Un fraile, para una vieja cordobesa, era una autoridad temible cuyo poder alcanzaba hasta la vida eterna, y el fraile que sabia esto, se preparó al interrogatorio, en la seguridad de que, bien interrogada, la vieja vomitaria cuanto supiera.

—Necesito saber la verdad, toda la verdad respecto al viaje del jóven Rivadavia, porque va en ello sérios intereses: es preciso que usted me diga cuanto sabe, pues de lo contrario cargaria con un pecado inútil, puesto que lo que quiero tengo que saberlo exactamente por mil medios á mi alcance.

Éviteme usted el tener que ocurrir á otros y no se haga cómplice en un delito de los que no tienen perdón de Dios.

—Ay! señor de mi alma! santo señorito, qué yo sé! exclamó la vieja beata, todo cuanto sabia se lo dije á usted esta mañana.

El jóven preparó ayer su viaje y cuatro buenas mulas, con Pedro el arriero: me llamó, me pagó lo que me debia y me dijo que se iria poco antes de la madrugada, y que no llevaba nada de lo que aquí tenia, porque pronto habia de volver.

—Eso es todo lo que el jóven le dijo á usted? no ha agregado mas nada?

—Eso es todo, santo señor! puedo jurarlo por la salvacion de mi alma.

Y la vieja se arrodilló y se preparó á pronunciar el mas formal juramento.

—Lo creo, dijo fray Andrés haciéndola levantar, pues no me supongo que haya ser alguno que busque la condenacion eterna sin un motivo poderoso, que

usted no tiene, y haciéndose acreedora á un tremendo castigo.

Convencido entonces, de que Rivadavia no ha dicho á usted una sola palabra más, me va usted á contar ahora todo lo que usted ha visto y ha sospechado de este viaje.

Cuidado con ocultar lo mas mínimo, porque la justicia de Dios es rápida y segura: recuerde que no hay consideracion en esta vida, por la cual debe renunciarse á la felicidad de la vida eterna y atraer sobre sí la cólera del Señor.

—Esto ya cambia de especie, exclamó la beata sintiéndose trincada por el hábil y astuto fraile.

Yo no puedo decir que el jóven me ha dicho lo que no me ha dicho, pero sí puedo contar al representante de Dios que me lo pregunta, lo que yo he visto, sin querer, naturalmente, y lo que he podido sacar en limpio.

La vieja se puso en condiciones cómodas para dar gusto á la lengua, y refirió al fraile cuanto habia visto y sospechado.

—Ya me habia llamado la atencion este viaje tan sigiloso y á cuatro mulas, dijo, tanto, que me propuse no acostarme hasta no verlo marchar.

Me encerré en mi cuarto, á oscuras, para no ser vista, y por una rendija del postigo que casualmente habia quedado abierto, pude imponerme de lo que sucedia.

Rivadavia se paseaba muy agitado de un lado á otro, mientras se acomodaban las mulas.

Como dos de las mulas estaban ensilladas y una de ellas con mentura de mujer, me dije—aquí hay gato—y me preparé á saberlo todo por el postigo que la casualidad dejó entreabierto.

A eso de las diez de la noche llegaron dos personas mas, acompañadas de una niña, que estuvieron hablando un largo rato con Rivadavia.

Hablaban algo como de viaje á Buenos Aires y que era preciso obrar con mucha cautela para no ser sentidos.

La mujer era linda como no he visto otra y estaba contenta y sonriente como si aquel viaje le causara un placer inmenso.

Mucho tiempo estuvieron conversando, hasta que al fin se decidieron á marchar.

Se despidieron del amigo, á quien ella entregó una carta, y Rivadavia con la mujer hermosa y la niña montaron en dos mulas y se alejaron.

Esto es todo lo que puedo decir, porque es todo lo que he visto, concluyó la vieja: puede usted preguntar ahora lo que quiera, que si algo sé le diré lo mismo.

—Y quién es ese otro jóven que los acompañaba? preguntó el fraile á quien la relacion de la beata habia conmovido profundamente, porque no tenia ya duda de que todas sus sospechas habian sido ciertas.

—No le pude ver bien la cara porque me dió siempre las espaldas, pero casi tengo la seguridad de que es ese otro jóven de Buenos Aires que siempre venia á verlo: usted lo conoce muy bien.

Gimenez, pensó el fraile; es necesario que yo vea esa carta, pues aun es tiempo de alcanzarlos y deshacer lo hecho, evitando sus consecuencias.

—No repita usted á nadie lo que me ha dicho ahora, dijo fray Andrés poniéndose de pié, si no quiere usted que le sobrevenga alguna desgracia.

Y yo me voy ahora porque no debo perder tiempo, pero he de volver.

—Deme su bendicion, padre, sinó no quedaré tranquila.

El fraile echó á la beata un par de canchadas en forma de cruz aérea y salió á camppear á Gimenez.

Todo su afan era descubrir el punto á que los amantes se habian dirigido, para darles alcance y hacerlos volver, convenciéndolos de la terrible situacion que provocaban.

El inocente fraile creta que el amigo le revelaria el secreto y que los fugados aceptarían sus razones hasta el extremo de volverse atrás.

En cuanto Gimenez vió aparecer al fraile comprendió á lo que iba y se puso en guardia.

Era el jóven un liberalote de tomo y lomo, contra el cual no habia fraile capaz de luchar; así es que los trabajos del buen fraile iban á estrellarse contra una voluntad inconvencible.

El fraile tomó asiento frente al jóven y despues de algunos rodeos se fué derecho al asunto.

—Usted comprenderá á lo que vengo, dijo: usted ha acompañado á Rivadavia en la locura que ha hecho y debe saber adonde se han dirigido.

Yo le pido á usted me lo diga, para alcanzarlo y mostrarle que aquello es una locura terrible, porque ella envuelve la desgracia y la vergüenza de una familia entera.

Yo conozco el noble corazon de Rivadavia y tengo la seguridad de que no desoirá mis ruegos y así se habrán evitado muchas desgracias.

El fraile hablaba de aquella manera bondadosa, comprendiendo que era la única que influiria en el espíritu de Gimenez.

Se trataba de hacer una súplica á Rivadavia, súplica que atenderia ó no, pero que no podia causarle el menor mal.

—A la hora que yo cante, pensó el jóven, que por sistema y por instinto desconfiaba de los frailes— á la hora que yo cante, detrás de la súplica vá la Policia y me lo traen como chorlitos—no hay que fiarse de frailes!

Y tomando un aspecto sério y comedido, replicó:

—Yo ayudaria á usted de corazon, en empresa tan noble, pero el caso es que usted me habla de cosa completamente desconocida para mí—no sé á qué se refiere usted.

—Usted ha acompañado á Rivadavia y sabe que se ha ido con la señora de Diaz, que ha encomendado á usted la entrega de una carta.

Es inútil negarlo, amigo mio, porque lo sé todo: ayúdeme á llevar á cabo una accion que tiende á evitar mayores desgracias, desgracias incalculables.

Y empezó á demostrarle cómo se podía remediar lo hecho y evitar así consecuencias terribles.

El jóven vió que era ridiculo negar la participacion en el asunto, porque el fraile estaba tan bien informado y le era sumamente violento seguir mintiendo. Así, decidido á afrontar la situacion tal cual se le presentaba, reflexionó un momento y dijo:

—Todo lo que usted dice puede ser exacto, pero hay este inconveniente insalvable: poseo el secreto depositado en el seno sagrado de la amistad y he empeñado mi palabra de no revelarlo bajo ninguna forma.

El fraile empezó entonces á agotar todos sus recursos para arrancar al jóven su secreto, pero todo era inútil, no habia argumento capaz de arrancarle una palabra.

—Mire, señor, dijo por fin, es completamente inútil todo cuanto usted pueda decirme: yo no diré nada que se refiera al viaje de Rivadavia, porque he prometido callarlo, y á un hombre que ofrece guardar un secreto, cuando ese hombre es como yo, es perfectamente inútil tratar de arrancárselo.

El fraile empezaba á perder los estribos ante la firme obstinacion del jóven, y viendo que no habia argumento mundano capaz de convencerlo, echó mano á los argumentos divinos, como último y eficaz recurso.

—Si usted no me revela el paradero de los fugitivos por las razones poderosas que le he expuesto, hágalo por lo menos para tranquilidad de su conciencia y salvacion de su alma.

Dios no puede ser indiferente á las malas acciones de los hombres, y el que no cumple con sus deberes aquí en la tierra, no espere en el cielo sinó el justo castigo que Dios le impondrá.

—Dejémos de embromar, señor padre, que no está usted hablando con una beata y está de más mentar el nombre de Dios en estas cosas de la tierra.

Si Dios tuviera tiempo para preocuparse de este

gusano miserable que se llama hombre y de este átomo que se llama tierra, otro gallo nos cantaría á todos.

Dios tendrá demasiado que hacer para ocuparse de nosotros, y si se ocupara, no creo que me conquistaria su cólera por el delito de haber guardado un secreto que me confió un amigo.

Tengo yo otra idea de la grandeza de Dios, señor don Andrés, para que en mi espíritu puedan hacer impresion esas palabras.

No mezclemos entonces á Dios y convénzase usted que mi secreto está bien guardado.

—Entonces tendré que valerme de la autoridad para obligarlo á hablar? estoy decidido á todo y nada me detendrá.

—Peor, cincuenta veces peor, estimado amigo, porque con ello solo logrará aumentar el escándalo, hacer mas público aún lo que tanto quiere ocultar, sin conseguir hacerme hablar.

Llévese de mi consejo, don Andrés, que es el mas cristiano: indague usted por ahí todo lo que pueda, y buen provecho le haga.

Lo que es por mí, renuncie usted á saber la menor palabra, y habrá ganado por lo menos una buena suma de tiempo y de paciencia.

Don Andrés se convenció al fin que por Gimenez nada sabia y se decidió á emprender sus averiguaciones por otro lado y sin recurrir á autoridad, pues como le habia dicho el jóven, aquello serviria solo para aumentar la publicidad y por consiguiente el escándalo.

—Pero la carta que le han dado, la entregó usted ya? agregó batiéndose en retirada.

—No, y me será imposible hacerlo hasta dentro de quince dias por lo menos; esa es cuestion mia y de la persona á quien va dirigida.

—Y qué inconveniente tiene usted en nombrarme esa persona? yo me contento aunque solo sea con saber su nombre.

—Hay el inconveniente de que no estoy autori-

zado para ello y no sé hasta qué punto faltaría á mi deber revelando ese nombre.

En la duda, me abstengo y de este modo quedo tranquilo sin la preocupacion de si habré obrado bien ó mal.

—Lo que usted hace no es bueno, jóven: usted podrá tal vez ahorrar muchas lágrimas accediendo á mi pedido, y se niega á hacerlo.

Esto importa una dureza de corazon que estaba muy lejos de esperar de usted.

—Prevengo al señor don Andrés que no estoy dispuesto á sufrir roncadas de nadie, ni apreciaciones inofensivas de mi conducta.

Conténtese con lo que le he dicho, que algo es algo, pues si usted cree que obro mal, yo tengo la conciencia de obrar como debo.

Hemos concluido entonces, puesto que nada mas tengo que agregar.

El fraile se retiró de casa de Gimenez verdaderamente dado al infierno.

Con dos palabras del jóven se podia aún dar alcance á los fugitivos y remediar el mal causado, ¿pero quién se las arrancaba?

Como su idea era que hubieran emprendido viaje á Buenos Aires, enderezó sus averiguaciones por aquel camino, indagando de los buenos paisanos que por allí vivian, si habian visto la noche anterior dos viajeros con una niña.

Pero ninguno pudo darle la menor razon: Rivadavia é Isabel habian pasado á media noche y los buenos paisanos que se entregaban al reposo de la fatiga diaria, con el propósito de hacerlo lo mejor posible, ni siquiera habian sentido el paso de las mulas y el rumor de la conversacion.

El fraile se habia entregado á aquella averiguacion tenaz, guiado por el único propósito de evitar mayores desgracias, ocultando á Diaz lo que habia pasado, ocultacion que habria podido hacerse con el pronto regreso de Isabel.

Pero al fin tuvo que declararse impotente, entre-

gándose á la desesperacion que le sujeria este pensamiento que saltaba sin cesar en su imaginacion:

—Qué hará Diaz cuando sepa la tremenda desgracia que pesa sobre él.

Qué hará este ser desventurado cuando vea ausentes del hogar, y ausentes para siempre, los dos seres que mas amó en la vida, sobre todo la niña en quien habia concentrado todo su cariño?

El buen fraile amaba verdaderamente á la familia de Cires y se sentia conmovido ante la desgracia sucedida.

Peró qué hacer para conjurar mayores males?

Apesadumbrado hasta las lágrimas volvió á la casa é hizo saber á la madre de Isabel la ruda verdad de lo que sucedia.

Ya la noche avanzaba, y la ausencia de la jóven dama no podia ocultarse de la servidumbre, que andaba azorada sin atreverse á comunicarse lo que pensaban.

El fraile dijo que Isabel estaba enferma en casa de unos parientes donde habia ido aquella mañana, pero aquello solo habia servido para avivar mas la maliciosa curiosidad de los criados.

El fraile envió chasques y emisarios de toda su confianza para que hicieran una prolija indagacion en todo el camino, pero esto no dió el menor resultado.

De la manera como habia viajado Rivadavia, sobre todo en las primeras leguas, era imposible averiguar nada.

Los emisarios fueron volviendo uno tras otro, matando todas las esperanzas del fraile con sus respuestas negativas.

No habia mas que conformarse con lo sucedido y prepararse á soportar las consecuencias.

—No hay pues remedio, por ahora, dijo á la madre de Isabel, sinó rogár á Dios para que no suceda una desgracia mayor.

Las primeras consecuencias no tardaron en hacerse sentir.

Las averiguaciones del fraile por una parte, y las murmuraciones de los criados por otra, empezaron á desparramar esta noticia vergonzosa, mas vergonzosa aún por el rango que ocupaba la familia de Cires:

« La señora Isabel ha abandonado su casa, llevándose á su hija. »

—Y con quién ha huido la señora? fué la primera pregunta que todos se dirigieron.

La respuesta no era tan difícil en una ciudad tan pequeña en poblacion, donde los menores acontecimientos eran conocidos al momento.

Junto con la noticia de la desaparicion de Isabel, circuló esta otra, que era la respuesta á la pregunta que todos se hacian:

« El jóven Rivadavia se ha ido á Buenos Aires repentinamente, sin dar aviso de su viaje y sin siquiera despedirse de las personas de su relacion, que eran las primeras familias de la buena sociedad cordobesa. »

El vulgo ligó las dos noticias de tal manera, que poco despues se decia en toda la ciudad:

—La mujer de Diaz ha huido con el jóven Rivadavia llevándose su hija.

Y el comentario que surgia naturalmente era este:

—Qué vá á hacer ahora el marido cuando vuelva y se encuentre que su ausencia ha sido tan bien aprovechada?

Y los envidiosos de la fortuna de aquella familia por una parte y los desocupados por otra, se entregaban á los comentarios mas sangrientos y vergonzosos.

La familia de Cires se encerró en la casa sin atreverse á salir á la calle, pues por todas partes veían sonrisas hirientes, miradas llenas de sarcasmo y maldad.

Isabel no habia calculado indudablemente la magnitud del paso que daba, de otro modo la propia vergüenza la hubiera contenido.

Aquella familia vivia además agobiada por una incertidumbre que devoraba todas sus horas de reposo.

Qué iba á decir, qué iba á hacer Diaz á su regreso?

La leyes de aquella época le permitian represalias terribles, pues la mujer que tal paso daba se exponia á una série de peligros reales.

Quince dias pasaron en que, atontados por el golpe recibido, no midieron todo el abismo que Isabel habia abierto á sus piés.

Toda Córdoba conocia el hecho en sus menores detalles, y habia quienes se permitieron darse infulas de conocer hasta la época de que databan las relaciones amorosas de los dos jóvenes.

La vieja en cuya casa vivia Rivadavia, por darse tono de mejor informada, habia lanzado mil mentiras que la curiosidad pública recibia con ansiedad y trasmitia al ludibrio de la crónica escandalosa.

Y todos se preparaban á lo mas interesante: lo que haria el marido cuando supiese todo el peso formidable de su afrenta.

El único que esperaba tranquilamente los sucesos, para obrar segun ellos se lo indicaran, era Gimenez, espiritu fino y firmemente leal.

—El fraile tal vez diga que yo soy el cómplice y el culpable y sobre mí se estrellará la primera ráfaga de la tormenta; pero qué importa, ya nos compon-dremos de manera á desviarla.

Y así pasó un mes largo, sin tenerse noticias ni de Isabel ni de Diaz.

Empezaban á creer que éste, teniendo en Tucuman noticias de lo sucedido, no volveria mas á Córdoba, cuando una mañana entró á la casa de la familia, cuando menos lo esperaban.

En su aspecto sombrío se conocia que algo trémulo pasaba en su corazon y que hacia esfuerzos por ocultarlo.

Sabia ya lo que pasaba?

No, indudablemente, pues aunque su aspecto era

sombrío, era reposado el ademán y su mirada tranquila y despejada.

Una sola pregunta que dirigió á su suegra les hizo comprender que nada sabía aún.

—Dónde está Isabel? y Dominguita? preguntó, despejando el ceño de su frente.

Este fué el momento de apuro para la buena señora.

La lengua se le trancó en el paladar y para salir del apretado paso, repuso :

—Ha ido á misa, no tardará en volver.

Díaz pasó á sus habitaciones siempre ceñudo y preocupado.

Hé aquí la causa de aquel ceño que nadie comprendía, desde que él ignoraba lo sucedido.

—

Díaz había salido de Córdoba, dominado por un desaliento que él atribuía al estado de su hermano, á quien él amaba estrechamente.

No podía explicarse el estado de su espíritu y un peligro que lo amenazaba del lado de Córdoba, peligro que, aunque lo presentía, no podía darse cuenta cuál fuera.

Acompañado por Rivadavia, la primer jornada la hizo distraído y pensando solo en su pobre hermano, cuyo estado alarmante le hacia temer no llegar á tiempo de hablar con él y perdido todo el consuelo de su cariño.

Pero cuando Rivadavia se le separó, se volvió á sentir dominado por un desconsuelo creciente.

—Es raro, pensaba, el corazón suele anunciar las mas terribles desgracias con este desasosiego inexplicable!

Aunque yo he dejado á todos buenos, temo que

alguno haya enfermado—tal vez mi hijita no esté buena!

Muchas veces, pensando así, detuvo la marcha de su cabalgadura, animado por el deseo de regresar, pero otras tantas siguió viaje, conviniendo en que aquello sería una locura imperdonable.

—La vuelta á Córdoba, pensaba, me ocasionaría cuatro ó seis días de retraso, y en estos días perdidos puede morir mi hermano, sin haber podido verlo.

Decidido á llegar cuanto antes, empezó á apurar la marcha andando día y noche, sin detenerse más que el tiempo estrictamente necesario para reposar.

A medida que se alejaba de Córdoba se aumentaba su tristeza: no parecía sino que en Córdoba era donde estaban todos sus temores y angustias.

Cuando se entregaba al descanso, en medio de aquel camino cuya soledad era interrumpida solamente y muy de tarde en tarde por alguna carreta ó arreo de mulas, no cesaba de pensar un solo instante en Isabel y la pequeña Dominga.

Y á intervalos sentía que el corazón se paraba de pronto á impulsos de temores injustificables.

Y pensaba siempre en una enfermedad de su hija querida, que la robara á su amor y á sus caricias.

—Son temores tontos, decía al fin, si algo sucediera ya me habrían mandado avisar por un chasque!

Es que Díaz había sido tan desventurado en su matrimonio, que temblaba ante la idea de perder á su hija, como había perdido el amor de su mujer!

Por fin, después de un viaje lleno de penurias por el estado excepcional de su espíritu, avistó la ciudad de Tucumán, arrancada reciente y heroicamente á la conquista española.

Al ver la ciudad, Díaz respiró con toda la alegría que lo permitía el estado de su espíritu.

Al fin llegaba al término de su viaje y podría emprender el de regreso un par de días después, según todos sus cálculos.

El sol empezaba á ocultarse en el horizonte cuando Diaz entraba á la ciudad.

Sin demorarse en parte alguna, y deseando saber ante todo cómo estaba su hermano, se dirigió á casa de éste, adonde entró con toda precipitación.

La familia estaba reunida en el comedor á cuya mesa acababa de sentarse.

Cuál no seria su sorpresa al ver á su hermano que estaba allí lleno de alegría y gozando de una salud tan perfecta como la suya misma!

No fué menor la sorpresa de todos, al ver entrar á Diaz de una manera tan imprevista, cuando siempre habia anunciado sus viajes anticipadamente.

—Qué sucede que así te apareces como llovido del cielo? le preguntó su hermano abrazándolo cariñosamente: supongo que no será nada desagradable?

—Cómo, qué sucede? preguntó Diaz medio aturrido; te parece poco suceso el estado de tu salud y sobre todo la carta alarmante que he recibido?

—Mi salud? carta alarmante? vamos, vamos. que has venido de buen puño.

Pues siéntate que no podias haber llegado á mejor tiempo, y mientras comemos podemos seguir hablando.

Pero ya las respuestas primeras del hermano habian puesto en cuidado á Diaz.

—Qué, no has estado enfermo? le preguntó, no has estado moribundo? y esta carta, qué significa?—y mostró á su hermano la carta que lo habia obligado á emprender aquel viaje.

—Esta carta? no me la explico, no puedo explicármela, sinó por alguna broma que han querido darte.

—No hay persona capaz de darme una broma semejante, repuso Diaz cada vez mas preocupado, broma que me obliga á emprender un viaje largo é incómodo, durante el cual pasa mi espíritu por la inmensa pena de creerte en peligro de muerte.

—Pues broma tiene que ser, observó el hermano, porque yo, gracias á Dios, he conservado mi salud in-

tegra y esa carta, por su contenido, no es mas que una broma fraguada en Córdoba.

En fin, cenemos, que el viaje te habrá abierto el apetito.

Diaz habia quedado mortificadísimo con aquella revelacion, pero hizo todo lo posible por disimular la espina que se le habia enterrado en el alma.

Aquella farsa no podia ser hecha sinó por una persona que tenia mucho interés en hacerlo salir de Córdoba.

Quién podia tener aquel interés y qué lo motivaba? esto era lo que á Diaz preocupaba de una manera terrible.

Su esposa le habia entregado la carta, pero su esposa debia haber sido engañada, porque su complicidad en aquel enredo importaba un paso que aquélla era incapaz de pensar siquiera.

—Pues, señor, dijo Diaz disimulando al extremo de fingir buen humor, hay que confesar que la broma, aunque pesada, ha sido en toda regla—vaya un gusto, con todos los diablos!

Diaz pensaba que si referia el modo cómo habia recibido la carta y lo mortificado que estaba por no hallar mas explicacion á aquella broma, las sospechas iban á recaer sobre su esposa y esto le hacia sufrir de un modo incalculable.

Diaz no era celoso, jamás habia pensado que Isabel fuera capaz de engañarlo, de modo que aquella vaga sospecha se enterraba en su espíritu á pesar de la voluntad con que la rechazaba.

Luego, si Isabel lo engañaba, si ella habia sido cómplice en la farsa inicua, tenia que haberlo hecho con un hombre.

Y cuál era el hombre de Córdoba capaz de haber seducido á Isabel, á la altiva Isabel, hasta el extremo de hacerle olvidar sus deberes?

El jóven Rivadavia, era el nombre que acudia inmediatamente á su pensamiento, pero lo rechazaba tambien con violencia.

Aquel jóven tan franco y noble, que los trataba

con una confianza fraternal, discreto y expansivo, que lo habia acompañado el dia de su partida, era incapaz de cometer una accion tan ruin y que en su ejecucion no acusaba la menor inteligencia.

Una vez en Tucuman, descubriria la mentira, exponiéndose sus autores á ser tambien descubiertos en seguida.

Qué se proponia entonces con aquel viaje?

Diaz á pesar de todas sus reflexiones y colocándose en las situaciones mas amargas, ni siquiera presumia la verdad de lo sucedido.

Cómo iba á sospechar que Isabel estaba seducida al extremo de abandonar el hogar y llevarse su hija?

Hubiera sido preciso suponer todos aquellos antecedentes de dos años atrás, todo aquel mundo que habia pasado bajo su mirada impasible, sin que su corazon nada le dijera, absorto como estaba en el cariño de su hija Dominga.

Dominga! fué en ella que pensó el buen Diaz como único consuelo á la mayor desventura que pudiera sucederle.

Tan absurdas le parecian sus sospechas y los celos que le habian invadido al descubrir la farsa de que habia sido víctima, que queria ocultarlas hasta de sí mismo.

Le parecia que era un crimen abrigar semejante sospecha y lo desechaba horrorizado.

Aunque sin ningun apetito, comió cuanto le fué posible, siempre fingiendo un franco buen humor, y se puso á charlar en seguida de cosas familiares.

El hermano habia enviado á buscar el firmante de la carta-broma, con lo que quedó constatado que aquélla habia sido falsificada de una manera evidente.

—Pues me la guardo para descubrir al autor, dijo Diaz sonriendo, porque esta broma me la vá á pagar con un viaje á Flandes; ya no se me ocurre otro punto mas lejano.

—Supongo que aprovecharás el viaje para que hagamos un par de nuestros antiguos paseos?

Lo que es los caballos, desde que tú estuviste la última vez creo que no habrán galopado una legua.

—No cuentes conmigo! si todo lo he abandonado por no perder tiempo, poniéndome en camino en seguida de haber recibido la carta.

Mañana mismo sigo viaje á Córdoba, no haciéndolo esta noche, porque al fin y al cabo he de marchar noche y día, ganando estas horas perdidas, por la felicidad de hallarte bueno.

Siempre este es un consuelo superior, despues de haber pasado tanto tiempo en la incertidumbre horrible de si vivirias ó habrias muerto ya!

Esto es lo que no perdono de la broma, pues por lo demás, aunque me cueste separarme de mi hijita, el viaje estaba compensado con estar unos dias al lado de ustedes.

—Pero vás á llegar allí pellejo sobre huesos! cómo vás á regresar sobre el pucho, sin descansar siquiera un par de dias?

—Ya te lo he dicho: en la ansiedad de llegar á tu lado cuanto antes, todo lo he abandonado de improviso sin tener el tiempo material de prevenirlo á las personas que tienen que hacer conmigo, pero estando tú bueno, no puedo abandonar mis asuntos, pues sin objeto alguno sufriria perjuicios de consideracion.

En estos dias no mas, deben haberme llegado de Buenos Aires, artículos que debia haber realizado inmediatamente unos y enviado á Mendoza otros.

Calcula los inconvenientes que va á traerme esta demora.

Cuando pienso en esto, no sé cómo no ensillo inmediatamente y emprendo viaje de regreso.

Todo aquello no eran mas que pretextos de que se valia Diaz para disculpar el apuro de volver á Córdoba.

Cómo confesar que tenia celos? cómo confesar que temia una desgracia de aquella magnitud?

Antes que esto, hubiera demorado su vuelta una semana!

Los hermanos estuvieron de conversacion hasta

tarde, en que Diaz se retiró á acostarse ordenando á sus peones lo recordaran antes de amanecer.

--Decididamente, eres de fierro, le dijo su hermano; el descanso de esta noche, despues de semejante viaje, no puede causarte otra cosa que deseo de descansar mas.

—No digo que no, pero la fuerza de la necesidad es invencible.

En cambio de la corta visita que te hago ahora, te prometo venirme á pasar una temporada en tu compañía, con Isabel y Dominguita.

—Y cuándo será ese milagro?

—Dentro de un par de meses, ya sabes que tengo palabra de rey.

—Ese es el tiempo que necesitarás para reponerte de tan famoso viaje—vuelvo á decirte que eres de fierro!

Los dos hermanos se separaron alegremente para entregarse al reposo, pero Diaz no pudo dormir, ni siquiera intentó hacerlo.

El demonio de los celos habia mordido en su corazon y ya todo lo hallaba posible, aunque queria negárselo á sí mismo.

Recordaba el desamor de Isabel en los primeros tiempos de su matrimonio y el fastidio que su presencia le causaba, precisamente cuando él creia empezar á ganar terreno en su corazon.

Despues del nacimiento de Dominga, que él esperaba que el amor de la hija conquistara el de la esposa, ésta se habia mostrado mas esquivada que nunca y habia huido de él como de un enemigo.

Diaz buscaba la causa de todo esto, y no la hallaba sinó en algun amor oculto de Isabel, por algun otro hombre, y su corazon se estremecia entonces de coraje, sintiendo sobre su frente pálida el peso de la vergüenza!

En seguida buscaba al hombre que podia ser causa de aquel trastorno, y su pensamiento se fijaba entonces en el jóven Rivadavia, con una rara tenacidad.

Recordaba la conducta observada por el jóven en su casa y fuera de ella, y rechazaba en seguida su mal pensamiento, para volver á fijarse en él con mayor insistencia.

Pensando en seguida en las ocasiones que Isabel podia haber tenido para verse y hablar con cualquier otra persona, se abismaba en un caos de dudas.

Isabel hacia una vida completamente retirada, al extremo de no visitar siquiera á sus parientes mismos, sobre todo en los últimos años en que el cuidado de su hija le absorbía todo su tiempo.

En la vida de la familia era ejemplar: eso lo veía él hora por hora y minuto por minuto.

Isabel era además la altivez personificada y la exageracion de toda pureza y todo recato: qué autorizaba á sospecharla capaz de un acto tan incalificable por lo monstruoso?

—Vamos, concluía, yo soy un miserable al pensar esto: solo la edad puedé conducirme á locuras de esta especie!

La edad! era aquí donde el pensamiento de Diaz se detenía con mas tristeza!

¿Con qué derecho él, cubierto de canas, y á la edad en que el ser humano empieza á declinar rápidamente, pretendía conservar ilusion y amor en un corazón jóven que recién se abría á las impresiones de la vida?

Aquello era pretender ligar el frio de las tumbas con el calor de la vida, y tal pretension era un absurdo.

Entonces, sintiendo agolparse las lágrimas á sus ojos, se decía á sí mismo de una manera desesperada:

—Está bien, yo no tengo derecho para pedirle su amor ni para imponerle el mio: yo no tengo derecho para imponerle que me quiera, pero sí lo tengo para exigirle que cumpla su deber: ya que se unió á mí, que no me afrente, que no manche mis canas y la frente purísima de mi hija.

Tengo ese derecho, se repetía exaltándose gra-

dualmente, y para hacerlo respetar, siento arder en mi corazón toda la soberbia de mi sangre española!

Y Díaz se tomaba la cabeza con ambas manos y la oprimía, la oprimía hasta hacerse daño.

Pero pronto volvía la calma á su espíritu, al no encontrar motivos ni razón para sus tremendas sospechas, calma que no era mas que una trégua, pues al momento volvían á renacer las sospechas y los celos con mas vehemencia, con mas desesperación.

Oh! los celos! desgraciado el corazón que les dá cabida! por mas claras que sean las razones, por mas vigorosa que sea la evidencia que muestra el error que se padece, los celos están ahí siempre, oprimiendo el corazón y ofuscando la inteligencia.

Se vé que no hay razón para alimentarlos, que no hay motivos para fundarlos, y sin embargo se sospecha de la mirada distraída, de la ráfaga de aire, del gesto casual, del timbre de la voz y de la luz que se encienda!

A una hora de calma y de juicioso razonamiento, se suceden días y noches de angustia suprema, en que el ser humano se convierte en un animal irracional é irascible, capaz de los mas brutales excesos.

Era esta la situación porque atravesaba Díaz, cuyo espíritu sereno habia reposado siempre confiadamente.

—Esta carta, decia de pronto, estrujando la que motivó su viaje, es alguna venganza infame y estúpida, ajena á toda combinacion amorosa.

Pero de pronto y estrujándola mas fuertemente aún, exclamaba: ay! del miserable que la ha fraguado y ay! de ella misma si ha sido su cómplice y éste el medio de encubrir su infamia!

No quiero pensar en mi venganza, porque temo perder la cabeza y hasta ahora solo se trata de suposiciones.

Es imposible que Isabel Cires sea capaz de cosa semejante—yo le pido perdon por las infamias que he estado pensando!

Como se vé, la razon de Diaz empezaba á vacilar, conociéndolo él mismo.

Es que sus pensamientos desesperantes le hacian ver que él amaba á su esposa de una manera apasionada y con una intensidad de afecto poderosa, que crecia ante el fantástico peligro de perderla.

Toda aquella noche la pasó pensando de esta manera terrible, y por mas que sus celos lo llevaran á pensamientos de verdadero demente, nunca supuso la verdad terrible: Isabel hubiera podido abandonar el hogar para siempre en compañía de su hija!

Si Diaz hubiera sospechado esto, indudablemente aquella noche habria perdido la razon.

Cuando los peones le tocaron la puerta y entró al cuarto en seguida su hermano. Diaz estaba como éste lo dejó la noche anterior.

—Calavera! no te has desnudado siquiera, exclamó aquél al verlo.

—No, porque no valia la pena de hacerlo para vestirme dos ó tres horas despues, pero he dormido bien, que era lo necesario y he descansado bastante: me siento tan fuerte que seria capaz de seguir la marcha hasta Buenos Aires!

Quién hubiera dicho á Diaz que sin saberlo trazaba su itinerario de viaje!

Diaz estaba extenuado de fatiga, pero sostenido por la fiebre, él mismo no la sentia.

En un momento hizo sus preparativos y se despidió de su hermano, felicitándose de que todo aquello no hubiese sido mas que un susto y prometiéndole volver con la familia dentro de dos meses.

Diaz emprendió viaje, sin dar trégua á las pobres mulas, que mal de su grado se veían obligadas á seguir una marcha sostenida.

Durante la jornada del dia, lo pasó mas distraído, pero junto con la noche volvieron las cavilaciones y los malos pensamientos.

El fantasma de Rivadavia volvió á enterrarse en su espíritu, y su corazon volvió á ser agitado por los celos mas desmedidos.

Díaz se sentía herido en su corazón, en su amor propio, en su vergüenza misma, como marido y como padre, y hundía las espuelas en los flancos de la mula, haciéndola andar con la mayor rapidez posible.

Hubiera hecho cualquier sacrificio por salvar en aquella noche la distancia que lo separaba de Córdoba.

Díaz marchó sin reposar un momento todo aquel día y toda aquella noche.

A la madrugada siguiente se detuvo lo necesario para cambiar mulas y volvió a seguir viaje.

Alimentado por la fiebre que sufría desde que salió de Tucumán, no había tomado almuerzo alguno, porque no sentía la necesidad primero y segundo por no perder tiempo.

Pero sus peones, que no tenían las mismas razones de apuro, ni las mismas preocupaciones, no podían resistir tanto tiempo ni la fatiga del viaje ni la falta de sueño y alimentos, y empezaron a quedar rezagados en el camino, primero los más débiles y todos en seguida.

Tres días después de su salida de Tucumán, Díaz seguía viaje solo: no tenía ni quien lo ayudara a mudar caballos.

Aquel era un vértigo de andar, que solo podía resistirse en el estado excepcional de aquel pobre hombre.

Las largas cavilaciones habían aumentado sus celos, convenciéndose cada vez más que la causa de todo aquello había sido una intriga de amor a la que su esposa no era agena.

Y marchaba y marchaba sin otra ambición que la de llegar a su casa, en la esperanza de que todas sus sospechas no fueran más que fantasmas levantados por su cariño y por el dolor de ver destruido en un momento el hogar que había formado en medio de bellísimas ilusiones para el futuro.

A medida que se acercaba a Córdoba iba sintien-

do renacer su esperanza, fortalecido por el recuerdo de Isabel tan pura y virtuosa.

Era tal el deseo de ver disiparse todos sus malos pensamientos, que hasta esperaba ver llegar de un momento á otro á Rivadavia que venia á su encuentro, sin recordar que no habia avisado su regreso, por medio de un chasque, como lo habia hecho otras veces.

Y jadeante la mula y jadeante él mismo, llegó por fin al término de aquel viaje tan desesperante.

Ya hemos visto cómo Diaz llegó á su casa, siendo su primer palabra para preguntar por Isabel y por la niña.

Apenas llegó á sus habitaciones, se desplomó sobre un sofá, materialmente postrado.

Hacia ya mas de veinte dias que no descansaba un minuto, durmiendo sobre la mula el tiempo suficiente para engañar los párpados.

Al respirar el aire de su casa, al encontrarse por fin allí en las piezas en que vivia Isabel, respiró mas libremente, como si un gran peso se hubiera levantado de su pecho.

Y miraba todos aquellos muebles con íntimo cariño, como si de cada uno de ellos fuese á sentir una palabra amiga que lo saludara complacido.

Isabel no estaba allí, pero no tardaria en volver; habia ido sin duda á la iglesia á orar por él y á enseñar á su tierna hijita que la acompañara en sus plegarias.

El resto de la familia vino á hacerle compañía, para entretener el tiempo mientras llegaba el momento tremendo de revelar lo que le habia sucedido.

La pobre madre sufría una angustia tremenda.

Cómo confesar que su hija, su tierna y hermosa Isabel, había huido en compañía de un amante? cómo decir á aquel hombre que tan cariñosamente preguntaba por su esposa, que ésta había abandonado el hogar arrojando sobre toda la familia una mancha tan vergonzosa?

La situación no podía ser mas crítica ni mas embarazosa?

Como el recurso supremo, la buena señora había mandado llamar á fray Andrés, único capaz de imponer á Diaz de lo que pasaba, preparándole el espíritu para tan rudo golpe.

Fray Andrés acudió al llamado, todo compungido: el momento era difícil para el pobre fraile, pues muy bien podía descargar sobre él el primer golpe de ira de aquel hombre tan incalificablemente engañado.

Sin embargo el buen fraile acudió al llamado y se dispuso á mitigar la tormenta cuanto le fuera posible.

Por dónde empezar para preparar á Diaz?

Esto era lo más difícil, pues á la menor palabra, Diaz podía comprender de lo que se trataba.

—Esperaremos que los sucesos se desenvuelvan por sí mismos, dijo: así la cosa **vendrá naturalmente**, y los consuelos de la religion podrán ser aplicados como lenitivo, porque para este género de desventuras no hay mas consuelo que el implacable andar del tiempo, que todo lo borra.

Cuando fray Andrés llegó, ya estaba allí Gimenez, que no quería perder detalle en lo que iba á suceder, por lo que pudiera interesar á su amigo.

Las primeras palabras que le dirige Diaz, fueron preguntándole por su amigo.

—Extraño no verlo aquí, dijo, porque ya nos hemos habituado á mirarle como de la familia.

—Es que pocos dias despues de haberse ido usted, contestó Gimenez, recibió una carta de sus padres, en la que lo llamaban urgentemente y le fué obli-

gatorio salir para Buenos Aires sin pérdida de momento.

Me encargó que lo despidiera de usted, agregando que muy pronto tendría el placer de vernos nuevamente.

—Ah! exclamó Diaz poniéndose lívido—se ha ido á Buenos Aires? nada me dijo sin embargo.

—Él mismo nada sabia: fué una carta inesperada.

—Oh! las cartas inesperadas! exclamó Diaz pensando en la que motivó su viaje y no pudiendo disimular su emocion: las cartas inesperadas suelen causar momentos bien amargos.

El tiempo pasaba sin que volviera Isabel, y ya Diaz empezaba á ser invadido por un malestar mortificante.

—Es raro como tarda Isabel, dijo de pronto, hace mucho que ha salido? ha contraído acaso en mi ausencia el hábito de pasear por la mañana?

Como no pensaba ninguno en otra cosa, la pregunta no los tomó desprevenidos. así es que la madre se apresuró á responder:

—Cuando usted llegó hacia apenas un par de minutos que habia salido: ella suele demorar algo, porque despues de oír misa lleva á la niña á hacer un poco de ejercicio y no vuelve muchas veces hasta la hora de almorzar.

Diaz pareció tranquilizarse algo, aunque creyó notar cierto embarazo en la manera con que se le dió aquella respuesta.

Notaba algo extraño en todo lo que sucedia, pero lo atribuyó al estado de su espíritu y se resolvió á esperar.

Le preguntaron por el estado en que habia hallado á su familia y respondió francamente que habia sido engañado.

—Me han dado un chasco en toda regla, pues la enfermedad de mi hermano es una mentira fraguada no sé por quién, ni con qué fin, por medio de una carta falsa.

Como Isabel fué quien me la dió, porque á ella se

la entregaron, tal vez tenga algun dato que pueda aclarar este misterio, pues por mas que yo he pensado en ello, no se me ocurre qué habrá motivado una broma tan de mal gusto y tan sin objeto.

Decididamente su autor debe ser un imbécil rematado, pues en ella no hay ni siquiera pretexto para reir un minuto.

Todos escucharon aquello sin atinar á responder una palabra; para todos era indudable que aquella carta fué el pretexto con que los amantes alejaron de Córdoba al único estorbo para su huida.

Todos quedaron en silencio—la situacion no podia ser mas violenta, no ocurriéndosele á ninguno la manera de salir de ella.

Trascurrieron dos largas horas sin que Isabel pareciera: Diaz creyó notar cierto malestar en las personas que lo rodeaban, algo de extraño que no podia explicarse.

Sintió afluir su sangre á la cabeza y deseando aclarar de una vez todo aquello, exclamó:

—Si ha sucedido alguna desgracia, suplico me la comuniquen, porque es mil veces peor la incertidumbre en que estoy desde que llegué.

Crean que tengo el espíritu suficientemente fuerte para soportar cualquier golpe, pues hace ya tiempo que estoy preparado por un vago pero terrible presentimiento.

Todos los lábios se agitaron, todos los cuerpos se movieron, pero nadie pronunció la menor palabra: estaban dominados por la ansiedad terrible que reflejaba el semblante de Diaz.

—Por el cielo! siguió éste que se habia exaltado hasta infundir miedo, veo que Isabel no ha muerto porque nadie viste luto! qué es lo que aquí ha sucedido que nadie se atreve á decirme?

El mismo silencio siguió reinando entre los que rodeaban á Diaz.

Éste no tuvo ya duda de que habia sucedido algo mil veces peor de todo cuanto él habia imaginado.

En el colmo de la desesperacion y presa de una

ansiedad delirante, se puso de pié y se dirigió donde estaba su suegra.

—Yo no puedo hacer responsable á nadie de lo que haya pasado, dijo con voz ahogada, pero exijo que se me diga, porque no hay derecho para tenerme en esta incertidumbre horrible!

Dónde está mi mujer? dónde está mi hija? mi hija sobre todo, dónde está?

El gran momento habia llegado, no era posible callar por mas tiempo y era necesario revelar á aquel hombre todo la terrible verdad.

—Sr. Diaz, dijo el fraile resolviéndose por fin, y poniéndose de pié con ademan manso—las grandes situaciones son para los grandes espíritus, y usted tiene el corazon bien templado segun creo.

No hay felicidad completa en la vida, porque ella misma es una sucesion de desgracias que el hombre es impotente para evitar.

—Mi hija! gritó Diaz fuera de sí, interrumpiendo al fraile bruscamente: ante todo quiero saber si ha muerto: si le ha sucedido algo—pronto porque creo que me vuelvo loco!

Y agarró al fraile de los brazos sacudiéndolo violentamente.

—Por ese lado puede usted estar tranquilo, repuso don Andrés: ni su hija ha muerto, ni está en peligro de muerte, ni le ha sucedido nada—yo se lo juro á usted.

—Gracias, Dios mio! gritó entonces aquel hombre desventurado—ahora si tengo fuerzas y corazon para resistir el golpe mas rudo! diga usted, pues, qué desgracia ha sucedido que impide á mi mujer y á mi hija estar aquí en este momento.

—La desgracia, dijo fray Andrés cada vez mas embarazado, la desgracia de que se trata solo le hiere á usted personalmente, pero todo es soportable en esta vida cuando se tiene fé en Dios y en su justicia infalible.

—Hable usted sin piedad entonces—ya he dicho que no corriendo peligro la vida de mi hija todo

puedo sufrirlo—cuente usted, pero cuente pronto porque esta incertidumbre se prolonga demasiado.

Diaz presentia ya la clase de golpe que le esperaba, y pálido hasta parecer un cadáver, seguía con una ansiedad febril la palabra pendiente en los labios del fraile.

—Es el caso que aquí no sabemos nada de Isabel, dijo por fin haciendo un esfuerzo—ella salió una mañana diciendo que iba hasta la iglesia, y no se le ha vuelto á ver, ni ha sido posible obtener noticias de su paradero.

—Breve, interrumpió Diaz con palabra vibrante y rápida—que Isabel ha huido de mi casa despues de haberme hecho ausentar por medio de una carta falsa—no es eso?

—Esa es la verdad, desgraciadamente, contestó el fraile, esa es la verdad triste de lo que ha pasado.

Diaz habia quedado como petrificado ante revelacion tan formidable: movia los lábios como si quisiera hablar, pero parecia que la lengua se negaba á obedecer al pensamiento.

Alternativamente se ponía rojo y lívido, y fijaba en todos una mirada extraviada en la cual el brillo de la razon estaba ausente.

De pronto llevó las manos á la cabeza, haciendo presa en sus cabellos grises, con extraño furor, pero rápidamente se sucedió una calma mas amenazadora que la misma fúria y cruzando los brazos sobre el pecho, exclamó por fin con un reposo sombrío:

—Quiere decir que para ocultar la vergüenza de mi frente y el deshonor de mi nombre puedo pegarme un tiro tranquilamente, mientras ella rie de una resolucion que la libra de mí por una eternidad?

Nó, por todo el infierno junto! esto no puede tener perdon y seré yo quien aplique el primer castigo!

Qué, no hay mas que cubrir de lodo á un hombre,

atravendo sobre su persona el ridículo y el desprecio, y saldar toda cuenta huyendo del lado del marido infamado con tanta cobardía?

Veremos, señora Isabel, veremos si esto es posible cuando se trata de un hombre como yo.

Ante todo mi hija, señora! gritó á su suegra, tráigame usted á mi hija, á quien tambien hiere la afrenta de la madre—quiero verla.

La señora no se movió: lloraba de una manera conmovedora, y parecia no haber oído las últimas palabras de su yerno

—Señora, volvió á gritar éste, no ha oído usted que le pido me traiga mi hija?

La señora alzó el hermoso semblante, miró á Diaz de una manera suprema y volvió á llorar con mas amargura, con mayor desesperacion.

Ante este mutismo raro, Diaz medio loco ya, se volvió adonde estaba el fraile y con un ademán de sombría amenaza le dijo:

—Fray Andrés! usted me acaba de asegurar que á mi hija nada le ha sucedido y que nada le amenazaba— mire que con el corazon de un hombre no se puede jugar como con un rosario y siento que el mio estalla ya á impulsos del veneno que está devorando hace una hora.

—Por qué no me traen á mi hija? por qué no la han traído ya?

—He dicho que su hija no estaba amenazada por ningun peligro, que nada le habia sucedido y me ratifico en lo dicho, repitió el fraile asustadísimo ante la actitud de aquel hombre que parecia un loco.

Respecto á la salud y á la vida de su hija puede usted estar tranquilo.

Diaz pareció entonces respirar con mas libertad, pero agregó prontamente:

—Pues bien, vaya usted á traerla ó díganme donde está, que por ahí debíamos haber empezado.

Aquí fué el momento de mayor apuro: pero el fraile temiendo un estallido de aquella naturaleza

tan mortificada. se resolvió á hablar claro y lo hizo de esta manera:

—En la seguridad de que la niña está como usted la dejó, puede oír usted tranquilamente la razón que nos impide complacerlo.

Diaz no sabia lo que le pasaba; sentia el corazon oprimido por algo parecido á una mano de fierro, y se sentia sofocado como si no tuviera aire que respirar.

—Pronto, pronto, exclamó; no vé usted que me está matando con sus rodeos?

Y el dolor que acusaba aquella fisonomía contraída por la desesperacion, era imponente y comunicativo en su conmocion.

—Es, repuso el fraile vacilando, es que ella se ha llevado á la niña, no resolviéndose á separarse de ella.

—Por el infierno! exclamó Diaz, en el colmo del dolor: maldito sea el dia en que nací! pronto! José! gritó ya fuera de sí, que me ensillen el caballo; yo sabré dar con ella! á mí no se me ha de escapar.

Y fué á salir al patio, pero vaciló y cayó—su cuerpo debilitado por el insomnio y la falta de alimento, durante aquel viaje tremendo, no habia podido resistir á la conmocion del espíritu y se habia desplomado.

Diaz estaba como un leco, luchando con la prostracion de la materia, pero sin poder moverse.

En el acto se le condujo á un aposento mandándose buscar un médico, pues toda aquella conmocion poderosa podia muy bien terminar en un ataque á la cabeza.

Un gran delirio se habia apoderado de él, haciéndole ver visiones tremendas.

Tan pronto era el cadáver de su hija que decia tener por delante, como la imagen bella de Isabel tributando sus caricias á otro hombre.

Y se lanzaba fuera del lecho haciendo esfuerzos extraordinarios, como si luchara con algun hombre á quien apostrofaba violentamente.

Y jadeante y reudido volvía á quedar en la inacción mas completa despues de exclamar:

—Así queria verte, infame, en el charco de toda tu sangre, herido y muerto de mi mano!

Indudablemente Diaz deliraba con el seductor de Isabel, á quien creía haber muerto.

Despues de estos accesos de delirio, quedaba relativamente tranquilo, para volver á delirar con mas violencia.

El nombre de su hijita brotaba sin cesar de sus lábios, ora prodigándole sus mas tiernas caricias, ora lanzando verdaderos alaridos de espanto, al decir que la tenia muerta en sus brazos y que era la madre quien la habia muerto al robarla de su lado.

Su estado era gravísimo: una congestion violenta podia producirse de un momento á otro y entonces la ciencia seria impotente para evitar una catástrofe.

Todos estaban consternados ante el trastorno que en aquella naturaleza habia producido el dolor.

Oh! Isabel no habia medido, seguramente, todas las consecuencias del paso que daba; de otro modo se habria detenido.

Si ella hubiera podido presenciar aquella escena y el dolor inmenso, oir una sola de las expresiones que brotaban de aquel espíritu eminentemente cariñoso, su remordimiento habria sido igualmente terrible, hubiera sido el mas tremendo castigo que pudiera imponérsele.

Pero ella estaba lejos de aquel ser que le era del todo indiferente y poco podia importarle la suposición de todo dolor, de todo sufrimiento.

Gimenez mismo, preparado en contra de aquel hombre, por los vínculos de amistad que lo ligaban á Rivadavia, se sentia conmovido ante tanto dolor.

No se atrevió á separarse de aquel dormitorio en todo el dia y la noche, creyendo como todos, que de un momento á otro el dolor concluiria con aquella existencia.

—Qué le hecho yo?—exclamaba Diaz en sus momentos de calma, y cuando parecia estar en todo el dominio de su razon.

Qué le hecho yo para que me hiera de esta manera en mis mas caras afecciones, afrentándome de tan bárbara manera?

Quererla hasta la idolatria? hacerle el gusto en todo aquello que su espiritu pudiera desear?

Hé aquí mi gran culpa para con ella!

No me amaba, está bueno: me encontraba antipático, está bueno tambien: queria huir de mi lado en busca de la infamia y el aprobio, bueno tambien esto.

Pero por qué me lleva mi hija, que es lo único que podia haberme consolado de su pérdida?—por qué pisotea mi corazon despues de haber pisado mi nombre, arrebatándome aquel ángel inocente, cuya sola sonrisa plácida bastaba á borrar todos los pesares de mi espíritu?

Y aquí venia el delirio asumiendo proporciones cada vez mas alarmantes, comprometiendo la vida á cada instante.

—Ah! jóven! exclamó fray Andrés, acercándose á Gimenez—si usted me hubiera indicado el paradero de su amigo, todo esto se hubiera evitado!

—Ó se hubiera agravado, respondió Gimenez; desgraciadamente son situaciones igualmente tremendas, cualquiera que sea la forma en que se presenten.

Y recordó que á Diaz le faltaba aún recibir el mas duro de todos los golpes: la carta de Isabel que conservaba en su poder.

—Y no se la daré, pensó inmediatamente, sinó en el caso necesario á impedir con ella una violencia.

Por el momento era imposible calcular donde terminaria todo aquello, pues Diaz, si salvaba del peligro que amenazaba su vida, estaria mucho tiempo sin poder resolver nada por sí mismo.

Ocho dias permaneci6 éste entre la vida y la muerte, devorado por una fiebre violenta, que lo abandonaba muy pocos momentos durante el dia.

A la noche la fiebre recargaba, y se producian entonces aquellos delirios que lo dejaban extenuado.

A la noticia de su enfermedad y desde el dia siguiente de su llegada, sus amigos, que lo eran los hombres mas espectables de Córdoba, acudieron á su casa, pero él dispuso terminantemente que no se hiciera entrar á ninguno de ellos, porque no queria verlos.

Ya se sospechaba que todos conocerian la causa dolorosa y vergonzosa de su enfermedad, y no se atrevia á afrontar la sonrisa que suponía remarcada en todos los lábios.

Y efectivamente, la fuga de Isabel se habia hecho pública, y como coincidía con el viaje sigiloso de Rivadavia, todos aseguraban que habian huido juntos y lo daban por hecho suficientemente comprobado.

Pero ninguno se hubiera atrevido á hacer mofa de aquella situacion tremenda: el dolor de Diaz era demasiado grande para no infundir respeto al mas dispuesto á la burla.

La noticia habia caído como una verdadera bomba en la sociedad de aquella piadosa provincia, pues era un acontecimiento único en aquella sociedad.

Habia relativamente entonces, una gran inocencia en la sociedad, inocencia que era extensiva hasta el mismo bajo pueblo.

Se conocian aventuras mas ó menos picantes que alimentaban por algun tiempo la crónica escandalosa de los círculos familiares.

Se sospechaban y se conocian amorfos entre tal dama y tal jóven visitante de la casa, pero jamás habia sucedido el escándalo de una dama de las primeras familias, abandonando el hogar del marido, llevando su hija para seguir un amante.

Todos culpaban á Isabel, como era natural, y encontraban inaudita su conducta, pero la atenuaban en parte por la desproporcion de edades.

—Diaz, el pobre, decían, ha sido un imbécil: un hombre de su edad no debe pretender ligar á la loza

de su sepulcro un corazón que recién despierta á la vida de la pasión y del cariño.

La conducta de Isabel es incalificable, pero es lógica: la juventud busca la vida, las brisas tibias que bañan el espíritu de arrobadora languidez, la primavera del espíritu, donde las emanaciones del alma se funden á las emanaciones de la naturaleza misma.

Los viejos pueden inspirar respeto, cariño y lástima, pero no deben pretender inspirar amor á corazones inanimados y vírgenes.

El hielo de las cañas es la muerte del amor—el respeto mismo que ellas infunden, ahogaría al nacer este sentimiento puro y esencialmente juvenil.

Díaz estaba castigado en su pretensión, aunque no merecía serlo de una manera tan tremenda: harto castigado estaba con el convencimiento de que Isabel no le amaría jamás.

A los ocho días de enfermedad, Díaz empezó á mejorar notablemente.

La fiebre cedia cada vez más, los delirios habían cesado y su espíritu iba ganando en tranquilidad y su dominio sobre sí mismo.

En aquellos ocho días había envejecido de una manera espantosa: sus cabellos habían encanecido totalmente y la flacura de su cuerpo le daba un aspecto sombrío: parecía un muerto!

Al recobrar la calma empezó á discurrir tranquilamente sobre su situación; parecía una persona que se ocupara de una desgracia ajena y no de la suya propia.

No nombraba para nada á Isabel, ocupándose solamente de Dominga, de su pequeña y tierna Dominga.

La palabra mansa y piadosa de fray Andrés había modificado en algo su modo de pensar, aceptando ciertas conclusiones en que el fraile lo exhortaba á tener paciencia y calma para obrar mejor.

—Mi única ambición, decía, es recuperar á mi hija

para salvarla al mismo tiempo del abismo á que la llevan.

Después que se haga la suprema voluntad de Dios! harto terrible es su justicia infalible.

Su primera conversacion en este sentido fué con el fraile: la segunda la sostuvo con Gimenez, que no habia dejado de venir á visitarlo un solo dia.

Una tarde en que la fiebre lo habia abandonado por completo, lo llamó á su lado entablando el diálogo siguiente:

—No sé si he de mirarlo á usted como amigo ó como enemigo: usted conoce mi vergüenza y mi afrenta y sin embargo, en los momentos de reposo que he tenido, recuerdo de haber hallado siempre su fisonomía bañada por una impresion de intimo interés.

Esto, y algunos recuerdos que conozco de otro tiempo, me hacen pensar que usted es mi amigo.

Bueno, entre usted y Rivadavia existe una amistad intima y estrecha, están ligados ustedes por diferentes vínculos de afecto, él fué quien lo trajo á mi casa; es de suponerse entónces que el cariño y la lealtad para con su amigo, estarán muy arriba de la que puedo inspirarle yo, y esta es la causa porque tambien lo crea mi enemigo ó por lo menos dudo si usted será lo uno ó lo otro.

—No veo la razon, respondió Gimenez impasible y sin inmutarse, para creer que mi amistad por Rivadavia pueda significar enemistad para usted.

—Y sin embargo, la razon es muy sencilla: siendo usted un amigo intimo, debe participar de sus afectos como de sus rencores: así por lo menos entiendo yo la amistad leal y franca.

Ahora bien, Rivadavia que ha pagado mi amistad y la hospitalidad de mi techo, marcando mi frente con la infamia, debe odiarme desde el fondo de su alma: esto por lo menos es lo presumible.

Entonces es lógico que yo crea que usted participa tambien de ese ódio que oculta ahora sabe Dios porqué.

—En primer lugar, dijo Gimenez, protesto con toda la fuerza de mi espíritu del cargo dirigido á mi amigo.

Si eso fuera cierto, yo lo habria sabido, habria sido el primero en impedirselo.

Mi amigo Rivadavia no es el autor de esta desgracia irreparable, eso lo afirmo yo y lo sostengo de todos modos.

—Cuidado, Gimenez, si usted niega de esa manera me vá á persuadir que ha sido su cómplice.

Cómo no vá á saber el amigo íntimo una cosa tan grave y de tanta trascendencia?

—Por la sencilla razon de que no ha existido: usted puede creer lo que quiera, no puedo yo gobernar su pensamiento, pero yo ahora y siempre niego terminantemente la inculpacion.

—Y cómo me explica usted la coincidencia de haber salido de Córdoba los dos, el mismo dia que yo me ausenté?

—De una manera muy sencilla, todo ha sido casual.

Cuando Rivadavia regresó de haber acompañado á usted, se encontró con una carta de sus padres que le decia: «ponte en camino sin pérdida de un minuto.»

Yo he visto la carta y empeño mi palabra de honor de que lo que digo es exacto.

Alarmado con esta carta, Rivadavia hizo sus preparativos inmediatamente y se puso en camino sin despedirse de nadie.

Quién garante ahora que esa carta no es de la misma mano que la que usted recibió y que ha sido escrita con el objeto de que Rivadavia salga de Córdoba esa misma noche, haciendo recaer sobre él las sospechas que naturalmente engendraría la coincidencia que usted mismo nota hoy?

Era tal la firmeza y la convicción con que hablaba Gimenez, que Diaz empezó á vacilar un momento.

El joven, por su parte, desde que veía que no habia seguridad, queria alejar de su amigo toda sospecha para evitar tal vez un lance sangriento.

—¿Conocia el primer propósito de Diaz, de recupe-

rar á su hija, á toda costa, y presumiendo que un encuentro entre aquellos dos hombres fuese sangriento, lo evitaba aún apelando á la mentira.

—Y por qué no puede ser otro que Rivadavia? exclamó—es acaso el único hombre de Córdoba?

—No, seguramente, pero es el único hombre que se ha ausentado de la Provincia.

—Y quién garante á usted que el verdadero raptor, que Isabel misma haya salido de Córdoba? por qué suponer que haya emprendido un viaje, cuando hay facilidad para ocultarse aquí mismo?

Diaz abrió desmesuradamente los ojos y miró á Gimenez con verdadero asombro.

—Qué, exclamó incorporándose violentamente, sabrá usted que no han salido de aquí? sabrá tal vez dónde se hallan?

—Si lo supiera, amigo mio, no lo hubiera llamado tanto tiempo.

Conforme usted presume y discurre de un modo, yo presumo y discuro de otro.

Tal vez todo ha sido treta del autor del anónimo, para quedarse en Córdoba y que se le busque en todas partes, menos aquí.

—La palabra de usted ha penetrado á mi cerebro como un rayo de luz, exclamó Diaz, pero aún estoy muy débil y no quiero cansar mi pensamiento.

Mañana hablaremos otro poco, y quién sabe, quién sabe si al fin no damos con el nido; ah! si fuera tan feliz!

Y en sus ojos brilló una amenaza de muerte.

—Como usted guste; yo estoy siempre á sus órdenes y dispuesto á ayudarlo en todo lo que pueda, y á borrar toda sombra que pueda recaer sobre mi amigo, tan inocente como yo en este suceso lamentable.

Diaz meditó todo aquel dia y aquella noche sobre lo que el jóven le habia dicho.

Al principio encontró muy lógico y razonable cuanto habia hablado.

Por qué habia de ser precisamente Rivadavia el

autor de aquel paso descabellado, y por qué habia de haber salido de Córdoba Isabel?

Y empezó á buscar entre todas las personas relacionadas con la familia, un hombre capaz de trastornar á su mujer hasta ese extremo, y no lo pudo hallar.

Entonces su pensamiento volvió á fijarse en Rivadavia, con mas insistencia que nunca, de una manera definitiva.

—No puede ser otro, exclamaba—su conversacion era interesante y culta, su aspecto era atrayente y fuertemente simpático... explotando la inocencia de aquella desventurada, la sedujo y la arrastró al paso fatal, á la deshonor de su marido y de nuestra pobre hijita!

Gimenez está en el secreto y de ahí su empeño en alejarme de mi creencia, ó está inocente y obra de buena fé.

Observemos que de todos modos tengo aún mucho que esperar para poder ejercer mi venganza.

Y Diaz solo se confi6 á fray Andrés, en cuyas virtudes y sana experiencia tenia una fé profunda.

El fraile comprendió al momento la idea de Gimenez y trató de apoyarla.

Con derramar sangre y entregarse á actos de violencia extrema, en nada podia modificarse aquella situacion.

Era mas acertado entonces alejar á Diaz del camino verdadero, para evitar una desgracia nueva, que empeorara la situacion de todos.

El fraile apoyó el modo de pensar del jóven, pero flojamente; pues tampoco queria guiar el pensamiento de Diaz de manera que fuera á traerle alguna nueva desgracia ó algun disgusto sério.

Al dia siguiente volvió á hablar con el jóven, pero prevenido ya en su contra, los nuevos argumentos no parecieron convencerlo tanto como los del dia anterior; por el contrario se afirmó ya en la persuasion de que era Rivadavia y no otro el autor de su deshonor.

Firmemente resuelto á tomarle cuenta estrecha de aquella accion, y á recuperar á su hija, se hizo el que creía cuanto se le decia y esperó tranquilo el dia de su restablecimiento.

Gimenez informaba á Rivadavia con frecuencia de lo que sucedia, y de la táctica que habia adoptado para hácerle perder la pista verdadera.

—De todas maneras, le decia, en cuanto llegue á tener la menor sospecha seriamente fundada, lo sabrás en el acto: por ahora, me cree su mejor amigo y estoy seguro que cuanto le diga es para él un Evangelio.

—Por Dios, no te descuides, respondia Rivadavia, me daré por satisfecho con saber anticipadamente si emprende viaje á Buenos Aires.

Como lo creía extraviado en sus pensamientos erróneos y conceptuándolo un golpe capaz de causarle la muerte, Gimenez suspendió aún la entrega de aquella carta que contenia la revelacion mas terrible.

Era seguro que en el estado en que se hallaba, no hubiera podido resistir revelacion tan dolorosa.

Diaz, por su parte, hacia todos los esfuerzos imaginables para restablecerse pronto: observaba rigurosamente el tratamiento que le habian dado los médicos y cuando calculaba que se iba á abismar en el recuerdo de su desgracia, trataba de distraerse de todas maneras, hasta que su imaginacion reemplazaba las imágenes funestas.

A los veinte dias su mejoría era rápida y notable: al mes, no solamente estaba bueno, sino que se sentia fuerte para lanzarse á las investigaciones que tanto deseaba, investigaciones que principiaban por un viaje á Buenos Aires, segun lo habia decidido.

De modo que desde el dia en que se juzgó perfectamente restablecido, empezó á hacer sus aprestos para este viaje, de que todos se apercibieron bien pronto.

El cadáver

Así que Gimenez olió aquellos preparativos de viaje y comprendió que Diaz habia vuelto á sus primeras sospechas, se preparó á esgrimir todas las armas posibles para impedir el viaje.

Él pensaba que la mejor de todas era la carta de que era depositario, pero comprendiendo que aquel fuera tal vez un golpe de muerte, no se atrevia á usarla hasta el último momento.

Cómo decirle á un hombre: usted no tiene nada en el mundo, y está mortificando su espíritu por personas con quienes no lo liga un solo vínculo de sangre ni siquiera de afecto?

Cómo decirle: su mujer es la amante feliz de otro hombre mas afortunado y esa hija en quien usted ha puesto todo su cariño y toda su esperanza no es hija suya?

Esto es decirle, usted no tiene hogar, no tiene esposa, no tiene hija, no tiene mas que su desesperacion y el disparo de una pistola para huir á su vergüenza.

Gimenez pensaba de esta manera, creía que Diaz echaria mano de este supremo recurso de los desesperados, y detenia la carta para no provocar un desenlace demasiado trágico.

Pero ante todo estaba su amigo y su felicidad: pensaba que el viaje de Diaz á Buenos Aires no podria llevar á Rivadavia sinó una gran desgracia, y se preparaba á impedirle de todos modos y á toda costa.

A qué podía ir Diaz á Buenos Aires? á traer su mujer, manchada, y la que creía su hija, dando así por terminado el incidente?

Seguramente nó: si Diaz iba á Buenos Aires era á vengarse, y á vengarse de una manera que debía ser funesta á la vida ó á la felicidad de su amigo.

Ante esta seguridad, Gimenez se decidió á usar de la carta, siempre que no pudiera detener de otra manera la marcha de aquel hombre.

Firme en su propósito, empezó á sugerirle las diligencias mas rápidas y seguras para dar con el paradero de Isabel y su hija.

Pero Diaz, que desconfiaba cada vez mas de Gimenez, no aceptaba sus ideas sino como una confirmacion plena de sus sospechas.

Así es que mientras mas esfuerzos hacia el jóven por disuadirlo del viaje á Buenos Aires, mas se afirmaba en su creencia y mas se decidia á emprenderlo.

Cuando tuvo plena confianza en su salud y en sus fuerzas, mandó alistar las mulas y anunció su viaje fijándolo para dos dias despues.

—Pues no hay mas que sacar fuerzas de flaqueza, pensó Gimenez, y mandar la carta; sin embargo ensayemos el último esfuerzo.

—Sr. Diaz, le dijo al escuchar el anuncio de su viaje: me parece que usted sigue el mal camino.

Nadie me ha dicho á qué vá usted, y sin embargo yo lo adivino y puedo decirle: amigo mio, se toma usted una pena inútil: lo que usted busca, indudablemente no está tan lejos.

—Amigo mio, contestó Diaz sonriendo: lo que yo busco está en Buenos Aires, me lo dice mi presentimiento y el empeño que tiene usted en que no vaya.

Es usted un amigo muy leal, y su conducta es digna, por ese solo lado; pero qué quiere, yo ya soy viejo y difícilmente se me escapan ciertas cosas, ciertos átomos que he ido reuniendo poco á poco.

Rivadavia es el autor de mi desgracia, aunque us-

ted sostenga lo contrario con todo empeño, y es á él á quien yo debo ocurrir para que me dé los datos que necesito, no respecto á mi mujer, que yo no tengo ya mujer, sinó respecto á mi hija que no quiero quede entregada á manos mercenarias.

—Qué engañado está usted mi pobre amigo! Rivadavia no me ha ocultado jamás el menor de sus secretos.

A ser cierto esto lo sabria yo hace mucho tiempo, y ya vé usted que yo no sé nada.

—Yo lo único que veo es que usted trata de ocultar lo que sabe, pero ya esto no es posible—estoy en poder de datos precisos.

—Ese hecho lo niego yo terminantemente, ahora y cuantas veces usted insista en él: usted no puede tener entonces datos precisos, porque no pueden existir datos precisos sobre cosas imaginarias.

—No estoy dispuesto á discutir nuevamente mis creencias, mucho menos con usted; evitemos, pues, palabras en vano, porque no vá á lograr convencerme ya.

—Pero por qué se empeña usted en que ha de ser Rivadavia, hasta el punto de no admitir discusion?

Comprendo que el golpe sufrido le haya debilitado algo la cabeza, pero no que la cierre á toda razon clara.

—Inútil, amigo mio, perfectamente inútil: todo lo que usted quiera, pero no discutamos lo evidente, porque lo evidente no se discute.

—Pues señor, pensó Gimenez, metamos violin en bolsa: á éste le han contado la cosa, ó se le ha metido entre ceja y ceja de tal modo, que ni á martillo y cortafierro se la sacan: no queda mas recurso que la carta.

En seguida habló de cosas indiferentes, para ocultar el pensamiento que lo dominaba y no volvió á nombrar mas ni á su amigo, ni á Isabel, ni al viaje.

Cuando se retiró empezó á meditar la mejor manera de enviar la carta sin que se supiera su procedencia.

Conocido de todos, como era él, la cosa se hacia imposible, á no ser que pidiera el mas absoluto sigilo al mensajero, lo que era imprudente.

Pronto acudió á su imaginacion de estudiante el nuevo medio que podia ofrecerle las mejores garantías.

Esperó á que cerraran la casa de Cires, y cuando esto hubo sucedido se dirigió allí: con cuidado de no ser visto por persona alguna, metió la carta por una de las junturas de la puerta y dió dos grandes golpes con el pesado llamador, alejándose en seguida precipitadamente.

El medio puesto en práctica por el jóven, no tardó en dar los mejores resultados.

El criado que vino á abrir con una luz en la mano, tropezó con la carta y convencido que ninguna persona habia en la calle, volvió á cerrar y la llevó á su patron.

Diaz aún no se habia recogido, entretenido en arreglar algunos papeles necesarios á su viaje, como una cópia de la partida de su matrimonio y la fé de bautismo de Dominga.

Creia poder necesitar valerse de la autoridad para ejercitar sus derechos de marido y de padre y queria llevarlo todo en regla.

Cuando el criado le entregó la carta, grande fué su sorpresa, la que aumentó cuando le refirió éste la manera cómo la habia recibido.

—Extraño modo de remitir una carta, pensó: quién puede escribirme á esta hora y de tal manera? por qué esta carta me infunde miedo?

Diaz despidió al criado, que esperaba órdenes, y recién cuando estuvo solo dirigió una mirada al sobre.

El corazon se paró en el pecho y todo su cuerpo tembló de una manera poderosa.

Por qué palidecia tan densamente al fijar los ojos en su propio nombre escrito allí?

Es que su nombre estaba escrito por la mano de Isabel, de aquella Isabel, tan amada de su alma á pesar de todo.

Díaz no pudo contener un impulso de su corazón y besó apasionadamente los caracteres allí trazados.

Qué podía revelarle aquella carta? el paradero de Isabel? de su hijita? ó era acaso la portadora de un pronto arrepentimiento?

Ah! si Dios hubiera tocado el corazón de aquella desventurada! tal vez aún, á pesar de todo, pudiera ser feliz relativamente!

Conmovero por estos pensamientos y alimentando una nueva esperanza, Díaz abrió la carta y devoró su contenido de una sola mirada.

Cuán terrible fué entonces su desencanto y su dolor.

Isabel solo se acordaba de él para asestarle un nuevo golpe, mas tremendo, mas íntimo que todos.

Aquello era atentar contra su vida, después de haber manchado su nombre, porque no había un hombre capaz de sufrir una revelación semejante sin hacerse volar los sesos.

Y este fué el primer pensamiento de Díaz.

Corrió á una petaca que preparaba para el viaje y buscó allí una pistola que no hacia mucho había acomodado.

Pero el arma estaba vacía y la reflexión vino antes que concluyera de cargarla.

—Ahora no, exclamó arrojando el arma lejos de sí; sería un imbécil si antes de matarme no tratara de aplastar á los que me han puesto en semejante estado!

Conque Dominga no es mi hija! conque he estado amando hasta el delirio al fruto de mi deshonor y de mi ignominia?

Oh! la impura! la impura! quién hubiera pensado al ver su semblante plácido y tranquilo, tan bello y noble, que su espíritu era una masa de cieno!

Y se oprimia la frente entre las crispadas manos, en medio de una desesperación suprema.

—No puede ser! exclamó, como queriendo huir de la bruma que lo invadía.

—Ella sabe que yo amo á mi hija con delirio y que

por encontrarla daría la vuelta al mundo! ella supone que la buscaré mientras tenga fuerza suficiente para dar un paso, y para ver si la dejo tranquila con su hija, al lado del infame amante, me dice que no es mi hija, que es la prenda de su amor impuro!

Pero esta infeliz está loca, cuando no trepida en estampar con su propia mano y con pulso sereno monstruosidad semejante!

Esta infeliz ha perdido el juicio! de otra manera no habría escrito esta carta que enloquecería de vergüenza á cualquier mujer que no fuera de su rango y de su educación!

Pero yo te buscaré, yo te hallaré, á pesar de todo, y recobraré á mi hija, cuyo amor santo pretendes arrancarme con el último giron de mi vergüenza!

Y si hay que pegarme un tiro, también me lo pegaré, pero será después de haberme vengado en tu amante y en tí misma!

Y con un dolor supremo y en medio de una agonía espantosa, volvió á leer aquella carta enloquecedora.

—Dios mio! exclamó—será esto cierto, ó será solamente un medio de evitar que yo la busque?

Luz, luz para mi pobre razón, porque siento que mi cerebro estalla!

Y aquel desgraciado, sin alientos ya, se dejó caer sobre la cama, con la cabeza oprimida entre las manos.

Al rato volvió á leer la carta fatal, y fué entonces que se fijó en un detalle desapercibido antes.

Aquella carta tenía la misma fecha de su partida para Tucuman y había sido escrita antes de la fuga.

Quién le remitía aquella carta, que debía haber quedado con ese objeto, en poder de alguien?

Díaz pensó un momento, y el nombre de Gimenez vino instintivamente á sus labios.

—Es claro! exclamó, el amigo, el confidente! pero por qué no me la ha dado antes? por qué ha esperado tanto tiempo para entregármela?

Y Diaz empezó á torturar su inteligencia para contestarse razonablemente á esta pregunta.

—Es claro! repitió de nuevo, dando con la verdadera causa de la demora: si no los buscaba no habia porqué hacerme semejante revelacion; si los buscaba ya era distinto, pues esta carta me haria desistir de todo empeño.

Yo los busco, estoy dispuesto á buscarlos y el cómplice miserable pone entonces la carta en mis manos, creyendo detener mi viaje.

No, señor Gimenez, gritó de pronto: yo voy á Buenos Aires á pesar de todo, porque ahora me convenzo mas que el contenido de esta carta es tan infame como falso!

Ella es mi hija, sí, es mi hija: mi corazon me lo dice y yo lo creo: tu infamia no viene de tan largo tiempo! esto no puede ser sinó para que no te busque.

Y digo que he de buscarte, ahora con mas empeño que nunca! ya verás qué pronto caes bajo mi mano!

Y con una actividad febril empezó á seguir el arreglo de su equipaje que habia interrumpido para leer la carta.

Diaz no pudo conciliar el sueño en todo el resto de aquella noche maldecida, pensando siempre en la verdad ó mentira de aquella carta.

—Si su infamia viniera de tan largo tiempo, decia, cómo es posible que yo no me hubiera apercebido, que no hubiera sospechado algo, que no hubiera notado el mas ligero cambio en la vida de Isabel?

No, esto es mentira, mentira infame, que no tiene otra explicacion que la que yo mismo he hallado: me teme, y tiembla de que yo la encuentre

La luz del dia lo sorprendió en estos mismos pensamientos.

Diaz se lavó y se vistió como en los dias anteriores y esperó la llegada de Gimenez, en la esperanza de poder espiar en su semblante si era él efectivamente quien le habia remitido la carta.

En su rostro se podia ver el insomnio de la noche

anterior, porque esta clase de emociones á su edad, dejan rastros profundos.

Sus ojos hundidos entre las órbitas violadas, su color lívido y su demacracion general, acusaban, por lo menos, una noche de fiebre intensa.

Así es que cuantos lo vieron aquella mañana le preguntaron si su salud habia sufrido alguna alteracion, pero á todos contestó que nunca se habia sentido tan bien, que se hallaba tan fuerte, que estaba por apresurar su viaje á Buenos Aires.

Gimenez vino aquel dia un poco mas tarde que los anteriores: queria encontrar á su hombre con todo el efecto de la carta endosada, y calcular de esta manera lo que podia ó no esperarse respecto al viaje.

Aunque leyó en su semblante todo el terrible efecto de la carta, por su demacracion y cansancio, no quiso dirigirle la menor pregunta, por temor que esto fuera á dar lugar á alguna sospecha en aquel espíritu desconfiado.

Y fué esto precisamente lo que mas demostró á Diaz que era realmente Gimenez quien le habia remitido la carta.

Cómo era que todos cuantos lo habian visto ese dia le habian dicho que tenia enfermo el semblante y Gimenez ni siquiera parecia notarlo?

Como estuvieran hablando sin que aquel quisiera notar su enfermedad, Diaz se resolvió á despejar la incógnita y dijo:

—Recibí anoche la carta que tuvo la bondad de remitirme: francamente, aunque no sé si usted conoce su contenido no le he dado crédito.

—Qué carta? preguntó Gimenez, no pudiendo disimular alguna emocion, al escuchar tan inesperada pregunta, y creyendo haber sido visto.

—La que me mandó usted anoche, la de Isabel.

—La de Isabel? pero si yo no le he mandado carta ninguna.

—Vamos, no lo niegue porque es inútil, yo mismo la recibí y el que me la trajo me lo dijo.

Gimenez quedó perfectamente tranquilo al oír esta última afirmación.

Era claro que si Diaz decia aquello, no podia ser sinó para hacerle confesar la verdad una vez que se creyera descubierto.

—Yo no le he mandado ninguna carta, respondió sonriendo, ni de la señora Isabel, ni mia, ni de nadie: yo no he mandado aquí carta alguna.

—Muchas gracias, quiere decir que yo miento?

—Yo no digo eso, lo único que yo digo es que yo no le enviado carta alguna y que quien lo haya afirmado á usted, ha afirmado una bellaquería.

—Pues será así, no me empeño mucho en la cosa; pero buen chasco se ha llevado el que la mandó si con ello ha creído impedirme el viaje: mañana ó pasado á mastardar salgo para Buenos Aires, aunque recibiera mil cartas como aquella.

Gimenez quedó medio confundido al ver que Diaz habia penetrado en su pensamiento; disimuló, pero disimulo mal: aquél vió con cierta satisfaccion que no se habia equivocado.

Al fin y al cabo al estudiante poco suponía que el otro supiera ó no que él habia mandado la carta.

Lo interesante para él era saber si hacia ó no el viaje y de esto ya estaba seguro.

Prolongó la visita lo menos que le fué posible para retirarse de una manera violenta, y se vino á su casa para remitir á Rivadavia el aviso de que tomara sus medidas porque el oso estaba de viaje.

Confeccionó una carta lacónica pero suficiente para dejarse entender de su amigo y la remitió con un chasque hablado ya de antemano, que debia llevarla ganando leguas, á costa de aplastar los caballos.

Ninguno de los de la familia se permitió hacer á Diaz la menor observacion respecto al objeto de su viaje.

Fué fray Andrés el único que habló del asunto, para dar algunos consejos que, con ó sin intencion de seguirlos, recibió con el mayor respeto y atencion.

—Es necesario tener calma y no dejarse poseer por el espíritu malo, decia fray Andrés previendo algun encuentro sangriento.

El que se deje arrastrar por la ira, será siempre el peor parado ante los ojos de Dios.

Siempre debe recordarse la horrible leyenda de Cain y Abel, pensando que el hombre, sobre la tierra, no tiene derecho á hacerse justicia por su mano.

—Tendré calma, padre mio, tendré calma, pues de la justicia de Dios todo lo espero.

—Bien aventurados los que esperan, porque ellos verán cumplido su deseo, dijo sentenciosamente fray Andrés tendiendo su mano hácia una enorme taza de chocolate que esperaba hacia mas de una hora y que recién traía la criada.

Es preciso perdonar las miserias de este mundo, continuó, para que tambien nos sean perdonadas las nuestras.

—El perdon está en mi pecho y en mi corazon; padre mio, esta será precisamente mi arma de combate.

—Y la bondad del Señor será para aquel que más clemente hubiera sido con sus semejantes.

Después de una série de estos consejos que Diaz prometió seguir al pié de la letra, ambos la emprendieron á mordiscos y tragos, con su respectiva taza de chocolate, acompañada de una buena porcion de *colaciones* y alfajores.

Fray Andrés sabia el objeto de aquel viaje, amaba á Isabel y á Rivadavia y sentia profundamente cualquier desgracia que pudiera sucederles.

Temia que si Diaz y Rivadavia llegaban á encontrarse, una escena de sangre se sucederia inmediatamente, y por esto preparaba el espíritu de Diaz para el perdon y la clemencia.

—No tema usted, terminó éste, si yo voy á Buenos Aires es con el único objeto de traer á mi hija, y

para esto pienso valerme sencillamente de la autortad; no levantaré mi mano para castigar la injuria porque sé que el cielo no dejará impune las malas acciones de la tierra.

—Bien pensado y mejor dicho, hijo mio: vale mas la bienaventuranza eterna, que todas las felicidades de esta vida en que todo pasa y todo se pierde, en que hasta la misma propiedad vuelve á poder de Dios.

Recuerda que los mismos rios y arcanos que hoy nos imponen con el fragor de sus tempestades, fueron en otro tiempo grandes ciudades de que el pobre gusano humano tuvo la insolencia de llamarse dueño.

Nosotros mismos no pasaremos á ser el inmenso lecho de otros mares?

En la vida no hay nada propio, como vés, y la misma blasfemia que se comete al decir «mi palacio», se comete al decir «mi mujer».

La propiedad apenas dura lo que la vida, y el hombre mismo no es dueño de la suya.

El que vende á otro hombre un palmo de la tierra, es un mentecato que vende lo que no es ni puede ser suyo.

Todo es de Dios, hijo mio, y él es el único que ha de disponer de tu mujer, como dispone la tierra que pisas y llamas tuya, sin pensar que tú mismo eres de ella, pues es en su regazo que has de volver á la nada de donde saliste.

—Pero uno siquiera es el padre de sus hijos!— exclamó Diaz sintiéndose vencer por aquella lógica estupenda, —y debe tratar de tenerlos á su lado.

—Dios es el único padre de sus criaturas, el único cuya voz se obedece á pesar de todo y sin que el espíritu se resista: hasta la vida se rinde á los piés del Supremo Hacedor con resignacion estricta, y es que su llamado tiene la fuerza estupenda de lo inmutable—de lo infinito—la fuerza de Dios mismo!

Es preciso que cada cual se resigne á su suerte, pues otra cosa seria rebelarse ante el poder de Dios:

oye su voz que se repite desde el átomo hasta el océano y dobla ante ella tu rodilla de hombre, sobre el humilde polvo á que te asimilarás mañana.

Diaz escuchaba con recojimiento la palabra del fraile que se imponia á su espíritu, pero una vez que su melodia brusca dejó de arrullar su oído, las mezquinas pasiones de su razon hablaron mas alto y lo dominaron por completo.

—Sí, yo me vengaré, pensó, yo me vengaré, aunque supiera que atraeria sobre mí toda la cólera divina.

Cuando un corazon se encuentra despedazado como lo ha sido el mio, la venganza es el bálsamo mas sublime en que puede bañarse!

Fray Andrés creyó haber dominado por completo este espíritu, cuando mas decidido se hallaba á la venganza.

¿Cuál era el plan de Diaz?

El mismo no lo conocia.

Sabia que iba á vengarse, sí, pero no sabia cómo, ni podia calcularlo.

—Conque, quedamos en mis teorias? preguntó fray Andrés al retirarse: la mano de Cain no se alzará sobre Abel?

—Libreme Dios de ello: mi única preocupacion es traer á mi hija conmigo.

Él sabrá lo que ha de hacer de los culpables.

El fraile se retiró en seguida, tranquilo á anunciar á la madre que no abrigaba el menor recelo sobre la suerte de su hija.

Diaz siguió sus preparativos, y al dia siguiente de madrugada emprendió su viaje de venganza.

Qué era de los amantes? Despues de un viaje agitadísimo, pero feliz, habian llegado á Buenos Aires, é instaládose en una casita de la calle de las Artes hoy, donde vivian dichosos sin más pensamiento que su amor y el amor de su hija á quien querian con delirio.

Rivadavia habia presentado á Isabel á su familia que jamás quisc estrechar relacion con ella.

Isabel resistió el golpe, pero lo encontró justo y nada dijo.

Qué le importaba además todo lo que de ella pudieran pensar.

Tenia el amor de su amante y compartía entre éste y su hija todo el tiempo de su vida.

La estupenda belleza de Isabel hizo una gran sensación en Buenos Aires, al extremo que su sociedad se ocupó mucho tiempo de la compañera del joven Rivadavia.

Isabel solo salía de su casa para ir á la iglesia, y no había una sola persona que no quedara prendada de su belleza, como de la distinción de sus modales y la suprema arrogancia de su andar.

Al principio se creía que los datos que sobre ella daba Rivadavia eran exageraciones de amante para realzar su conquista y dar mas importancia á su triunfo.

Poco despues se supo con pelos y señales la familia á que ella pertenecía y la mayor parte de los detalles que hemos narrado.

Fué entonces que las mismas que la miraron con horror antes, trataron de acercársele, seducidas por su exterior unas, y aguijoneadas por la curiosidad las mas.

Rivadavia se sentía feliz en toda la acepcion de la palabra.

Amaba á su compañera con toda su alma, porque la creía acreedora a todo su amor, y porque era una mujer que todo se lo había sacrificado, fortuna, posición y familia, cambiando todas las ventajas que esto podía reportarle por solo su cariño y el poco de comodidad que él pudiera proporcionarle.

—Mira que ya no tengo mas amparo que tú sobre la tierra, le dijo al pisar Buenos Aires: somos dos pobres seres que sin tu apoyo quedaríamos en la orfandad mas horrible.

—Para faltarte, le respondió él, será preciso que muera, y entonces se habrá cumplido la voluntad de Dios.

Yo he reconcentrado en ustedes toda la felicidad de mi vida: entonces, por egoísmo propio tengo que velar para que esa felicidad no sea turbada por la menor sombra.

—Y ese hombre no nos perseguirá? no podrá nada contra nosotros?

—De entre mis brazos no habrá poder humano que te arranque: si ese hombre es suficientemente discreto, se volverá á Tucuman y no se atreverá ni á pensar en nosotros.

Si algo intentara, peor para él: nada tiene que venir á buscar aquí, porque nada le pertenece; mi contrato de matrimonio no es una escritura de esclavitud ni cosa que se le parezca, y el hombre que pretenda hacerse amar á la fuerza, es un demente que no debe de tomársele á lo sério.

—¿No podrán entonces obligarme á seguirlo? ¿no podrán separarme de mi hija?

—Confía en mí y ahuyenta de tu mente todo pensamiento triste: tu felicidad es la mia propia; ya vés si podré conservártela.

En cuanto á nuestra hija, ella es nuestra; como tal vamos á bautizarla aquí, y veremos cómo se compone para pleitearla.

Hay además muchos otros recursos que tocar, evitando el escándalo que á nada conduce y que á todos daña, y de ellos usaremos una vez llegado el caso.

De todos modos, él no ha de moverse de Córdoba sin que nosotros lo sepamos anticipadamente; descansemos entonces en nuestra felicidad, que si llega el peligro lo conjuraremos victoriosamente, no tengas la menor duda.

Así Isabel se habia entregado por completo á la felicidad de aquel hogar formado por dos corazones idólatras.

Rivadavia era el mas intranquilo, aunque ocultaba perfectamente todos sus temores.

Las leyes entonces eran mas rígidas, y daban al marido terribles derechos sobre la mujer.

Él sabia que Diaz podia obligar á su mujer á se-

guirlo de una manera violenta y que á este fin la autoridad le prestaria todo su apoyo.

Así es que no veía otra salida airosa que ocultar á Isabel y su hija, en cuanto Diaz asomase en Buenos Aires.

Confiado en su buena estrella y mejores relaciones de familia, esperó tranquilo que se presentaran los acontecimientos.

Su primer cuidado fué bautizar nuevamente á Dominga como su hija natural, por si llegaba el caso de hacer valer este derecho, y una vez llenado este requisito, quedó mas tranquilo.

Los amigos del jóven iban frecuentemente á su casa, única manera de verlo, pues Rivadavia pasaba encerrado con su amante y su hija, todo el tiempo que le dejaban libre sus cortas ocupaciones.

Mas tarde supo por Gimenez lo sucedido en Córdoba, alármándose con esta recomendacion que le hacia el jóven:

«Me parece que Diaz no se ha ido ya, porque su salud no se lo ha permitido, pero no será extraño que el dia menos pensado se te aparezca allí.

De todos modos, yo te lo haré saber con anticipacion.»

Rivadavia ocultó esta noticia á su amante, que solia preguntarle cuidadosa si habia recibido carta de Gimenez.

—Ninguna ha venido, respondia, y esta es la mejor señal, porque Gimenez solo escribirá en el caso que tuviera que avisarnos la visita de ese hombre.

—No vendrá ya, decia Isabel, y es lo único que en la vida tendré que agradecerle.

Ya ha pasado mucho tiempo; probablemente mi carta le ha demostrado que seria inútil toda tentativa en el sentido de llevarnos.

¿A qué vá á querer llevar una mujer que no le ama y una hija que no le pertenece?

Así, por lo menos, no se hace acreedor á nuestro ódio mas irreconciliable!

Cuando los amantes pensaban menos en que Diaz

pudiese venir á turbar su felicidad, recibió Rivadavia la carta de su amigo Gimenez, en que le anunciaba su viaje.

«Probablemente lo tendrás por allí, le decia, tres ó cuatro dias despues de recibir ésta: no pierdas tiempo, porque vá con la intencion de vengarse y recuperar á su hija.

Él cree que lo que Isabel le dice, es una mentira tendente á evitar toda persecucion suya; mucho ojo, pues, y toma todas las medidas del caso.»

La carta aquella cayó como una bomba en casa de los jóvenes.

Isabel se abrazó de su hija y rompió á llorar de una manera desesperada.

No era tanto su temor de ser hallada, porque creía que Diaz nada podria hacer contra eila.

Lo que la aterraba de aquella manera, era el temor de un encuentro entre su marido y su amante, encuentro que podia muy bien dejarla á merced del primero.

¿Qué seria de ella si Rivadavia llegaba á faltarle y Diaz intentaba vengarse de ella arrebatándole su hija?

La muerte! hé aquí el único refugio que le quedaria para huir á la vergüenza y al dolor.

—No temas nada ni te entregues de ese modo á un dolor inmotivado, gracias á Dios.

Necesitamos toda nuestra calma para obrar de una manera acertada, y esa calma es preciso que no la pierdas, porque me harias perder á mí tambien la libertad de espíritu que tanto necesito.

Yo te juro sobre la cabeza de nuestra hija, que nada ha de sucedernos, y este juramento debe inspirarte una completa confianza.

—Estoy tranquila, respondió entonces Isabel, secando sus últimas lágrimas: dí lo que es necesario que haga.

—Escucha entonces con calma, porque no hay tiempo que perder.

Yo pienso que lo mejor es evitar el escándalo y

para evitarlo, lo mejor es esconderse de una manera que nadie pueda dar contigo.

El supone que te hayas venido conmigo; pero no puede saberlo con certeza.

Negando yo y ocultando tú, no será muy difícil poderlo convencer, y aburrido al fin, no tendrá mas que renunciar á sus proyectos y regresar á la seráfica ciudad.

Ahora bien, esconderse en Buenos Aires es peligroso é inseguro; yéndose á Montevideo tocamos los mismos inconvenientes: no nos queda medida mas segura y eficaz que un viaje mas largo que él ni siquiera podrá sospecharlo.

El único perjuicio que reportaremos nosotros, será una separación de pocos meses, pero en cambio esta separación nos reportará la ventaja de poder gozar ya de una felicidad sin nubes y sin el menor peligro: ¿qué te parece mi plan?

—Todo lo que tú resuelvas me parece muy bien resuelto: pero adónde y cómo podemos hacer ese viaje?

—Muy sencillamente.

Casualmente, y como si Dios lo hubiese previsto, mañana sale para Burdeos un paquete, con cuyo Comandante me liga una vieja y estrecha amistad.

Bajo un nombre francés, para evitar sospechas de los agentes y de mi amigo mismo, aunque despues conocerá el engaño, yo te tomo pasaje para tí y para Dominga, te vas á Burdeos y demoras allí todo el tiempo que tarde el paquete en cargar y descargar, regresando con el mismo á su vuelta.

Créeme alma, mia, que esto es lo mejor y mas seguro que debemos hacer; ya ves que te lo propongo yo, que tengo idolatria por ustedes y que voy á vivir muriendo todo el tiempo que estemos separados.

Es un sacrificio cuya compensación vá á ser nuestra union tranquila y segura por el resto de la vida.

—Desde que tú lo propones lo acepto yo, respondió Isabel tristemente, aunque me es doloroso separarme de tí.

—Es preciso, hija mia: en estos casos, los hijos dan al marido todo derecho y es preciso que evitemos dificultades, peligros y zozobras.

—No hablemos mas entonces y toma los pasajes, pero voy á ponerte una condicion.

—Cuantas tú quieras, yo no tengo mas guia que el asegurar nuestra felicidad.

—Bueno, vás á jurarme entonces por la vida de nuestra hija, que, suceda lo que suceda y aunque ese hombre te diga lo que te diga, no te has de poner en ningun caso en que peligre tu vida.

Escucha el juramento que sobre su cariño y el tuyo te hago.

Si al volver á Buenos Aires te hubiese sucedido una desgracia por faltar al juramento que te exijo, me quito la vida inmediatamente, sin que me detenga el desamparo y la orfandad en que vá á quedar nuestra hija.

Rivadavia juró, de la manera mas solemne, que obedeceria aquel deseo, y que por cualquier cosa que sucediera huiria siempre de encontrarse con Diaz en una situacion peligrosa.

—Aunque te llamen cobarde?

—Aunque él me llame cobarde, pues los demás hartó lo saben ya que no lo soy.

Isabel se levanto radiante y dió á Rivadavia un beso apasionado. Me encuentro feliz, le dijo, toma ahora los pasajes lo mas pronto que te sea posible, pues me parece que el tiempo vuela y que de un momento á otro puede llegar ese hombre que conocí en hora tan maldecida.

Rivadavia, feliz de haber convencido á Isabel con tanta felicidad, de que debia emprender tan largo viaje, salió á comprar los pasajes.

En una hora arregló todo, habló con el Capitan y regresó á su casa.

El buque salia al dia siguiente, de modo que tenían un dia menos de lo que creyera el jóven.

El equipaje estuvo arreglado aquella noche, con

toda la prolijidad que es capaz de hacerlo un amante cariñoso.

Nado faltaba en las valijas de la madre y de la hija, pues Rivadavia habia pensado en todo, desde lo mas preciso hasta lo mas supérfluo y lujoso.

A la mañana siguiente, Rivadavia acomodó en una valijita de mano todo el dinero que podian necesitar las viajeras, y sin que nadie se apercibiera de ello, acompañó á aquellos dos pedazos de su alma hasta el paquete que debia conducirlos á tan gran distancia y á través de tantos peligros.

Allí permaneció hasta el último momento, pensando que en mucho tiempo no volveria á estrecharlas entre sus brazos.

La despedida fué tierna y apasionada: no se puede ver alejar á los seres mas queridos, sin sentir el corazón profundamente emocionado.

Cuando el buque se hizo á la mar, Rivadavia no pudo disimular una lágrima rebelde.

—Hasta la vuelta! les gritó—piensa en mí y no dejes que de su imaginacion infantil se borre un momento mi recuerdo.

—No me olvides! gritó ella, y recuerda que sobre el mar y á la gracia de Dios van los que mas te aman sobre la tierra.

Y ambos arrojaron un beso que se fundió á la fresca brisa del rio.

Media hora despues Rivadavia volvia á tierra; habia perdido de vista al paquete.

Al llegar á su casa, el jóven se abismó en la escena tremenda que lo esperaba al venir Diaz allí.

El pobre marido vendria á tomarle cuentas de su mujer, de su hija, y en último caso de su honor arrebatado tan cruelmente.

¿Cómo salir de situacion tan violenta?

Y el jóven meditaba y meditaba, sin poder hallar una solución satisfactoria.

Un encuentro personal era inminente, y esto era lo que Rivadavia quería evitar á toda costa, no solo por lo que habia jurado á Isabel, sino que le repugnaba un encuentro con un hombre viejo, á quien habia hecho una injuria sangrienta y sobre quien se sentia superior en edad, en vigor y en corazon.

¿Qué posición seria la suya matando á Diaz, como tendria que matarlo en un duelo despues de haberle arrebatado su honor y su familia?

¿Qué pensaria la sociedad de este final sangriento?

Y pensar en dejarse matar no era posible: el solo pensamiento le parecia ridículo, absurdo.

Lo esencial era encontrar un motivo, aunque solo fuera un pretexto para no aceptar el encuentro que indudablemente le propondria Diaz, y esto era lo difícil, pues era preciso que el pretexto fuera decoroso para él y no lo hiciera descender un átomo de su dignidad.

—Negaré haber sido yo, pensó al fin, hasta donde me sea posible; ¿pero y si llega á probarme el hecho de tal manera que tenga que confesarlo?—rehusaré terminantemente el duelo con el mejor pretexto que me sugiera lo apurado del momento.

A pesar de esta resolución, Rivadavia llamó á uno de sus mejores amigos y le consultó su situación violentísima y lo que habia resuelto.

—Si Diaz fuera un hombre jóven cambiaria con él una bala y negocio concluido; al fin y al cabo el problema de la vida tiene que resolverse de una manera fatal mas ó menos tarde.

¿Pero cómo me bato con un hombre viejo? ¿cómo lo mato despues de haber hecho lo que ya desgraciadamente es del dominio público?

Francamente esto repugna á mi corazon y á mis instintos: daria cualquier cosa porque ese hombre no se cruzara en mi camino, porque francamente no sé hasta qué punto podré tolerar las injurias que ha de

hacerme para obligarme á una reparacion por las armas.

—El caso es peludo, pero no desesperado, respondió el amigo despues de haberlo escuchado atentamente.

Te queda el recurso de negar de una manera terminante, y en caso que pueda demostrarte la verdad de que le consta que eres tú quien le ha ofendido, entonces evitas entenderte con él directamente y le pides nombre dos amigos para resolver la cuestion con las personas que tú le indicarás.

—Cuento entonces contigo para que dirijas el asunto.

—Sabes que en todo lo que valgo y puedo estoy á tus órdenes; y mira, no te quejes de la suerte, que algo ha de costarte el lujo de una mujer como la que has alzado del nido: es demasiado bella para poseerla impunemente!

Convenidos en todos los puntos en que podia encararse la cuestion, los dos amigos se separaron alegres y risueños.

Escusamos decir que el pobre marido fué el tema de aquella alegría estudiantil que les saltaba al semblante á pesar de lo crítico de la situacion.

Diaz llegó por fin á Buenos Aires, á los tres dias de haberse embarcado Isabel.

Su viaje habia sido penoso y agitado, teniendo que demorarse un dia en el Rosario, á reponerse de la fatiga del camino y del estado febril en que se hallaba.

Todo esto lo habia enflaquecido y envejecido de unos diez años, porque su pena era de aquellas que no modifica el tiempo, porque viven de nuestra vida misma.

Se puede olvidar al que se muere, aunque él nos lleve un pedazo del alma y el complemento de toda felicidad.

Pero no se olvida á la mujer amada que ha abandonado el hogar para entregar á otro hombre su belleza y su cariño; no se olvida al hijo que ha hecho

latir nuestro corazón despertándolo á la caricia arrobadora del amor filial, y que se arranca al alma con este golpe de muerte: no es tu hijo!

Son dolores que solo se podrian combatir arrancándose el corazón del pecho, y que la acción del tiempo aumenta en vez de disminuir, porque nos muestra la suma de dichas perdidas, presentando á nuestra imaginación un hombre de lo que ayer era un niño.

La primer idea de Diaz, al salir de Córdoba, fué presentarse súbitamente en casa de Rivadavia y tomarle estrecha cuenta de su infame conducta, hiriéndolo allí mismo si se negaba á batirse inmediatamente.

Pero las reflexiones del viaje modificaron totalmente su modo de pensar.

—Seria ir á provocar una nueva burla, se dijo, y exponerme á que me hiciera echar por sus sirvientes, ocultando en seguida lo que me interesa descubrir.

Mejor es ocurrir directamente á la autoridad para que me haga entrega de mi mujer y mi hija, haciendo valer los derechos que me dá la ley.

Luego ejerceré mi acción personal, tremenda y sangrienta, porque no puedo satisfacerme hasta no haber sofocado el último latido de su corazón.

Yo le haré apurar todo el veneno que ha arrojado al mio!

Solo á ese precio puedo dar por satisfecha mi venganza.

Firme en este modo de pensar, Diaz llegó á Buenos Aires tan ocultamente como le fué posible, alojándose en casa de unos parientes con cuya ayuda habia contado.

A no haber sido el aviso de Gimenez, Rivadavia no hubiera sabido que su enemigo se hallaba en Buenos Aires, hasta no haber sentido los primeros efectos de sus gestiones judiciales.

Sus parientes, como todo Buenos Aires, sabian que Rivadavia habia vuelto acompañado de una de las

principales damas de Córdoba, pero ignoraban el nombre de la víctima.

Fué Diaz quien se los hizo conocer, al hacer las primeras indagaciones sobre el paradero de su esposa.

—No es ella la que me interesa, les decia con acento de profundo dolor: es mi hija inocente y pura, cuyo cariño es la única sonrisa de mi existencia miserable.

Es el arrancarla de su poder el único objeto de mi viaje, y como apéndice, mi venganza: una venganza que esté á la altura de todo cuanto he padecido, de todo lo que he llorado.

Mi venganza será el bálsamo que cierre las arrugas abiertas en mi frente por el dolor intenso.

Los parientes quedaron conmovidos ante aquella revelacion y aquel dolor, comprendiendo recién entonces la vejez prematura y dolorosa que acusaba el semblante de Diaz.

Dispuestos á ayudarlo eficazmente de todas maneras, refirieron á Diaz, cómo y dónde vivia Rivadavia, el género de vida que hacia la dama que lo acompañaba, á quien se veía siempre acompañada de aquella niña tan bella como ella misma.

—Pero estos desventurados pensarán que me he muerto? exclamaba Diaz, cerrando los puños con un movimiento colérico; pensarán que Dios está en vano en el cielo y que pueden gozar eternamente de su infamia?

Nunca creí, despues de lo sucedido, que Isabel llegase á pasear su vergüenza por las calles de Buenos Aires!

Antes cometí la iniquidad cobarde de tener lástima por el porvenir tremendo que ella misma se habia preparado.

Hoy, me gozaré en su infortunio, que empezará el dia ya cercano en que le arranque su hija.

Ojo por ojo y diente por diente!—es preciso que ella pruebe tambien la inmensa desventura de perder un

hijo, y tener que renunciar para siempre el goce supremo de sus caricias.

Con todos los datos que le suministraron sus parientes, el domicilio de la adúltera, y sus papeles en perfecto estado, Diaz se presentó á la autoridad solicitando la prision y entrega de la esposa é hija, fugadas de su hogar.

La autoridad no tenia mas remedio que proceder, y proceder de una manera rápida y enérgica, de acuerdo con lo solicitado por Diaz.

Hacia veinte y cuatro horas que éste estaba en Buenos Aires y solo sus parientes y la autoridad tenían conocimiento de su presencia.

Y como ignoraban el viaje de Isabel y su hija, estaban persuadidos que las diligencias pedidas se efectuarían aquel mismo dia.

Diaz quedó en el Cabildo, mientras que un agente de la autoridad se trasladaba al domicilio de Rivadavia, á efectuar la prision de Isabel y su hija.

Esta fué la primer noticia que tuvo el jóven, de la llegada de Diaz, felicitándose íntimamente, por el giro que aquél daba á la cuestion, de haber hecho salir del país á Isabel.

—Señor Rivadavia, le dijo el agente de una manera resuelta pero comedida, espero que en virtud de esta órden, me permitirá usted apoderarme en su casa de las personas que eila indica.

—Señor, replicó el jóven, saboreando íntimamente el chasco que se llevaban, siento mucho no poder complacer á usted, pero no puedo hacer el milagro de permitir que usted prenda en mi casa á personas que no existen en ella.

—Comprendo que usted responda eso al interesado, y lo encuentro lógico, pero no comprendo que usted me lo diga á mí, porque yo sé que aquí vive la mujer que busco, como lo sabe todo Buenos Aires.

—Pues, señor, usted y todo Buenos Aires saben mas que yo, lo que no deja de sorprenderme en extremo, pues yo tenia la pretension de saber, por lo menos, lo que pasaba en mi casa.

—Bromas á un lado, señor Rivadavia, yo siento profundamente la comision que me trae á su casa, pero tengo que cumplirla y espero que usted no haga tirante la situacion, colocándola en un terreno violento que ninguna ventaja le reportaria.

—Bromas á un lado, señor, mio, respondió el jóven con el tono jugueton que le era habitual, en mi casa no podrá usted nunca, con ó sin violencia, prender á las personas que no están en ella; si usted es capaz de hacer ese milagro, tendré mucho gusto en presenciarlo.

—Querrá usted negarme que aquí vive la mujer y la niña que expresa esta carta?

—¿Y cómo no he de negarlo? ¿ó pretende usted que por complacerlo falte yo á la verdad?

—Sin embargo á mí me consta que viven, porque las he visto con frecuencia entrar ó salir, y porque es una cosa harto pública.

—Perdone, señor, á usted podrá constarle que aquí han vivido, pero no puede constarle que vivan, porque eso no sucede ya.

—¿Me permite usted constatar ese aserto?

—Con el mayor gusto, y se convencerá que está equivocado y que yo no sé mentir ante ninguna consideracion.

El agente de la autoridad entró á la casa precedido del jóven, que con una sonrisa burlona le franqueaba las piezas, le habria los roperos y los muebles mas pequeños.

—¿Se convence usted que no vive aquí?

—Me convenzo que no está aquí, pero no que no vive: aquí hay prendas que acusan la presencia de una mujer.

—De una mujer sí, pero no de la mujer que usted busca: en todo caso esas prendas no pueden acusar otra cosa que lo que ya he dicho yo, que aquí ha vivido una mujer, pero que no vive ya.

El agente registró la casa con una prolijidad digna de todo encomio.

—Me doy por vencido, dijo al fin, la señora dé Diaz

no está, pero como puede volver de un momento á otro, voy á dejar en la vereda quien la detenga á su vuelta.

—Larga será la espera, porque esa persona no ha salido de aquí con la mas mínima intencion de volver.

—¿Tendrá usted inconveniente en decirme dónde puedo hallarla?

—No lo tendria si lo supiera, pero es el caso que nada me ha dicho, porque yo no tenia además el menor deseo de saberlo.

El señor Diaz puede hacer sus diligencias por otro lado, pues me parece que en Buenos Aires no logrará la realizacion de sus propósitos: la señora que con tanto empeño busca, conociendo ó no conociendo sus intenciones, ha levantado campamento sin dejar tras sí el menor rastro.

—Para usted puede ser, para mí es difícil.

—De todos modos, lo que yo he dicho á usted ha sido dicho solamente al agente de la autoridad. lo que quiere decir que el interesado debe ignorar mis intenciones.

—Perfectamente; para darle cuenta del desempeño de mi comision, no es necesario que haga uso de lo que hemos hablado.

El agente se retiró dejando un subalterno en observacion de la casa, con la órden de detener á cualquier señora que pretendiera entrar.

Diaz no pudo contener su sorpresa al verlo volver solo, y preguntó porqué no conducia á su mujer y su hija.

—Me ha sido imposible, repuso el agente, porque no viven en la casa indicada por usted.

Sospechando que puedan haber salido y que esto quiera ocultarse, he dejado una persona en observacion, que cumplirá fielmente la órden dada, cuando regresen á la casa.

—Comprendo que un hombre pueda burlarse de un individuo cualquiera, observó Diaz, creyendo que aquel hombre hubiera dado un aviso en vez de cum-

plir la orden, pero no creo que esa burla la pueda hacer extensiva á la autoridad.

—A todos consta que esa mujer con la niña viven en el domicilio que he indicado á usted.

—A mí tambien me consta que allí vivia, pero me aseguran que hace dias que no vive mas allí; mas aún, que no está en Buenos Aires.

Diaz quedó anonadado: ¿habria hecho inútilmente su viaje? ¿sabrian su venida los criminales y se habrian puesto en salvo con tiempo?

Esto no podia ser; Diaz tenia la seguridad que solo sus parientes conocian su presencia en Buenos Aires, luego aquello no era mas que un ardid para burlar la accion de la autoridad.

—¿Podré esperar que hagan las diligencias necesarias á fin de dar cumplimiento á esa orden?

—Puedo responder á usted de una manera terminante, que si esa señora está aún en Buenos Aires, antes de cuarenta y ocho horas la habré reducido á prision.

Una persona no puede perderse en la ciudad así no mas, mucho menos una persona tan notable como esa.

Puede usted entonces retirarse tranquilo, que antes de las cuarenta y ocho horas podré dar aviso á usted de haber cumplido la orden.

Ahora, si es cierto que ha salido de Buenos Aires, nada puedo asegurar á usted, aunque le anticipo que haré las diligencias necesarias para saber el punto á que se haya dirigido.

Diaz estaba anonadado; cuando mas seguro creía encontrar á su hija, cuando se preparaba á verla dentro de breves momentos, ésta desaparecia de una manera mas vaga, sin poder sospechar siquiera el punto donde se habia dirigido.

Sin embargo habia un gran recurso: seguir á Rivadavia, y este recurso se apresuró Diaz á hacerlo conocer del agente encargado de la prision.

—Se me habia ya ocurrido y esta es parte de mi seguridad, respondió aquél.

Estando ella en Buenos Aires, se verá con Rivadavia ó se comunicará con él, y si esto sucede cuente usted con que verá realizados sus deseos.

Diaz se retiró desesperado pero no vencido: sabia que luchaba con un hombre de ingenio que le daría algún trabajo, pero el fin de la lucha le sería favorable.

¿Cómo se habia de sospechar que los amantes, por burlar su accion inesperada, se habian resuelto á una separacion tan larga?

El agente por su parte salió á completar sus diligencias con el seguimiento de Rivadavia, á cuyo efecto fué él mismo á apostarse á inmediaciones de la casa.

Pero aquel trabajo fué inútil, pues el jóven no salió ni durante el dia ni durante la noche.

A la mañana siguiente recién salió á la calle á hacer algunas visitas, y ver al amigo con quien habia consultado el caso, para imponerlo de lo que habia sucedido.

El agente de la autoridad se puso en su seguimiento y cuanta casa visitó, fué registrada mas tarde por aquella, con la misma ineficacia que la del mismo jóven, al extremo que empezaron á creer que realmente la señora de Diaz hubiera salido de Buenos Aires.

Rivadavia reía como un loco al verse seguido á todas partes, porque desde un principio vió que se le seguia.

—Afilense no mas, decía, pero lo que es á Isabel échenle un galgo.

No solo pasaron cuarenta y ocho horas sino cuatro dias, sin que la autoridad pudiera sospechar siquiera el paradero de Isabel.

Diaz empezó á perder la cabeza y la esperanza de dar con su hijita.

Y sin embargo aun no queria echar mano de un recurso súpremo: abordar á Rivadavia y exigirle terminantemente le dijera donde se hallaban su mujer y su hija.

Detrás de la ofensa podía venir la burla, y Díaz no se sentía con fuerzas para soportar tanto: tenía miedo de dejarse arrastrar por la ira, mas allá de donde deseaba.

A pesar del aturdimiento que lo ofuscaba, comprendía que su adversario estaba en posición mas ventajosa; y esto lo detenía un poco, por temor al ridículo.

¿Cómo podía presentarse en casa de un hombre, á decirle:—caballero, usted me ha robado mi mujer y yo vengo á que usted me la devuelva?

Indudablemente se exponía á recibir una carcajada por toda respuesta.

Díaz abandonó este supremo recurso para cuando notuviese otro paso que dar, y se presentó nuevamente á la autoridad.

La contestacion no podía sorprenderlo en manera alguna, puesto que si no le habian dado aviso, era porque no habian podido hallar el paradero de su esposa.

—Se siguen practicando todo género de diligencias, le dijeron, sin haber podido arribar á nada: se teme que la señora haya abandonado el país, pues de otro modo ya tendríamos noticias de ella.

—Sin embargo está en Buenos Aires, y ha estado en el domicilio que indiqué.

—Es cierto, pero antes de presentarse usted pidiendo su captura, ha abandonado aquel domicilio y tal vez la ciudad.

—Esperaré unos dias mas, esperaré hasta el sábado, á ver si logro tener una certeza de su paradero: tal vez se haya ido á Montevideo, pero no por eso ha de esperar á mi justa acción.

Díaz esperó hasta el sábado con la misma inutilidad, pues la autoridad llegó á confesarle que toda pesquisa estaba de mas, porque era indudable que Isabel, en compañía de su hija, habia salido del país, ignorándose el punto á que se habia dirigido.

Díaz separadamente y ofreciendo pingües gratificaciones, soltó algunos espías que le proporcionaron

sus parientes, y á quienes encargó averiguaran qué había sido de la señora que vivía en la casa de Rivadavia.

Los rastreadores se lanzaron acosados por la gratificación prometida, pero nada pudieron averiguar.

Uno de ellos, hombre vivo y que conocía á todo Buenos Aires, se convirtió en sombra de Rivadavia, esperando por este medio dar con la mujer, pero sus trabajos fueron tan inútiles como todos los demás.

Su respuesta fué sin embargo mas categórica.

—Puedo garantizarle con mi pescuezo, dijo á Diaz, que la prenda no está en Buenos Aires; si estuviera no tenga la menor duda que habria dado con ella.

—Pero á alguna parte se habrá dirigido: el que pueda decirme eso, ganará la gratificación de la misma manera.

—Creo que usted no podrá nunca averiguar mas de lo que he averiguado yo, que es lo siguiente: una mañana, hace como ocho dias, esa señora salió acompañada por el jóven Rivadavia y una niña, seguida por dos peones que llevaban algunas valijas.

Todos se dirigieron al Rojo, donde se embarcaron en una ballenera, cuya ballenera no he podido hallar entre las muchas que hacen el servicio de pasajeros.

Dos horas despues, mas ó menos, regresó la ballenera, pero con uno solo de los pasajeros que habia llevado: el jóven Rivadavia; sin duda la señora y la niña se habian embarcado en uno de los buques próximos á hacerse á la vela.

Diaz devoró en silencio aquella nueva desventura que le arrancaba toda esperanza y recompensó al que le habia dado aquellos datos, despues de hacerse justificar cómo los habia obtenido, para apreciar la verdad de sus fundamentos.

—Está visto que el diablo los ayuda, pensó, y que no me queda mas camino que la violencia.

Pues emplearé la violencia, y veremos si así logro lo que no he podido lograr por medio de la astucia.

Por lo menos, no ha de quedar impune la san-

griente burla: Dios me prestará su ayuda y no me dejará desamparado en mi situación tremenda.

Resuelto á salir de una vez de situación tan penosa, Diaz se presentó al día siguiente en casa de Rivadavia, solicitando hablar con el joven.

Este, desde que supo la llegada de su enemigo y las diligencias por él intentadas, se puso sobre aviso, esperando que aquella visita no podía demorar mucho.

Al efecto y para prevenir cualquier acto de violencia, se hacia acompañar siempre de dos amigos, los mismos que habian de mediar en la cuestión si ésta tomaba otro giro.

No es que él tuviera miedo ni le faltara ánimo para afrontar la situación, sino que él mismo no sabia hasta qué punto podria sufrir las recriminaciones que le dirigiera aquel hombre, y queria tener á mano quien lo contuviera.

Así es que cuando Diaz se presentó en su casa, el joven se hallaba en compañía de sus amigos. Era [domingo y habian proyectado un paseo á San Isidro.

—Se presentó la tormenta! dijo á sus amigos cuando se le anunció la visita, aquí se vá á armar la desesperada!

—No tengas cuidado, que hemos de correr la tempestad como se debe: como él ha de querer quedarse solo contigo, pasaremos á la pieza contigua así que lo solicite.

De todos modos, es prudente que estés muy bien prevenido, porque sabe Dios las intenciones que traerá.

Lo que sí te garantimos es que al primer movimiento sospechoso, le caemos encima sin darle tiempo á cumplir sus amorosas intenciones.

Rivadavia dió orden se hiciera entrar al visitante, presentándose éste un minuto despues en la salita donde se hallaban los amigos.

Diaz se detuvo en la puerta un momento, saludando á los tres jóvenes y entró en seguida.

Su aspecto era amenazador y sombrío; sus ojos brillaban de una manera acerada, y su boca contraída, retenía apenas las palabras que, más hirientes que su mirada misma, pugnaban por salir de sus labios.

Su semblante estaba bañado por una palidez cadavérica y sus miembros temblaban todos á impulsos del coraje que brotaba de su mirada.

Aunque al jóven le repugnaba toda actitud mentida, hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo y exclamó:

—¿Usted por aquí? confieso que me sorprende su visita, porque no sabia estuviera en Buenos Aires.

Diaz contuvo con un ligero ademán al jóven que se le aproximaba, y le dijo seca y duramente:

—Desearía hablar dos palabras á solas con usted, porque me trae un asunto del que no estoy autorizado á imponer á nadie.

—Amigos míos, les dijo entonces el jóven á los otros, les ruego me dejen un momento hablar con el señor: pueden pasar á las otras habitaciones.

Los jóvenes salieron y Rivadavia ofreció una silla á su enemigo, que éste rehusó con un ademán.

La situación era violentísima, se veía que Diaz estaba dominado por la ira y que Rivadavia hacía grandes esfuerzos por contener la emoción que lo dominaba.

Diaz se cruzó de brazos y mirando al jóven con un rencor supremo le dijo:

—Por fin nos encontramos frente á frente, señor de Rivadavia, aunque usted seguramente no esperaba mi visita.

—Extraño sobremanera el tono con que usted me habla, dijo Rivadavia, firme en su propósito de negar hasta el fin, y la agresión que reviste su palabra; ¿podría usted sacarme de esta duda?

—Es inútil el papel que usted pretende representar; los motivos que aquí me traen son demasiado públicos por desgracia, y supongo que usted no me pondrá en el caso de repetirlos.

Si usted no es un hombre de honor, vive por lo menos entre ellos y debe conocer sus leyes.

Cuando un hombre de honor comete la acción que usted ha cometido, señor Rivadavia, debe estar dispuesto á dar una explicación en el terreno de los caballeros.

Yo podría y debería matar á usted como un perro, como un miserable, pero prefiero nivelarlo á mí y vengo á proponerle el honor de batirse conmigo.

A medida que Díaz hablaba, el jóven iba poniéndose densamente pálido, su sangre empezaba á hablar mas alto que sus propósitos y á sentirse con deseos de saltar al cuello de aquel hombre, pero se acordó de Isabel y de su hija, del juramento que habia hecho, y volvió á su primera idea.

—Señor Díaz, exclamó frunciendo el entrecejo, debe haber sucedido á usted una desgracia muy grande cuando de esa manera ha perdido la cabeza.

Solamente loco puede usted dirigirme la palabra en ese sentido y yo no puedo sufrir las consecuencias ó irritabilidad del primer hombre á quien se le ocurre perder el juicio.

Ruego á usted entonces que se explique y que no olvide que está usted en mi casa y que mi bondad no va hasta tolerar que en mi propia casa se me dirijan insultos y groserías.

—Muy bien, la comedia no está mal preparada, pero ya mi espíritu no está para comedias: ¿quiere usted darse el placer de oír de mis propios labios la acusación de su infamia?—no!

Señor Rivadavia, usted ha pagado la hospitalidad de mi hogar y la ofrenda de mi amistad, manchando ese hogar con una infamia, seduciendo á mi mujer desgraciada y robando á mi hija.

Señor Rivadavia, usted ha abusado de mi necesidad, y para consumir su infamia ha fraguado usted una carta en que suponía moribundo á mi hermano.

Señor Rivadavia, yo he venido á que usted me diga dónde están esas personas que ha sacado usted de mi casa, y á decirle á usted que es un miserable

á quien dispensaré sin embargo el honor de batirse conmigo.

A medida que pasaba el tiempo, Rivadavia se iba haciendo mas dueño de sí y reponiéndose de su sorpresa.

Sin embargo, el lenguaje violento y agresivo de Diaz le iba haciendo perder su serenidad, á pesar de todo su deseo en conservarla.

Así es que cuando Diaz terminó su última injuria, se cruzó también de brazos y sin borrar del semblante su expresión juguetona, repuso:

—Señor Diaz, es usted un demente de lo mas original que yo conozco: si su mujer se ha ido de su casa, por qué no elije usted á otro individuo para hacerlo responsable de aquel hecho que ignoraba y que su locura me impide lamentar como debiera?

Rechazo de una manera terminante los cargos que usted se sirve hacerme: declaro que no estoy dispuesto á tomar á lo sério su locura y que por consiguiente no acepto el original honor de batirme con usted.

Puede usted, pues, retirarse y dejarme el espíritu en una paz que no está usted autorizado de turbar.

Se veía claramente que Diaz perdía la poca paciencia que podía haberle quedado.

—Creía encontrar en usted un hombre de amor propio, pero veo que ni esto tiene; el que rehusa una explicación por las armas, cuando la debe, es designado con un calificativo muy duro: ¿me obligará usted á emplearlo?

—Vuelvo á hacerle presente que está usted en mi casa, y esta es la última vez.

—Pues, señor Rivadavia, es usted un cobarde! gritó Diaz con voz ensordecida por la ira, y vá usted á decirme inmediatamente dónde está mi mujer.

Rivadavia saltó al sonido de aquella injuria terrible; tal vez iba á responder con un golpe, pero se contuvo á tiempo y respondió:

—Señor orate, puede usted dirigir esa pregunta á

los diablos del infierno que tal vez puedan responderle mejor que yo.

—Me vá usted á decir dónde está mi mujer, rugió Diaz dando un paso atrás, ó juro á Dios que lo mato como á un perro.

Y llevó rápidamente la mano al bolsillo interior del levita.

Pero antes que su mano apareciera armada de la pistola que indudablemente fué á buscar allí, se abrió violentamente la puerta de la otra pieza, y aparecieron los amigos de Rivadavia que saltaron sobre Diaz desarmándolo rápidamente.

Rivadavia se le acercó entonces y con una calma que nadie esperaba, le dirigió estas palabras:

—Lo podria atar á usted y entregarlo á la autoridad, porque usted ha venido á mi casa con el propósito de asesinar-me, pero los locos no son responsables de sus acciones y usted lo está en grado superlativo.

Pero cúttese usted de volver á mi casa, porque no todos los dias está uno del mismo humor, y mañana podria olvidarme que es usted un pobre viejo demente.

Aquello era el colmo de la burla, capaz de hacer perder el juicio al hombre mas cuerdo.

Diaz, enfurecido al escuchar aquellas palabras, no atinó á contestarlas por el momento.

Fué despues de un largo intervalo que midió á Rivadavia en una mirada de supremo desden y le dijo:

—Nunca me imaginé que fuera usted un cobarde, pero ante la evidencia ya no es posible dudar.

Mañana vendrán aquí dos amigos, con instrucciones terminantes; si usted no accede á sus pretensiones, le notifico que, donde quiera que lo encuentre, lo mato á usted como á un perro.

Y recojiendo su sombrero del suelo, salió rápidamente sin dignarse mirar á los que allí quedaban.

Rivadavia, al verlo salir, respiró con extraordinaria satisfaccion.

—Gracias á Dios! exclamó, creo que si ese hombre

se queda un momento mas y sigue injuriándome de aquella manera, dá al infierno con todos mis propósitos de hacer oídos de mercader.

No me sospeschaba yo tan valiente para oír impasible tal acopio de dicterios.

—Y te has portado bravamente, exclamaron á su vez los amigos, por lo cual te damos la mas cordial felicitacion.

Ahora es preciso manteherse en este terreno, del que no debes apartarte una línea: has pasado por el momento mas duro y no tienes ya que temer.

—¿Y los padrinos con que amenaza?

—¿No tengas cuidado: nos entenderemos con ellos y todo se arreglará.

—¿Y si llevo á encontrarlo en la calle y renueva sus injurias? me sospecho que en un paraje público no voy á poderme contener!

—No creas, cuando se vea impotente y se convenza de que su mujer no está en Buenos Aires, regresará á la seráfica ciudad y no volverá á acordarse mas de ustedes.

—Quiera Dios que esto sea así, pues por nada de este mundo quisiera hallarme en la situacion de matar á ese hombre, y francamente no veo en este caso otra solucion que matarlo, ó dejarme matar por él, y lo segundo no es aceptable bajo ningun principio.

—No temas, que nada de eso ha de suceder: por lo pronto, y mientras el prójimo permanezca en Buenos Aires, te seguiremos acompañando como simple garantia de que no harás una barbaridad.

Los tres amigos efectuaron un paseo á San Isidro donde se olvidaron bien pronto del incómodo y celoso marido.

Diaz habia salido de casa de Rivadavia en un terrible estado de exasperacion.

Veía que no conseguia saber el paradero de su hija, y lo que era mas mortificante por el momento, que no reduciria á Rivadavia á batirse con él.

Inmediatamente mandó llamar á un señor Galin-

dez, su viejo amigo, respetable comerciante y amigo con quien sabia poder contar en todo terreno.

Díaz le refirió la espantosa historia de su infortunio, rogándole fuera á provocar al jóven Rivadavia á un duelo á muerte, acompañado de cualquier amigo, pues él no contaba con ningun otro en Buenos Aires.

Galindez, hombre de honor y de principios, aceptó inmediatamente la comision que le daba su amigo, y asociado á otro español Alvarez, se dirigió aquella misma noche á casa de Rivadavia.

Los tres amigos, como siempre, estaban reunidos.

Al recibir el anuncio de aquella doble visita, comprendieron al momento de lo que se trataba, y cambiando una mirada de inteligencia, Rivadavia mandó que los hiciera entrar.

Alvarez y Galindez saludaron á los tres amigos de una manera comedida y respetuosa.

—Venimos, dijo el segundo, á cumplir un encargo de mi amigo el señor Díaz; suponemos que usted se sospechará cuál es.

—En efecto, respondió Rivadavia, devolviendo el saludo, pueden ustedes entenderse con los señores.

Y salió yendo á situarse en la misma pieza desde la cual sus amigos habian escuchado su entrevista con Díaz.

Una vez que Galindez hubo planteado la cuestion en su verdadero terreno, los jóvenes se consultaron con una mirada, y el que debia de dirigir la discusion dijo:

—Caballeros, un hombre no se bate á muerte sinó por motivos tan poderosos que merezcan la pena de jugar la vida.

Comprendo que el señor Díaz está en esa situacion, pero no lo está nuestro amigo.

El señor Díaz ha sido engañado y abandonado por su mujer á la que cree en poder de nuestro amigo, por cuya razon lo provoca á un duelo.

Pero es el caso que nuestro amigo no es el culpable de aquella accion, no la ha provocado y por con-

siguiente no se cree en el deber de aceptar un duelo ridículo, puesto que no tiene razon de ser.

—Perdon, señor, y hablemos sériamente, replicó Galindez sin salir de su tono comedido: puede ser que al señor Rivadavia le convenga negar el hecho, pero con esto no puede destruir la verdad de lo sucedido.

Nosotros somos de Buenos Aires, y sabemos como toda la sociedad, que el señor Rivadavia se ha traído de Córdoba á la esposa y á la hija de nuestro amigo: el duelo es justo, la reparacion exigible y ningun caballero puede negarse á darla.

—Ustedes pueden afirmar lo que gusten, pero nuestro amigo sostiene formalmente que el hecho es falso, que la señora de Diaz no se ha venido con él, que él no la ha visto desde que salió de Córdoba y que por consiguiente no se cree obligado á reparacion alguna.

—La conducta del señor Rivadavia es mala, porque ella dá lugar á interpretaciones que no le serian favorables, dijo Galindez despues de un momento de silencio.

—No teme nuestro amigo esas interpretaciones que nadie tendrá derecho á hacer y que nadie se permitiria hacer.

—Y si se creyera que no se bate de miedo?

—Quién lo creeria? el señor Diaz? puede el señor Diaz tener las creencias que quiera, porque su triste situacion lo autoriza á todo: no creo además que nuestro amigo se incomode mucho por lo que el señor Diaz crea ó no crea.

—Ah? y si el que tuviera esa creencia en vez del señor Diaz fuera yo, por ejemplo?

—Ah! eso variaria de especie y para contestarla necesitaría oír el cargo categóricamente.

—Pues bien, señor mio, dijo Galindez, sin salir de su actitud tranquila, yo creo que si el señor Rivadavia no se bate con mi amigo es simplemente de miedo, y eso quiere decir claramente que es un cobarde.

Pálido y trémulo, con el ademan airado y la mirada

brotando fuego. el jóven Rivadavia al oír aquellas palabras abrió la puerta y saltó al medio de la sala.

—Señor insolente! gritó, si yo tolero á ese viejo loco que diga lo que quiera y me niego á batirme con él, no me sucede lo mismo respecto al primer badulaque que quiera probar imitarlo.

Ahora, si usted cree que por esto soy yo un cobarde. centestaré que solo un miserable es capaz de semejante creencia y que por consiguiente usted es acreedor al calificativo.

—Puede usted calificarme como lo estime mas conveniente á sus planes, respondió Galindez sin inmutarse, aunque poniéndose de pié, pero si usted no se bate con el señor Diaz, yo seguiré creyendo que usted es un cobar. . .

Y no pudo terminar la frase, porque una vigorosa cachetada cortó la palabra en sus lábios.

—Esto le enseñará á usted á ser mas comedido y mejor educado, dijo; ahora puede pedirme cuenta del bofeton, en la forma que guste.

Una escena de pugilato se hubiera producido, á no ser la intervencion de Alvarez y los amigos de Rivadavia, que se interpusieron para impedirla.

—Puedo esperar una reparacion por las armas? preguntó Galindez, livido de cólera.

—Cuando usted guste y en la mejor forma que le parezca.

Los representantes de Diaz se retiraron, prometiendo Galindez enviar sobre tablas un par de amigos.

—Al fin me hicieron perder la calma, dijo Rivadavia á sus amigos, al fin y al cabo no puede uno estar-se dejando injuriar por cuanto gallego quiera tantearnos la paciencia!

—Pero has hecho un desatino, pues te han obligado á hacer lo que tú no querias.

—Yo no quiero batirme con Diaz, pero esto no quiere decir que debo dejarme llamar cobarde por todo el que guste entrometerse en mis cosas.

—En fin, ya lo has hecho y no hay mas que aguan-

tarse; trataremos de que la cosa ño tenga grandes consecuencias: él te ha llamado cobarde, pero tú le has encajado tu morrudo bofeton, que no es mal castigo y que bien podia darse con él el lance por terminado.

—No señor, quiero dejar bien sentado que si no me bato con Diaz es simplemente porque no me dá la gana: lo que les pido es que me arreglen la cosa sobre tablas, porque quiero terminar cuanto antes esta estupidez.

Aunque esperaron durante el resto de la noche la visita de los enviados de Galindez, éstos no aparecieron hasta la mañana siguiente.

No habia que discutir razones. así es que en el acto se pusieron á fijar las condiciones del duelo.

Los enviados de Galindez querian un duelo á pistola, á muy corta distancia y cambiando solo dos tiros.

—Esto equivale á un duelo á muerte, dijeron los padrinos de Rivadavia, porque á semejante distancia no hay posibilidad de errar un tiro, y los motivos no valen un duelo á muerte.

El señor Galindez, haciendo apreciaciones que no debia, ha llamado cobarde á nuestro amigo, y éste le ha dado un bofeton, como única respuesta lógica: la doble ofensa puede provocar un duelo, pero no un duelo á muerte.

Tenemos además el derecho de elegir las armas, y en cumplimiento de nuestros delicados deberes, no cedemos este derecho ante ninguna consideracion.

Los cuatro padrinos discutieron largamente pretendiendo que el duelo se habia de llevar á cabo en las condiciones extremas que los amigos de Galindez proponian, pero tuvieron que ceder por fin ante las buenas razones que expusieron los amigos de Rivadavia, y su declaracion de que no aceptarían un duelo que no se efectuara como ellos lo proponian.

El duelo se decidió que se efectuaria aquella misma tarde, á sable, y detrás de la Recoleta, donde

habia entonces unos sitios aparentes para este género de citas amorosas.

Rivadavia iba á encontrarse con uno de aquellos españoles bravos, á cuyas manos no era extraño el peso de un sable, ni temible á su espíritu la vista de un enemigo.

Pero él tambien era bravo y de una serenidad que jamás lo habia abandonado en trances de peligro, por mas récio que éste hubiera sido.

En Rivadavia habia la ventaja de la edad, de la elasticidad en los músculos y la agilidad de su cuerpo, flexible y liviano.

Galindez era un hombre grueso, pesado y de genio pronto.

Los dos adversarios, con sus correspondientes padrinos, se encontraron en el sitio y á la hora indicada.

El duelo, segun lo estipulado, debia concluir cuando los padrinos declararan que habia quedado satisfecho el honor.

El combate principi6 tranquilo por ambas partes, como si cada uno quisiera cerciorarse de la capacidad del adversario.

Estaban armados de dos sables descomunales, de los que usaban en aquellos tiempos los oficiales del Ejército, armas un poco pesadas, pero que nuestros abuelos manejaban con suma facilidad.

Rivadavia sonriente y jugueton, miraba á Galindez de una manera burlona que hacia perder á éste todo su aplomo y sangre fria: no estaba quieto un momento y le hacia algunas acometidas como si pretendiera asustarlo.

Galindez, firme en el sitio donde se habia parado al principio, recibia los ataques de su jóven adversario, sonriendo, pero de una manera forzada, y para disimular la ira que empezaba á ganarlo.

Él habia recibido la bofetada y no podia mirar al jóven sin sentir terribles tentaciones de partirlo de un sablazo.

Rivadavia reia al ver esta rábia mal disimulada y

eran estas risas lo que mas enojaba á Galindez, que empezó á atacar con visibles deseos de herir al jóven.

Fué entónces que empezó verdaderamente el combate.

Ágil y fuerte, el jóven fatigó pronto á su adversario, que empezó á moverse pesadamente y á mostrar bien clara su inferioridad.

Pronto el sable de Rivadavia cayó rápido y seguro sobre el brazo izquierdo de su adversario, penetrando como dos líneas.

Galindez hizo una lijera contraccion de dolor, y dió un paso atrás.

Los cuatro padrinos se interpusieron y examinaron la herida, que no era grave ni dolorosa.

—Creemos, dijeron hidalgamente los de Rivadavia, que está satisfecho el honor; ha habido una herida y los motivos que aquí nos han traído no pueden exigir mas.

—Yo no me doy por satisfecho, dijo Galindez, pues necesito volver el golpe recibido.

—Perdone, caballero, pero somos nosotros y no ustedes los que hemos de juzgar si se han satisfecho ó no las leyes del honor.

—Yo he recibido una bofetada, gritó Galindez, y no puedo darme por satisfecho recibiendo un sablazo.

—Pues si lo que necesita son dos sablazos, exclamó Rivadavia riendo siempre, no tengo inconveniente en obsequiarlo con el segundo.

El combate empezó de nuevo mas encarnizado por parte de Galindez y mas jugueton por parte de Rivadavia, que volvió á herirlo, esta vez, sobre la mano derecha con un lijero tajo.

Suspendido nuevamente el combate, los padrinos declararon esta vez que el duelo estaba terminado, pues se habian satisfecho todas las exigencias del honor.

—Sea, desde que ustedes lo declaran, pero yo se-

guiré creyendo que ese hombre es un cobarde, dijo Galindez, en la esperanza que continuaria el duelo.

—Pues si un cobarde lo ha puesto en ese estado, respondió Rivadavia con acento de burla, cómo lo pondría un valiente! sería cosa de pensar en el cajón.

Iba Galindez á contestar, pero los padrinos le hicieron comprender que no tenían el derecho de dirigirse la palabra y que el duelo se habia terminado.

Los adversarios se retiraron tan enemigos como habian venido, prometiendo Galindez que no seria aquella la última entrevista.

Aquel duelo fué por mucho tiempo el alimento de la crónica escandalosa de la ciudad, que interpretó sus causas de una manera harto desfavorable para el pobre Diaz, que venia á ser la víctima de cuanto sucedia por causa de la evasión de su mujer y robo de su hija.



Cuando Diaz supo lo que habia sucedido, por boca de su mismo amigo, sintió toda la amargura de su situación extrema.

—Quiere decir, exclamó, que yo no puedo aspirar ni siquiera al consuelo de vengarme?

¿Por qué ha ido usted á batirse con ese hombre? ¿era preciso que usted tambien contribuyera á aumentar el ridículo que pesa sobre mí?

—Querido amigo, contestó Galindez, comprendo que lo sucedido debe mortificarlo en extremo, pero ese jóven no queria aceptar de ninguna manera un duelo con usted, y para obligarlo fué preciso que lo insultara, que lo tratara de cobarde, y las consecuencias fueron inevitables, sin haber logrado mi objeto.

Yo no tengo la culpa, amigo mio: ha sido un lance fatal, con el que ese hombre maldito ha querido

sin duda constatar que si no se bate con usted, es porque tiene otras razones á las cuales es ageno el miedo.

—Sin embargo, mi situacion es terrible é insostenible, yo no puedo vivir sinó matando á ese hombre!

Diaz, medio loco, empleó dos dias en buscar á Rivadavia, pero inútilmente.

Convencido de que su mujer no estaba en Buenos Aires, y que tenia que renunciar á un duelo con Rivadavia, resolvió regresar á Tucuman ó á Córdoba, donde decidiria el partido que debia adoptar.

Antes de alejarse quiso tentar el último recurso para recuperar á su hija, que era lo único que interesaba á su corazon.

Con este objeto hizo ver á Rivadavia por el mismo pariente en cuya casa se alojaba.

—Diaz lo dejará á usted tranquilo, dijo éste al jóven, al solo precio de que le indique el paradero de su hija.

Él abandona su mujer en el abismo de vergüenza que ella misma se ha buscado, pero no puede abandonar á su hija, víctima inocente de esta infamia.

—Es necesario que yo haga saber á ese hombre toda la verdad, repuso Rivadavia, para que me deje tranquilo y no vuelva á acordarse mas de mí.

Dígale usted que se olvide de su mujer, porque se ha ido lejos de Buenos Aires para no volver más.

—Poco le supone, replicó el enviado; él solo reclama su hija, su hija, que nadie tiene el derecho de arrancar de su lado.

—Ese pobre viejo está loco! exclamó ya impaciente el jóven; se le ha dicho y lo sabe ya de una manera positiva que esa niña no es hija suya! ¿Quiere tener una certeza mayor? pues bien: dígame usted que yo soy el padre de esa niña, y que declaro que será inútil cuanto haga por descubrir su paradero.

En cuanto á usted, cómo todos los demás amigos de ese loco ridículo, yo les prohibo terminantemente que vuelvan á molestarme con sus ridiculices.

Hemos concluido pues con él, con usted y con todos!.

Y por consejo de sus amigos, Rivadavia se fué á pasear á una estancia, de donde no debia volver hasta que Diaz no se fuese definitivamente de Buenos Aires, cosa que haria de esta manera.

Aquello fué lo más acertado que pudo hacer el jóven para librarse de mayores disgustos, pues al oír Diaz la respuesta que le trasmitian, se vino á casa de Rivadavia, con la razon ya completamente trastornada y decidido á matarlo.

Pero supó entonces la nueva desgracia que lo esperaba: Rivadavia habia desaparecido como su mujer y su hija, sin dejar el menor rastro detrás de sí.

Si aquel pobre hombre habia envejecido enormemente antes de venir á Buenos Aires, en los pocos dias que permanecié aquí concluyó de destruirse.

Apenas tenia el pellejo sobre los huesos, y representaba, por lo menos, veinte años más de edad.

Era una naturaleza que no habia podido soportar el infortunio de ver destruido su hogar, y se habia doblegado como bajo el soplo de la muerte.

Viendo que nada le quedaba ya que hacer aquí, emprendió viaje de regreso á Córdoba.

—De vivo, decia, no tengo más que el uso de la palabra y el movimiento de los miembros: para ser un cadáver completo, no tengo más que dejarme caer en el lecho eterno, cuyo descanso no lo llega á turbar nada.

Voy á ver si tengo algo que arreglar por allá antes de cerrar mis ojos á los dolores de esta vida.

Y emprendió su viaje de regreso, decidido á hacerse volar los sesos.

¿Qué otro recurso le quedaba á él, que le habian arrancado del corazon todas sus afecciones, sin dejarle otra cosa que el recuerdo y la vergüenza?

—Parece increíble, exclamaba, que una mujer á quien tanto amé y en quien cifré toda la ventura

de mi vida, me haya compensado de esta manera el crimen de amarla hasta el delirio!

Oh! el corazón de la mujer, mezcla incomprensible de lo sublime y lo pequeño! parece increíble que un ser tan bello y delicado sea capaz de hacer tanto daño!

Luego Diaz pensaba en la sociedad, y se estremecía de terror: veía en cada semblante una sonrisa de burla, y en cada individuo un además de desprecio.

—Oh! decía entonces, un hombre no puede alentar la vida bajo el peso de semejante vergüenza!

Y sin embargo él en nada ha faltado á su honor: es una debilidad de la mujer á quien se unió, y de la que él no es responsable; es una falta que no puede perjudicar legítimamente sinó á aquel que la comete. pero es una falta que los demás la toman como falta propia, y la convierten en sello de ignominia, en masa de lodo que arrojan á nuestra frente queriendo agobiarla con su peso!

Si una mujer falta á sus deberes y á su honor, por satisfacer malos caprichos de espíritu ó por defectos de organizacion misma, ¿por qué se ha de culpar de esa falta precisamente á aquel que rodeó á aquella mujer de cuanta comodidad y placeres puede brindar la vida, y la amparó con el honor de su nombre?

¿Por qué razon ha de llegarse hasta olvidar la falta de la mujer para llenar la infamia precisamente á la primer víctima de aquella falta?

Y así es la sociedad y así es la humanidad! concluía Diaz en un ademan desesperado: perdonan á la mujer impura, para volver todo su encono contra el marido, á quien adornan con los títulos más infamantes.

¿Y hay acaso defensa posible contra difamacion tan injusta?

Ninguna—aunque deshagas tu hogar al mismo tiempo que tu corazón, aunque partas de una puñalada el de la adúltera, siempre habrá para tí un

título denigrante, y alguien que se ría de tu desesperación!

Y en el caso presente ¿qué me queda? acechar la espalda del miserable que nos cubrió de infamia y convertirse en un asesino con la amenaza de un presidio, ó hacerse volar los sesos y buscar en la quietud de la tumba la tranquilidad del espíritu.

Y yo habia preparado mi porvenir de una manera bien diversa!

No tenia una esposa que me amara, es verdad, pero habia creido recobrar la idolatria más pura en el corazón de un ángel, cuyo fondo de amor no consultaria la blancura de mis canas ni las arrugas de mi frente.

En cuanto á ella, no me amaria con la pasión y el extravismo de un amor intenso, pero en cambio le mereceria un cariño tranquilo y apacible por mi afecto arriba de todo otro, y un respeto al que se hace acreedor todo lo bueno y todo lo noble!

Era lo único que le pedia, porque era á lo único que tenia derecho de aspirar.

Y todo esto lo pierdo en un momento: honor, esperanzas, hija, todo en fin, sin quedarme otra cosa que dolor, vergüenza y desesperación!

Y aquel hombre se quitaba el sombrero, como quien se sustrae á una capa de fuego, y hundia la larga espuela en los flancos de la mula, buscando un desahogo en la rapidez de la marcha.

Era tal el dolor, que superaba á la indignación misma, y aquel hombre, valiente fuera de toda duda, lloraba como una criatura al contemplar el cuadro desventurado y sombrío de su presente.

Y era el recuerdo de su hija y la duda horrible de su nacimiento, lo que más lo turturaba.

Porque para él aquella carta de Isabel era un pretexto hábil para que él no la buscara y no tratara de arrancarle su hija.

Aquella era su hija, sí, lo sentia en el recuerdo de sus caricias, en su inmenso amor por ella

y en la idea firme de que entonces Isabel era todavía una mujer pura y honesta.

¿Pero, y si había dicho verdad? ¿y si aquella era hija del crimen más bien encubierto y disimulado?

Mientras Rivadavia estuvo en Córdoba el engaño fué completo: no había necesidad de arrostrar la confesion de una falta tan infamante.

Pero llamado éste por su familia y no pudiendo permanecer más en Córdoba, los amantes no se resolvieron á separarse, ni la madre á abandonar á la hija.

Y de ahí vino la mentira de la paternidad, ó la confesion de aquella verdad tan horrible, que la razon misma la resistia, haciendo nacer la duda, más horrible que la verdad misma.

Y así Diaz se encontraba en una de aquellas situaciones que arrastran á la locura, locura que se resuelve en el suicidio, ó en el idiotismo, porque no existe en el organismo humano la fuerza necesaria para contrarrestarla y vencerla.

Es el espíritu que se sorprende ante un hecho que lo hiere de muerte, lesionando el corazon y el cerebro: es el estallido del corazon en presencia del vacío, allí donde se levanta el mundo de su ideal.

Es la cuerda que estalla reproduciendo en el instrumento noble: el eco doloroso y desgarrante de su postrer gemido.

Y Diaz enterraba sin piedad la espuela en los flancos de su mula, deseando devorar la distancia que lo separaba de Córdoba, porque antes de morir queria estampar un beso sobre la almohada donde tantas veces reposó, al amor de su mirada, la angelical cabeza de su hija querida.

Oh! ingrata! exclamaba pensando en Isabel, no te daria más castigo que hacerte mirar el fondo de mi alma, el abismo que en ella ha cavado tu mano impia!

Y sonreía entonces como si se encontrara satisfecho de la intensidad del dolor que sufría.

Y sonreía tambien cuando su pena le hacia notar

que llevaba cuatro días de viaje, sin haber probado otro alimento que algún trago de aguardiente con que abrasaba su estómago engañándolo.

—No te aflijas por mí, le decía, el dolor alimenta como la fiebre: su única tregua es el delirio!

Y seguía jornada tras jornada sin reposar más momento que el que necesitaban los animales para reponer las fuerzas perdidas.

Algunas veces lo vencía la fatiga física y moral: quedaba dormido sobre la mula, como nuestros soldados durante las largas marchas, pero era para despertar en seguida en medio de una pesadilla horrible que le hacía lanzar gritos espantosos.

El espíritu postrado, otras veces, hacía quedar el cuerpo en la mayor inacción: la mula sentía la quietud del jinete y se paraba, y Díaz permanecía así largas horas, absorto en sus pensamientos y sin darse cuenta, al parecer, de su propia inmovilidad.

Al fin volvía á la vida, como animado por una fuerza impulsiva y desconocida, y apuraba la marcha con esa rapidez de acción del que vuelve de un sueño en que ha caído á su pesar y quiere ganar el tiempo perdido.

Y hacía dos ó tres jornadas con una actividad febril, hasta que volvía á sorprenderlo otro de aquellos momentos de melancólico idiotismo.

Cuando Díaz llegó á Córdoba, esperó en los alrededores de la ciudad que cayera la noche, para no encontrarse con persona alguna antes de llegar á su casa, porque ya le parecía ver la burla más sangrienta estereotipada en todas las fisonomías.

Y aquello no era más que una exageración de su mente exaltada, porque era hombre justamente apreciado en la sociedad en que vivía: su desgracia había sido generalmente sentida, y ninguno se hubiera atrevido á mostrar una sonrisa dudosa ante aquella cara surcada por el dolor más amargo.

Díaz estaba verdaderamente desconocido: las últimas impresiones sufridas habían concluido con su físico tan quebrantado ya.

Sus ojos escondidos entre las órbitas miraban con una expresión de otra vida, y sus manos temblorosas parecían moverse de una manera penosa, como si el movimiento de los músculos se hiciera dolorosamente.

Cuando entró á su casa, los sirvientes, los mismos miembros de su familia lo desconocieron extrañando la presencia de aquel forastero: fué necesario que hiciera oír el timbre de su voz para que se dieran cuenta de quien era.

La anciana suegra se asustó, creyó que aquel estado solo podía ser producido por el remordimiento de un crimen, y alentando apenas preguntó por su desgraciada hija.

—No lo sé, señora, respondió el desventurado con infinita bondad,—hice por encontrarla cuanto me ha sido posible, pero no he dado con ella: puede usted estar tranquila respecto á su vida.

—Gracias, Dios mio! exclamó la pobre mujer como si se encontrara libre de un peso enorme.

Pobre hija mia! añadió en seguida, que Dios no te niegue su amparo!

Diaz sonrió tristemente al oír [aquella exclamacion y pasó á sus habitaciones.

—Pobre Isabel! murmuró, que Dios no le niegue su amparo, á pesar de aquellos cuya vida ha hundido en el dolor y la vergüenza, dejándoles la muerte como único medio de huir á la ignominia y al dolor.

Pobre Isabel, sí, pobre Isabel: por endurecido que esté su corazón, el recuerdo de mi desgracia ha de amargar todos sus momentos mas felices: que no la castigue mi Dios en aquel ser querido é inocente.

Diaz fué hasta la camita de la pequeña Dominga, y allí hundió su mirada como si buscara á la niña querida cuyo cuerpo no habia de descansar mas en ella.

Y permaneció allí largo rato, viendo pasar por su espíritu todos aquellos momentos de inefable dicha, en que venia á espiar su sueño y á dejar sobre su

frente un beso silencioso y muchas veces una lágrima que arrancaba el cariño.

Cuántas veces aquel beso no despertó á la niña, que al verlo, estiró sus bracitos de ángel buscando su cuello para estrecharlo entre sus manecitas finas y delicadas!

Allí, á dos pasos del lecho de la madre, habia pasado las horas mas dichosas de su vida, oyendo aquella vocesita infantil y de purísimo timbre, devolver en su media lengua graciosa y arrobadora las caricias que le prodigaba.

Ya no la veria mas! la dulce y sublime melodía de aquel *papá*, como lo llamaba, no volveria á sonar mas en su oído, su frente no volveria á recibir mas el aliento de brisa de su boquita alegremente entreabierta!

Diaz sintió que el corazon desmayaba, é inclinándose hasta tocar la almohadita, lloró con todo el dolor de su alma.

—La muerte! exclamó, la muerte es el único medio de robarme á la locura, á esta locura que siento ya arder en mi cabeza, turbando la poca luz que queda á mi inteligencia.

En seguida se acercó á aquel lecho ricamente colgado y miró entre sus colgaduras como si fuera á descubrir la espléndida cabeza de Isabel.

—Y que Dios te perdone, murmuró—él me es testigo de que no te deseo ningun mal en la vida! Tu corazon era bueno y no supo resistir una tentación llevada hábilmente; yo te perdono además, porque en la hora de la muerte no se deben tener rencores y á mí pocos momentos de vida me quedan!

Despues de pasar un largo rato en el aposento, Diaz se vino á su escritorio; allí lo esperaba el buen fraile que hacia pocos momentos habia llegado á la casa, segun su costumbre, encontrándose con la novedad de su llegada.

—Salud, padre mio, dijo Diaz completamente sereno: me alegro de encontrarlo aquí.

El fraile se quedó dolorosamente sorprendido al

contemplar la destruccion de aquel hombre, en quien apenas se adivinaba al Diaz de tres meses atrás.

—Cómo va el espíritu? preguntó—el cuerpo lo noto algo fatigado, cosa natural despues de los golpes sufridos, pero quisiera saber si hay ya mas conformidad y mas valor para sufrir los golpes de la mente.

—Es preciso tenerlo, padre mio, puesto que no queda otro recurso y mas en mi caso, pues creo que la vida no ha de ser muy larga para mí.

—Cuidado que eso es abandonarse inerte á la lucha!

—Y qué mas hemos de hacer?

La salud declina notablemente, y lo peor de todo es que se acaba: basta mirarme la cara para saber que no he de vivir mucho.

—Y qué hemos ganado con el viaje? preguntó el fraile queriendo cambiar conversacion: hemos adelantado algo?

—Nada, señor, solo adelanté saber que mi desgracia es irreparable: Isabel no está en Buenos Aires y no he podido saber adónde habrá ido á esconderse.

He resuelto dejarla á la bondad de Dios, y no ocuparme mas de ella; el señor sabrá darle el castigo que merece.

—Es preciso conformarse, hijo mio, con los designios de la Divina Providencia, y ver que ese es el camino que elije el espíritu atribulado.

Yo te ayudaré en ese camino, hijo mio, y abriré á tu espíritu horizontes mas vastos.

—Tarde es, señor, porque mi vida se acaba mas rapidamente de lo que parece.

Voy ahora á tomar algunas medidas en mis asuntos y en seguida quedaré dispuesto á esperar el momento fatal.

Yo á nadie he ofendido, ni á nadie he hecho mal sobre la tierra: entonces está exenta de toda remordimiento.

—No hay que pensar en eso por ahora, respondió el fraile; golpes mas ríjidos que el suyo se mitigan y

se curan: ¿por qué hemos de pensar en la muerte á cada desgracia que nos agobia momentáneamente?

Hay que tener valor para sobrellevarlas con paciencia, porque todo está compensado en la vida: desgraciado del ser humano si esto no fuera así!

Díaz sonrió mansamente: su resolución estaba tomada y no era la palabra del fraile la que había de modificarle en un átomo.

—Bueno, padre mío, le ruego me deje un momento, pues quiero escribir á Tucumán una carta que es urgente salga mañana.

El fraile salió diciendo que esperaría en la sala reunido á la demás familia y que entre todos habían de consolarlo al fin de la desgracia sufrida.

—¡Bárbaro! exclamó Díaz al quedarse solo, piensa que sobre la tierra hay consuelo á mi desventura!

Es preciso ser padre y amar á sus hijos como yo amaba á la mía, para comprender todo el dolor que ha vencido á mi espíritu.

Hay cariños de que solo el que los siente puede darse una cuenta exacta!

Pero no volyamos á mis pensamientos porque vá á faltarme el juicio que necesito para trazar mis últimas palabras.

Díaz se sentó al escritorio y escribió una carta para su hermano y otra para su suegra.

«Hermano mío, decía la primera, cuando recibas esta carta, el polvo de la tierra habrá cubierto mi cuerpo.

No te digo los motivos que me llevan á la tumba, porque el detalle de su recuerdo vendría á amargar mas aún estos últimos momentos de mi vida.

Ya te sobrará quien te narre las dolorosas causas de mi muerte.

Dadas las condiciones en que queda mi mujer, me creo completamente desligado de ella; tú vendrás á Córdoba entonces y te harás cargo de todo aquello que me pertenece.

Si acaso hallas en tu camino alguna vez á mi hija Dominga, dile que yo la bendigo en la hora de mi

muerte y llévala á tu lado si es posible, para que le entregues lo que le corresponda.

Adios, hermano mio, ya no nos veremos mas sobre la tierra.

Tu hermano—*Manuel E. Diaz.*»

La segunda carta dirigida á la suegra, era mas laconica todavia.

«Señora, decia, recorro á la muerte para huir á la locura, que seria la consecuencia lógica de lo que me pasa.

Si usted vuelve á ver á Isabel, que sí la verá, puede asegurarle que yo la perdono y que le pido en cambio que no me deje morir en la memoria de mi hija.—*M. E. Diaz.*»

Concluida esta carta, que rotuló como la anterior, escribió algunas disposiciones dirigidas á su hermano, y tomando una pistola de gran calibre como las que se usaban entonces, se acercó á la camita de su hija.

Allí estuvo largo rato entregado á sus pensamientos y recuerdos mas íntimos.

De pronto se agachó sobre la almohada donde imprimió un largo y apasionado beso.

Cuando alzó la cabeza, dos lágrimas rodaron sobre sus pómulos descarnados.

Los pasos de alguien que se acercaba precipitaron su accion.

Creyendo que el que venia podria estorbar su propósito, llevó rápidamente la pistola á la sien derecha y disparó.

Su cuerpo rodó al lado de la camita con el cráneo terriblemente destrozado.

Al oír la tremenda detonacion, la persona que llegaba, que no era otra que fray Andrés, aceleró el paso, encontrándose con el desgarrador espectáculo.

Cuando el fraile vió en el suelo el cadáver de Diaz sobre un charco de sangre, fué tal su espanto que no atinó á pronunciar una palabra ni á lanzar una voz de socorro.

No se explicaba cómo aquel hombre que tan tran-

quilamente habia hablado con él momentos antes, podia haberse resuelto á un crimen tan monstruoso.

Porque el hecho de quitarse la vida era para el fraile el crimen mas infuico que podia cometer la criatura humana.

Y permaneci6 rígrado y absorto ante aquel cadáver que tanta compasion inspiraba, sin que sus lábios murmuraran una plegaria por el descanso de aquella alma tan cargada de dolores.

El estampido de la pistola atrajo instantáneamente al sitio de la catástrofe á todos los habitantes de la casa.

Y conforme fueron llegando fueron cayendo de rodillas, para rogar á Dios por el descanso de aquel ser desventurado.

La madre de Isabel, mística y conmovida, mir6 al silencioso y severo fraile, pidiéndole de la manera mas suplicante una plegaria para aquel desgraciado.

—Es imposible, contest6 el fraile como respondiendo á su pensamiento: es un suicida, y no hay misericordia para el que atenta contra su vida, vida que no le pertenece bajo ningun principio.

—Yo lo suplico por lo mas sagrado que haya en la tierra y en el cielo! de otro modo Dios puede hacer extensivo su castigo hácia mí y hácia los míos.

—Es imposible! repiti6 el fraile con ademán de suprema autoridad: es un suicida y yo no puedo orar por el que se arranca la vida, ofendiendo al cielo en ese último átomo de su existencia!

El diablo ha ganado su alma y le ha inspirado su acción maldita, que yo no estoy autorizado á bendecir.

Inútiles fueron todos los ruegos: fray Andrés no cedi6 á la piadosa pretension.

Y era conmovedora la vista de aquel cadáver para los que conocian su triste historia!

El paraje donde cay6, salpicando con su sangre la camita, acusaba que su último pensamiento habia sido para su hija!

Allí estaba acusado sobre la almohada el rastro de su último beso y de su última lágrima.

Oh! el dolor producido por la pérdida de la hija, era lo que había armado su brazo y movido la mano.

—Padre! padre! exclamó la señora, ¿no lo mueve á piedad la causa de esta muerte inesperada? ¿no lo mueve á piedad el dolor supremo que debe haber agitado este corazón en sus últimos latidos?

Perdon, señor, una oracion, una sola oracion para que este hombre desventurado descanse en paz!

—No puedo, repitió secamente fray Andrés, y lo quería muchísimo; yo le perdono por mí, pero no puedo perdonarle en nombre de Dios, porque es un suicida y por consiguiente un impío!

Yo lo quería entrañablemente, ustedes lo saben bien, pero yo no puedo faltar á los deberes de mi ministerio y contravenir á lo que Dios expresamente manda.

El error de aquella creencia pudo mas en fray Andrés que su corazón bueno y escuchó impasible cuanto se le dijo al respecto.

Gimenez, que había acudido como otra infinidad de amigos, al saber la desgracia, fué él que se hizo cargo de aquellos tristes deberes impuestos por la muerte.

Ellos levantaron el cadáver, lo encajonaron y lo arreglaron, no abandonándolo hasta que no lo dejaron en su último refugio.

Así aquel pobre desgraciado que había experimentado durante su vida cuanta desventura puede agobiar el corazón de un hombre, murió sin que se le acordaran las formas siquiera de la religión que había profesado en vida.

Porque la familia, viendo la negativa de fray Andrés, tocó otros recursos é hizo diferentes empeños con diversos sacerdotes, pero todos respondieron con la misma negativa.

Hay una infinidad de mandatos que se llaman leyes de Dios, y que se dispensan por medio de bulas que valen tal ó cual cantidad de pesos.

Todo se perdona bajo la forma de dispensa, que tiene un valor dado, pero la familia de Cires no pensó en esto, no pensó nada, y por consiguiente nada obtuvo.

Los papeles de Diaz, segun su última disposicion, que se halló sobre el escritorio, los guardó fray Andrés para hacerlos llegar á su destino, terminando así la historia terrible de aquellos amores.

Aquel acontecimiento verdaderamente tremendo, conmovió la sociedad de Córdoba y la tucumana misma, donde Diaz estaba muy vinculado por lazos de familia y de amistad.

Y la responsabilidad de aquella muerte inesperada, cayó sobre Isabel, su única causante.

Gimenez escribió á Rivadavia inmediatamente lo sucedido y el jóven quedó aterrado: nunca se imaginó que fuera tan trágico el final de su aventura amorosa.

Isabel podia volver á vivir libre de toda preocupacion; es viuda y á nadie debe cuenta de sus acciones, pensó; pero el suicidio de ese hombre me lleva parte de mi felicidad: nunca me imaginé que hubiera tomado semejante determinacion por la pérdida de una mujer que nunca lo habia amado, lo sabia, y una hija que no era la suya.

La noticia fatal se desparramó por Buenos Aires, donde hizo sensacion y algun escándalo.

Pero Isabel quedaba rica, ligada á un jóven lleno de méritos y perteneciente á una familia de lo más respetable: la murmuracion debia pasar pronto entonces, é Isabel ocupar el rango que le señalaba su fortuna y su imponderable belleza.

Pronto se olvidaron de Diaz y de su fin terrible; de los muertos solo queda el nombre grabado sobre una lápida.

Pobre Diaz! este es el fruto recogido por tanto amor y tanta abnegacion!

La muerte, y el olvido más triste en la memoria de aquellos donde más hubiera deseado vivir!

Y sin embargo, era el único autor de su desdi-

cha, por haberse ligado á una jóven forzándola á aceptar sus canas y el hielo de un corazon envejecido, cuando ella aspiraba á toda la ternura y toda la pasion que habia hallado en un amante lleno de atractivos y capaz de llenar todas las aspiraciones de su alma vírgen!

Si Rivadavia no se hubiera visto obligado á ausentarse de Córdoba, ella habria vivido siempre al lado de su marido, engañándolo y ocultándole lo que debia de importar para él un golpe de muerte.

Pero el destino la arrastró en pos de su amante, no se resignó á la separacion y los resultados se precipitaron naturalmente y sin poderlos evitar.

De aquel hogar en cuya formacion tanto se habia afanado Diaz, solo quedaba el recuerdo del drama que lo habia deshecho, y las lágrimas de dos familias que lloraban la vergüenza y la ausencia eterna.

La aventura de Rivadavia fué fatal para los demás estudiantes que iban de Buenos Aires: no se les recibia en el seno de familia alguna y los buenos frailes se guardaban muy bien de presentarlos á sus hijas de confesion!

—Oh! juventud pervertida! exclamaba fray Andrés, en el colmo de la desesperacion—que Dios me haga caer la lengua con que recomiende á ninguno de estos ateos pervertidos

Ellos no pueden engendrar más que el mal, porque son hijos de una educacion corrompida y judaica.

Codiciar la mujer de su prójimo! robarla haciéndola olvidar sus juramentos y sus deberes! eso es mal hecho y yo tengo la culpa que fui tan necio que lo traje y le hice abrir las puertas como las de su propia casa!

Y el buen fraile estaba positivamente arrepentido, no tanto por lo sucedido cuanto que esto le hacia perder algo de su crédito de santidad y hombre infalible en el conocimiento de los picaros.

Entonces no había llegado todavía el tiempo de «vender la túnica y comprar espada», y los buenos frailes reposaban en la inocencia de las almas cristianas no turbadas todavía por la malicia liberal.

—Estos estudiantes de Buenos Aires son unos réprobos, concluyó, y desde aquel día empezó contra ellos tal prédica, que el hecho solo de admitirlo en una casa, era para sus dueños sinónimo de herejía, y motivo suficiente para condenarlos al San Benito.

El mismo Gimenez, como cómplice de seducción, fué expulsado de la casa de Cires con prohibición terminante de pasar no solo por la puerta sino aún por la esquina; prohibición que el estudiante recibió descalabrado de risa.

—Si no lo seduzco á usted, señor don Andrés, dijo, no sé á quien voy á seducir en la casa!

—Vade retro! vade retro! gritó el fraile echando mano al hisopo mentalmente: ustedes no tienen ya perdon de Dios.

Felizmente para Gimenez aquel año concluía sus estudios, que si no hubiera pasado una vida harto asendereada y espantosa, pues luchar en Córdoba contra los frailes, era entonces luchar contra todo elemento de vida.

El que así vivía, vivía privado del agua y del fuego!

Dejemos á la ciudad cristiana, donde tal vez no volveremos más, y volvamos á Buenos Aires, donde se desarrollaron los acontecimientos sombríos de que vamos á ocuparnos, y de los que fué triste heroína la pequeña Dominga Rivadavia.

La vuelta á la patria

Isabel seguía su viaje monótono y desesperante, no teniendo más distracción que el tierno cuidado de la gentil Dominga.

Su situación era triste, porque no podía dejar de sentir el mal causado por ella.

—Yo no tuve la culpa, pensaba, fué el destino el que me arrastró en un vértigo de pasión que no tuve suficiente fuerza para dominar.

Yo nunca lo amé: si me lo hubiera preguntado alguna vez, yo se lo hubiera dicho con franqueza, porque no tenía motivos para ocultarlo: hubiera sido mi felicidad y la suya misma.

Su pensamiento se volvía á su porvenir y no podía menos que aterrarse ante las sombras que lo envolvían.

¿Qué sería de ella? ¿qué vida la esperaba después del paso que había dado, perseguida por su marido que no le dejaría un solo momento de reposo, no tanto por ella como por arrancarle su hija, su hija, que era el lazo vivo que la ligaba á su amante y cuyo cariño y cuidado la hacía sobrellevar todas las penas, todos los dolores?

Isabel temblaba al pensar lo que podría suceder en Buenos Aires durante su ausencia, dado el viaje de su marido.

¿A qué podía venir aquél? es claro que á buscarlas á ella y su hija, pues aunque ella le escribió que aquella hija no era suya, tal vez él no lo cree-

ria, pensaria que era un pretexto y haria lo posible por encontrarla y llevársela.

Ella conocia todo el amor que su marido abrigaba por aquella niña, y esto era lo que la hacia temblar.

No encontrándolas, Diaz se dirigiria á Rivadavia haciéndolo responsable de lo sucedido, y una lucha terrible tendria lugar entre los dos.

El le habia jurado por la vida de su hija no jugar su vida con la de aquel hombre, pero, ¿seria posible evitar un lance provocado por un hombre enfurecido, que emplearia todos los medios imaginables para lograr su objeto, esto, si no lo mataba de una manera imprevista y sin prevenirselo siquiera?

Rivadavia era un jóven lleno de brios, de pundonor y delicado: él habia jurado no ponerse frente á Diaz, pero, ¿podria soportar las injurias que éste le dirigiera para obligarlo á un combate?

¿Podria soportar las apóstrofes de un hombre á quien debia odiar á muerte, y á quien debia reparacion por un acto como el que habia cometido?

Estos pensamientos mortificaban á Isabel incesantemente, amargando todos los momentos de su vida.

Ella, que habia soportado con valor y resignacion todas las consecuencias de su falta, se sentia débil ante la catástrofe de que estaba amenazada.

Si Rivadavia moria ¿qué seria de ella y de su pobre hija? ¿adónde iria que no la persiguiera la venganza de Diaz ensoberbecido por su triunfo?

Ella, huérfana de todo cariño y sin esperanza de perdon, tendria que soportar el peso del ódio que le habria cobrado su marido, ódio que la llevaria á separarla de su hija.

—No es su hija, no! exclamaba entonces, saltando como movida por un resorte y tomando entre sus brazos á la pequeña Dominga: no es su hija!

es la hija de otro hombre, es mi hija, y ningun derecho tiene él sobre ella!

¿Quién se atreveria entonces á arrancarle su hija á una madre para entregársela á un extraño, á un ser desprovisto de todo derecho?

—Yo diria eso, pensaba la pobre jóven, y ningun juez de la tierra se atreveria á arrancarme mi hija.

Durante la noche su sueño era agitadísimo é interrumpido por mil visiones á cual más terrible.

De pronto veía á Rivadavia tendido en el suelo, cubierto de heridas, y á su marido que lo contemplaba con una expresion de gozo infinito, armado aún del cuchillo con que le habia dado muerte.

Aquella vision era terrible, porque detrás de ella veía la mano de su esposo tendida hácia su hija que se la arrebatava y la llevaba lejos de ella, donde jamás volveria á verla.

Otras veces el cuadro era diverso, pues era Diaz el caído y Rivadavia el que lo heria sin piedad para darle muerte.

Y él, moribundo, la maldecia, maldecia á su hija y les deseaba todo el mal posible, desde la miseria y la vergüenza, hasta la muerte.

Y escuchaba la palabra tremenda de Diaz que le decia:

—La palabra del moribundo es la única que llega hasta el seno de Dios, y su maldicion es la única que hiere de muerte: tú me matas de una manera terrible, y de una manera terrible morirás.

El crimen engendra el crimen y tú vendrás á morir sola y miserable como yo, abandonada de esa hija á quien tanto amas, y teniendo que maldecirla á tu vez, por las infamias que contigo habrá cometido.

Morirás, pues, vencida por la más honda desesperacion, anonadada por la vergüenza, y tal vez maldecida por tu hija misma.

—Mátame, impío, tú tambien á quien emplazo ante la justicia de Dios: mátame de una vez para que mi maldicion se cumpla pronto.

Isabel lanzaba entonces gritos sofocados por el terror que hacían acudir al capitán á su camarote pensando que algo le sucedía.

Estas visiones y pesadillas afectaban la salud de Isabel, que empalidecía y enflaquecía de una manera notable.

—Por Dios, señora, le decía el capitán, qué cuentas voy á darle á mi amigo Rivadavia, que puede pensar que el trato á bordo no ha sido bueno?

Es necesario que usted liberte su espíritu de preocupaciones dañinas, de otro modo puede enfermar, lo que sería peor aún, pues la niña se vería privada de sus cuidados.

Esta reflexión hacía que Isabel se tranquilizara un poco, temiendo enfermar, no por ella sino por su hija, pero á los pocos días volvía á caer á sus tristes pensamientos y á sus preocupaciones sombrías.

Y al pensar en que ella podía ser la causa de la muerte de Díaz, sentía un remordimiento agudo y mortificante, pensando en que jamás podría tener conformidad con ser causante de la muerte de un hombre: tenía temor á un castigo del cielo, en su hija, pues de ella misma poco le importaba.

En vano eran los esfuerzos del capitán por distraerla: olvidaba un poco para volver á caer con más fuerza á su preocupación eterna y en su eterna pesadilla.

Los sueños variaban otras veces en los detalles, pero siempre su base era la muerte de Díaz á manos de Rivadavia ó la de Rivadavia á manos de Díaz.

El capitán, franco como todo hombre de mar, estaba al cabo de la historia de la joven.

Su amigo Rivadavia al poner bajo su amparo á su amante y su hija, se la había referido, de modo que se hallaba en condiciones de poderla consolar y alentarla con ciertas reflexiones claras y terminantes.

—Es preciso que usted no se aflija de esta manera, le decía, pues no hay motivo para tanto: este

viaje hará perder el rumbo á los que la buscan y comprender que todo empeño es en vano.

¿Por qué ha de amargar su existencia de esta manera, con pensamientos tristes de cosas que no han de suceder?

Esto puede traerle una enfermedad séria cuyas consecuencias serian fatales á su bella hija:

Aunque no sea más que por ella, usted debe deshechar pesares.

—No puedo, respondia Isabel llorando con amargura: despierta, hago lo posible por olvidar mi situacion, pero una vez dormida me asaltan sueños terribles.

Hay un pensamiento, sobre todo, que turba mi sueño hasta el horror: y referia entonces sus horribles visiones de muerte y remordimiento.

—Pues es necesario que usted aleje de sí semejantes ideas, porque ellas no tienen fundamento sólido.

Su marido habrá venido á Buenos Aires á buscar á ustedes, pero no á provocar un lance con un hombre que le lleva la suprema ventaja de la edad y del corazon mismo.

Además, Rivadavia juró á usted por la vida de su hija que no aceptaria una aventura como esa, y usted debe reposar en su juramento.

Él sabe bien que cualquiera que fuese el resultado de un duelo con su marido las consecuencias vendrian á herir á ustedes de rechazo, y tiene bastante juicio para no exponerlas á una situacion desesperante.

La primera víctima seria su hija misma, á quien expondria á quedar sin padre, y á merced de un hombre que debe aborrecerla tanto cuanto la amó antes.

No piense, pues, usted en un duelo imposible y previsto, indudablemente, por Rivadavia.

Usted será buscada á pleito, no hay duda, pero bien pronto tendrán que convencerse que toda pesquisa es inútil, y la dejarán en paz.

Nuestro viaje no es obra de un día ni de un mes: tienen entonces tiempo de convencerse que usted no está en el país y renunciarán á la esperanza de hallarla.

Puede ser bien que supiera donde se ha dirigido usted y quisiera seguir su persecucion hasta la Europa misma.

Pero esto mismo sería de resultados negativos, puesto que cuanto él llegara á Burdeos nosotros vendríamos ya de vuelta.

Conque á no afligirse, que va usted á enflaquecer enormemente y creer mi amigo, á pesar de lo que usted le diga, que no la he tratado á bordo como debia, lo que me seria sumamente doloroso.

Estas palabras daban algun consuelo á la jóven y la hacian contraer el propósito de no afligirse; pero pocos dias duraba la alegría forzada de que hacia gala para comunicarla á su hijita.

Junto con la noche volvian los pensamientos tristes y las mismas pesadillas se reproducian, cada vez más fuertes y mortificantes.

El capitan, sumamente afligido, volvia á la carga con sus reflexiones tranquilizadoras, pero sin obtener mayor ventaja.

Isabel habia enflaquecido y se habia adelgazado muchísimo, lo que habia sido sumamente favorable á su hermosura.

Estaba más bella, belleza que contribuia á realzar la expresion melancólica y llorosa de su semblante.

La niña habia engrosado y embellecido: el aire del mar habia probado maravillosamente á su salud.

En otra situacion cualquiera, Isabel hubiera concluido por olvidar los motivos de su pena.

Pero en la monotonía abrumadora de aquel viaje, sin tener mas sociedad que la del capitan y su segundo, por fuerza tenia que caer su espíritu abatido á sus pensamientos tristes y temerosos.

En una ciudad ya era diferente, las distracciones

obrarian en aquel espíritu de una manera mas enérgica que la palabra misma.

El recuerdo de la madre y la familia asaltaba tambien á la jóven con frecuencia, contribuyendo á entristecerla más todavía.

Ella que habia sido criada con todos los mimos del amor mas exagerado, sin haber dejado de escuchar un solo dia la sublime palabra de la madre, se hallaba como presa á bordo, lejos de todo lo que pudiera importarle un afecto, ó aportarle una caricia.

Rivadavia, único ser capaz de reemplazar con el suyo la suma de afectos que perdía, se hallaba lejos y amenazado tal vez de mil peligros de muerte.

Y ella allí, sobre la cubierta del buque, no tenia mas que el amor de su hijita, que con su alegre é infantil charla lograba muchas veces derramar en su espíritu atribulado la mas suprema alegría.

El porvenir de aquella hija! hé aquí la nueva preocupacion de su fantasia.

Cuánto proyecto de felicidad y ventura!

—Esto es lo que debiera preocuparla siempre, decíale el capitán, al verla alegre y conocer los motivos de aquella alegría.

—Esto va á ser su quita-pesares y el consuelo de cualquier infortunio que pudiera sobrevenirle.

Piense siempre en ella, señora, y no tendrá tiempo de entregarse á sus visiones que tanto la mortifican.

El porvenir es de usted, porque con usted están la juventud y la belleza y el amor de esa querida niña, que se desborda para usted de sus ojos de ángel.

Oh! Rivadavia! este bribon de Rivadavia ha de ser feliz como pocos; á la vuelta de un poco de tiempo se va á encontrar con una compañerita que le ha de hacer perder la chaveta, si es que la madre no se la ha hecho perder ya.

Yo no conozco los goces de la familia, pero com-

prendo que el amor á los hijos es el único capaz de sublimar el corazón de un hombre: feliz del que los tiene.

Esto daba lugar siempre á un diálogo picante, que terminaba de esta manera:

—¿Y por qué no se casa usted pronto para conocer los goces de lo que usted llama esta polilla?

—Ya es viejo Pedro para cabrero, respondía el capitán con ademán un tanto cuanto melancólico: yo no puedo aspirar sinó á una vieja que cuide mis achaques y por consiguiente debo verme privado siempre de esa envidiable polilla.

—Vaya! quiere sin duda que lo galanteen y le regalen el oído con un par de ponderaciones.

—Yo no admito más galanteos que los de la tempestad, terminaba el noble marino, ni más regalo para mi oído que el bramido de la tormenta y el canto de las olas!

Estos son mis afectos sobre el mar, puesto que sobre la tierra no tengo ninguno.

Y una nube de tristeza empañaba por un momento la alegría franca y apacible de aquella fisonomía serena.

Una vez que llegaron á Burdeos el cuadro cambió por completo ante el espíritu de la joven madre y la felicidad empezó á sonreírle haciéndole olvidar sus cuadros de muerte y de maldiciones.

Ya pensaba alegremente en la manera cómo Rivadavia había seducido á fray Andrés por medio del chocolate, ya en las ocurrencias graciosísimas del joven, cuya travesura estudiantil era inagotable.

Y el capitán contribuía á hacer más latentes aquellos alegres cuadros, haciéndole referir la manera cómo había seducido al fraile hasta hacerse llevar á la casa y recomendar como uno de sus mejores hijos de confesión.

Cómo reía el noble marino al escuchar la narración de aquellas escenas descritas á la joven por el mismo Rivadavia!

Y se figuraba ver la imagen rubicunda del fraile,

respirando gula, al extasiarse ante la ópera de chocolate ofrecida por el jóven!

—Cuenta usted, señora, cuenta usted, le decia, que yo me siento rejuvenecer al escucharla: qué cara no habrá puesto el buen fraile al comprender los manejos de su impío protegido: estoy seguro que no volverá á tomar un solo trago de chocolate en su vida, sin que se le presente en la boca de la taza la fisonomia diabólicamente traviesa de aquel estudiante infernal!

Él creía que aquello iba á durar toda la vida: lindo chasco, lindo chasco se ha pegado! no podrá ya ver un estudiante sin hacerle su cruz mas eficaz!

—Y sin embargo era un buen hombre; yo estaba habituado á verlo desde mi mas tierna edad, porque su fondo era bueno: aunque sus consejos me habrian llevado al martirio, ellos no eran malos, siendo santo su objeto.

No me pesa, como es natural, el no haberlos seguido, pero creo que siguiéndolos hubiera sido menos desventurada en mi fatal matrimonio.

Oh! señor! estar ligada por toda la vida á un hombre que no se ama, á un hombre que empieza por ser indiferente y concluye por ser odioso, es el peor martirio á que puede entregarse una mujer!

Esta es la desventura de toda mujer puesta en ese caso, lo que la precipita al mal camino ó lo que la hace maldecir de su existencia misma.

Para ser feliz una mujer es preciso que ella misma se elija su marido y no se le maneje como un mueble que se entrega al primero que lo solicita.

Como se vé, la jóven se hallaba empapada en las ideas trasmitidas por su amante.

El capitán se hallaba encantado ante el candor é ingenuidad de aquella bellísima mujer, que se habia perdido por huir á un matrimonio insoportable, hecho contra todo el torrente de su voluntad.

El capitán necesitaba por lo menos veinte dias para practicar la descarga y carga de su buque; resolviendo aprovecharlos en hacer pasear y divertir

á Isabel, para que perdiera hasta el último vestigio de la pena que la affigia.

La transicion de Córdoba á Burdeos era asombrosa, de modo que desde que Isabel pisó á tierra su admiracion empezó á aumentar de una manera fabulosa.

Bien sabia Rivadavia lo que habia hecho al confiar á aquel hombre el cuidado de su mujer y su hija: un padre no se habria conducido con mayor cariño y desvelo.

Los momentos que le quedaban libres durante el dia y toda la noche, los empleaba en llevar á Isabel y su hija á todos aquellos parajes que pudieran importar una diversion ó un simple pasatiempo.

De manera que la jóven no tenia tiempo para pensar en su situacion affigente, pues postrada por el cansancio dormia profundamente, sin tener mas sueños que los que se referian á su felicidad al lado de su amante.

Cuánto ansiaba volver á Buenos Aires para verlo de nuevo y no separarse jamás por cualquier cosa que sucediera!

—Los pesares se arrostran mejor juntos, pensaba; es mucha mortificacion estar separados, porque nadie puede proporcionar mayor consuelo que aquel por quien todo se ha sacrificado.

Por fin el tan deseado dia del regreso llegó y el capitan lo anunció á Isabel con aquella sonrisa que nunca se habia borrado de sus lábios.

El alborozo fué general, pues hasta la niña batió sus palmas al anuncio de que iba á ver al querido papá.

Lo que habia era que esto no podia realizarse sinó despues de una navegacion penosa y larga.

Los viajes á Europa no se hacian en los veinte dias de ahora: eran tres ó cuatro meses mortales, llenos de las mayores emociones.

En todos los viajes descriptos debe haber una tempestad y casi naufragio, segun la fórmula consagrada.

Pero aquí no debe suceder lo mismo, porque no podemos alterar la verdad de los sucesos que narremos.

El viaje de regreso fué tan feliz como el de partida.

Ningun contratiempo vino á turbar la tranquilidad de los viajeros, que pasaron los tres meses de viaje en medio del tiempo mas bonancible.

—Ya vé usted que todo no ha de ser desgracias, decia á Isabel el capitán.

Esto debe demostrarle que Dios no se mezcla en las cosas de la tierra y que si se mezcla, este tiempo que nos hace seria una prueba de que Dios ha tomado á ustedes bajo su mas decidida proteccion.

En todos los viajes que he hecho, que son bastantes, nunca he llevado una navegacion tan tranquila y espléndida.

Este es un viaje redondo que hará época en mi vida de marino, porque no volverá á repetirse aunque navegue cincuenta años mas.

—Tal vez Dios se haya apiadado de mí, respondia Isabel, y me mande en este viaje feliz la expresion de su perdon: ojalá sea así!

Si yo pequé estoy dispuesta á sufrir las consecuencias, pero no debe sufrirlas tambien un inocente que nada ha tenido que ver con mi pecado.

Las faltas de los padres caen sobre los hijos hasta la cuarta generacion, dicen, pero yo tengo otra idea de la grandeza de Dios y no puedo creer que él castigue en un ser inocente y puro, faltas que no pensó en cometer.

Su justicia es como su misericordia, grande é infinita.

Con qué placer inmenso recibió Isabel la noticia de que cruzaban aguas argentinas!

Cómo se dilató su corazon al saber que dentro de breves horas estaria con su hija y al lado de su amante en tierra de Buenos Aires!

Al anclar el buque en el puerto, una duda som-

bría asaltó el corazón de la hermosa jóven: qué habria sucedido durante su ausencia!

Su marido habia venido á Buenos Aires, fuera de toda duda, puesto que era su venida lo que habia motivado su viaje.

Irritado, excitado por el abandono y la ofensa, habria tratado de vengarse y se habria visto con Rivadavia antes ó despues de convencerse que ella no estaba en el país.

¿Habria sucedido alguna desgracia? la esperaria alguna noticia fatal, ó seria su mismo marido el que iba á recibirla á su llegada?

El corazón de la jóven no pudo resistir el choque de todos estos sentimientos y rompió á llorar amargamente.

—Pero, niña! exclamó el capitán al verla llorar, ¿es posible que al llegar á Buenos Aires se afija de esta manera? ¿teme usted algo ó le pesa su regreso?

—Temo, sí, tengo miedo de encontrarme con alguna noticia fatal, repuso: es un miedo que me oprime la garganta como un dogal y que me hace pasar por angustias tremendas.

Y explicó al leal marino las causas de aquel llanto que ahogaba en su corazón la dicha de hallarse nuevamente en Buenos Aires.

El capitán trató de destruir en ella todo temor de desgracias, y de convencerla que su miedo era infundado, pero la jóven siguió llorando abrazada de su hija, porque decia que el corazón le anunciaba una desgracia.

—Yo no quiero bajar á tierra hasta que no sepa lo que ha sucedido, hasta que Rivadavia no venga á buscarme, porque si en vez de hallarlo á él fuera á encontrarme con ese hombre, el dolor me mataría.

—Bueno, repuso el capitán, yo iré á darle la grata noticia de nuestra vuelta.

Tan segura estaba Isabel en el amor del jóven, que ni un solo momento dudó que éste se man-

tendria en la misma intensidad que lo habia dejado.

Estaba perfectamente segura que el jóven no la habria olvidado un solo instante, y que guardaria aún en su corazon el perfume del último beso, como lo guardaba ella misma, y la caricia de la última palabra.

—Yo no podré bajar á tierra hasta mucho despues de haber fondeado, dijo el capitan, porque tengo que hacer á bordo; pero mandaré avisar á mi amigo que hemos llegado y estoy seguro que será la primer cara argentina que usted verá.

Se preparaba el capitan á cumplir esta promesa cuando una ballenera atracó al buque, un jóven saltó sobre la cubierta y corrió hácia el camarote del capitan: era Rivadavia, Rivadavia que conocia más ó menos la época en que el buque debia volver, y que hacia más de ocho dias que esperaba su llegada con creciente ansiedad.

Porque el jóven tambien habia sufrido hondamente en las últimas semanas, afligido por otro género de dudas.

Las noticias de pérdidas de buques eran frecuentes: la navegacion era larga y penosa y muchísimas las contrariedades y peligros de tan larga cruzada.

Un viaje sin accidente era difícil y él ya se habia informado por gente práctica, que un viaje sin ningun incidente podia contarse como un fenómeno.

Si él hubiera sabido esto antes, hubiera adoptado cualquier otra resolucion para no exponer á tantos peligros á su amante y su hija.

Peró era ya tarde para retroceder y no habia más remedio que esperar pacientemente la vuelta.

Cuando pasó el término que habia fijado para la vuelta su amigo el capitan, Rivadavia empezó á experimentar serios temores, temores que aumentaban á medida que pasaba el tiempo sin tener la menor noticia.

¿Se habria perdido el buque? ¿habrian corrido

algun temporal que les hubiera causado algunas averías y obligado á detenerse en algun puerto del tránsito á repararlas?

Pobre Isabel! pobre su hija Dominga! lejos de los séres queridos en medio del océano y del peligro, lo habrían llamado inútilmente en el momento supremo, y la tempestad se habria desencadenado sobre sus cabezas y bajo sus piés, sin haber tenido un refugio donde huir al espanto de la muerte!

Afligida Isabel ante situacion tan desesperante y viendo morir á su hija, tal vez habria renegado de su amor como única culpa de aquel cataclismo y lo habria maldecido.

Y el jóven se mortificaba ante estos pensamientos, hasta el extremo que solo se lo pasaba en la ribera espíando la llegada del buque, é interrogando á cada instante á las personas que suponía más al cabo.

La muerte de Diaz le habia hecho una impresion fuertemente desagradable: no esperaba que aquel hombre se hubiera arrancado la vida para huir á su dolor y hasta empezaba á volverse supersticioso.

Fray Andrés le habia escrito una carta afeándole su conducta y asegurándole que el que tales cosas hacia, no podia esperar del cielo sinó el castigo de sus faltas y que éste seria tan grande como el crimen por él cometido.

«Dios castiga en los hijos y en los seres que se aman», blasfemaba el fraile, porque tal aseveracion importa una blasfemia, y Rivadávia que otras veces habia reído de este ultramontanismo, preocupado con la demora del buque, se habia dejado vencer por la tristeza al extremo de olvidar los mismos principios de la lógica.

Sus amigos íntimos, dueños del secreto de aquella tristeza que amenazaba degenerar en melancolía, con los mismos argumentos del jóven trataban de mostrarle que aún no habia razon para temer, que no podia exigirse exactitud en la llegada de

un buque cuyo viaje dependia de mil contingencias ajenas á todo peligro.

Y el jóven se convenia de que su preocupacion y temores eran sumamente exagerados, pero, qué quieren, decia, estoy triste á pesar de convenir en que no tengo razon y mi tristeza se hace ya desesperante.

Si el buque tarda diez dias más, me embarco yo tambien y no paro indagando puerto por puerto, hasta no dar con el buque ó saber con seguridad qué es lo que ha motivado su retardo.

—Pero, ¿por qué te has de empeñar en que precisamente deba haber sucedido algo?

La salida de los buques depende, desde los cargadores, que rara vez concluyen de cargar en el tiempo fijado, hasta de los marineros que han de formar su tripulacion, y del tiempo á propósito para hacerse á la vela, lo que muchas veces ha de causar demoras de más de veinte dias, sin contar los que, por efecto de la misma calma, puedan perderse en la travesia.

—Convengo en ello y me convengo, decia Rivadavia sonriendo, pero mis temores son más fuertes que la lógica misma y que mi propio convencimiento.

Ellos están arriba de toda razon á pesar mio, y solo podrán disiparse con la llegada del buque.

De otro modo y mientras más tiempo pase, será mayor mi angustia y mi sobresalto.

Es que Rivadavia amaba tan profundamente á su hijita que le parecia que la inmensa dicha de poseerla era demasiado para no ser alterada por la fatalidad.

Pensaba que no era posible tanta ventura, sin tener que pagar algun tributo á la fatalidad.

Isabel lo preocupaba menos, aunque era grande tambien su amor por ella.

Ella, por su edad, estaba expuesta á menores peligros, mientras que la pobre niña habria tenido que luchar con una alimentacion completamente ajena á sus hábitos y que en tal travesia entonces

se hacia á fuerza de carnes saladas, conservas y artículos de larga duracion.

—Quiera Dios, murmuraba, que esto no le cueste una enfermedad grave, si es que no se ha enfermado á bordo lejos de todo socorro científico y hasta de toda asistencia.

Y en cuanto amanecía el dia, se iba á la ribera, de donde no regresaba hasta despues de cerrada la noche, haciendo siempre sus mismas averiguaciones.

Allí iban á buscarlo sus amigos, arrancándolo con mucha dificultad el tiempo preciso para comer.

—Caramba! murmuraba, acosado por las alegres bromas de sus compañeros, quiera Dios que no haya sido peor el remedio que la enfermedad, y que creyendo hallar el bien de todos no haya labrado nuestra propia desgracia.

—Pero no seas necio, le decian, para lamentarte; espera siquiera que sucedan las cosas, pues francamente, no es tolerable que un individuo se ponga á lamentarse con anticipacion de desgracias que aunque pueden suceder remotamente, nada indica que hayan sucedido!

Es indudable que tú mismo te has de morir algun dia, puesto que la inmortalidad de la materia es imposible: pues seria gracioso que te pusieras ahora á lamentarte porque has de morir, y que esta seguridad llegara hasta amargarte la vida.

Y si eso no es tolerable en hechos que desgraciada y fatalmente han de producirse, ¿cómo quieres que se tolere en hechos problemáticos que tienen más probabilidades de no haber sucedido y de no suceder?

Es indudable que tu hija misma por quien tanto amor tienes, ha de morir algun dia: pues empieza á lamentarte desde ya y á llorar su muerte!

El amor y el cariño te han turbado la inteligencia, y si sigues así te declaramos que procederemos á darte un manteo.

—Confieso que me he idiotizado, respondia Riva-

davía riendo alegremente ante los argumentos de sus amigos y ante sus cariñosas amenazas, y confieso también que merezco, no solo uno sino varios manteos.

Pero, amigos míos, mi preocupación es más fuerte que yo, pues la tengo á pesar de las mismas razones que me doy yo mismo y del mismo ridículo en que me pongo ante mí mismo.

Hay veces que siento el deseo de santiguarme con un par de bofetones de mano maestra, ó un par de cabezasos contra la pared, al verme tan necio, y me propongo no volver á pensar más en esto hasta la llegada del buque.

Pero media hora después de pensar de esta manera, me tienen ustedes dado al diablo, más triste y más preocupado que nunca.

Es inútil entonces que me digan una palabra más porque no van á lograr lo que he logrado yo mismo.

Déjenme entonces con mis necedades y no se ocupen de mí hasta que no vuelva Isabel, única manera como yo puedo recuperar el apogeo de mi razón y de mi inteligencia: ahora confieso de barato que estoy hecho un imbécil de lo más insoportable que pueda nacer de vientre de mujer.

Ante tales y tan terminantes declaraciones, los amigos resolvieron no insistir más y limitarse solo á distraer al joven, única manera de combatir la melancolía que se había apoderado de él por completo.

El día antes de la llegada del buque, Rivadavía no había comido, lo había pasado entregado á pensamientos tan raros y tristes, que se había negado á permanecer en sociedad con sus amigos.

—Déjenme solo hoy, les dijo, les ruego que no me digan una sola palabra, porque mi desesperación toca ya á su límite y sabe Dios hasta dónde podrá conducirme.

Los amigos se retiraron sin hacerle la menor observación, pero quedaron en acecho; tenían miedo que en un momento de estravismo se arrojara al

agua, y querian estar cerca para evitar cualquier tentativa.

Pero no era esta tal vez la idea del jóven, puesto que como los anteriores, pasó aquel dia con la vista fija en el horizonte, pálido y visiblemente conmovido.

A la caída de la tarde y cuando hubo perdido toda esperanza de ver llegar el buque, se retiró con paso lento y ademan desesperado.

—No vendrá tal vez mañana tampoco, le oyeron murmurar sus amigos mientras se alejaba.

Pues si no viene hasta la salida de cualquier vapor, me embarco y voy á buscar noticias, porque en esta incertidumbre no me es posible vivir.

El jóven tomó el camino de su casa, desapareciendo bien pronto á la vista de sus amigos, que convinieron instantáneamente en esto:

—Es preciso no dejarlo embarcar, aunque tuviéramos que emplear la violencia.

El buque tarda mucho en efecto, y es posible que algo le haya sucedido; y si esto es así y su hija ó la madre han desaparecido, Rivadavia no se vá á poder contener, y por lo menos vá á arrojar al agua.

Si en la duda está así, qué seria en la certeza de una desgracia!

Seguramente no vá á tener el valor de la conformidad.

Y aquella noche fueron á hacerle compañía, logrando distraerlo algo.

Al otro dia de madrugada ya estaba Rivadavia observando el horizonte, é interrogando á los que tenian anteojo de larga vista y á los que esperaban tambien el mismo buque porque traía carga para ellos.

A eso de las diez de la mañana, Rivadavia se transformó ante una noticia que acababan de darle: el tan esperado buque se habia presentado á la vista, á unas ocho leguas á lo mas, del punto donde debia fondear.

La inmensa alegría del jóven pueden bien calcularla: saltó como un colegial, batió palmas como un

niño ante un hermoso juguete y preguntó: ¿y á qué hora podremos hablar con el capitán?

—Creo, repuso el portador de la noticia, que á lo mas, dentro de tres horas podremos estar sobre cubierta.

—Tres horas todavía! vaya que se ha hecho desear el tal buquecito! estoy seguro que nunca ha sido esperado con tanta ansiedad.

—Debe haber corrido algun temporal, respondió el que le trasmitia tan alarmantes temores: es la única manera como puede explicarse tan gran demora.

Aquí se reprodujeron los temores del jóven, aunque con menos intensidad por la presencia del buque.

Si el buque habia corrido un temporal, Isabel y Dominga habrian sufrido de una manera terrible.

¿Vendrian con vida? ¿no les habria sucedido alguna desgracia seria?

El jóven se paseaba dominando á duras penas su impaciencia y consultando á cada instante su reloj, para ver cuándo llegaban las tres horas calculadas.

Por fin el buque estuvo al alcance del ojo desnudo y Rivadavia lo devoró con una mirada poderosa, como si quisiera dominar cuanto venia adentro.

Aún no habia detenido su marcha el buque, cuando ya el jóven se habia embarcado en una ballenera y se dirigia á él.

Aquel trecho de la ribera al buque le pareció terriblemente largo, tal era su ansiedad por llegar.

Por fin saltó sobre cubierta y se abrazó de su amigo el capitán cuando éste menos lo esperaba, puesto que se ocupaba en mandar á tierra un marinero para que le avisara su llegada.

—Amigo querido! exclamó: estaba ocupado en dar á este buen mozo las señas de su casa para mandarlo saludar y avisar nuestra feliz llegada.

—Ante todo, amigo mio, ¿cómo están? ¿cómo vienen? ¿qué les ha sucedido? preguntó el jóven precipitadamente y como si quisiera arrancar una contestacion inmediata.

—Bien, por todos los infiernos! exclamó el noble

marino: vienen tan bien como usted, despues de haber hecho el viaje mas feliz que pueda imaginarse.

—Bendito sea mi Dios! exclamó entonces el jóven alzando las manos al cielo y en el completo dominio de su alegria: á verlas, por los diablos! á verlas, que me parece un siglo que no las estrecho entre mis brazos.

—Un momento, porque hay que andarse con cautela en esto de impresiones.

Ella, desde que llegamos, llora amargamente, dudando si le ha sucedido á usted una desgracia, por la situacion violenta en que lo dejó: teme y llora sin consuelo, en la duda de si será usted ó su marido quien la reciba al desembarcar, no queriendo bajar á tierra hasta no haber recibido de usted cuatro líneas.

—Pobre mi Isabel! felizmente no tiene nada que temer! la suerte parece que nos protege de todos modos, y aquel imbécil no volverá á molestarnos mas: vaya usted, pues, á prepararla para recibirme; la alegria, como la pena, cuando asaltan así de golpe, suelen tener malas consecuencias.

—Pues espere ahí en mi camarote, yo le diré que usted me ha mandado decir que vendrá á bordo á buscarla y que no tiene nada que temer por su felicidad.

—Superior, pronto que apenas puedo contenerme!

El capitan se dirigió al camarote de la jóven, que estaba llorando en medio de su cruel incertidumbre.

—No llore usted así, niña feliz, le dijo, que tengo una buena noticia que darle!

—No hay para mí buena noticia posible, sinó despues de saber la contestacion que traiga la persona que usted vá á mandar á tierra.

—Pues mi noticia es mucho mejor que la que ésta pueda traerme, porque es espontánea y mas rápida.

—Entonces démela usted pronto, porque con ella me sacará de la pena mas terrible, volviendo la paz á mi alma.

—Pues alégrese niña y dé gracias al cielo, porque acaba de llegar á bordo un sirviente de Rivadavia á saber noticias de ustedes y á decirme que dentro de un cuarto de hora estará con nosotros.

La jóven miró al capitán de una manera inmensa y una expresion de inmensa alegría brilló en su semblante.

—Cierto? preguntó preñdiéndose de un brazo del marino, no me engaña usted? no me dice todo eso para consolarme?

—No seria capaz de dar esperanzas cuya pérdida pudiera traer consecuencias tremendas: he dicho la verdad; Rivadavia, que sin duda nos espera, desde el día en que debíamos haber llegado, en cuanto ha avistado el buque ha mandado quien nos salude y nos pida noticias de ustedes.

La jóven empezó entonces á reir, á acariciar á Dominga como una loca, y á saltar en el camarote como una niña á quien se le entrega la soñada muñeca.

—Bueno, dónde está el sirviente? Yo quiero hablar con él, quiero que me diga á mi todas esas cosas y otras mas que yo le preguntaré.

Ah! ingrato! añadió, porqué no habrá venido él mismo! porqué no habrá venido á sorprender en mi corazon esta dicha suprema! cuánto se lo hubiera agradecido!

Un momento y voy á llamarlo, repuso el capitán, verá usted cómo no la he engañado lo mas mínimo.

Y fué á salir del cuartito, pero tropezó con el amigo que impaciente se habia venido hasta la puerta del camarote para acortar el camino.

El capitán se hizo á un lado entonces y el jóven saltó al camarote abrazando con una mirada llena de pasion á las personas que allí estaban.

Isabel que esperaba al sirviente de Rivadavia, al ver entrar á éste mismo, tembló toda, se puso densamente pálida y quedó muda y asombrada mirando al jóven de una manera íntima y apasionada.

Y temblaba toda, sin atinar á pronunciar una palabra ni á moverse de donde estaba.

A no ser por la sonrisa de su espléndida boca se hubiera creído que estaba bajo la impresion del terror mas íntimo.

El jóven la estrechó entre sus brazos diciéndole entre mil caricias: y cómo creías que mandaria un sirviente pudiendo venir yo mismo? cómo crees que habia de confiar á otro la inmensa ventura de recibir la primer noticia de ustedes?

Hace quince dias lo menos que espío este momento, de la mañana á la noche, jurándome que seria la primera persona que verian ustedes!

La niña estaba tan aturdida como la madre: desde que oyó hablar al jóven lo habia reconocido, y sonreía con su sonrisa de ángel sin decidirse á acercársele.

Por fin tendió hácia él sus manecitas, y le llamó cariñosamente.

El jóven la levantó en sus brazos, no sabiendo á quien prodigar sus caricias, si á la hija ó á la madre.

Y el capitán presenciaba aquella escena, envidiando la felicidad que debia rebosar en aquellos corazones.

—Voy á ocuparme de mi quehacer, dijo, porque aquí les estorbo; los placeres del cariño son mayores cuando se manifiestan sin testigos: luego volveré y nos iremos á tierra.

Los jóvenes quedaron solos entregados á sus mas íntimas caricias.

Ella narraba con una ingenuidad arrobadora todas sus dudas, todas sus mortificantes angustias, todas las penas que la habian acompañado durante su viaje.

—Temia que fuera á sucederte alguna desgracia, temblaba ante la idea que te vieras envuelto por mí en sérios peligros, le decia, y lloraba y lloraba, no teniendo otro consuelo.

Ah! la incertidumbre y la duda lejos de los seres que se aman, es un martirio superior á todas las

penas conocidas, porque es un martirio contra el que no hay consuelo.

—Yo te compensaré con mi cariño infinito todo lo que has sufrido, hermosa mía! exclamaba él, y narraba también todas sus angustias y sus dudas sobre los peligros del viaje, al ver que el buque retardaba su llegada y pasaban los días y los días sin tenerse de él la menor noticia.

Ya había decidido embarcarme pasado mañana, pues la vida, en la duda horrible de lo que habría sido del buque y de ustedes, ya se me había hecho insoportable.

El sol me sorprendía: espiando el horizonte, y las primeras sombras de la noche se fundían con mi última mirada.

Y en vano indagaba y buscaba informes sin poder saber lo que había sido de ustedes; todas eran conjeturas y conjeturas de lo más mortificante: todo cálculo me era fatal, porque el retardo no podía explicarse sino por una causa grave.

Ah! mi hermosa, la idea de un naufragio cuando éste puede envolver las existencias que nos son más queridas, es algo que no se explica, pero que pesa sobre el corazón como una montaña: el hombre de carácter más firme se vuelve cobarde y hasta se tiene miedo de preguntar porqué se cree que la respuesta debe sernos fatal.

Y los dos jóvenes se acariciaban profundamente y acariciaban á la pequeña Dominga, como si de aquella manera fueran á resarcirse de los sufrimientos pasados.

Isabel se consideraba feliz: solo una sombra se dibujaba en el cielo puro de su ventura, y esta sombra era su marido, por lo que éste pudiera intentar contra ella.

Y no se atrevía á preguntar al joven, porque esperaba que la respuesta vendría á confirmar su zozobra.

—¿Qué tienes? preguntó Rivadavia, adivinando una

sombra en el espíritu de la joven: qué puede turbar tu alegría de este momento?

—Soy cobarde, respondió ella, y es tanta la felicidad que me sonríe en este momento, que temo perderla pronto.

Díme, qué es de ese hombre? preguntó ruborizada y pudorosa; confieso que le tengo miedo y que desearía saber qué distancia nos separa de él.

El joven pensó un momento y repuso: una distancia insalvable: de ese hombre no tienes nada que temer, Dios está de nuestra parte y á este respecto puedes considerarte feliz.

—¿Ha muerto acaso? preguntó ella palideciendo de una manera intensa: soy yo acaso la causa de su muerte?

Rivadavia no se atrevió á decir toda la verdad y repuso sordamente:

—Ha muerto, sí, pero tú eres completamente agena á esa desgracia, yo te lo aseguro.

—Y tú también eres ageno á ella? volvió á preguntar llena de agitación: díme la verdad porque ella es mucho mejor que la duda.

—Ni yo ni tú; te dije ya que podías estar tranquila: yendo de Córdoba á Tucuman se le disparó el macho que montaba y lo estrelló en el monte.

Nada tenemos que reprocharnos á este respecto: ha sido la mano de Dios que ha querido sin duda arrancarlo á una existencia desesperada.

Esto ha sido indudablemente mejor para él y para nosotros, pues ni él sufre así la indudable é inmensa desventura de perderte, ni nosotros tenemos la preocupacion de que venga á alguien á turbarnos la paz del alma.

—¿Y qué hizo en Buenos Aires durante su permanencia, y cómo pudiste evitar el peligro de un encuentro con él?

—Pensando en tí y recordando el juramento que te hice antes de partir.

Oh! yo no sabia lo que juraba, porque no me sos-

peché nunca todo el esfuerzo que necesitaba hacer para soportar sus provocaciones.

Todo lo que un hombre puede hacer para provocar á otro, lo hizo aquel infeliz; pero siempre tu recuerdo santo vino en mi socorro, y él tuvo que irse con la certeza de que nunca te encontraría, y de que un encuentro conmigo era imposible.

Ah! si no hubiera sido la idea de que ustedes me necesitaban! pero no hablemos mas de eso, he cumplido con mi amor, aunque para ello haya torturado todos los otros sentimientos; no me pesa y el resultado ha sido superior á todo cálculo.

Isabel compensó á Rivadavia con sus mas delicadas caricias tanta muestra de amor, y libre ya de todo recelo, se entregó por completo al goce de la existencia feliz que la esperaba.

Hacia mas de dos horas que los amantes estaban entregados á la plática mas encantadora, cuando se presentó el capitán, que se habia ya preparado para poder bajar á tierra.

—Supongo, dijo, que ya se se habrán ustedes arrullado lo bastante para poder ocuparse de otras cosas.

Vamos haciendo los preparativos necesarios y á tierra.

Media hora despues, Rivadavia, Isabel, el capitán y la pequeña Dominga, subian en una lancha y se dirigian á tierra.

Con cuánto placer volvió ella á aquel nido de amores que habia tenido que abandonar de una manera tan inusitada!

Durante su ausencia, Rivadavia lo habia embellecido con cuanto objeto lindo y cómodo habia hallado, de modo que en cada pieza, en cada rincón, en cada mueble hallaba ella pruebas de aquel cariño delicado y un testimonio de que allí no habia sido olvidada un solo momento.

Y cada adorno, cada juguete nuevo, era pagado sobre tablas con una caricia y una sonrisa:

Era la mujer que se encontraba en el dominio de la suprema felicidad, y que sentía desmayado el corazón ante el objeto de su amor.

—Todo te lo he sacrificado, le decía, pero te volvería á sacrificar mucho más, porque eres digno de ello.

Oh! la vida del cariño! no hay nada que la compense ni que se le pueda comparar: soy feliz á pesar de todo, completamente feliz, puesto que he vivido en tu recuerdo en todo momento.

Esto retempla mis fuerzas y me dá valor para soportar todo lo que venga.

—No temas nada, hermosa mía, el cielo de nuestro amor se ha despejado y no vendrá ya á oscurecerlo nube alguna: es Dios que sanciona así nuestro cariño y nos muestra que los corazones que han nacido para quererse no hay valla alguna que pueda separarlos.

Es acaso suficiente un juramento que se arranca por fuerza, y cuatro cruces en el aire que hace un hipócrita, para amarrar el espíritu de un ser humano y hacerlo hasta desistir de la misión divina que lo empuja á la vida del amor?

No, seguramente; el corazón se subleva, las pasiones estallan y el espíritu sacude el yugo, buscando el aire y el sol que necesita para su vida y que no es otra cosa que la vida del amor, del amor verdadero, el amor que brota en el corazón al contacto de otro espíritu y sube á la cabeza subyugando todo el organismo.

Esta era nuestra misión sobre la tierra entonces.

Un medio siglo, con sus nieves y sus páramos, se había interpuesto entre nosotros, y á través de esos páramos, nuestras almas se fundieron y nuestros corazones latieron al unísono, con más vigor que nunca.

Y es Dios mismo el que suprime aquellos páramos y aquellas nieves, enviándonos una eterna primavera, á cuyas brisas tibias y perfumadas se abrirán nuestras almas como una de tantas flores.

Isabel estaba arrobada: encontraba á su amante más apasionado y más cariñoso que nunca, dispuesto á sacrificar á su felicidad el resto de su vida.

Qué le importaba entonces todo lo demás, desde que para completo de aquella felicidad tenia á su lado á su hijita, eslabon vivo que unia aquellos dos espíritus.

Solo un vacío sentia Isabel en su corazón, y ese vacío era la falta de la madre, por quien era idólatra, y cuyas caricias no venian ya á despertarla por la mañana, ni á arrullarla en la noche!

—No me conformo con que ella esté lejos de mí, le decia, y no contemple toda la felicidad que embellece mi vida.

—No te aflijas por eso, vida mia, contestaba Rivadavia, que ya verás llenos tus deseos.

El corazón de la madre no olvida nunca el amor de sus hijos, cualquiera que sea el motivo del alejamiento.

Su ambicion es acercarse al hijo, y siempre grande, siempre magnánima, todo lo disculpa y todo lo perdona: ella no vé ni quiere más que la felicidad del hijo, y todo lo que tiende á completarla, lo mira ella como un deber ineludible y lo ejecuta á costa de los mayores sacrificios de la vida.

—Sí, yo le lloraré, yo le pediré perdon, yo lloraré implorando su clemencia.

—Y ella te tenderá sus brazos amorosos y te mirará con ese foco de celeste ternura que no irradia sinó en los ojos de la madre; ella te llamará á sí, porque tú mereces ser feliz y no has hecho nada más que obedecer los impulsos naturales de tu corazón y las pasiones que en él puso la mano de Dios.

El capitán contemplaba aquel cuadro de suprema dicha, con una sonrisa llena de bondad y de mansedumbre: si no me hubiera casado ya con la vejez, dijo, tentado por ustedes, era capaz de casarme mañana mismo.

¡Oh! la juventud, la juventud! desgraciado del que

no aproveche todo el tesoro de felicidad que ella encierra! despues no puede hacerse retroceder el tiempo, y cuando uno se acuerda es demasiado tarde!

—Nunca es tarde cuando la dicha es buena! contestó Rivadavia con todo el sabor criollo de este dicho gauchesco: lo que hay es que es necesario hermanar bien los sentimientos para que no sucedan catástrofes, porque los únicos estremos que no podrán jamás tocarse son los representados por la juventud y la vejez.

La casa de Rivadavia desde aquel dia estaba de eterna fiesta.

Los amigos del jóven, aquellos mismos que le habian hecho la centinela, alarmados con su estado, se apresuraban á darle la doble felicitacion de la vuelta de la jóven y por la tranquilidad de su espíritu.

Y ella se extasiaba ante la narracion de aquellas largas esperas de Rivadavia, en que su razon se extraviaba por la horrible incertidumbre de lo que habria sido del buque cuya vuelta se hacia desear de aquella manera.

Y la jóven sentia halagado su corazon y tranquila su conciencia: ignoraba la tremenda verdad de la muerte de Diaz, cuyos detalles le habrian producido una inmensa amargura, porque ella era buena, se habia separado de él porque no lo amaba y porque no hubiera podido vivir separada de su amante, pero sin ódio alguno en el corazon y sin desear el menor mal para aquel hombre que, por otra parte, solo era reo del delito de haberla amado, sin preocuparse de si podia ó no ser correspondido.

Si Isabel hubiera sabido que Diaz se habia quitado la vida por no poder soportar el golpe recibido, hubiera sentido un remordimiento que le habria amargado siempre sus horas mas felices.

Desde aquel dia empezó una existencia nueva para

los dos amantes, puesto que quedaban libres de todo temor y de todo peligro.

La sociedad menos rígida se habituó á ver aquel hogar y aunque Isabel no fué aceptada en el rango que habia ocupado siempre, la pequeña Dominga fué aceptada como hija de Rivadavia, usando su apellido, que ha conservado hasta su muerte reciente.

Ahora veremos cómo aquella naturaleza dulce y que crecía bajo el amor sin límites de sus padres, pudo desarrollarse de una manera feroz, revelando los instintos mas brutales y malvados que puedan concebirse.



Dominga Rivadavia

Los años empezaron á deslizarse en medio de la mayor felicidad, tanto para Rivadavia como para Isabel.

La pequeña Dominga crecía bajo el amparo de aquel doble amor y su belleza se iba acentuando cada vez mas y prometiendo superar la de la misma madre.

Era una niña gentil y bella, de hermosos é imponderables ojos pardos, que miraban con una mansedumbre encantadora y de una expresion de infinita bondad.

Extasiado ante la hermosura de la niña: mi hija es un ángel, decía Rivadavia, á cuyo amor celeste siento agigantarse mi espíritu.

Y Dominga iba educándose de la manera mas brillante que era posible en aquella época, pues para ella ambicionaba el jóven la mejor posición social de Buenos Aires.

Ah! la ambicion del hombre para la felicidad de sus hijos no tiene límites como no los tiene su abnegacion.

Todo es poco para lo que él desea y nunca se halla satisfecho ni aún de sí mismo.

Isabel y Rivadavia vivían, pues, exclusivamente dedicados á labrar la felicidad de aquella hija querida que veían volverse mujer entre sus manos y entre sus cuidados, pues la jóven contaba diez años y era ya una señorita con todo el desarrollo y la gracia de los catorce.

Los mismos y las concesiones de los padres, habían modificado mucho su carácter, que insensiblemente se volvía caprichoso y voluble.

Durante este tiempo entre los amantes no había existido el menor disgusto; una sola noche no se había empañado hasta entonces el cielo de su felicidad.

Pero así como los halagos paternales habían modificado el carácter de Dominga, la sociedad había empezado á modificar el corazón de Isabel.

Por complacer á Rivadavia primero, y por llevar á su hija mas tarde, ella asistía á todas aquellas fiestas donde la sociedad desplegaba un verdadero boato, y á todas las reuniones y tertulias á que era invitada.

Poco á poco los placeres la fueron arrastrando en su vértigo invencible, y lo que al principio no era en ella mas que una complacencia, se convirtió bien pronto en una necesidad de su espíritu.

Isabel quería brillar mas que ninguna, y se presentaba siempre radiante de belleza y de joyas.

Los elogios y las galanterías que antes escuchaba con fastidio y con enojo, empezaban á arrullar su oído con la música envenenada de sus palabras.

Era ya ella la que tomaba la iniciativa para asistir á todos los paseos y tertulias posibles, con el pretexto de que era necesario llevar á la niña.

Aquel cambio no había pasado desapercibido para Rivadavia, hombre de mundo y perspicaz, pero nunca le dió un alcance dañino, ni una importancia capital.

—Es natural, pensaba: ella se ha criado en medio de aquel recato religioso, especie de grillete con que se amarra el espíritu: no ha tenido idea de los placeres que puede ofrecer el mundo y por eso no los ha deseado.

Hoy los ha probado todos y el vértigo la ha envuelto como era natural.

Su espíritu se ha deslumbrado al salir de la cár-

col en que habia vivido, y mientras más goza más quiere gozar.

Ya se cansará, pues no hay cosa que no canse en este mundo cuando se abusa de ella, y entonces el recogimiento y el tedio vendrán naturalmente y volverá á costarme sacarla de los placeres del hogar, que son los únicos que duran por la vida, cuando están cimentados en el aprecio y respeto que debe formar la base de toda sociedad conyugal.

Pero este modo de pensar de Rivadavia no era exacto, porque Isabel se encontraba tambien envuelta en el torbellino galante de la vida de salon y paseos, que es el más peligroso para una mujer, y sobre todo para una mujer hermosa que se hallaba en las condiciones especiales de la viuda de Diaz

La frecuencia de oirse llamar hermosa, arrebatadora, magnífica, etc., iba gradualmente apagando el pudor del corazon y poniéndola en condiciones de escuchar galanterias más peligrosas.

Rivadavia, distraído en el amor de su hija y reposando en el cariño de Isabel, no trataba ya de cultivar este último, pensando que ya estaba asegurado sobre bases incommovibles.

Y si algo necesita cultivarse siempre, cada dia, á cada momento, es el corazon de la mujer, insaciable para el cariño del marido, en quien vé su única felicidad, su único bienestar, y reasume todas las ambiciones.

El hombre que cultive siempre el corazon de su amante, colmándolo de cariño y no faltando á esas esquisitas atenciones del espíritu que nacen en el amor verdadero y el aprecio íntimo, tendrá siempre una mujer idólatra que no cambiará por nada del mundo el sonido de su palabra comedida y apasionada.

Rivadavia habia olvidado esto, y descansaba indolentemente en el amor pasado, sin que viniera á renovararlo una palabra de ternura, ni una flor que asegurara el recuerdo en las horas de ausencia:

demostraciones á las que el corazon femenino da un valor imponderable.

Y el corazon de Isabel se habia enfriado con aquella indiferencia aparente y peligrosa.

Pensaba que Rivadavia no la amaba ya con la pasion de otro tiempo, pues ya estaba satisfecho el capricho del corazon.

Estas creencias fomentadas hábilmente por la galanteria interesada, empezaban á dar sus frutos, frutos terribles para el amor de Rivadavia y fatales para el corazon de la pobre jóven.

Su mismo entusiasmo por el amante fué decayendo, y enfriándose en ella aquel amor idólatra que le profesara hasta entonces.

La mujer que falta al marido falta al amante con mayor facilidad, pues con este último el pudor perdido no está ya de por medio y no hay la poderosa consideracion del mal que se hace al marido, á la familia y á sí misma.

Muchas veces una mujer lo hace por castigar al amante, sin que haya precisamente una pasion de por medio.

Pero aquí no habia falta que castigar é Isabel se contenia.

Pero su círculo de adoradores crecia y la jóven empezaba á verse acosada por todas partes.

Muchas veces temiendo las consecuencias de lo que oía, volvía á su casa con el firme propósito de contarle á su amante, pero la aparente indiferencia de éste la contenia, y guardaba silencio diciéndose: qué le importa á él si ya no me ama!

Y su conviccion á este respecto era tal, que si no hubiera sido por el gran amor que el jóven profesaba á su hija, hubiera creído que otro amor se lo robaba y que era esta la causa de su frialdad.

Rivadavia ignoraba lo que sucedía, por la confianza ciega que tenia en Isabel, y porque los interesados mismos no habian de venir á revelarle sus planes.

Todos galanteaban á Isabel, todos la deseaban y todos se hallaban subyugados por su belleza.

Pero temian á Rivadavia, á quien conocian impetuoso y delicado, y ninguno se habria animado á afrontar su cólera y su despecho.

Isabel que veía esto, se contenia más todavía, temiendo verdaderamente á su amante, á quien á pesar de todo, no habia aún perdido el respeto.

Éste, buscando siempre la felicidad de su amante, habia provocado una reconciliacion con la madre, sencilla y noble señora que, ante todo, amaba inmensamente á su hija, y deseaba volver á ver aquella nietita, cuyos primeros sueños habia arrullado con su más plácida sonrisa.

¿Qué madre puede negar á una hija el perdon pedido, aunque la falta á perdonar revista el carácter más grave?

Aquella buena madre respondió á las cartas de Rivadavia llamando á su hija, ya que ella no podia venir en su busca.

El jóven la invitó á hacer un viaje que ella rehusó terminantemente.

—Moriria de vergüenza, dijo toda estremecida; ¿cómo quieres que soporte serena la mirada reprochante de mi buena madre? ¿cómo quieres que afronte la burla de aquella sociedad que conoce mi falta y que no la ha de haber perdonado por el escándalo que ella entrañaba?

Siento en el alma un pesar inmenso en no poder ir á recibir la bendicion de la madre querida, pero le conozco sin fuerzas para arrostrar la burla y la vergüenza.

Yo le escribiré, sí, le escribiré reconocida á su perdon é indicándole las causas que me impiden el ir, y si ella viene algun dia, hallará en mí la misma de siempre, pero un viaje á Córdoba jamás.

Rivadavia no insistió reconociendo el poder de las razones que le daba su amante y escribió á la señora demostrándole cuán justas eran.

Y él tambien pedia perdon como autor de aque-

lla falta, invocando el amor que profesaba á su hija, amor demostrado de todas maneras.

¿Y qué menos podia hacer la señora que perdonarlo tambien, para que influyera en que su hija le hiciera la visita tan deseada?

Ella estaba al cabo de la larga historia de aquellos amores, descubiertos á los dos años de existencia.

Sabia que Dominga no era de su yerno, y que el no separarse de su hija fué la causa de que Rivadavia diera el escándalo de llevarse la madre.

Y aquellos amores estaban escritos de una manera tan apasionada é íntima, que la buena señora olvidaba la vergüenza del hecho, para pensar en la felicidad de su hija.

É insistia por todas sus cartas en que su hija fuera, llevándole á Dominga, pero negándose siempre Isabel á complacerla.

Así pasaron diez años más ó menos, siempre escribiéndose con Rivadavia y siempre pidiendo la visita negada.

Rivadavia empezó por fin á molestarle con aquella asistencia asídua de Isabel á todo lo que importaba una diversion.

—Ella desatiende todo ya, hasta su hija misma, pensaba, por entregarse al boato y á los placeres, y aunque esto nada tenga de malo, es preciso cortarlo de raíz.

¿Cómo hago yo para apartarla de este camino peligroso, sin que ella pueda apercibirse?

Ahí está el gran problema.

Y Rivadavia empezó, desde que tuvo la idea, á dar vueltas al magin para arrancar á Isabel, aunque solo fuera temporalmente, á aquella vida de fiestas y de abandono del hogar.

Con ojos guiados por los celos que empezaban á agujjonearlo, Rivadavia vió que su amante era galanteada y galanteada asiduamente por algunos jóvenes de la mejor sociedad.

Y sin mas trámite se acercó una noche á un

grupo formado por su amante y algunos adoradores y con el mayor disimulo y voz que solo los del grupo pudieran oír, les habló así:

—Caballeros y amigos míos, creo que una mujer no debe escuchar mas cumplidos y arrumacos que los que vengan de su marido; están, pues, aquí de mas ustedes, con una prevencion que quiero hacer ya que el momento es oportuno.

Prevengo, pues, que mi paciencia tiene sus límites como la de cualquier hijo de vecino y que no me toque por ese lado el que no quiera sentir una bala ó una cuarta de estoque dentro del corazón.

Aquellos jóvenes quisieron protestar pretendiendo constatar la equivocacion en que Rivadavia estaba, pero éste les impuso silencio con un ademán de amenaza seguido de estas palabras:

—Cuidado, amigos míos, que yo soy tan perspicaz como el mejor: ahora si hay alguno que quiera tomar cuenta de estas palabras ó que se anime á provocar mi cólera, puede hacerlo no mas.

—No seas nécio ni ofendas á tu compañera por fantasmas que cruzan por tu cabeza.

—Yo no ofendo á mi compañera, que es digna y dueña de todo mi respeto y aprecio: á quien ofendo es á los imbéciles que hayan creído posible una ofensa de ella á mí y que tengan la nécia pretension de echarme al medio.

Los galanteadores se retiraron corridos por su delito, por temor unos de perder su prestigio si provocaban una escena y otros por temor á la escena misma.

Ningun extraño á él se apercibió del violento diálogo que habia tenido lugar: se sospechó que algo pasara por la actitud del joven y la retirada de los otros, pero nada mas.

Isabel habia quedado completamente dominada y no se atrevia ni á disculpar la cosa ni encontrar mal lo que habia hecho su amante por temor que éste fuera á tener sospechas desfavorables.

—Es preciso que seas menos inocente y menos

buena, le dijo el jóven una vez en su casa: esa canalla es una pérfida, y donde tú solo vés una galanteria natural, se oculta un mal pensamiento.

—No creas que yo dejaba de estar mortificada, contestó ella en el medio de sus caricias: yo comprendia que aquello no era bueno, porque sus palabras estúpidamente galantes me incomodaban, pero no queria decirte nada porque comprendia que tu disgusto seria grande, y temia fueras á mortificarte por lo que no valia la pena.

—Sin embargo, esas bondades suelen ser mal interpretadas, y te aconsejo seas más rígida.

A una mujer que no lo autoriza en manera alguna, nadie se atreve á faltarle al respeto. Un hombre conoce al momento si puede ó no avanzar en el terreno que pisa y no se expone nunca á quedar en el ridiculo ni recibir una reprension abrumadora.

Aquello no pasó de ahí: él no quiso insistir porque no quiso que Isabel creyera que dudaba y ella dió á su amante, desde el principio, toda la razon por temor que éste fuera á sospechar que si ella habia obrado mal, lo habia hecho á sabiendas.

—Es preciso arrancarla por algun tiempo de este círculo vicioso, pensó el jóven: es preciso hacerlo sin que ella misma sospeche mi propósito.

Y á su imaginacion siempre rica y traviesa ocurrió el único medio posible para hacerlo á medida de su deseo.

Tres ó cuatro dias despues de aquella escena y sin haber vuelto sobre ella ni demostrar que la recordaba, habló á Isabel tranquila y mansamente de un viaje á Córdoba.

La madre de Isabel venia en su ayuda, pues no habia cesado de rogarles en todas sus cartas fueran á hacerle una visita.

—He recibido otra carta mas de Córdoba, le dijo; pero mas suplicativa que todas las demás y rogándome de una manera irresistible ponga todo mi esfuerzo en que tú la complazcas.

Ella me dice que ya está vieja, que el dia menos

pensado puede faltarte y que no es ni humano ni digno que la prives de abrazarte antes de hacer el gran viaje.

Dice que la visita de Dominga seria capaz de rejuvenecerla, y que espera no desoirás sus súplicas.

Isabel se resistió al principio con el mismo pretexto de siempre, pero era tal la lógica y los argumentos de Rivadavia, que poco á poco empezó á ceder, enumerando las mortificaciones que aquel viaje podia traer á su espíritu.

—Todo se debe sacrificar por complacer á la madre en un pedido tan justo, decia él, mucho más que la mayor parte de sus mortificaciones son imaginarias.

Isabel, cediendo poco á poco, concluyó por consentir en el viaje á que tantos años se habia resistido.

—Voy á escribirle hoy mismo dándole tan feliz noticia, dijo; la pobre va á tener una alegría imponderable.

Y sin ningun apuro empezó á preparar su viaje, dejando á Isabel de esta manera más ignorante de su intencion verdadera.

Durante todos aquellos dias en nada modificó Isabel su sistema de vida.

A ella la mortificaba enormemente aquel viaje, porque á más de las razones ya conocidas, la arrancaba á su vida de placeres.

Pero se fingia contenta para que Rivadavia no sospechara tampoco la verdadera causa de su resistencia.

Así, los dos se engañaban mutuamente siendo la causa la misma.

El dia de la partida llegó por fin, y los tres emprendieron el viaje que tantos años habia costado para decidirlo.

Qué diferencia de la vuelta con la venida! entonces habian viajado huyendo, llenos de sobresaltos y temores, deseando devorar en menos tiempo la

mayor parte de camino posible, y ahora viajaban cómodamente con todo descanso y sin temor que nadie viniera á turbar su tranquilidad y su paz.

Y los amantes recordaban los peligros de aquel viaje agitadoísimo, recordando tambien con íntima fruicion, toda la pasion y cariño que ardia en sus corazones.

Y la imágen de Diaz cruzaba á ratos por el espíritu de ambos, haciéndoles sentir una rara comiseracion.

—Nada ha turbado nuestra felicidad desde entonces, decia Rivadavia con su especial intencion.

Respecto á mi cariño, tengo tranquila la conciencia, porque él no habrá sido causa de tu menor disgusto, y así continuará mientras me acompañe la vida.

Y llevando en el medio á la linda Dominga, caminaban distraídos, admirando la naturaleza tan exuberante y llena de vida.

Rivadavia habia escrito á la madre de Isabel anuncianda el viaje, de modo que en Córdoba eran esperados con ansiedad.

Dejaron caer la noche para evitar la curiosidad de los que hallaran á su paso, y entraron al hogar paterno con la alegria en el alma.

La proximidad á la casa de sus padres, la proximidad á la madre querida, hicieron olvidar todo otro pensamiento en la jóven cuyo espíritu se entregó por completo á los goces del cariño.

La pobre madre reía y lloraba al mismo tiempo, dando por compensadas todas las amarguras sufridas, por la dicha de volver á ver su hija y aquella nieta querida que habia visto crecer en su pensamiento al través del tiempo y la distancia.

Y las acariciaba á ambas, sin poder atinar á dirigirles la menor pregunta: todas sus palabras eran cariños profundos y apasionados donde se veía flotar el corazon de la madre.

Rivadavia de pié, sin desplegar los lábios contemplaba conmovido aquella tocante escena de familia.

Nada habia cambiado en casa de Isabel, todo permanecia en el mismo sitio!

Allí estaba su aposento en el que tan desgraciada fué desde su casamiento con Diaz, hasta que conoció á Rivadavia, á cuyo lado habia sido tan dichosa.

Los viejos sirvientes de la familia le salian al paso dándole la bienvenida y saludándola con muestras del mayor regocijo.

Rivadavia habia sido recibido como una persona de la familia á quien se estima de veras.

Es que el único que en aquella casa podia odiarlo habia muerto.

La madre de Isabel tenia un motivo mas poderoso para mostrarse afable y solícita con aquel hombre; este motivo no era otro que la esperanza de que se casara con Isabel.

Ella habia quedado libre por la muerte de su marido y no seria extraño ni difícil que Rivadavia cumpliera su deber, segun ella, uniéndose á la viuda.

Por eso cerraba los ojos ante el escándalo que significaba la presencia de aquel hombre en su casa, sin mas título que uno de vergüenza.

Dominga escuchaba arrobada todas las noticias que de su niñez le daba la anciana y contemplaba sonriente aquella camita donde habia dormido hasta la edad de dos años.

La venida de Isabel se supo al momento en toda la ciudad, y las amigas de la infancia y amigos de la casa empezaron á venir á hacer su visita.

La madre recibia á todos, porque Isabel tenia vergüenza y explicaba la presencia de Rivadavia como marido de su hija, desde que cumplió el tiempo de su luto.

—Él mantiene el casamiento en secreto, por razones de familia, agregaba: no le digan que lo saben, aunque sí que lo suponen, por el hecho mismo de estar aquí con ella.

Es preciso conformarse con esa determinacion, puesto que de todos modos no hay otro remedio.

La buena señora, al decir todo esto, además del interés de encubrir decentemente aquella vergüenza, llevaba otro interés mas palpitante y mas digno: el de ver si Rivadavia se casaba con su hija.

Efectivamente, qué le importaba dar su nombre á la mujer que lo habia sacrificado todo por él?

Este era un deber que le imponia la misma existencia de su hija, para dejar constatado su mismo estado civil, porque aunque por Dominga Rivadavia se la conocia, estaba solemnemente bautizada en Córdoba como hija legítima de Diaz.

Pero Rivadavia, entre otras, se daba á sí mismo esta razon, las veces que habia pensado en esto.

—Para que conste que es mi hija, no necesito casarme: harto lo saben los que á mí me interesa que lo sepan.

Esto de casarse, y casarse á disgusto de la familia, es una cosa endiabladamente peliaguda, que se debe de pensar despacio para no arrepentirse de lo hecho.

Así estamos bien por ahora: á nadie debemos cuenta de nuestras acciones ni satisfacciones por lo que les importa.

Así, aunque sin dar á entender que lo sabian, todos saludaban á Rivadavia como al marido de Isabel, y los que mandaron un saludo por escrito, lo hicieron al señor Rivadavia y señora.

Éste no podia sorprenderse en manera alguna, no solo por haber venido con la jóven, cuanto porque Dominga no le llamaba sinó papá.

De los primeros que llegaron á la casa á presentar sus felicitaciones y cariños, fué el buen fray Andrés.

Pero éste, si esperaba ver á Isabel y su hija, no soñaba, como no soñó la misma señora, encontrarse con Rivadavia, representando un papel que no le correspondia.

—Se habrá casado, pensó, pues no es presumible tanta desvergüenza en uno como en otro: y en este sentido interrogó á la madre de Isabel.

—Yo no sé nada, contestó ésta, ni me atrevo á pre-

guntarlo porque la contestacion negativa podria provocar un disgusto sério.

Si lo han hecho ya me lo dirán ellos mismos, aunque su silencio á este respecto me prueba lo contrario.

Si se hubieran casado, cómo no habia de decirme lo mismo mi misma hija, para despejar una situacion tan vergonzosa? cómo no habian de haberme escrito consolando de esta manera mi espíritu abatido?

—Pero es preciso averiguarlo, observó severamente el fraile, pues usted á sabiendas, no puede cobijar bajo su techo, bajo el techo de sus hijos tanta inmoralidad.

Qué se diria de usted, qué se pensaria de mí mismo que soy el director de su conciencia, al saber que habíamos transigido de esta manera con la corrupcion mas vergonzosa y la impureza mas infame?

Seríamos despreciados indudablemente y mirados como sus cómplices!

—Es que yo tengo miedo de preguntarles por temor á que él me separe de mi hija á la que tanto me ha costado ver de nuevo.

—Es que esa es una pregunta muy justa y muy digna y de la que una madre no puede prescindir.

—Tampoco puede prescindir de ver y estrechar entre sus brazos sus hijos, y si la satisfaccion de una respuesta dudosa me ha de arrancar la satisfaccion de tener á mi hija y mi nieto á mi lado, me quedo con la segunda; ah! con todo mi corazón.

Se haya casado ó no se haya casado, es cosa que podrá interesar al buen hombre y aun á la moral si se quiere, pero mi corazón quiere á mi hija y hago sacrificio por tenerla de todo lo demás.

Aquí luchaban los afectos maternales contra todo el tormente de las razones que pudiera oponer la religion esgrimida por un fraile.

!Era la madre que quiere á su hijo á pesar de todo y sobre todo; era la mujer en quien pueden mas los instintos que la razon, por lo mismo que su organizacion es mas delicada que la del hombre.

El fraile se metía á luchar contra los sentimientos de una madre, y su dialéctica de claustro iba á estrellarse contra aquel corazón sublime, que ciego, se precipita tras el rastro del cariño del hijo amado.

El fraile iba á perder la batalla, pero empecinado y terco como todos, sin medir más que sus propias fuerzas, sin reflexionar el mundo de pasiones que iba á sublevar, empeñaba el combate, no solo porque creía vencer, sino porque de esa manera aseguraba y demostraba lo irresistible de su autoridad.

Un fraile puede tolerarlo todo, disimulando pacientemente con tal de llegar á su fin.

Pero lo que un fraile no tolerará jamás es que se le suban á las barbas y no acaten sus pretensiones.

Es entonces que se le vé irritarse, hasta salir de su cubierta de hipócrita mansedumbre.

Así fray Andrés, creyendo que se desconocía su autoridad, tomó un aire severo y dijo:

—Es preciso que usted como madre interrogue á Isabel sobre su estado, de otra manera y sin la certeza de que son casados, la presencia de ese hombre en esta casa, es imposible; de otro modo sería atraer sobre todos la justa cólera del Señor.

—Me arrebatará á mi hija y no podre verla más.

—Paciencia y fé en Dios: es en el martirio donde se prueba la fé cristiana!

—Eso es imposible: yo no puedo perder á mi hija, más, cuando con saber la verdad nada voy á remediar en el estado de las cosas.

—Queda el poderoso recurso de la maldicion: no hay un hijo que soporte sereno la maldicion de los padres.

—¿Y voy á maldecir á mi hija? ¿yo voy á arrastrar sobre su cabeza la cólera divina? exclamó la santa madre, estremecido de horror el corazón.

Jamás, padre mio! jamás! caiga sobre mí la cólera divina, si es necesario, pero sobre ella jamás!

—¿Quiere decir que se me niega la obediencia? exclamó irritado el fraile, que se olvidan en esta casa los eternos é inmutables preceptos de Dios?

—Líbreme él de olvidarlos, pero yo no me expongo á quedarme sin hija; á que me la lleven sin esperanza de verla más en mi vida!

—El aliento de Satanás ha entrado en esta casa! rugió el fraile en el colmo de la ira, porque hemos recibido en ella á esos pecadores.

El espíritu infernal que vive de la impureza, ha soplado en su alma bondadosa y la soberbia ha brotado como primer estallido.—Oh! castigo del cielo no puede tardar, tremendo y formidable!

—Piedad, padre mio! gritó aterrada la madre, no es el mal espíritu el que ha soplado en mi corazón, sinó el más puro cariño de la tierra.

—No hay piedad para los réprobos y los que no creen en Dios!

—Pues bien: yo no rompo con mi hija! exclamó la madre afrontándolo todo en un arranque firme é inquebrantable; á pesar de todo, yo me quedo con mi hija y que sea lo que Dios quiera.

—El infierno debe estar hoy de fiesta, pues hay una alma más que se condena!

La señora se estremeció de terror, pero pronto dominó su espanto para responder con firmeza:

—Pues me condenaré si esta es la voluntad de Dios, pero mi hija habrá vivido á mi lado y me habrá cerrado los ojos en la hora suprema.

El fraile estaba vencido: se habia puesto á luchar contra el sentimiento más sublime que ha puesto Dios en el alma humana, y el resultado tenía que serle fatal.

Pero un fraile no se deja acorrallar así no más y á dos tirones.

Si él abandona el campo, vencido, es para volver despues al ataque con nuevos bríos y con una tenacidad incomparable.

—Pues bien, dijo, en cumplimiento de mi sagrado ministerio y de los deberes que tengo como confesor de la familia, yo averiguaré la verdad, y si es como yo me temo, yo obligaré á ese répro-

bo á entrar por el santo camino, y haré más, lo obligaré á casarse.

—Dios lo quiera, padre mio, sollozó la mujer sin atreverse á contrariar al fraile en lo que ella creía que tenía derecho, pero yo no tendré la culpa de lo que suceda y no perderé mi hija.

—Oh! el hereje! veremos si intenta burlarse de la justicia divina como ha burlado la de la tierra!

La impureza es obra del diablo y donde hay un ministro de Dios no debe permitirse nada que venga del espíritu maldito.

Y detrás de esta gran tirada, fray Andrés se retiró decidido á hacer un ejemplar.



La madre se quedó llorando y entregada á su más amarga desesperacion.

Ella estaba acostumbrada á respetar la palabra de fray Andrés como la de Dios mismo, y para desobedecer su mandato habia tenido que hacer un esfuerzo tremendo, que la habia dejado fatigada y débil.

Ella creía que habia provocado un severo castigo del cielo, á quien habia ofendido con su desobediencia: pero qué voy hacer? pensaba, ¿he de renunciar á mi hija por darme el placer de averiguar una cosa que no tiene remedio?

No, venga sobre mí lo que venga, no me expongo á que ese hombre me la lleve para siempre.

Y secó sus lágrimas al calor de aquel cariño infinito cuyo arrobador perfume no sentía desde tantos años.

—Fray Andrés exagera, terminó, en su pensamiento, Dios no puede castigar á una madre porque ame demasiado á los hijos que él le manda!

Y su conciencia reposó en este último pensamiento.

El fraile entre tanto preparó esa noche para librar su gran batalla con Rivadavia, á quien suponía en temor de Dios, á pesar de todo.

Recordaba las ideas que él jóven habia emitido en su presencia, cuando estudiaba en Córdoba, y creyéndolas verdaderas, se preparaba á un ruidoso triunfo.

—Él me atenderá porque es bueno y tímido, pensaba: es cierto que ha caído en tentación, pero todo podrá remediarse con un casamiento y un acto de cristiana penitencia.

Cuán lejos estaba el buen fraile de suponer en Rivadavia ideas más exageradas que las de su cómplice en la fuga de Isabel!

Así, al día siguiente, bastante temprano se fué á casa de Cires, é hizo avisar á Rivadavia que queria hablar con él

—El fraile me va á echar algun discurso recriminatorio, pensó el jóven, que ahora tal vez no tenga yo paciencia para escuchar.

Pero no importa, vaya por lo que él, aunque sin quererlo, ha hecho en mi beneficio y escuchemos un poco su sermon ya que esto halaga su vanidad de confesor de la familia.

Y prometió ir en seguida á su llamado.

Pero si el fraile no se sospechaba el espíritu eminentemente liberal del jóven, éste tampoco se sospechaba que el buen fraile se le viniera á las barbas con pretensiones de gobernarlo y obligarlo á proceder como á él se le antojara.

Rivadavia vino á la sala donde lo esperaba el fraile, y despues de un cordial saludo, entraron en materia.

Dado por hecho que Rivadavia seguia viviendo con Isabel como antes de morir Diaz, entró así de lleno al objeto de aquella conferencia.

—Ahora los tiempos han mudado, hijo mio, y sin inconveniente alguno puedes llamarte marido de

esa desgraciada y legitimar esa hija que en semejante estado, no puede ser sinó desgraciada.

Es preciso casarse cuanto antes como lo manda la santa madre iglesia, y entrar en temor de Dios, que no puede mirar sinó con su cólera más justa la vida de libertinaje que llevas.

En cuanto á la gran falta que cometiste, yo te enseñaré el camino de espiarla para que el Señor te proteja y no te abandone de su infinita misericordia,

Rivadavia escuchaba absorto el giro que habia tomado la cuestion, pensaba que el fraile hubiera perdido el juicio y no sabia en qué tono responder á discurso tan singular.

El fraile interpretó mal ese silencio, dió por cosa hecha su victoria y exclamó juntando las manos:

—¡Alabado sea el buen Dios que ha tocado tu corazon! no esperaba de tí otra cosa, hijo mio, y sabia que en cuanto me escucharas habias de volver al buen camino.

La forma en que tú vives no puede permitir la Dios, porque es contra sus sábias doctrinas.

Entonces, no tienes mas que prepararte como buen cristiano, fijar el dia, y yo mismo los casaré con todo el secreto requerido.

Al escuchar este final el jóven no pudo contenerse y poniéndose de pié, entre sonriente y sério exclamó:

—Pero dígame usted, estimable señor don Andrés: ¿ha perdido usted el juicio, ó está en el pleno goce de sus facultades mentales?

¿Cómo se figura usted que yo pueda tomar á lo sério su morrudo y descalabrado discurso?

En mi casa, señor mio, no hay mas gobernador ni mas confesor ni mas nada que yo mismo.

Hago sencillamente lo que me parece, sin tomar opinion á nadie y no tolero que nadie se permita intentar tan solo obligarme á hacer lo que no quiero ó no juzgo oportuno.

Usted me ha tomado sin duda por taza de chocolate! no se equivoque, señor don Andrés, y si quiere que sigamos siendo amigos, no se meta en aquellas cosas que solo á mí me atañen.

El fraile estaba completamente desconcertado ante tan inesperada salida.

Se habia puesto lívido y rojo á medida que hablaba Rivadavia, y era tal la ira que sentia que no daba con las palabras que se agolpaban á sus lábios.

—Es posible, alma condenada! gritó por fin en un estallido de cristiana cólera, es posible que el demonio te haya poseído hasta el extremo de decir tanta blasfemia! Desventurado! no hay perdón para tu alma impía!

—¿Por qué, estimable señor don Andrés? preguntó el jóven, porque me he casado yo mismo sin esperar el permiso de un clérigo, y sobre todo sin haber pagado á la iglesia?

—Bárbaro blasfemo! ¿y crees que Dios puede mirar impasible semejante union pecaminosa y sacrilega?

—¿Y usted cree que Dios ha de preocuparse de estas cosas? Dios puso á las criaturas humanas sobre la tierra para que se amaran y formaran lo que se llama la familia.

Dios no dijo que para amarse y unirse fuera necesario pedir permiso á los que se titulan sus ministros y sobre todo pagarles por el tal permiso.

Está usted hablando con un hombre que no se mama el dedo, don Andrés, y por consiguiente en muy mal terreno.

Vaya usted á dar consejos y órdenes á sus hijas de confesion, pero le prevengo que mi casa la gobiernó yo y nadie mas que yo.

—¿Y en semejantes ideas se ha criado esa niña inocente? preguntó horrorizado, ¿bebiendo el veneno infernal de tales teorías?

—Mi hija se ha educado moral y cristianamente, señor don Andrés: como que la eduqué yo mismo.

Cree en Dios, en su infinita misericordia y sabiduría, en su suprema grandeza y en la invariabilidad de sus sábias leyes.

Pero no cree que por comunicar lo malo que haya podido hacer, á un hombre lampiño y vestido como un ave, eso malo desaparezca de la conciencia, pues que Dios lo perdona por boca de tal hombre lampiño.

Cree que el perdon de los pecados solo Dios puede darlo y serena y tranquila en su conciencia purísima, se confiesa con sus padres, que son los que con mas eficacia para ella pueden implorar la misericordia de Dios y quienes le hacen todo eso sin cobrarle dinero y mas benévolamente.

Conmigo pierde, pues, su tiempo, amigo don Andrés: hablemos de otras cosas más alegrés y menos enojosas, pues de otro modo no vamos á poder seguir siendo amigos.

El fraile estaba positivamente aturdido, sin poder darse cuenta exacta de lo que le pasaba: aquel no era Rivadavia, sinó el mismo demonio que habia tomado su forma para desesperarlo.

Su mirada se habia dilatado como en presencia de algo espantable, sus mandíbulas chocaban haciendo castañetear sus dientes y todo su cuerpo temblaba de una manera poderosa.

—Hereje maldito! exclamó por fin, sin tratar de disimular la tremenda impresion que lo dominaba: maldito hasta en tu quinta generacion! el espíritu del mal está contigo.

—Está bien, señor don Andrés, respondió Rivadavia, poniéndose sério: dígame usted á mí todo lo que quiera que yo soy paciente y magnánimo con las mujeres y los sacerdotes.

Pero no toque usted á mis hijos con sus maldiciones ridículas, ni á los inocentes que aun no han nacido, pues entonces la cuestion puede tomar otro giro desagradable y violento,

Yo tengo de sobra flema para aguantar mil maldiciones mas, pero cuidado con mis hijos, estimable

señor don Andrés, esto podría traerle un disgusto mas morrudo que todos sus sermones.

Pero el fraile enloquecido, fuera de sí, ni siquiera lo escuchaba.

Era la primer vez que daba con un basilisco semejante y estaba loco y aturdido.

—Réprobo, maldito, hereje, gritó embrazando su teja como si fuera un garrote: me voy porque no quiero que la cólera me ciegue.

Y salió de la sala y de la casa como alma que huye del diablo.

—No volveré á pisarla mas, gritó desde la puerta, mientras tú permanezcas en ella: yo no puedo partir el mismo techo con un hereje y un blasfemo.

—Y yo le aseguro que muy poco lo sentiré, respondió Rivadavia, tratando de hacerse oír por el fraile que disparaba con la mayor lijereza: el mal será para usted, querido don Andrés, que esos chocolates menos se echará al coletto!

Fray Andrés se retiraba verdaderamente desolado.

Se habia desconocido su autoridad; se le habia burlado, y como colmo de insolencia se le presentaba como un bárbaro ateo el jóven á quien él creía haber vencido al primer golpe de cristiana dialéctica.

¿Podia él resistir aquello sin pronunciar la excomunion mayor?

El caso era desesperante para el confesor de una familia, suma autoridad en la provincia de Córdoba.

El jóven no dió á aquello mas importancia que la que realmente tenia.

Era natural que el fraile hiciera todo su esfuerzo para hacer pesar su autoridad, más cuando se trataba de hacer realizar un hecho que debia dejar una utilidad práctica en sus bolsillos.

Se rió interiormente de las pretensiones del fraile; y se resolvió á quedarse muy tranquilo en la casa, aunque don Andrés hiciera cuestion de estado y

mientras la madre de Isabel no le dijera una palabra.

—Esto será difícil, pensó, pues lo que piense el fraile lo pensará ella, pero tal vez, tal vez el temor de separarse de su hija abogó en mi favor.

Rivadavia había ya meditado mucho sobre su situación, en diferentes épocas.

El deseo que su hija fuese en lo futuro todo lo feliz que él deseaba, le hizo pensar seriamente en su casamiento con Isabel, pero nunca se había atrevido á abordarlo.

—¿Para qué? decía, todos saben que es mi hija, y como yo no he de casarme nunca, no habrá entonces que temer en su contra los derechos que pudieran tener hijos legítimos.

Y resolvió seguir viviendo en la misma situación hasta que un acontecimiento especial viniera á modificarla.

La conducta de fray Andrés alarmó á la pobre señora, educada y dominada por la religion mal entendida, y habituada á que la palabra del fraile fuese el oráculo de la familia.

Cuando conoció la resolución que su confesor le hizo saber por medio de una carta, fué grande su desesperación, pero su amor de madre volvió á triunfar nuevamente y le dió fuerzas para sobrellevar cualquier desgracia que pudiera sobrevenirle.

No dijo á Rivadavia una sola palabra, ni siquiera le dió á entender que estaba al cabo de lo sucedido entre él y el fraile: devoró su amargura, mitigándola con el doble amor de su hija y de su nieta.

El fraile estaba así vencido moral y materialmente sin esperanzas de que su autoridad reaccionara en el corazón de la madre y menos en el espíritu de Rivadavia.

Así pasó un mes en medio de la mayor felicidad, pues temiendo el jóven un avance del terco don Andrés, no había dejado que Isabel pudiese hallarse con él á solas.

—No me conviene que vaya á aconsejarle algun

desatino, decia, que me arrebate la paz de que he gozado hasta ahora.

Tal vez su palabra pueda pesar algo en el corazon de Isabel y eche á perder con sus consejos toda mi obra.

Isabel, cuyo espíritu se habia ya habituado á los placeres que le ofrecia Buenos Aires y cuyo corazon conocemos ya, al cabo de este tiempo empezó á encontrarse sofocada en su provincia natal y su quietud de sepulcro.

Echaba de menos la sociedad brillante, las frases galantes de sus adoradores, los bailes y las diversiones á que se habia habituado.

Deseaba ardientemente regresar á Buenos Aires y disimulaba su impaciencia del mejor modo que le era posible, esperando que pronto Rivadavia, fastidiado tambien, diera la señal de regreso.

Pero Rivadavia no solo no pensaba en ello, sino que aparentaba pasarse allí una larga temporada mas.

Ella le hubiera indicado que ya era tiempo de volverse, pero ¿cómo hacerlo sin que el jóven sospechara algo tal vez peor que la verdad misma?

Allí lo tenia á él, á su hija y á toda su familia entera, representando todos los goces á que podia aspirar su corazon.

¿Qué le hacia incómoda su permanencia en Córdoba, qué podia atraerla del lado de Buenos Aires?

Es claro que nada mas que las diversiones y los placeres, y esto era lo menos que podia pensar Rivadavia.

Isabel siguió ahogándose en aquella atmósfera y aquella sociedad, pero siguió disimulando bajo una aparente capa de alegría.

Pero, por mas que disimulara, no pudo ocultar al jóven el fastidio que la dominaba, á pesar de todo esfuerzo, y el jóven intrigado con ello, la abordó para conocer su causa.

—Tú estás aquí violenta, le dijo: ¿tienes algun motivo que aminore el placer de estar con los tuyos?

Tomada de improviso, Isabel no supo qué contestar en el primer momento.

No se esperaba semejante pregunta, ni sospechaba que Rivadavia hubiera conocido su mal humor y su descontento.

Se puso colorada y dijo: No creas, estoy tan contenta como el primer día; no hay nada que me mortifique ni aun que me contrarie.

—Es necesario que seas franca, contestó el joven, porque á mí no puedes ocultarme el estado de tu espíritu: lo conozco demasiado para no sentir sus impresiones.

Isabel era naturalmente viva, y se habia aguzado en la sociedad misma del joven, que era la astucia personificada.

Ella sabia que fray Andrés no iba mas á la casa, á consecuencia de un disgusto con la madre; no conocia cuál era la causa de ese disgusto, aunque harto lo suponía por la misma seriedad con que la recibiera el fraile, tan cariñoso antes.

No sabiendo cómo salir airoso de aquel trance, y para desvanecer cualquier sospecha de su amante, echó mano de esto para disculpar su disgusto.

—Te diré con franqueza que estoy algo violenta y que desearia irme, porque mi presencia incomoda aquí, pues es causa de disgustos ajenos á mi voluntad.

—¿Pero á quién puedes incomodar en esta casa que es la tuya, que es la de tus padres?

—A ninguno indudablemente, pero hay esto:

Fray Andrés no viene mas á esta casa, fuera de toda duda, porque nosotros estamos en ella.

Mi madre, entre fray Andrés y yo no vacila, pero este sacrificio le cuesta un eterno desasosiego.

Con frecuencia la encuentro triste y algunas veces la he sorprendido llorando sin que me haya querido decir porqué.

La pena que sufre mi madre me mortifica intimamente y si soy yo realmente la causa, no quiero prolongarla mas; desearia que mas bien nos fuéramos.

Era tal la ingenuidad con que Isabel hablaba, que Rivadavia lo creyó sin dificultad: ni Isabel era mentirosa ni tenía, según él, necesidad de mentir en cosa tan frívola.

—Sabía que el fraile andaba enojado, repuso, y he supuesto lo mismo que tú, pero para mortificarlo y hacerlo rabiarse bien, me he hecho el disimulado y el que nada comprendía, pues dándome por apercebido hubiera tenido que abandonar el campo y quedaba él triunfante sobre nosotros.

Tal vez tengas razón y sea necesario apresurar nuestra vuelta.

—Yo no te apuro, contestó ella, viendo que su pretesto había sido famoso, pero no me conformo con ver triste á mi madre por causa nuestra.

Esto me quita el placer que experimento al verme á su lado.

—Bueno, concluyó el jóven, yo iré preparando á la señora para la partida y así, si el empeñamiento del fraile continúa, cualquier día estamos en disposición de irnos sin que nadie sospeche la causa.

Y efectivamente, desde aquel día Rivadavia empezó á hablar con la señora sobre su pronto regreso.

—¿Es posible que me dejen tan pronto? preguntó la pobre anciana: ¿no están contentos á mi lado?

—¿Quién puede pensar tal herejía, señora? es que mis asuntos me llaman á Buenos Aires: yo había venido solo por un mes, y van á cumplirse dos que estamos aquí.

La pobre señora no tenía mas remedio que conformarse, y se conformó ante la formal promesa de otra visita tan larga como aquella y que se efectuaría así que Rivadavia se desocupase de los asuntos que lo llevaban.

Entre tanto la impaciencia de Isabel crecía diariamente; su espíritu no podía habituarse á las estrechas expansiones de la sociedad cordobesa y anhelaba volver al centro donde había despertado á la

vida de placeres desconocida para ella hasta entonces.

Y cuando la madre le decia: hija querida, influye con tu marido para que se quede un mes mas, respondia fingiendo profunda tristeza:

—No puedo, señora, él necesita irse ya por sus negocios: si yo le ruego que se quede, sé que se quedará, pero sé tambien que en ello se sacrificará de una manera incalculable.

Yo le prometo en cambio influir con él para que volvamos en cuanto se desocupe, permaneciendo todo el tiempo de que pueda disponer.

La madre encontraba muy razonable el proceder de Isabel y insistia mas, pero su tristeza podia conocerse en la expresion angustiosa de su semblante purísimo y noble.

Por fin llegó el doloroso dia de la partida y los tres viajeros salieron de Córdoba, no como lo habian hecho la primera vez, sinó muy de mañanita, tranquilamente y acompañados un buen trecho por la familia y relaciones.

Isabel iba radiante de belleza y de alegria, al extremo de no atender á las cosas mas necesarias de su equipaje, y esto llamó por fuerza la atencion de Rivadavia.

—Creo, pensaba, que la tristeza y mal humor de Isabel fuera causado por las razones que me dió en un principio, pero creo tambien que su separacion de la madre debia causarle mayor tristeza aún, dado el cariño que le tiene.

Sin embargo, ella en vez de estar pesarosa más bien está dominada por una alegria inexplicable, que alguna causa debe tener.

Ella no tiene nada que la atraiga en Buenos Aires y cuya atraccion pueda ser superior que los vínculos de la familia.

Aquí hay algo que yo no comprendo y que debo explicarme forzosamente: ella es demasiado inocente y demasiado candorosa para pensar en disimular sus impresiones.

Observemos entonces, que no tardaré en dar con la verdadera causa de esta alegría, que coincide con su apuro por salir de Córdoba.

Y era tal el contento de Isabel al verse en viaje de regreso, que ni siquiera trataba de ocultarlo.

Todo era bello para ella, y en todo hallaba un motivo para reír y renovar su alegría infantil.

Rivadavia observaba silenciosamente y repetía sin cesar: aquí hay un motivo misterioso, pero hay un motivo que yo debo aclarar y que aclararé bien pronto.

Sería curioso que Isabel anduviera por suplantar-me en su corazón!

Vamos, es bueno desconfiar un poco, pero no tanto que vaya á estrellarme yo mismo contra un fantasma.

Aquí hay un motivo personal y poderoso que provoca esta alegría, ó la causa inocente de las diversiones y paseos que atraen fuertemente su espíritu joven y ardiente.

¿Cuál de los dos puede ser?—hé aquí el secreto á penetrar.

Rivadavia estaba celoso y no quería confesárselo á sí mismo: se le vino á la memoria las galanterías que habían motivado su viaje á Córdoba y la idea de aquella alegría tan sin explicación no lo abandonaba un momento.

Aturdida con la idea de los nuevos placeres que la esperaban, Isabel no se apercibía de lo pensativo y observador que venía su amante, á quien no bastaban á distraer los halagos de Dominga.

Por fin llegaron á Buenos Aires y ya Isabel no pudo contener más la revelación espontánea del verdadero motivo de aquella alegría que, á su pesar, tanto había intrigado y alarmado á Rivadavia, cuyo amor por la belleza de su compañera crecía, en vez de disminuir como ella pensaba: es que era ya un amor tranquilo y apacible que reposaba en sí mismo.

El mundo de los placeres

Apenas llegaron á la gran ciudad y medio hubieron descansado de las fatigas del viaje, ya Isabel no se preocupó más que en la averiguacion de las diversiones que habia, qué familias daban tertulias y si los paseos estaban concurridos.

A Rivadavia se le volvió el alma al cuerpo, porque aunque aquello era una prueba de que Isabel desertaba de los deberes del hogar, era una prueba tambien de que en su espíritu no habia ninguna desviacion que autorizara sus recientes celos.

¿Acaso aquellos paseos y reuniones en que ella se interesaba, no podia ser por la esperanza de hallar en ellos otra satisfaccion más íntima y personal?

Pronto saldria de dudas á este respecto, pues con su perspicacia y un poco de atencion, seria imposible engañarlo.

—Puede haber un hombre tan ladino, decia, que me pase el bizcocho, pero me parece imposible que haya nacido la mujer capaz de engañarme!

Es que su corazon habia sido mordido por los celos, infiltrando su veneno terrible y tan difícil de extirpar, pues no hay certeza capaz de ahuyentarlos una vez que se han sentido.

Rivadavia contempló impasible los aprestos de la jóven para asistir á la primera reunion, tratando de conducirse exactamente como antes, para que ella no pudiera apercibirse de nada.

Y de nada se apercibió efectivamente.

Él mismo, tan complaciente como siempre, se puso á echar su partida de chaquete, aunque sin perder de vista á Isabel y su hija.

La aparicion de la bellissima jóven convulsionó toda la reunion, pues volvía más hermosa que nunca, y resplandeciente en toda la extension de la palabra.

Muchos, ó mejor dicho, todos se acercaron á ella, pero su conversacion fué general con todos.

En vano espíó Rivadavia con mirada celosa alguna impresion que indicase la distincion más remota, pero de nada pudo apercibirse.

É Isabel no se recataba: obraba naturalmente, pues en los trasportes de su alegria se podia ver claramente que ni la presencia de Rivadavia, ni la de Dominga la preocupaban para nada.

Los tertulianos que encontraban verdadero placer en estar á su lado y que hubieran pasado gran parte de la noche entretenidos con su conversacion, se median ahora, y apenas hablaban cinco minutos en círculo, ya se retiraban para dirigirse á otras.

Es que aquel arranque de Rivadavia les habia revelado que era celoso, y ninguno de ellos estaba dispuesto á arrastrar una escena desagradable, por unas palabras más, agregadas á la conversacion.

Desde que Rivadavia era celoso, era natural que estuviera en observacion de Isabel, y prolongar una conversacion con ella, habria sido provocar con él una escena parecida á aquella en que les habia revelado sus celos.

Sin embargo, los pocos momentos que estaban con ella eran para dirigirle aquellas galanterias que naturalmente y á pesar de toda intencion, arrancaba la belleza exuberante de la jóven.

Rivadavia, á pesar de sus celos, pudo convencerse de dos verdades: que no se habia acercado á ella ningun hombre especialmente interesado en galantearla y que ninguno de los que se le habian acercado habia producido en ella distinta impresion á los demás.

Pero un celoso no se convence á dos tirones, y Rivadavia se hizo esta otra objeccion:

—Tal vez en esta reunion no esté el hombre que ella prefiere y se me revele mas adelante.

Observemos, observemos siempre, vive el diablo! que es la manera de no ser engañados.

Y observó durante mucho tiempo la conducta de Isabel.

Ésta no trataba de disimular el placer inmenso que le causaba la asistencia á todo lo que fuera una diversion ó una fiesta: no creía con esto cometer delito alguno y no lo disimulaba.

Se habia apercebido que su amante la cuidaba mas que antes, tratando de no dejarla sola un momento, y esto le habia puesto sobre aviso, obligándola á recatarse mas.

Así el jóven concluyó por convencerse de que sus celos eran fantasias hijas de su excesivo amor, pero aquí vino una reflexion en extremo perjudicial á Isabel.

—Si aun no ha sucedido lo que yo temia, pensó, no es imposible que suceda, y yo entonces debo por mi propia tranquilidad ponerme en guardia y no colocarlas en situaciones fatales.

Una mujer que dedica todo su tiempo á divertirse, es porque el cariño de su marido y de sus hijos no la atraen lo suficiente para retenerla en su casa.

Este excesivo amor á los placeres, se convierte en vicio muy pronto, y engendra otros amores que van á herir derechamente á los que tan neciamente los han provocado.

Una mujer entonces no debe tener mas diversiones que las que puede hallar en la familia, porque las demás solo sirven para distraerla en sus afectos, enfriarlos y hacerla olvidar hasta de que tiene hijos.

Una mujer hermosa que vá á un baile, á una tertulia ó á una reunion cualquiera, tiene que escuchar galanterias y frases que solo los lábios del marido pueden y deben pronunciar á su oído.

Si pasa la noche en el baile, la mañana durmiendo para reponer las fuerzas perdidas y el día en pensar y confeccionar la *toilette* que ha de llevar en la reunión próxima, ¿qué tiempo le queda para consagrar á la familia y á los deberes del hogar?

Rivadavia se hizo todas estas reflexiones, concluyendo por resolverse á que Isabel fuese un poco mas de su casa y un poco menos de las reuniones y bailes.

Ahora era necesario no dejarla entrever la causa de este retiro, que debia efectuarse gradualmente para que hiciera menos impresion y pudiese sopor-tarse buenamente y sin violacion.

Así Isabel, cuando menos lo esperaba, empezó á faltar á aquellas reuniones que mas le agradaban por su brillo y la sociedad que las componia.

Unas veces Rivadavia no podia acompañarla porque se hallaba indispuerto, otras porque no queria encontrarse con un enemigo suyo que debia concurrir, y otras, en fin, porque la concurrencia no convenia á Dominga, quien no queria que alternase con cierta clase de gente.

Esto hizo una impresion endiablada en el espíritu de Isabel las primeras veces.

Estaba habituada á asistir á todas las fiestas, se consideraba en ello feliz, y no podia quedar tranquila en su casa, pensando que otras, á aquella hora, estarian bailando, cantando ó entregadas á conversaciones íntimas y arrobadoras.

Las primeras veces que Rivadavia invocó para no llevarla las razones que ya hemos apuntado, ella las creyó de buena fé y no hizo la menor observacion.

Pero bien pronto se apercibió que aquello era un sistema, un propósito bien estudiado, y su espíritu se sublevó aunque en silencio contra aquel modo de proceder.

Qué motivo tenia su amante para impedirle que se divirtiera como lo habia hecho hasta entonces?

Que aquello era un proceder estudiado no habia duda, puesto que él, dueño de su salud de bronce, se enfermaba un par de veces á la semana, sin que aque-

llas enfermedades tuvieran mas consecuencia que una noche de molestia.

Cómo él, que nunca habia tenido enemigos, resultaba enemistado con personas que poco tiempo antes las habia visto ella misma tratarlo con una intimidad cordial y cariñosa?

Aquella conducta no podia obedecer sinó á celos de Rivadavia y hasta entonces ella no habia dado motivos para que los tuviera, pues no crefa bastante á engendrarlos su pasion por las diversiones y el agrado con que escuchaba las inocentes galanterias que se le dirigian.

Isabel, desde que sospechó la verdad de aquella conducta, empezó á cobrar á Rivadavia ese pequeño rencor que generalmente precede á un rompimiento inevitable entre dos amantes y á una enemistad profunda entre un matrimonio.

—Desconfia de mí, pensó, y tiene miedo que lo engañe: luego me cree una miserable sin fé y sin nobleza de corazon.

La mujer que ha engañado al marido por el amante, pensaba él, puede fácilmente engañar á este último, alucinada por una pasion nueva que hiera sus sentimientos.

Isabel soportó pacientemente dos ó tres meses aquella conducta inesplicable para ella, hasta que por fin su espíritu extalló.

—Es preciso que me expliques, le dijo una noche, porqué no quieres que vaya á las reuniones, siendo tú mismo el que me has metido en ellas cuando yo no queria asistir.

—Y quién te ha contado semejante cosa? no te acompaño yo mismo?

—Lo que haces es buscar mil pretextos para impedirme que vaya, sin tener la franqueza de decirme: hija, no quiero que vayas mas á reuniones por tal ó cual causa, y yo me hubiera quedado muy conforme.

—Pero es que estás diciendo tonteras y nada mas: yo no te impido que vayas, no te he podido

llevar con la habitual frecuencia por los motivos que conoces y nada mas.

—Mira, Rivadavia, dijo Isabel tomando una actitud algo agresiva: poco me importa á mí ir ó no ir á las tales reuniones, porque nunca he sentido tal necesidad.

Pero lo que no puedo pasar en silencio, lo que me obliga á tener esta explicacion, es la ofensa inmerecida que tú me haces con tu conducta.

Desconfias acaso de mí? tienes miedo que te engañe ó que preste oídos á las tonteras que puedan decirme?

El amor de una mujer por su amante reposa sobre bases mas sólidas; no lo descuides, cultívalo siempre y riñete de los demás.

—Yo no desconfío de tí, porque no me has dado jamás motivo para ello, respondió Rivadavia resolviéndose al fin á encarar la cuestion, pero tengo motivos de corazon y de sentimiento para proceder así.

Tú eres bella sobre toda exageracion, Isabel mia, cada dia que pasa tú embelleces mas todavia, haciendo de tí un verdadero ideal.

Mi amor por tí ha crecido como tu belleza, pues hoy no solo te amo con pasion sinó con avaricia: estoy seguro de tí como el avaro lo está del tesoro que guarda bajo la tierra y la vigilancia eterna de sus ojos.

Así como el avaro teme que la luz empañe el brillo del oro que atesora y lo oculta profundamente, yo tengo miedo que el veneno de los salones empañe la pureza delicada de tu corazon y te guardo como el avaro á la onza que creçe pueda desaparecer de entre sus manos.

—En otro tiempo estas palabras me hubieran hecho feliz, porque ellas habrian sido verdaderas, pero hoy no les doy crédito porque son mentira.

Tú tienes celos de mí, Rivadavia, y me has hecho una ofensa que no puede olvidar nunca el corazon de una mujer.

Si yo te amé y lo olvidé todo por tí, fué porque yo estaba en una situacion forzada, porque se me habia esclavizado al lado de un hombre que me era odioso.

Tienes acaso por esto el derecho de pensar que puedo hacer lo mismo contigo? ¿por qué razon? ¿acaso porque eres tú reo de deslealtad?

Si un exceso de amor te hacia variar de conducta, ¿por qué no me lo dijiste francamente?

Pero esto no es cierto: tu amor se ha enfriado de una manera tal, que no podrá volver jamás á su pasado apogeo.

Tú me has creído capaz de olvidar hasta lo que me debo á mí misma, y esta ofensa es villana é indigna de un hombre de tu altura moral.

Rivadavia estaba aturdido: jamás pensó que Isabel pudiese encararle la cuestion por aquel lado y hasta creyó que aquella habia sido aconsejada y que no hacia sinó repetir la leccion recibida.

Estaba celoso, y por consiguiente ciego y torpe, muy torpe, al extremo de sentir flaqueza.

—El que ha dado derecho á desconfiar eres tú, tú que has olvidado tus juramentos y has arrojado hielo á manos llenas sobre mi corazon, porque sin duda el tuyo se calentaba al fuego de otro amor más nuevo y más entusiasta.

Has sido indiferente conmigo, y si ya no me has abandonado, tal vez haya sido únicamente por el lazo de nuestra hija.

Y sintiendo agotadas todas sus fuerzas rompió á llorar amargamente.

Era la primera vez que Rivadavia veía llorar á Isabel, así es que su amargura fué íntima.

Quiso acariciarla, convencerla, demostrarle que no tenia un átomo de razon para pensar todo aquello, pero Isabel lo rechazó bruscamente.

—Jamás sospeché, dijo, que fueras tú la causa ingrata de mis primeras lágrimas! nada tienes que reprocharme, en cambio, ni enrostrarme el primer disgusto: lo que fui para tí hasta ahora, lo hubiese

sido hasta el fin de mis días, porque te he amado mucho, te he amado inmensamente y de ello te he dado las pruebas más grandes que pueda dar una mujer.

Extraño mucho que un hombre de tu inteligencia no haya sabido valorar y conservar ese mundo de amor infinito.

Y volvió á llorar tristemente: se conocia que lo que habia dicho lo sentia de una manera profunda.

Rivadavia agotó su más profunda dialéctica para volver la tranquilidad al corazón de Isabel, pero concluyó de perder todo su aplomo y arrepentirse verdaderamente de lo que habia hecho.

La verdad es que él amaba á Isabel, la amaba tanto, que era su misma pasión, el temor de perderla, lo que habia originado sus desconfianzas y su resolución de retirar á Isabel de la vida galante.

Pero como ella lo decia, habia olvidado el cultivo de aquel amor, habia descuidado todas aquellas pequeñas atenciones que eran otras tantas pruebas de amor; habia abandonado el mantener vivo su amor, ante los ojos de la amante, y ésta, creyéndose olvidada, pospuesta tal vez á otra mujer, se habia ido enfriando hasta el extremo de buscar en otros labios el recuerdo perfumado de las palabras que no pronunciaba ya el amante.

Aquel primer disgusto fué la valla insalvable que se interpuso en el corazón de los amantes que no podrian olvidar ya las expresiones vertidas.

Isabel cambió completamente de modo de ser desde aquel día.

Se dedicó exclusivamente á la atención de su hija y de su casa, pero no volvió á ser para Rivadavia la amante feliz y abnegada de los primeros tiempos: él ya no hallaria en ella mas que la madre de su hija. Solo aquella hija querida, su cuidado y su porvenir podia mantenerlos unidos.

El hielo empezaba á producirse por parte de Isabel y una vez asegurado el porvenir independiente de la hija, vendria la separacion por sí misma, sin ninguna violencia.

El matrimonio

Rivadavia, entristecido por la situación que él creía haber producido con sus celos, quiso modificarla, pero era ya demasiado tarde.

Ahora, cuando era él quien se empeñaba para que Isabel fuese á un baile, era ella quien se rehusaba á asistir.

—Es preciso que vayas, aunque solo sea por nuestra hija á quien no puedes sustraer de la sociedad sin perjuicio para ella.

—Dominga no necesita precisamente que yo la lleve, puesto que es lo mismo ó mejor tal vez que la lleves tú.

Rivadavia guardaba silencio y acompañaba á Dominga, pero otras veces insistía de tal manera, que por fin Isabel se veía obligada á ceder y llevarla.

Eran esas veces las únicas en que daba expansión á su espíritu, porque desde que entraba al baile se olvidaba por completo de todos sus contratiempos para dedicarse á los encantos que para ella tenía el baile y á la conversacion con sus amigas que le echaban encima el crimen de faltar tanto tiempo á sus reuniones.

Muchas veces Rivadavia se fastidiaba de verla tan dedicada á la fiesta, pero no se atrevía á decir una palabra, por temor de producir una situación más violenta y que Isabel se negara á volver á reunion alguna.

Y aquellos celos empezaron á fastidiarlo á él mis-

mo, al extremo de empezar á sentirse frio tambien ante el amor de Isabel.

Ya no era su amor lo que le mortificaba ante la idea de la separacion: era su amor propio ensoberbecido por la posesion de una mujer tan hermosa y tan envidiada de todos.

—Pues bien, pensaba al fin, soportaremos hasta donde podamos y cuando no se pueda más, buscaremos el mejor remedio.

De esta manera habian pasado cinco años, cinco años en que la situacion de hielo producida entre los amantes, habia ido aumentando hasta hacer dos personas indiferentes de las que habian sido dos amantes llenos de pasion y de amor.

Se conservaban el mismo respeto, que ninguno de ellos se habia atrevido á romper, pero aunque su lenguaje era amistoso y cordial, no se cruzaba entre ellos una palabra que pudiera traducirse en un cariño.

—El dia que se resuelva el porvenir de Dominga, pensaba ella, protesto contra este género de vida y propongo una separacion amistosa, pero que nos vuelva á ambos la independencia perdida.

—El dia que case á mi hija, pensaba él, será el dia que ponga un término á situacion tan anómala.

Así no se puede vivir; en el corazon hay un infierno que es preciso sofocar, aunque ello me cueste un disgusto sério.

No se separa uno impunemente de una mujer con quien se ha vivido quince años, pero por esta consideracion no se pueden aceptar situaciones que rebajan el espíritu ante la misma mujer que las provoca, porque ella no cree nunca en la magnanimidad que las tolera, atribuyéndolas siempre á móviles inaceptables.

Así, la resolucion de los dos amantes estaba pendiente del casamiento de Dominga que podia bien tener lugar de un momento á otro, pero que hasta entonces nada sobre él podia asegurarse.

Dominga tenía quince años ya y era bella hasta el encanto.

La mirada profunda y brillante de sus ojos, hería al espíritu como un rayo de luz tropical, como la promesa celeste de un amor eterno.

Su cuerpo gentil y blando, de una esbeltez soberana, se movía con una molición criolla y distinguida que hacía de él una especie de blanco forzoso á todas las miradas.

Su desarrollo era completo y exuberante, y ella, que sabía cuánta era su belleza, se complacía en hacerla lucir con el encanto de una coquetería exquisita.

Sin más joyas que la luz de sus ojos pensativos ni más adorno que una flor escondida entre la mata de su cabello, era la suprema exageración de toda belleza con el espléndido resplandor de un astro.

La juventud más distinguida rodeó á Dominga, disputándose el encanto de sus miradas y el perfume de sus sonrisas.

—No te prodigues, le decía la madre, y elige, que es el momento, elige al acorde de tu corazón, no te dejes deslumbrar sino por el cariño y la educación, que son la única y verdadera felicidad del hogar.

Y la joven dejaba rodar aquel torrente de amores, que arrullaba su oído con el ruido de una cascada gigante sin dejarse arrastrar por su vértigo.

Su corazón completamente libre hasta entonces escuchaba con la frialdad del cálculo sin que sus senos se conmovieran ante la onda melodiosa de aquel amor cantado en todos los tonos de la pasión.

A más del poderoso atractivo de su belleza espléndida, Dominga poseía el encanto de un espíritu admirablemente cultivado.

Rivadavia le había enseñado todo aquello que puede hacer brillar el espíritu de una mujer, ilustrándola y preparándola para hacer el encanto del círculo social más exigente.

Así Dominga podía conversar con el joven más ilustrado, interesándolo siempre con su conversa-

cion, y sin que aquel interés decayese en lo más mínimo por más larga y general que ella fuese.

Dominga poseía además un talento natural sumamente distinguido y fino, había en su inteligencia toda aquella claridad y travesura que caracterizaba la de su amoroso padre, á quien se parecía muchísimo.

Su inteligencia rápida le permitía darse cuenta de todo inmediatamente, apreciando las situaciones propias y ajenas con un raro criterio.

Así, cuando Isabel le daba algun consejo, ella lo ampliaba de una manera encantadora, envolviéndole en verdaderas ondas de luz, ó lo rebatía y lo echaba por tierra de una manera que dejaba convencida y admirada á su buena madre.

Rivadavia le provocaba continuamente cuestiones sobre felicidad doméstica, para recrearse ante la lógica irrefutable de su hija.

—Serás feliz en el hogar, le decía despues de escucharla con verdadero encanto, porque tus teorías son bellas y realizables: la cuestion es no dejarse alucinar ni seducir por la vida y sus encantos: serás feliz, hija mia, porque tu espíritu elevado sabrá prever todas las miserias y contratiempos que son en el hogar y su felicidad, lo que la gota de agua sobre la piedra.

Elige con tino, hija mia, no te dejes seducir por el brillo exterior de un hombre ni por los halagos de la fortuna.

Sonda el corazon y el espíritu, que es allí donde se encuentra la verdadera felicidad, aquella felicidad que nace en el aprecio mútuo y que no declina á pesar de los años, y que crece con la familia que se desarrolla á su sombra poderosa.

Que no te deslumbren las palabras, porque ellas, detrás de su melodía mas arrobadora, ocultan su gota de mas amargo veneno!

Dominga sonreía llena de orgullo y abrazaba á su padre á quien amaba con delirio.

—Si yo encontrara un hombre como tú, le decía, si yo encontrara tu igual sobre la tierra, padre mio,

no tendria ya que pensar en mí: la felicidad que con tu amor principió en mi cuna, me sonreiria hasta el sepulcro.

Aquí era donde Rivadavia se sentia dominado por una felicidad celeste, entregándose sin condiciones á las caricias de la hija querida.

Dominga comprendia con su claro talento, todo el dominio que ejercia sobre su padre, dominio que aumentaba ella con infinita astucia, porque sabia que dominando así al padre, era su voluntad exclusiva la que imperaba en la casa.

Aunque ella trataba de ocultarlo y sus padres, enceguecidos por el cariño no lo veían, Dominga era en su casa absoluta, porque su carácter era excesivamente dominante y voluntarioso.

Ella era dulce y bondadosa, cariñosa y condescendiente, porque nunca habia sufrido una contrariedad: se hacia sin vacilar lo que ella mandaba ó deseaba sin la menor oposicion.

Así no habia tenido ocasion ni motivo para revelar las condiciones dominantes de su carácter ni la fortaleza de su génio.

El dia que no se le hubiera hecho el gusto contrariando su deseo, el dia que se hubieran negado á complacerla ó á negarle algun pedido interesante para ella, hubieran visto cuánto era de firme y áspero aquel carácter tan angelical aparentemente.

Hubieran visto entonces desaparecer toda aquella dulzura y toda aquella expresion de ángel, para dar paso á las manifestaciones del carácter mas insoportable y dominante y á la expresion de ángel siempre, dada su belleza, pero del ángel malo.

Pero aquellos sentimientos habian permanecido adormecidos y ocultos tal vez para ella misma, pues sus padres y como las demás personas que la rodeaban la complacian en todos sus deseos, apenas concluia de formularlos.

Entre la brillante juventud que formaba su círculo, habia muchos jóvenes de halagar á la mujer

mas exigente, respecto á condiciones morales y físicas.

Pero Dominga iba persiguiendo una que, constituyendo un efecto para cualquiera, era para ella el complemento de su felicidad.

Dominga buscaba un hombre que además de las condiciones requeridas para constituir su felicidad, fuera débil de carácter, para poder manejarlo por completo, y ser ella en realidad la que gobernara la casa de su marido como habia gobernado la de sus padres.

Esta era su aspiracion suprema y única.

Parece increíble que en aquella edad tan tierna en que el corazon impera en toda su fuerza, fuesen dominadas todas sus pasiones por un cálculo tan frio y meditado.

Dominga no queria un marido sinó un esclavo, y es por esto que en un círculo donde podian haber elegido esposo diez ó veinte niñas de las mas exigentes, no habia encontrado Dominga el hombre necesario á llenar sus aspiraciones.

Un hombre de corazon, educado y bondadoso, pero débil y dominable desde el primer momento.

Estaba decidida á no casarse sinó de aquella manera, porque habia comprendido que no era su carácter para soportar ninguna clase de dominio y en caso que éste hubiera tenido que ser doblegado, la paz de su hogar no duraria tal vez una semana.

Entre los jóvenes que mas luchaban por entrarse al corazon de la bella Dominga, figuraba un joven Iriarte, hermano del general de aquel nombre.

Iriarte estaba apasionado de Dominga de una manera vehemente, cantaba su amor en todos los tonos y no faltaba jamás de aquellos parajes y reuniones frecuentados por Dominga.

Siendo su firme aspiracion casarse con la joven que de aquella manera lo habia cautivado, fué su primer paso verse con Rivadavia para que autorizara sus pretensiones y las ayudara, si las creía justas, con sus consejos.

Aquel partido halagó profundamente á Rivadavia, porque Iriarte era un jóven distinguido por su familia y por él mismo, de una educacion esmerada y de sentimientos de corazon muy recomendables.

Todas estas eran prendas que garantian la felicidad de cualquier jóven, mas si se tiene presente que los Iriarte eran personas de posicion y de fortuna.

Ahora, físicamente, era Iriarte un jóven agradabilísimo, de suave fisonomia, simpática, bella si se quiere, por la misma fuerza de la simpatía.

Era lo que se llama un soberbio partido que cualquier jóven se hubiera considerado feliz en aceptar.

Rivadavia escuchó sumamente complacido aquella confesion y aquel pedido, pero que chocaba con un propósito inquebrantable que se habia impuesto: no hacer ningun género de presion en el corazon de su hija.

Lo sucedido con Isabel lo aterraba: recordaba con terror todo lo que Isabel habia sufrido en su matrimonio y temblaba que con Dominga fuese á suceder lo mismo.

Por esto se habia propuesto no darle el menor consejo que pudiera influir en la decision de la jóven á aceptar tal ó cual noviazgo.

Si veía que su eleccion podia serle funesta, le mostraria palpablemente el peligro á que se exponia, tratando de disuadirla de un matrimonio peligroso.

Pero jamás intervendria para hacerle aceptar tal ó cual pretendiente, ni encarecerle los méritos ó ventajas que pudiera tener.

Y fué en este sentido que habló al jóven Iriarte.

—Amigo mio, como padre que desea la felicidad de su hija, aceptaria con gusto su comision, como veo complacido el deseo que lo anima, pero hay un pequeño inconveniente para que yo lo apoye.

Creyendo que la felicidad del matrimonio pende en gran parte en la absoluta libertad de corazon con que se elige, he resuelto no influir en lo mas mínimo sobre el espíritu de mi hija en la eleccion de

su marido: á este respecto ella es perfectamente libre.

Creo por otra parte que usted para nada me necesita, porque tiene méritos sobrados para interesar el corazón de una niña y ganarse su espíritu.

Dominga es pura y sencilla, sin aspiraciones exageradas á este respecto: creo que se casará con el hombre que sepa interesar su corazón, y para uno de espíritu fino y delicado ya vé que el trabajo no es grande.

Si ella llegara á consultarme, le diré lo mismo que dije á usted al principio: que usted me parece digno de ser preferido, pero nada más.

Tener el consentimiento de su padre, en casos de esta naturaleza, es ya una gran ventaja para un cortejo, y cuando aquel consentimiento se dá de una manera tan complacida, la ventaja crece.

Así lo comprendió Iriarte, que se retiró feliz porque creía no serle difícil llegar al corazón de la jóven.

Sin embargo de su creencia, Iriarte tenía un inconveniente en sí mismo, que lo hacía andar más lentamente en su camino.

Era tímido, exageradamente tímido, y por firmes que fueran sus propósitos, una vez delante de la jóven se sentía flaquear, le faltaba el ánimo y apenas insinuada una galantería decisiva se ponía en encendido, apenas murmuraba las frases y se limitaba á envolver á la jóven en su mirada llena de ansiedad y de pasión.

Y esto, sin saberlo él, era lo que mejor efecto producía en la jóven, puesto que revelaba precisamente lo que ella deseaba encontrar: un carácter débil.

Y ella se complacía en mirarlo intensamente para darse el placer de verlo confundido y sin saber qué decir.

Muchas veces Iriarte se había acercado á la jóven decidido á revelar francamente sus sentimientos y aspiraciones, pero en cuanto empezaba, en cuanto sentía irradiar sobre sí la luz de aquellos ojos, todo

su valor desaparecia y no pasaba de un par de frases generales que ninguna significacion pueden tener en el corazon de una mujer, pues son las mismas que está oyendo pronunciar desde que pisó el dintel de la sociedad.

Así pasó algun tiempo, complacida Dominga en ver todo el dominio que ejercia sobre Iriarte y éste sin resolverse á manifestar sus sentimientos.

Y no es que le faltara el carácter precisamente, pues era un jóven de ánimo que personalmente habia dado ciertas pruebas de valor.

Es que se habia criado sin frecuentar la sociedad: la vida galante no fué nunca la de su predileccion y se encontraba con mas valor para afrontar una pistola que para hacer una declaracion de amor.

La primera vez que Iriarte vió á Dominga, se sintió mareado, deslumbrado, aturdido por aquella belleza suprema.

Jamás habia visto una belleza tan espléndida, ni tenia idea que una mujer pudiese llegar á tal grado de encanto.

Arrastrado por la luz de sus ojos, formó en el círculo de sus adoradores, con ánimo de luchar para obtener las simpatias y el amor de la jóven.

Pero al ver á tanto jóven avezado á la vida del amor disputarse el corazon de Dominga con gran empeño y dedicacion, al verla rodeada de tanto diablo habituado á aquellas luchas del espíritu hacer uso de todos sus medios para agradar á la jóven, se retiró con el ánimo perdido.

—Qué voy á hacer yo, pensó, que no sé decir una galanteria, en un círculo formado por tanto calavera de éxito! soy un imbécil que no sé entretener á una mujer y que, establecida la comparacion, concluiria por fastidiarla y tal vez hacérmele antipático.

Y se retiró con ánimo de abandonar la aventura.

Pero apenas vió nuevamente á Dominga, su hermosura pudo mas que su timidez, se sintió nuevamente arrastrado y volvió á formar entre los que se

disputaban su corazón, dispuesto á luchar hasta el último esfuerzo.

Iriarte era un jóven que seducía tratándolo, su conversacion era distinguida y esquisitos los temas que trataba.

Dominga se mostraba muy complacida en la conversacion con Iriarte, pero se manejaba de modo que ni éste ni ningun otro pudiera ver en ello la menor preferencia.

Para todos era igual y á todos los trataba con igual amabilidad amistosa.

Todos menos Iriarte habian hecho su profesion de fe, declarando su amor y sus aspiraciones, y á todos habia ella sonreido sin dar á entender la menor preferencia.

Y era esto lo que mas animaba á Iriarte, que se veía á su lado en el momento de hacer lo mismo.

Fué entonces que por abreviar el camino y facilitar el trabajo, se acordó entre ellos, de hacer una declaración de amor á su amigo Rivadavia.

—Si él consiente en hablarle y apoyarme, yo tengo miedo de que no me ayude.

Pero se acordó que Rivadavia se iba á ir de viaje y que él se iba á ir de viaje y que él se iba á ir de viaje y que él se iba á ir de viaje.

Así fué que se convenció de que él se iba á ir de viaje y que él se iba á ir de viaje y que él se iba á ir de viaje.

fuerza de pasión le quita el ánimo que necesita para venir á mí.

Infundámoselo entonces, y él vendrá á mí con toda la fuerza vírgen de su pasión.

La primera vez que la jóven se encontró con Iriarte en un momento á propósito, hizo rodar la conversacion al terreno que deseaba.

Los casamientos fué el tema elegido, con lo que ella creyó conveniente dar una broma inocente.

Me han dicho sus amigos que usted anda por casarse, y que no será extraño lo veamos desaparecer de repente de nuestro círculo.

Iriarte se puso encendido, miró á Dominga con toda la fuerza de su espíritu, y despues de reflexionar un momento repuso:

—Mis amigos han dicho eso por una broma, pues ningun acto mio los autoriza siquiera á pensarlo, pero seguramente no saben que al querer dar una broma han dicho una verdad.

Y alzó sobre la jóven su mirada límpida y serena.

—¿Luego es cierto que usted se casa? ¿y cómo habla usted de esa bella novedad?

—Pero yo mismo no lo sé á punto fijo, ni lo puedo asegurar.

Y á medida que hablaba Iriarte parecia ir cobrando nuevos bríos, que Dominga trataba de aumentar inspirándole confianza y mirándole de cierta manera.

—Hay una mujer que me subyuga de una manera incalculable, porque yo mismo no sé hasta dónde podría arrastrarme mi pasión por ella.

Bella es, pero un ángel en la su posición de que los ángeles lo sean tanto, esa mujer se ha apoderado de mi espíritu hasta el punto de hacerme vivir sonriendo en ella y en el mundo que su posesión importa para mí.

Vivo como un idiota en todo lo que á ella no se refiere, porque vivo de su propio aliento y aliento en su propia vida.

—No he sacrificado que no hubiera por ella, ni sería

dolorosa que no pisara, pero hay una dificultad enorme: no sé si ella me ama, no sé si me aprecia si- quiera, y esta es la única fuerza de mis torturas.

—Pero ¿por qué no se lo pregunta usted, por qué no trata de conseguir ese amor tan deseado, con mil recursos á mano de todo hombre de talento y es- piritu?

—Ah! amiga mia, cuántas veces lo he intentado y cuántas he retrocedido temiendo un desengaño!

La duda de ese amor es para mí un martirio in- menso, en el que solo puede vivirse con la esperanza de dias mejores.

Su amor seria para mí el colmo de la dicha so- bre la tierra, la promesa de su fé como la promesa de cielo: yo renaceria al soplo de su amor, como renacen las plantas al calor vivificante del sol de Octubre.

Pero el desencanto seria para mí tan horrible, tan inaguantable, que tiemblo y prefiero mil veces la duda desesperante, á la certeza de su indiferencia.

—Pero ¿por qué es ese miedo, amigo mio? pre- guntó Dominga, que se iba conmoviendo ante la pa- labra del jóven: yo creo que una mujer por exigente que sea, debe encontrarse feliz de haber puesto una pasion tan vehemente en el corazon de un hombre como usted.

Yo le hablo con toda la franqueza de una buena amistad y le aconsejo que no se desanime, porque hay en usted suficientes prendas para hacerce esti- mar y querer.

Usted debe abordar á la mujer que ama de esa manera, contarle lo que me cuenta á mí y quien sabe si despues no vendrá á agradecerme mi consejo.

—Es duro exponer á un desengaño tan tremendo, exclamó Iriarte, que temblaba poderosamente, dejan- do ver en sus ojos una agonía inmensa: es duro pro- vocar un desengaño de tal naturaleza porque una vez obtenido, no queda más recurso que hacerse vo- lar los sesos.

Y qué diablos! añadió en seguida, ¿no hay situa-

ciones en la vida en que es preciso para definir las, jugar la existencia?

Mire usted, amiga mía, nunca me ha parecido la muerte una cosa temible ni digna del menor pesar; pero confieso que la idea de la muerte en este caso me aterra, y bien sabe Dios que no es por la muerte misma.

Por ella, por obtener su amor, jugaría la vida cuantas veces fuera necesario y una vez obtenido, moriría feliz, porque vería detrás de mi tumba sus ojos lloRANDOME y su espíritu velado por la tristeza más íntima.

Pero ¿cómo he de conformarme con morir provocando una cruel indiferencia y sin dejar en su corazón el más débil recuerdo de mi cariño?

Oh! la duda! la duda es una pistola cargada y apuntada al pecho, amenazando descargarse á cada momento que pasa.

Sin quererlo y sin pensarlo, Dominga se había ido interesando y conmoviendo, al extremo que sus bellos ojos habían sido empañados por una lágrima y su corazón temblaba sintiéndose arrastrada por el vértigo de la pasión más pura.

Y trémula y encantada, seguía el magnetismo de aquella palabra apasionada, sintiendo una expresión de extraña dulzura, desconocida hasta entonces para ella.

Su espíritu estaba pendiente de los labios del joven, embellecido y sublimado por el encanto magnético de su propia pasión.

Hubiera estado escuchándolo un día entero; y la simpatía que indudablemente sentía por él desde un principio, se desarrolló en aquel momento, enamorando por fin un corazón vírgen é impresionable.

En aquel instante había desaparecido para ella todo cálculo y solo veía en Iriarte al hombre que la arrastraba á pesar suyo en el vértigo de la pasión.

Iriarte alzó la vista y arrobado ante aquella actitud, mareado por tanta belleza, estático en la contempla-

cion de aquellos ojos bellos, no pudo contenerse y su pasion extalló en frases conmovedoras.

—Pues bien, amiga mia, exclamó, llegado para mí el momento de jugar la existencia, no vacilo ya, y reciba la muerte ó la vida, como Dios se sirva enviármela.

La mujer por quien vivo y por quien muero, la felicidad suprema á que aspiro en este mundo, todo lo que usted me ha oído y algo más que reservo por que no se puede expresar en lenguaje humano, está encerrado en usted misma, que es la suprema aspiracion de mi vida.

Ante la duda horrible del desengaño, jamás me hubiera atrevido á pronunciar una palabra, pero hoy me siento animado de extraña inspiracion, de un valor infundido por usted misma y me siento con la fuerza suficiente para revelar mi secreto.

Yo no le pido á usted más que compasion, si no puede darme otra cosa, pero si debo renunciar á toda esperanza, aun la de la compasion misma, no me lo diga, pues ya sabe usted que mi corazon caeria bajo su peso como á un golpe de maza.

Dominga estaba conmovida: queria retener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, pero ellas rodaban sobre la falda de su rico vestido, como otras tantas piedras preciosas.

É Iriarte la miraba, la miraba extasiado y sonriente, porque aquel llanto no podia ser producido sinó por un sentimiento de delicada ternura.

—Ya no dudo! exclamó, ahora creo, creo con una fé profunda, como se cree en Dios, como se cree en la existencia!

Usted llora, luego usted me ha comprendido, ha sentido por mi sentimiento mismo y su corazon no ha podido ser indiferente á la pasion del mio.

Bendito sea el Dios que me puso hoy en su camino, inspirando la conversacion que nos llevó á este extremo!

Hable, deje hablar á su corazon, déjelo libre de manifestar lo que siente, y estoy seguro que podré

llamarme feliz sobre la tierra.—Oh! usted no se equivocaba! era necesario hablar para hacerme comprender; una mujer como usted no podia permanecer sorda al acento del amor verdadero!

Dominga pensaba, estaba sumamente agitada y temia hablar en aquel momento porque temia decir más de lo que le hubiera convenido.

—Hable usted, por Dios, repitió Iriarte lleno de ansiedad, pues dentro de un momento no podria hacerlo sin testigos: hay momento en que no debe amordazarse el corazon, deje usted que hable el suyo en completa libertad, con toda la franca nobleza que lo caracteriza.

Aquel acento de profundo amor que nunca habia escuchado, iba dominando gradualmente á Dominga; tuvo miedo que la insistencia de Iriarte fuese á arrancarle más de lo que queria, y levantando la límpida mirada y secando las lágrimas dijo:

—Bien, señor Iriarte, yo nada puedo disponer porque tengo padres á quienes debo y quiero consultar los pasos de mi vida antes de darlos.

Ellos son buenos, más que mis padres, son mis amigos, y no hay una razon que me sirviera de disculpa para haberles ocultado paso de tanta trascendencia:

—Usted puede tener razon en lo que respecta á contraer un compromiso, pero no á matar mi esperanza hundiéndola nuevamente en la duda; por lo menos dígame usted una palabra que me haga vislumbrar la felicidad que ansío.

—Nada puedo decir á usted sin consentimiento de mis padres: descenderia ante su propia estima.

—Usted no puede descender ante nadie, porque los ángeles no descienden: yo solo le pido una palabra que alimente mi esperanza y nada más, una sola palabra que envuelva una promesa por vaga que sea y me considero feliz.

—No puedo, murmuró Dominga sintiéndose desfallecer.

—Por lo menos autoríceme usted á que la siga amando! yo veo mi felicidad pendiente de sus ojos,

que irradian una luz que no es de este mundo, de las palpitaciones de su seno, que se mueve como una promesa, de los latidos de su corazón que se siente á través de las ropas y soy feliz, pero quiero oirla de sus lábios, necesito oirla de sus lábios para que cese la agitacion de mi espíritu.

Dominga se levantó para alejarse: era el único recurso que le quedaba, pues si permanecía un momento más no iba á poder guardar más silencio.

—Aun no, dijo: yo hablaré con mis padres y podré entonces dar á usted una contestacion la primera vez que nos veamos.

—Por Dios, un momento más, dígame siquiera que puedo amarla, que mi amor no la enoja!

—Y bien, es todo lo que puedo hacer, y esto es mucho ya: su amor no me enoja y al hablar con mis padres pensaré en él.

—Oh! gracias, gracias! una palabra ahora: ¿podré descansar en su amor, en su cariño siquiera?

—Eso ya es mas de lo que puedo decir, concluyó Dominga y se alejó de Iriarte cruzando el espacio como una constelacion.

Parecia una estrella que rodara bajo la inmensa bóveda de los cielos.

Dominga ya no estaba á su lado, ni siquiera sentia ya el roce de sus ropas y aun Iriarte experimentaba la influencia de su persona magnética sobre su espíritu.

Otro hombre, con lo que habia visto, se hubiera retirado seguro y satisfecho, puesto que habia sentido al ser amado temblar bajo la influencia de su palabra.

Pero Iriarte, á pesar de las seguridades dadas por el mismo Rivadavia, temia que Dominga vacilara y hasta que escuchara la influencia miserable de sus rivales.

Es que Iriarte no tenia confianza en sus méritos personales y temia que ella fuese deslumbrada por otra palabra mas ardiente y práctica.

—Es tan débil y tan mudable el corazón de una mujer! pensaba.

Ante el cumplimiento del deber y de la fé jurada, nada mas sublimemente abnegado que el corazón de una mujer; pero no hay nada mas voluble para fijarse en un punto y tomarlo como base inmovible de todas sus acciones.

Ella me ama, no hay duda: estoy en los senos de su corazón, porque mi pasión la ha movido, pero quién me garante que ese corazón no pueda ser movido por una fuerza mas poderosa.

Hé aquí mi único temor, pero temor que engendra el mayor peligro.

El padre es mio, por ese lado estoy tranquilo, pero la madre puede tener algun otro proyecto, un partido que le parezca mejor, y batirme por completo en el corazón de la hija.

En fin, puesto que no hay mas remedio que esperar, esperaré: serán unos dias mas de angustias añadidos á los tantos que he sufrido ya.

Dominga por su parte se habia retirado conmovida y asombrada, asombrada de toda la influencia que habia tenido en su corazón la palabra de aquel jóven.

—Yo no lo sabia, pensaba, creí que solo era un jóven á quien profesaba una simple simpatía y me encuentro con un cariño superior á toda idea.

Caramba! añadió, si esto es amor, me encuentro enamorada de una manera terrible. Ah! si él pudiera calcular todo lo que me ha hecho sentir la melodía de su palabra enamorada!

Si lo escucho un momento mas, léjos de ser yo la que dominaba, él me hubiera hecho decir cuanto hubiera querido!

Y lo domino, sí, lo domino, porque cualquier otro hombre en su lugar, me hubiera hecho confesar cuanto sentia en mi corazón y en mi cabeza.

Aquella misma noche Dominga habló con sus padres, refiriéndoles con toda exactitud cuanto habian hablado ella é Iriarte.

—Eres sabia y prudente, le dijo Rivadavia: bajo mi propio consejo no hubieras procedido de una manera mas conveniente.

Ahora es preciso que nos digas á nosotros lo que le has llamado á él, es decir, lo que siente tu corazon y lo que piensas tú misma; qué impresion ha hecho en tu ánimo todo lo que el jóven te ha dicho, qué te parece como compañero inseparable de tu destino?

No te dejes llevar de frases tiernas, pon la mano sobre tu corazon y piensa que decides el destino de toda tu vida.

Dominga titubeó, miró á sus padres y dijo:

—Yo quiero saber antes lo que ustedes piensan, porque no me atrevo á llevarme de mi propio criterio.

—Aquí tú sola eres la que ha de decidir sobre la suerte de tu corazon.

Si tu eleccion fuera mala, yo te mostraria todos sus inconvenientes: si buena, te mostraria todas sus ventajas.

Pero ante ttodo, ¿has estudiado bien el carácter de ese jóven, su modo de ser, su sensibilidad? ¿qué piensas de él?

—Creo que sí: pienso que es un jóven de carácter dulce y bondadoso, sensible y fácil de llevar por medio del cariño.

—Y lo amas lo suficiente para aceptarlo como compañero de toda tu vida sin temor de arrepentirte?

—Yo no sé lo que es amar, exclamó la jóven poniéndose encendida y radiante de belleza, yo no sé lo que es amar: lo quiero como si estuviera ligada á él por vínculos estrechos: me parece que lo he querido toda la vida.

—Pues bien, dijo entonces Rivadavia sonriendo, por mi parte te felicito por la eleccion y te doy mi consentimiento porque creo que serás feliz al lado de ese jóven.

Faltaba ahora la opinion y el consentimiento de

la madre, un poco mas difícil de arrancar, porque á este respecto era mas exigente que Rivadavia.

Engreída con la belleza y méritos de su hija, todo le parecia poco para ella, considerándola digna de mucho mas.

Isabel, que recordaba su desgraciado casamiento con Diaz, queria como Dominga, un marido que ésta dominara completamente y que tuviera además suficientes elementos de fortuna y corazon para hacerla feliz.

Respecto á esto último creía estar tranquila con la eleccion de Iriarte; pero lo habria estudiado lo bastante para apreciar con seguridad si su carácter era dominante ó dominable? esta era la única dificultad que se presentaba.

—Por mi parte, contestó, no tengo nada que decirte despues de lo manifestado por tu padre; él sabe lo que hace y yo no debo oponerme.

Ahora, sobre las condiciones que yo exigiria, hablaremos despues.

Aquello era terminante, sin dejar lugar á insistir.

—Entonces, si me viene á ver ese jóven ¿qué contesto? preguntó Dominga.

—Puedes darle tu aprobacion, respondió Isabel, y decirle que hable conmigo, pues como es natural, antes de entregarle el porvenir de mi única hija, quiero examinarlo íntimamente para saber si la merece ó no, y si será capaz de hacerla feliz.

Eran aquellos los derechos mas sagrados de la madre, que Rivadavia no podia contrariar y que no hubiera tenido razon ni derecho para hacerlo.

Era preciso dejar que procediera con toda calma y en toda libertad de espíritu.

Rivadavia estaba del todo complacido, Iriarte llenaba todas sus exigencias y se casaria pronto, quedando él en completa libertad de accion respecto á Isabel, una vez que el porvenir de su hija quedase asegurado.

Madre é hija quedaron conferenciando sobre lo

que tanto queria saber la primera: el carácter del candidato.

—Lo domino, madre mia, lo domino fuera de toda duda, decia la jóven; siguiendo todos tus consejos fué esto lo primero que cuidé y hasta que no estuve plenamente segura no me resolví á decidirme.

—Es preciso que tengas presente que esta es la única felicidad posible: la mujer que manda en su casa no es como la mujer que tiene que obedecer, que empieza por obedecer las cosas mas razonables y termina por tener que acatar hasta el último capricho.

Es en el dominio de la mujer que se basa el respeto mútuo, de donde nace el cariño y la dicha suprema.

Eran estas teorías, espléndidas para disolver un hogar, las que Isabel daba á su hija como infalibles nociones de felicidad.

Y era en ellas que se habia desenvuelto el carácter de la jóven, díscolo y dominante al extremo de no poder soportar la mas leve contradicción.

Convenidas en esto, la madre quedó en hablar con Iriarte, para explotarlo y poder quedar mas satisfecha.

—Tú no tienes práctica á este respecto, pudiendo engañarte con facilidad, le dijo: déjame hablarlo, estudiarlo solo un par de horas, y en seguida te diré lo que debes hacer, ya bajo una segura base.

—He quedado en contestarle la primera vez que nos viéramos, dijo Dominga: debo entonces quedarme en casa hasta que usted le haya hablado?

—No, porque es necesario que sea él quien venga á verme voluntariamente ó forzado por tu actitud.

Puedes decirle que venga á buscar la respuesta de mis lábios, que tú me has encargado de dársela.

Esto es lo que mas te conviene, pues así no contraes el menor compromiso y dejas á mi frio criterio el exámen que tú no podrás hacer con la misma li-

bertad, puesto que tu corazón está ya comprometido.

Convenidas así, no tuvieron más que esperar la visita de Iriarte, que sería la que había de decidirlo todo.

Iriarte no hacía entre tanto más que esperar la ocasión de ver á Dominga para obtener la respuesta que tanto anhelaba.

Por fin dos días después se encontró con Dominga en una tertulia: el corazón del joven no pudo evitar un estremecimiento que le hizo palidecer intensamente.

Indudablemente la vista de la joven producía en él un efecto poderoso.

Trémulo y agitado se acercó á ella, y en cuanto pudo hablarla sin testigos, le pidió la respuesta prometida.

—Todo reo de este mundo, le dijo, está veinte y cuatro horas en capilla para salir al cadalso: parece que yo soy una excepción de esta regla, puesto que mi verdugo no tiene tampoco símil en la vida.

Hace cuarenta y ocho horas que peno de una manera tremenda, no sé cuál vá á ser la suerte que me depara mi ángel y ya mi sufrimiento vá tomando toda la faz de un martirio.

Por fin un rayo de sol ha venido esta noche á alumbrar el cielo de mi esperanza: no quiero volver á caer más en la noche de la duda y espero que mi buen ángel me sacará de angustias.

—Me ocupé de usted según mi promesa, contestó la joven no pudiendo dominar su emoción: puede usted hablar ahora con mis padres, que son ellos y los que han de decidir de mi suerte.

—Pero antes yo necesito conocer de sus labios lo que solo usted puede darme: la seguridad de su amor.

Los padres calculan y comparan, el corazón solo siente y habla al acorde de la impresión recibida: ellos podrán decirme si les convengo ó si me encuentran digno de tan gran felicidad.

Pero usted sola puede decirme si me ama, si no he sido un loco al cifrar en usted toda la felicidad de mi vida, si mi pasión puede encontrar en usted la justa recompensa.

Dominga empezaba á confundirse como la vez primera, al imperio de la pasión: no sabía qué responder y temía que su corazón se dejara llevar demasiado lejos en sus manifestaciones.

—Es mi madre, amigo mío, quien podrá darle la contestación que anhela: hable con ella y tendrá usted una respuesta más lata de la que yo pudiera darle.

—No es lo mismo! oh! no es lo mismo! exclamó Iriarte: la contestación que puede darme su mamá será fría, calculada, diplomática: una contestación de madre que vendrá después de haberme explotado á su satisfacción.

Yo quiero la respuesta de su corazón, mezclada á sus latidos, partiendo de sus senos y con las emanaciones perfumadas de su espíritu bello é inocente.

El corazón que calcula no es el corazón que obra á impulsos de su propio latido y que late porque siente, porque ha sido impresionado.

Eso es lo que yo deseo, eso es lo que yo anhelo y lo que considero el seguro de la felicidad.

La señora tal vez me diga lo mismo, pero con otras palabras, y aunque ello equivaldrá siempre á darme la seguridad de su amor, la brisa tibia de sus palabras no habrá envuelto mi espíritu, y esto será ya un placer supremo que me roben.

Dominga temblaba, se conmovía cada vez más, y miraba hacia el sitio donde debía estar Isabel, como si quisiera buscar las fuerzas que para resistir le faltaban.

Y encontraba siempre la mirada de la madre que, no solo le infundía el ánimo que empezaba á faltarle, sino que le recomendaba mantenerse en el terreno convenido, por la misma razón que se insistía tanto.

Era preciso terminar aquel diálogo peligroso, pensó Dominga, porque á pesar de todo cálculo el

jóven la arrastraba, y tratar al mismo tiempo de explorar hasta donde llegaba la influencia de su dominio.

—Voy á pedirle un servicio, amigo mio, dijo al fin, tratando de dar á su voz toda la seguridad posible.

Es inútil que usted insista en su pedido, porque no es que yo no quiera, sinó que no puedo darle la respuesta pedida: su insistencia me mortifica porque me veo imposibilitada de complacerlo.

—Pero qué se lo puede impedir, señorita? esto no es mas que un pequeño adelanto á una respuesta que segun usted misma he de recibir; entonces no tiene usted una razon que apoye la mortificacion que me causa.

—Hay un motivo poderoso para mí, dijo la jóven, queriendo dar á su palabra un acento de severidad, y es que para complacer á usted tendria que desobedecer y causar un desagrado á mi madre; ella está para mí sobre todas las cosas, y por nada de este mundo quiero llevar á su ánimo el mas pequeño disgusto.

En su mano está tener mas prontamente la respuesta que ansia: apresure su entrevista y mas pronto la conseguirá.

Iriarte se sintió vencido y se replegó sobre sí mismo.

No era tanto el dominio que la jóven ejercia sobre él, cuanto que no le pareció á propósito la situacion para insistir y resistirse á aquel pedido, resistencia que tal vez pudiera tener malas consecuencias para él.

—No hay mas remedio que sufrir, exclamó, porque yo tampoco quiero por nada de este mundo, causar la menor violencia á su espíritu.

Me conformo á la tiranía de mi suerte, en la esperanza que bien pronto se trocará por el colmo de toda dicha.

Trataré de que esto se resuelva pronto para que terminen mis penas, y le ruego ahora me perdone si con mi insistencia le he causado algun desagrado,

que seria bien disculpable, pues él nace solamente en un exceso de amor: me sucede lo que al avaro que posee un tesoro y que éste se halla expuesto á la codicia de los ladrones y no teniendo seguridad en el mueble que lo guarda teme ser despojado á cada momento.

Por eso he importunado á usted tanto y por eso le pido perdón.

Tan dulce y tan humilde era entonces el acento del jóven, que Dominga sintió deseos de darle algun consuelo, aunque solo fuera con una vaga promesa, pero su cálculo pudo mas que su impresion y guardó silencio: despues de lo que habia dicho, retroceder era mostrarse vencida y dominada y mostrar á Iriarte su lado débil.

Dominó, pues, su impresion y pidió á Iriarte la acompañase al lado de la madre.

El jóven, dominando su pesar, la llevó al lado de la señora, que los envolvía en una mirada curiosa, como si quisiera adivinar lo que entre los dos acababa de pasar.

—Tengo que hacerle un pedido, señora, dijo Iriarte despues de haberla saludado con el mayor cariño; y cuyo pedido creo que usted no tendrá inconveniente en conceder.

—Siempre que de mí dependa, tendré verdadero gusto en complacerlo.

—Si usted no tiene algo mejor que le ocupe el tiempo, desearia me concediera un par de minutos, tan pronto como le fuera posible: quiero hablar con usted algo del interés mas vital para mí.

—No tengo el menor inconveniente, repuso Isabel, sonriente ante la certeza que su hija no habia salido de la actitud convenida; puede usted mismo elegir el momento, pues me pongo á su disposicion todo el dia de mañana.

Arreglada la hora de la entrevista, nada tenia ya que hablar sobre el asunto que la motivaba, é Iriarte permaneció al lado de ambas, haciéndoles su mas agradable sociedad.

El tiempo que duró aquella entrevista fué de verdadera tortura para Iriarte.

Dominga, como siempre, era solicitada por todos los jóvenes de la reunion, que subyugados por su hermosura espléndida, la acosaban á galanterias y á frases que expresaban el mas vivo entusiasmo.

Y ella con todos era igual, á todos respondia con el mismo agrado y con igual comedimiento, sin tener para Iriarte la menor frase ni el mas leve movimiento que le indicara ser él el preferido.

Aquellas fueron para él horas de horrible tortura é indecible angustia.

Cada frase apasionada se enterraba en su corazon, hiriente y mortificante, haciéndole desear la mayor desgracia para el que la pronunciaba.

Y comprendiendo que su desagrado podria causar mala impresion ante la madre que lo observaba, disimulaba toda su mala impresion bajo una sonrisa de íntima complacencia, tan bien dibujada en sus labios que la misma Isabel llegó á engañarse al pensar: no es celoso y esta es una virtud que redunde en provecho de mi Dominga.

Con esto tiene asegurada la continuacion de su vida feliz y la tranquilidad de su espíritu y de su hogar.

El hombre celoso es una cadena insoportable, á cuyo extremo una madre no puede atar á su hija: este, que era mi mas sério temor, desaparece; veremos si en lo demás sucede lo mismo.

Iriarte, pues, acababa de ganar la primera parte de la batalla con la actitud serena y sonriente con que habia cubierto los celos tremendos que sentia.

Sin saberlo, aunque queriéndolo, habia engañado hábilmente á Isabel.

Dominga entre tanto paseaba, bailaba y conversaba con todos los que la solicitaban, regresando al lado de la madre indiferente, como quien solo trata de cumplir un deber de sociedad.

Y al regresar estudiaba en la fisonomia de la madre la impresion que le iba causando el joven, impresion

que se comprendía admirablemente en la sonrisa plácida de Isabel

Iriarte, de cuando en cuando, la invitaba á bailar una pieza ó dar una vuelta por la sala, á lo que Dominga accedía sin mostrar mayor placer ni agrado que el que mostraba con los demás.

Iriarte no volvió á hablarle una sola palabra sobre el tema de sus amores; comprendía que debía hacerlo así, puesto que tácitamente se había comprometido á esperar hasta el otro día en que hablase con la madre.

Tarde ya, y cuando estaba por terminar la reunion, vino Rivadavia á buscar á los suyos.

El jóven le hubiera manifestado el estado de sus pretensiones, puesto que él ya las conocía, pero no tuvo tiempo ni ocasion de hacerlo, pues apenas estuvo aquel un momento, momento en que no se separó de Isabel.

Iriarte se despidió de ellos hasta el siguiente día: tenía esperanzas en el buen éxito de su entrevista por la manera cariñosa con que lo había despedido Isabel, aunque de todos modos y en seguida hablaría con Rivadavia, ya para comunicarle su buen éxito, ya para pedirle su eficaz auxilio.

Todo el resto de la noche lo pasó el jóven entregado á sus reflexiones y á pensar en las objeciones que podía hacerle Isabel, y los puntos sobre que podía interrogarlo.

Iriarte tuvo entonces una idea feliz.

Para explorar el corazón de una madre, sin haberla oído, no hay como el corazón de otra madre, sobre todo en el punto que iba á tratarse.

—Pues hablaré con mi madre para que me enseñe la manera cómo debo agradecer la justa ambición de aquella, y entonces no dudaré un segundo del éxito de mi pretension.

En cuanto amaneció el día, Iriarte fué en busca de su buena madre y le reveló el estado de su ánimo, contándole las esperanzas que en sus consejos abrigaba.

La madre escuchó al hijo con aquella bondad pro-

funda que la madre atesora siempre para los hijos, manifestándose complacida en su eleccion.

Conocia á Dominga y le parecia un excelente partido para su hijo.

—No hay mas que un medio de halagar á una madre respecto á su hija, dijo, y esto lo puedes hacer tú sin mentir, pues conozco toda la nobleza de tu espíritu y toda la bondad de tu corazón.

Halaga sus sentimientos de madre con la futura felicidad de la hija, muéstrate dominado por un amor tranquilo, convencido, reposado, y no dudes del éxito, que entonces tiene que ser á medida de tu deseo.

La madre estuvo aconsejando al hijo de tal manera, que éste, apreciando todo el valor de aquellos consejos, miró ya su casamiento con Dominga como un acontecimiento inevitable.

No podia haber obrado de una manera mas hábil.

Isabel iba á tener que luchar con dos enemigos, uno de los cuales era una madre inteligente é interesada en la felicidad de su hijo.

A la hora convenida, Iriarte se presentó en casa de Rivadavia, con todo el aplomo de un hombre que sabe va á salir airoso de un empeño.

Poco tuvo que averiguar Isabel y poco trabajo le costó explorar un espíritu que ella creía se le presentaría oscuro y reconcentrado.

El jóven se anticipaba á todas las preguntas que iba á hacerle, dándole explicaciones mas claras y terminantes de las que ella se habria atrevido á esperar.

Iriarte estaba profundamente penetrado de lo que constituia la felicidad de un hogar y la dicha de un jóven como Dominga, que habia gozado siempre del absoluto cariño de sus padres, sin sufrir nunca la menor contradiccion.

Y aquellas teorías profundamente arraigadas le parecia serian llevadas á la práctica, no solo sin la menor violencia, sinó con el convencimiento del deber cumplido.

Dominga Rivadavia.

Iriarte estuvo mas de dos horas hablando á Isabel de aquello que á su juicio constituia la felicidad de un hogar y la duracion eterna del cariño que constituia su base.

—Si usted despues de haberme oído, concluyó, me cree suficientemente digno para poseer ese tesoro inestimable, le pido su consentimiento para ligar mi suerte á la de Dominga.

Isabel estuvo pensando mas de cinco minutos antes de pronunciar una palabra: reasumia en su pensamiento todo lo que le habian hablado, por si alguna objecion tenia que hacer, pero se encontró con que aquel hombre era irreprochable para marido de su hija.

—Está bien, dijo lentamente, y como si quisiera hacer pesar bien cada una de sus palabras: por mi parte no tengo ninguna objecion que oponer y otorgo complacida el consentimiento que se me pide.

Ahora es preciso saber cómo opina mi hija, pues siempre será su voluntad la que impere en decision tan grave.

—Creí que usted podria darme una respuesta en su nombre, dijo Iriarte algo contrariado, aunque sin demostrarlo, creo que así ella me lo habia hecho entender.

—Yo quedé en decir á Dominga si podria ó no conceder á usted su amor, pero no en dar una respuesta terminante en su nombre.

Ahora, despues de oir mi opinion, ella es completamente libre de dar la respuesta que le dicte su corazon.

—Seria impertinente de mi parte el rogarle á usted me concediera el favor de pedirle á ella na respuesta?

—De ninguna manera, y voy á llamarla.

Dominga habia escuchado toda aquella conferencia desde un punto elegido de antemano, de modo que su respuesta estaba ya formulada.

—No he querido responder por tí, le dijo Isabel,

hasta no oír lo que pensabas tú despues de escuchar su larga profesion de fé—¿qué te parece?

—Me parece que es el hombre que me conviene, dijo la jóven un tanto cuantavergonzada: no sé si deberé darle una contestacion categorica.

—Ha llegado el momento de darla, desde que él la exige en vista de mi conformidad; desde que tu padre mismo no tiene objecion que hacer, yo creo que debes responder con franqueza y sin evasivas: de todos modos ha llegado ya el momento de tomar una resolucion.

—Bueno, puesto que no hay mas remedio, ánimo y vamos.

Dominga se presentó en la sala radiante de hermosura.

Iriarte quedó deslumbrado á pesar del hábito que de ver á la jóven tenia.

Es que la situacion del corazon contribuia á realzar su belleza fresca y perfumada.

Sus ojos brillaban á impulsos del deseo, y su boca lánguida se entreabria como las rosas al beso de las brisas.

La belleza de Dominga mareaba, adormecia de una manera arrobadora: de sus párpados entreceñidos asomaba una eterna aurora de amor, y todo su sér respiraba voluptuosidad y encanto.

Iriarte no enloqueció porque el amor no enloquece. pero se sintió presa de un vértigo dulcísimo que lo bañaba en suprema delicia.

Era el espíritu que se animaba al contacto del espíritu,—era el corazon que latia movido por el latido ageno,—era esa caricia intraducible que palpita en todo el organismo, llevando al espíritu algo que no es de este mundo y que nos hace nacer la certeza de una vida mejor.

Dominga pasó ante Iriarte, altiva pero lánguida, y se sentó á su lado bañándolo con el rayo luminoso de su persona.

El jóven la miró poderosamente y agachó en seguida la vista, deslumbrado, sin saber por dónde empezar.

Isabel se complacia en ver todo el efecto que causaba en el espíritu de Iriarte la belleza de su hija.

Fué así ella quien tuvo que romper el silencio, temiendo que el jóven pasara de aquella manera toda la tarde.

—Aquí tiene usted á mi hija, señor Iriarte, le dijo, puede usted mismo interrogar su corazón.

Iriarte alzó los ojos y los fijó en Isabel, para posarlos en seguida sobre Dominga.

—Señorita Dominga, dijo, es usted ahora la única que puede librarme de toda angustia: la señora me ha permitido el honor y la dicha de aspirar á su mano, siempre que á su corazón sea yo simpático.

Yo no sé qué confianza íntima tengo en el buen éxito de mi pedido, confianza que me hace provocar hoy resuelto, una respuesta que no me habria atrevido á afrontar ayer.

La misma señora me alienta con el hecho simple de haberla llamado, pues si ella no creyera que su contestacion puede colmar mi deseo, no la habria puesto en el caso violento de dar una respuesta desagradable.

Es, pues, con suma confianza que me permito preguntarle si hay en usted cariño para mí, y si ese cariño es suficiente para autorizarme á hablar al señor Rivadavia en ese sentido.

La voz de Iriarte trémula y apagada, no estaba exactamente de acuerdo con sus palabras: si él hubiera tenido, como decia, entera confianza en el éxito, hubiera hablado con mas seguridad y mas dominio sobre sí mismo.

Dominga se habia puesto colorada y miraba á Isabel como si esperara que aquella la sacara de la situacion difícil en que se hallaba.

—No me mires así, hija mia, pues eres tú quien

debe responder: quieres al señor lo suficiente para que aspire á poder llamarse tu esposo?

Piensa que tu respuesta vá á decidir de tu porvenir, consulta bien tu corazón y no hables contra lo que él te indique.

Iriarte estaba conmovido y miraba á la jóven como el que mira un arma de fuego de cuyo disparo está pendiente la vida.

En vez de parecer un amante en presencia de la amada, parecia mas bien un reo ante los tiradores que iban á ejecutarlo, alentando una esperanza de perdon.

Dulcemente melodiosa y timbrada por la pasión mas pura, la voz de Dominga se dejó escuchar al fin respondiendo á las palabras de la madre.

—Creo que sí, dijo, y bajó los ojos como avergonzada de lo que acababa de decir

Lívido y tembloroso, y pudiéndose apenas escuchar lo que decia, Iriarte se dirigió á Dominga con ademán suplicante.

—Su respuesta, dijo, colma la ambición de mi espíritu, porque yo me conceptúo feliz con lo que usted acaba de decirme.

Una mujer no duda, no puede dudar jamás sobre las impresiones de su corazón: así es que un «creo que sí», puede interpretarse como un «sí» perfecto y categórico.

Perosi el creo que sí es suficiente á calmar mi ansiedad y abrir á mi corazón horizontes de felicidad infinita, no es suficiente para abordar á un padre que podría decirme que una creencia no era una certeza y que en este caso no se podía hablar sinó basado en seguridad completa.

Yo no quiero ser exigente, pero suplico á usted me dé una contestación mas terminante.

¿Me autoriza usted para ver al señor Rivadavia en el sentido de solicitar el honor de llamarme su esposo?

—Sí, respondió con cierta embarazo todavía: puede usted hablar con él.

Iriarte no sabía lo que le pasaba y estaba aturdido por tanta felicidad.

Si Dominga hubiera obrado mas espontáneamente y sin cálculo alguno, aquella felicidad habria sido plena, pero la jóven procedia calculadamente y sobre un terreno bien estudiado de antemano.

Ella amaba á Iriarte con toda la fuerza de pasion que éste habia sabido inspirarle, pero no queria mostrárselo, porque hubiera sido perder en su dominio.

—Si él piensa que mi amor es susceptible de aumentar, se decia, se mantendrá siempre en los límites del amante que espera ser amado mas y que teme perder el cariño que ha inspirado.

Si yo confieso mi amor tal cual es, me coloco en un terreno desventajoso, dándole un ascendiente que no debe tener sobre mí.

Hé aquí la causa porqué Dominga disimulaba y respondia sencillamente un «creo que sí», para disimular un «con toda mi alma», que era la respuesta que brotaba de su corazón.

Iriarte, no podia ni debia exigir mas, porque no era prudente y porque hubiera mostrado cierta exigencia de carácter que no le convenia de ninguna manera, sobre todo en presencia de la madre á quien él creía la inspiradora de las palabras y acciones de Dominga.

Iriarte no podia pensar que Dominga calculase friamente y procediese aún sofocando las mismas impresiones del corazón: la creía una jóven inocente, entregada por completo al dominio de una madre perspicaz y hábil que le imponia su voluntad de una manera exagerada.

La prueba es que nunca se atrevió á darle la respuesta mas leve sin conocimiento y consentimiento de la madre.

¿Cómo suponer que una jóven que recién entraba

á la vida, de una belleza tan plácida y un exterior tan inocente, pudiera ser una persona capaz de meditar con frialdad, dominando y calculando las mayores exigencias del corazón?

Dominga obraba con todo el desprendimiento y libertad de una mujer á quien nada nuevo ofrece la vida y que ejerce un dominio absoluto sobre sí misma.

Para llegar á ese terreno de frialdad y de cálculo, era necesario haber pasado por ciertos desencantos y sinsabores que estaban muy lejos del corazón de Dominga.

Aquella conducta, que habria sido muy explicable en la madre, por ejemplo, no podia concebirse en la hija.

Por eso es que Iriarte habria atribuido á la madre desde un principio, aquella vaguedad en las respuestas y aquel proceder tan ajeno al corazón de una niña que obra bajo la influencia de su primer cariño y en situacion tan solemne.

—Una vez libre de esta influencia, pensó, ella me amará con toda su alma, y sin vallas á su cariño, me mostrará tal cual es su pasión inocente é íntima.

Cuán engañado á este respecto estaba el joven! aun dominada por la pasión más exigente, Dominga se hubiera sobrepuesto á todo y habria luchado victoriosamente contra toda exigencia del corazón y del espíritu.

Por eso su plan desde el principio habia sido ocultar á Iriarte todo su cariño para irselo dejando sentir como mejor le conviniese y como más prudente fuera.

Habia en Dominga un fondo de perversidad que ella misma ignoraba, y que tal vez sin conocerlo, era la base de toda su conducta.

Si no hubiera tenido las razones que hemos expuesto ya, Dominga habria ocultado su cariño á Iriarte, por el simple placer de mortificarlo, de no dejarlo gozar de toda su felicidad.

Pobre Iriarte! creyendo subir al cielo de todo goce

humano, descendia á un abismo de dolores que no tendria fuerzas para sobrellevar.

La misma madre estaba asombrada de la habilidad y el cálculo de Dominga: ella misma no se habria conducido de manera más conveniente!

—Yo voy á hablar ahora mismo con el señor Rivadavia, exclamó Iriarte, mostrando toda la felicidad de que se hallaba dominado.

Por mi parte voy á apresurar el momento feliz de ver colmadas mis aspiraciones: ¿tienen ustedes algun plazo que fijarme?

—Ninguno por mi parte, respondió Isabel: si de todos modos ha de hacerse, me es indiferente que sea ahora como despues: ella decidirá entonces cómo quiere que se realicen sus deseos.

Dominga vaciló y no supo ó no quiso contestar.

—Si algo le suplico yo, dijo Iriarte, si algo le pido con todo el fervor de mi alma, es que no demore la realizacion de la felicidad de mi vida.

En esta situacion un dia importa para mí un año, me parece que la felicidad puede escapárseme de entre las manos y mi vida es entonces una zozobra continúa.

¿Quiere usted fijarme el menor plazo que le sea posible?

Tenga usted presente que cada dia ganado, será un dia de ventura más que le deberé.

Dominga pensó todavía un momento, despues del cual respondió como si se avergonzara: por mi parte dentro de dos meses estaré preparada.

—Dos meses, todavía dos meses! aguardaré con paciencia, esperando que este eterno plazo podrá acortarse: no me cansaré de hacer mi súplica diaria para lograrlo.

Iriarte pasó de allí á verse con Rivadavia.

Le parecia que su felicidad se le escapaba de entre las manos, que alguien podia interesar más el corazón de Dominga y contaba con la influencia del padre para apresurar su enlace.

Ya tenia el consentimiento de Rivadavia, puesto que habia vencido el único obstáculo que podia oponérsele.

Rivadavia demostró con franqueza todo el placer que experimentaba con aquel enlace; no era ambicioso y toda su aspiracion estaba llena con un marido respetable y fino.

—Me alegro mucho de la noticia que usted me dá, amigo mio, dijo, pues ella colma mi ambicion.

Tengo el convencimiento íntimo que mi hija será feliz y que tendrá siempre en usted un marido amante y bondadoso.

Nosotros la hemos mimado mucho, amigo mio, complaciéndola en todo cuanto hemos podido: es tan corta la vida que no vale la pena de contrariar á los que amamos!

Así, usted comprendiéndolos disculpará sus pequeños caprichos, tratando de hacerle menos sensible la transicion que vá á experimentar en sus costumbres, haciéndole lo más liviano posible los deberes de la familia.

—Yo me llamaré feliz, señor Rivadavia, pudiendo complacer á esta niña en todo cuanto puede serle agradable.

No me atrevo á decir que ella no extranará los halagos de sus cariñosos padres, pero sí me permito asegurar que jamás tendrá que arrepentirse en su cambio de vida.

—Dios lo oiga, amigo mio, y cúmplase el deseo de toda mi vida

Ahora, me es indiferente el momento de rendir á la tierra mi tributo de vida, puesto que dejo asegurado el porvenir de mi hija.

—Tengo que hacerle un pedido, dijo Iriarte, que revela una impaciencia que usted comprenderá fácilmente.

Mi mayor deseo es apresurar mi casamiento, todo lo que sea posible, puesto que no hay un motivo que lo retarde.

Dominga lo aplaza dentro de dos meses: ¿quiere usted poner su influencia para que ese plazo se acorte en lo posible, siempre que no importe para ella la menor violencia?

—Con mucho gusto: el plazo no es muy largo, tal vez sea el tiempo que ella necesite para prepararse; pero si es posible acortar ese plazo, cuente usted con mi más decidida cooperación.

Iriarte se retiró conceptuándose verdaderamente feliz, para hablar con su buena madre y comunicarle el espléndido resultado obtenido.

—Me ama! madre mia, me ama! exclamó apenas estuvo á su presencia y abrazándola estrechamente: dentro de dos meses seré su marido.

La señora participó de toda la felicidad de su hijo: amaba á éste apasionadamente, creía como él que aquel enlace representaba su felicidad y devolvía multiplicadas las caricias del hijo, como otras tantas felicitaciones.

—Ahora, dijo, es preciso que me ayudes en todos mis preparativos, con el gusto delicado de tu cariño.

—Ante todo, ¿dónde vás á vivir?

—No se ha hablado de eso, pero si me lo permites, ¿en dónde he de vivir más que contigo? no te alarmes, que lejos de perder un hijo ganas una hija.

—Quién sabe si ellos no tienen el proyecto de que vivas allá, y como no puedes empezar contrariando á tu esposa, tendrás que acceder, aunque despues hagas lo que mejor te convenga.

A este respecto era indudable que cada cual quisiera quedarse en su casa, siendo Rivadavia, como era natural, el que tendria que ceder.

Iriarte visitó á Dominga desde aquel dia, que no por su compromiso habia alterado en nada su género de vida.

Asistia á las reuniones como antes, siguiendo un consejo de Isabel que le decia:

—La novia que renuncia á los placeres de la socie-

dad, se entierra una vez que se casa, porque habrá acostumbrado á su marido á tenerla siempre en su casa y esconderla á la sociedad como bien robado.

Si quieres que tu marido te lleve siempre á los bailes y tertulias, no dejes de asistir á ellos; si él quiere estar contigo irá tambien y así le habrás habituado á verte bailar y á que tu belleza sea un adorno de los salones.

A Dominga, al proceder así, la llevaba además otro interés mas vivo aún.

Quería observar por sí misma si su marido era celoso, hasta qué grado lo era, y si esto podia entrañar un peligro para su vida futura.

Así, habia decidido seguir concurriendo á las tertulias como antes de su compromiso y atendiendo á los demás jóvenes con el mismo agrado de antes, aunque sin ofender á su novio.

Éste saltaria si era celoso, y se revelaria cual era su carácter bajo la impresion de los celos.

Pero Iriarte, siguiendo tambien los consejos de su buena madre, se mantenía á la altura de las aspiraciones de su prometida.

No seas celoso, le habia dicho ésta, que los celos llevan á grandes excesos, además de importar siempre una injuria para la mujer que se ama.

Y si lo eres ocúltalo, ocúltalo á tí mismo, hijo mio, porque los celos es pasion de almas mezquinas y pequeñas.

Los celos no pueden halagar á ninguna mujer, porque ellos no importan un exceso de cariño como se cree.

Ellos quieren decir que un hombre no tiene confianza en la mujer y que la cree capaz de cometer una accion indigna.

Los celos tienen además un sério inconveniente, y es que ellos abren los ojos á la joven inocente mostrándole que es posible que ella cometa una falta, desde que para evitarla se toman tantas precaucio-

nes: se familiariza con la posibilidad de que pueda cometerla y la comete creyendo muchas veces que aquello es natural puesto que se había previsto.

Un hombre, aunque tenga que hacer un esfuerzo, aunque no sea esta su creencia, como marido debe apoyar la dignidad de su mujer con su propio respeto y no mostrarle nunca que teme de ella una mala acción, inculcándole esta sana teoría:

El mejor guardian del honor de un hombre, es la dignidad de su mujer misma: yo no puedo tener celos, porque tengo la conciencia que mi mujer, en ningun caso, puede autorizarlos con su conducta.

Y esto, que es conveniente como marido, es necesario como novio.

Una novia que vé que su prometido es celoso, que no quiere que otro hombre se le acerque, que no le gusta que vaya á tertulias y reuniones porque ellas son un motivo de escuchar galanterias, empieza por disgustarse del novio y concluye por tomar miedo al hombre, diciéndose: si así es siendo novio, qué será siedo mi marido?

La misma madre se alarma viendo en esos celos una vida de reclusion y de disgustos para la hija, y es entonces la primera en oponerse.

Cuántos matrimonios se han deshecho por esta causa!

Un hombre debe soportarlo todo como novio, en la certeza de que como marido, podrá educar despues á su mujer, suave é insensiblemente en armonia con su carácter y su modo de ser.

Iriarte, pues, enterró sus celos, y se conformó con su situación.

Una jóven que dos meses antes de casarse anda entregada á bailes y tertulias, no prueba tener mucho cariño para el que vá á ser su marido.

Pero como todas obran en este caso por inspiracion de la madre, no pueden ser de ello directamente responsables.

Las jóvenes que calculan sobre esto en semejante situación, son excepciones en la regla: ellas no obran nunca por la pasión, sino por el cálculo: por el cálculo se casan y por el cálculo son culpables, si llegan á cometer alguna falta.

Así Iriarte miraba impasible á Dominga bailar con todos aquellos que se lo pedían y escuchar la conversación galante de todos ellos.

Él parecía no mortificarse por aquello, hablaba con Dominga el poco tiempo que los demás la dejaban, y la sacaba á bailar dos ó tres piezas en la noche.

—Caramba! solía decirle: desearía ser todos en este momento; en vez de uno, quisiera yo ser veinte jóvenes.

—Y para qué? preguntaba sonriente y feliz Dominga.

—Para estar siempre á su lado hablándole de mi amor, sin fastidiarla, sin monotonía!

—Si estuviera siempre á mi lado, se aburriría continuamente de oír mi misma voz y de tenerme presente.

Así, cuando se casara, solo pensaría en alejarse de mí, aburrido de verme.

Yo quiero que mi marido me desee siempre: esta es la manera única de hacer eterna la primavera de amor.

—Eso es una exageración del deseo y tal vez del cariño.

La vista de la mujer amada no cansa, como no cansa la vida, el aire, la luz del sol.

Pero es preciso conformarse y no quejarse, porque los astros no se han hecho para encerrarse en un cajón; todos tienen derecho á mirarlos y á participar de su luz: este es el inconveniente del que ama lo excesivamente hermoso.

No es celoso, pensaba Dominga, y seré feliz con él porque no me robará á la sociedad.

No es celoso, pensaba Isabel, y mi hija será feliz

porque la vida de placeres será interminable para ella.

Esta regla de conducta fué lo que apresuró el casamiento, pues la misma Isabel decia á su hija:

—Puedes casarte cuando quieras, en la seguridad que tu vida social no sufrirá la menor modificación.

No faltes tú voluntariamente á ninguna fiesta y á tu marido no se le ocurrirá ni concebir una fiesta sin tí.

Un mes despues del consentimiento pedido, Iriarte tenia todo listo para casarse.

Habia comprado lo mas rico que habia encontrado en Buenos Aires como muebles, y solo esperaba el consentimiento de Dominga para realizar su casamiento.

Toda la buena sociedad estaba entonces en un contacto diario, porque era pequeña, y todos conocian el casamiento, de modo que no habia ya motivo para dilatarlo.

Dominga se decidió por fin, y veinte dias antes del plazo fijado, se realizó aquel casamiento que hizo época por la belleza deslumbrosa de la novia.

El casamiento fué ruidoso y sumamente festejado, porque ambas familias se habian empeñado en su mayor brillo.

¿Fué feliz Dominga Rivadavia? ¿Se defraudaron sus esperanzas y sus cálculos?

Esto es lo que vamos á ver mas adelante, que entramos de lleno en la parte interesante de nuestra historia.

Fué aquí que empezó verdaderamente la vida aventurera y estruendosa de nuestros primeros personajes.

ACABA DE PUBLICARSE

«INFAMIAS DE UNA MADRE»

CONCLUSION DE «DOMINGA RIVADAVIA»

Entre la coleccion de novelas del celebrado escritor *Eduardo Gutierrez*, ninguna ha obtenido tanto éxito como «*Dominga Rivadavia*», que acabamos de publicar.

Satisfaciendo el deseo general que hácia esta importante obra ha manifestado el público, ofrecemos á la venta la que lleva por título «INFAMIAS DE UNA MADRE», que es la terminacion de «*Dominga Rivadavia*», en la cual despues de los bellos y curiosos episodios que su lectura ofrece, verán nuestros lectores cómo un apasionamiento puede arrastrar á una madre, bella y en la flor de la edad, á renegar de las más caras afecciones hasta convertirse en verdugo de su propia hija.

INDICE

Una aventura amorosa.....	5
Una tormenta en el corazon.....	41
El cadáver.....	105
La vuelta á la patria.....	165
Dominga Rivadavia.....	195
El mundo de los placeres.....	223
El matrimonio.....	231

•
